

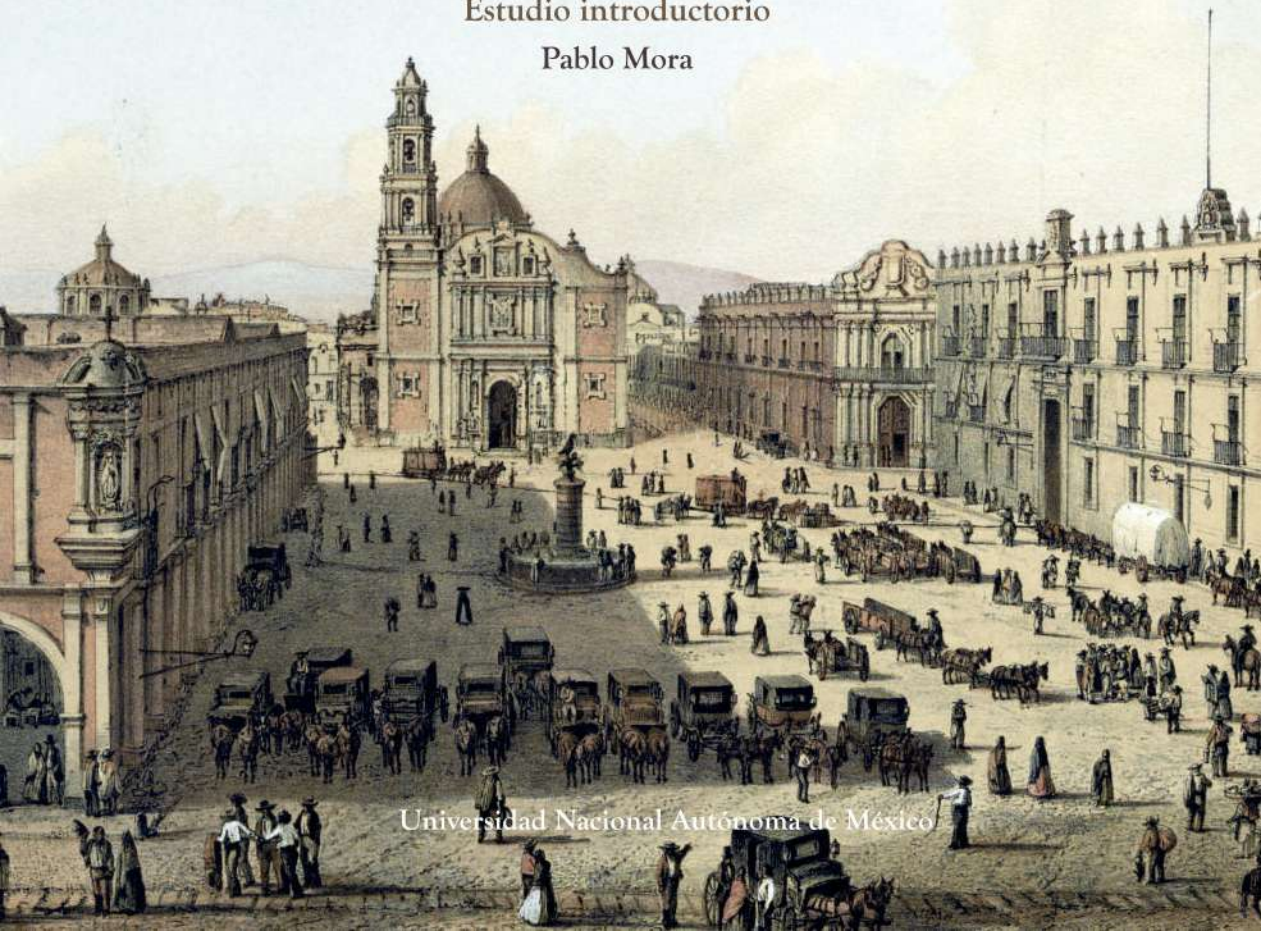
Los Preciados

Una novela de costumbres mexicanas
del siglo XIX

Laura Méndez de Cuenca

Estudio introductorio

Pablo Mora



Universidad Nacional Autónoma de México

Los Preciados

Una novela de costumbres mexicanas
del siglo XIX



Los Preciados

Una novela de costumbres mexicanas
del siglo XIX

Laura Méndez de Cuenca

Estudio introductorio

Pablo Mora

Edición y notas

*Pablo Mora, Roberto Sánchez Sánchez
y Fernanda Mora Triay*



Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad de México, 2022

Catalogación (CIP) Biblioteca Nacional de México.

Méndez de Cuenca, Laura, 1853-1928, autor.

Los Preciados : una novela de costumbres mexicanas del siglo XIX /
Laura Méndez de Cuenca ; estudio introductorio Pablo Mora ; edición y notas
Pablo Mora, Roberto Sánchez Sánchez y Fernanda Mora Triay. -- Primera edición.
-- Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de
Investigaciones Bibliográficas, 2022.

304 páginas : ilustraciones ; 19 cm.

Incluye bibliografías.

ISBN impreso 978-607-30-5594-9

1. México -- Vida social y costumbres -- Siglo XIX -- Novela. I. Mora, Pablo, 1958-,
editor. II. Sánchez Sánchez, Roberto, editor. III. Mora Triay, Fernanda, editor. IV.
Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Bibliográficas,
editor.

M863.4

CDD22

No. Sistema 722144

Diseño de forros: Hilda Maldonado

Imagen de portada: Castro y Campillo, "Plaza de Santo Domingo", en *México y sus alrededores*. México:
Imprenta Litográfica de V. Debray, 1869. New York Public Library. Clasificación b12665188.

Primera edición: 2022

D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional / Hemeroteca Nacional

Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán,

C. P. 04510, Ciudad de México. Tel. (55) 5622 6811

www.iib.unam.mx

ISBN (PDF) 978-607-30-5735-6

ISBN (impreso) 978-607-30-5594-9



Todos los derechos reservados. Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la autorización previa por escrito del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Estudio introductorio

Los Preciados: una novela inédita de costumbres mexicanas
del siglo XIX

Pablo Mora

9

Nota a esta edición

Pablo Mora, Roberto Sánchez Sánchez
y Fernanda Mora Triay

37

Los Preciados: una novela inédita de costumbres mexicanas
del siglo XIX

| | |
|---------------|-----|
| Capítulo I | 45 |
| Capítulo II | 51 |
| Capítulo III | 56 |
| Capítulo IV | 63 |
| Capítulo V | 67 |
| Capítulo VI | 73 |
| Capítulo VII | 77 |
| Capítulo VIII | 87 |
| Capítulo IX | 93 |
| Capítulo X | 106 |
| Capítulo XI | 113 |
| Capítulo XII | 124 |

| | |
|-----------------|-----|
| Capítulo XIII | 129 |
| Capítulo XIV | 136 |
| Capítulo XV | 144 |
| Capítulo XVI | 152 |
| Capítulo XVII | 161 |
| Capítulo XVIII | 174 |
| Capítulo XIX | 181 |
| Capítulo XX | 186 |
| Capítulo XXI | 191 |
| Capítulo XXII | 197 |
| Capítulo XXIII | 203 |
| Capítulo XXIV | 216 |
| Capítulo XXV | 220 |
| Capítulo XXVI | 227 |
| Capítulo XXVII | 230 |
| Capítulo XXVIII | 235 |
| Capítulo XXIX | 240 |
| Capítulo XXX | 248 |
| Capítulo XXXI | 254 |
| Capítulo XXXII | 259 |
| Capítulo XXXIII | 265 |
| Bibliografía | 295 |



**LOS PRECIADOS: UNA NOVELA INÉDITA
DE COSTUMBRES MEXICANAS DEL SIGLO XIX**

Pablo Mera

Biblioteca Nacional de México (UNAM)

Lo que había sido templo del arte, pasó a serlo del vicio, cediendo Euterpe el puesto a Birján, sin vuelcos ni reparos. Una partida a todo lujo quedó abierta al público, sin necesidad de bombos ni platillos. Y fueron tan sólidos sus cimientos, que, según cuenta el siglo XX, todavía la conocieron sus primeros años. Se la designaba con el nombre de “el 7 del Portal”. ¡Si el finado hubiera podido ver su morada!

Laura Méndez de Cuenca

I

La novela breve que el lector tiene en las manos es un libro, hasta la fecha, inédito, de una de las escritoras más fecundas y, acaso, más significativas por la calidad de su trabajo y sus aportaciones a las letras mexicanas del siglo XIX y principios del XX. Se trata de la edición de un manuscrito adquirido por la Biblioteca Nacional de México (BNM) en el

2006, que viene a enriquecer de manera sustantiva la obra completa de su creadora, además de contribuir a la historia de la novela y, en general, de la literatura mexicana. Laura Méndez de Cuenca es ya una autora imprescindible que, con todo lo recuperado en los anales de nuestra bibliografía y hemerografía, representa una escritora en toda la extensión de la palabra. Tuvo aportaciones concretas en varios géneros, específicamente, en la poesía, el cuento y la crónica, además de labores como editora y pedagoga. Como novelista, es conocida por *El espejo de Amarilis*, de 1902, y se suma, ahora, *Los Preciados*, un texto que ofrece novedades en la narrativa de costumbres por el hecho de ser un relato que estudia a la familia mexicana y retrata a la mujer desde otros ámbitos de la sociedad, en una época clave de la historia del país, pero también con una perspectiva crítica sobre esas costumbres del siglo XIX.

El relato inédito que presentamos ofrece, además, una muestra del trabajo diverso que esta escritora supo integrar en esta obra literaria sobre la condición de la mujer a mediados del siglo XIX; un proyecto que, desde el último cuarto de ese siglo y principios del XX, realizó con pautas originales en la lucha permanente por abrir espacios para la participación femenina en la sociedad mexicana, a través de la educación, la higiene, la literatura, el trabajo editorial, el quehacer doméstico, entre otros campos.¹ La novela se construye alrededor de los destinos y oficios de mujeres

¹ En la bibliografía final, el lector puede encontrar una serie de libros y estudios importantes que cubren los aspectos y temas que consideramos decisivos. Sin duda, el trabajo de recuperación de Roberto Sánchez Sánchez, a partir de este siglo, es esencial; sobre todo, en lo que se refiere a la nueva producción identificada en los periódicos y revistas: crónicas, cuentos, documentos, poemas, crónicas de moda, etcétera. La primera antología que recoge esa labor diversa como escritora fue Laura Méndez de Cuenca, *Impresiones de una mujer a solas*, aparecida en 2006 por el Fondo de Cultura Económica

atrapadas en una sociedad regida por un viejo orden, religioso y patriarcal, en proceso de reforma. La escritora nos dejó en su obra póstuma el relato fiel de una colectividad inmersa en una serie de retrasos y limitaciones que exhiben, sobre todo, las causas de la condena de la mujer. *Los Preciados*, como todo buen relato moderno, es una historia que condensa la visión crítica de una narradora excepcional, que planteó estrategias distintas dentro del contexto de la lucha por los derechos de la mujer y que trabajó con el ejemplo, al ser la primera escritora mexicana que vivió de su escritura en México y el extranjero. La autora adoptó una estrategia que devela un conocimiento profundo de la sociedad mexicana, en donde la sensibilidad y la inteligencia fueron elementos fundamentales para buscar formas factibles de transformación de ésta, acaso menos radicales, como lo planteado por otras mujeres de la época,² pero firmes y sistemáticas. Me refiero a una propuesta que reconoció la historia cultural de los relatos, la educación y de la vida moderna adecuada a la realidad local.

(FCE). Lo mismo sucedió más adelante con el trabajo de Milada Bazant en la edición en tres tomos con el título *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural* (2011) y la biografía que ella misma preparó (2009). Además, habría que mencionar ediciones pioneras como la de Margo Glantz; los estudios relativos a su novelística, de Ana Rosa Domènella y Luzelena Gutiérrez; los de las voces femeninas y el rol de la mujer, de Leticia Romero Chumacero, entre otros.

² Hablo de Rita Cetina (1846-1908), Gertrudis Tenorio (1844-¿?), Laureana Wright de Kleinhans (1846-1896), la española Concepción Gimeno de Flaquer (1850-1919), la peruana Clorinda Matto de Turner (1852-1909), entre otras. Véase también de Leticia Romero Chumacero, “Un impulso de solidaridad: el feminismo de Laura Méndez de Cuenca”, en *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural. III*, coord. de Milada Bazant y comp. de Roberto Sánchez Sánchez (México: Gob. del Edomex / SEIEM / Fundación UAEMéx / Siglo XXI, 2011), 189-204.

Debió comenzar a formular el texto en su primera etapa como cronista de modas, en 1890, pero poco a poco le dio forma de cuento durante uno de los periodos más productivos y maduros de su vida literaria, entre 1905 y 1909, una vez que había regresado de su aventura en Estados Unidos. Debido a ese destino de nómada, como mujer viuda con dos hijos que se vio obligada a salir de México para probar suerte en otro territorio, la escritora fue redactando diversos trabajos en prosa que, poco a poco, fue completando y publicando, a lo largo de esos años y, entre otras cosas, como una forma de sustento económico. Al principio de su estancia en tierras norteamericanas, sabemos que comenzó a escribir su primera novela de costumbres, *El espejo de Amarilis*, en 1898, y que unos años después regresó brevemente a México para volver a Saint Louis Missouri, comisionada por parte del gobierno mexicano para estudiar el sistema elemental de la primaria y el *kindergarten*. En esa época Laura Méndez siguió escribiendo crónicas, cuentos y, de manera menos prolífica, poesía. Acaso en estos años, Méndez de Cuenca comenzó a escribir *Los Preciados*, inicialmente como un relato que complementaba los antecedentes de su novela por entregas y que, por diversas causas, fue interrumpiendo; pero también, poco a poco, se fue complicando hasta que, años después del inicio de la Revolución, retomó para terminarlo como novela.

Deudora de la generación que se había formado bajo la guía de Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Zarco, José Tomás de Cuéllar, Manuel Payno e Ignacio Ramírez, Laura Méndez de Cuenca compartía la significación de la novela como género decisivo en la formación de lectores en México porque, entre otras cosas, adoptaba como fuente la historia nacional y sus costumbres. Al mismo tiempo era conocedora de los grandes novelistas europeos como Alexandre Dumas, Eugène Sue, Victor Hugo, Laurence Sterne, Honoré de Balzac, Gustave Flaubert, Henri Beyle (Stend-

hal), Émile Zola, etcétera. En todo caso, después de su estancia, relativamente larga, en Estados Unidos, vuelve a su país de origen por un tiempo, en 1905, y se hace cargo brevemente de la revista *La Mujer mexicana*, para después emprender su viaje a Europa en 1906, hasta regresar a México, en 1910, en la víspera del inicio de la Revolución. No es descabellado pensar que, con su retorno definitivo a un país, de nuevo, convulsionado y en guerra, Laura Méndez de Cuenca decidió guardar en el cajón un manuscrito de novela esbozado que, como ya mencionamos, había comenzado en los años de su autodesierto en Estados Unidos, en una época de intensa producción de prosa y cuento,³ que ahora se antojaba completamente fuera de lugar por el estallido de la Revolución mexicana. Quizá la razón más importante para dejarlo inédito fue que uno de los personajes, la hija primogénita del protagonista del relato, aparece como una mujer que pierde la razón, con crisis nerviosas, y, por tanto, es internada en el hospital de dementes y muere a temprana edad. Precisamente, Laura Méndez de Cuenca, al poco tiempo de llegar a México en 1910, internó a su hija, Alicia, en el hospital de La Castañeda por un padecimiento mental crónico que venía manifestando. Aunque Alicia tuvo recaídas subsiguientes, para la escritora fue una de las tantas adversidades que tuvo que encarar en su fecunda y larga vida.⁴

³ El mecanuscrito adquirido por la BNM lleva una dedicatoria fechada el 1o. de diciembre de 1928, año de su muerte, al entonces presidente Plutarco Elías Calles. Debemos aclarar, sin embargo, que dicha dedicatoria con letra de Laura Méndez de Cuenca consigna una fecha posterior a la muerte de la escritora, el 1o. de noviembre. Muy posiblemente la escritora dedicó esta obra con esa fecha como regalo por adelantado del fin de su periodo como presidente de la república mexicana.

⁴ Cfr. Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno educativo* (México: Edumex / El Colegio Mexiquense A. C., 2009), 349.

Por otro lado, si consideramos el panorama cultural y editorial, la situación era distinta. Las nuevas orientaciones estéticas e históricas que encabezaban tanto escritores modernistas como miembros del Ateneo de la Juventud, o bien narradores como José Juan Tablada, Mariano Azuela, etcétera, ponían en duda lo que podía ofrecer una novela de costumbres escrita a fines del siglo XIX. Lo cierto es que se trataba de una obra prácticamente concluida que, aunque estaba acorde con su estilo y los temas de los cuentos aparecidos en su libro en 1910, *Simplezas*, Laura Méndez decidió mantenerla inédita, acaso en espera de calibrar primero la recepción del libro de relatos que había preparado para editarlo en París, previo a su regreso a México.⁵

En suma, *Los Preciados*, mal que bien, exponía, como otras novelas de costumbres y realistas aparecidas a finales del siglo XIX, el tema de los destinos de la mujer, tales como *La Rumba* (1890-1891), de Ángel de Campo; *La Calandria* (1890), de Rafael Delgado; y *Santa* (1903), de Federico Gamboa; sin embargo, en el caso de la novelista, su narración

⁵ Óscar Mata en *La novela corta mexicana en el siglo XIX* (México: UNAM, 1999) consideró textos como “La venta del chivo prieto” como novela corta. En el 2007, apareció dicho relato editado como cuento en Méndez de Cuenca, *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*, selección y estudio preliminar de Pablo Mora (México: FCE / UNAM / FLM, 2006), originalmente publicado como tal en *Simplezas* (1910) por la propia Laura. En esta misma antología se dieron a conocer, por primera vez, otros cuentos, por descubrimiento de Roberto Sánchez Sánchez, como “La confesión de Alma”, un texto largo que la misma Laura consideró cuento. Unos años después, el mismo Roberto Sánchez Sánchez editó *Simplezas y otros cuentos* (2010). Más adelante, estos mismos relatos se publicaron en la compilación de Bazant, dentro de una sección de cuentos. Y recientemente, se han integrado dentro del sitio <http://www.lanovelacorta.com/> como novelas cortas. Aquí consideramos *Los Preciados* como novela de costumbres, tal y como la propia autora la subtuló.

estaba un tanto alejada históricamente del contexto de cambio de siglo y, en ese sentido, era poco oportuna y, en cierto grado, pesimista para los tiempos. Más aún, si tomamos en cuenta que Laura Méndez de Cuenca contaba con otros textos que apenas habían aparecido publicados en México, bajo la sombra todavía del Porfiriato, como *El hogar mexicano. Nociones de economía para uso de las alumnas de instrucción primaria* (1907 y 1909), un texto producto de sus preocupaciones pedagógicas y de higiene que había elaborado como resultado del positivismo y del progreso. Dicho manual, aunque necesario para la educación mexicana, reeditado por tercera ocasión en el periodo de Victoriano Huerta (1914), apelaba más al *statu quo* y sistema educativo en el ocaso del gobierno de Díaz, de paz y progreso, de orientación contraria a los tiempos de cambios y revueltas. En ese sentido, las preocupaciones de la educadora sobre la higiene y el hogar mexicano expresadas en sus libros y, particularmente, en sus cuentos y crónicas, se tradujeron en la novela en planteamientos que muestran las limitaciones del espacio femenino dentro de un contexto social determinado por las costumbres y los prejuicios culturales de una sociedad machista. De igual manera, aunque partía de estos sistemas sustentados tanto en una visión positivista como en una evolución cultural y social gradual de la mujer, al mismo tiempo integraba en sus personajes la pasión e inteligencia de una verdadera escritora romántica. Es decir, la autora incorpora en algunas protagonistas femeninas los debates existenciales del alma romántica con realismo, sujetos a situaciones socio-culturales específicas y acotados por esas limitaciones sociales, logrando, en el relato, un efecto de tensión entre dos discursos, por momentos, de manera particularmente moderna.

Por otra parte, en cuanto a su novela *El espejo de Amarilis*, un relato de costumbres que apareció por entregas en *El Imparcial*, a lo largo de

1902, fue un proyecto que sirvió a esta mujer viuda, entre otras cosas, para obtener ciertos ingresos y para probar suerte con el formato de folletín, con una trama que abarcaba una época de construcción nacional y formación, que transcurre entre 1867 y 1889. En cambio, el libro inédito que aquí presentamos cubre un momento histórico anterior, entre 1833 y 1865, menos definido en cuanto a la conformación de México como nación republicana, en plena transformación en las costumbres, frente a las todavía muy presentes del viejo orden virreinal. En otras palabras, la época a la que refiere la novela es la que va de las primeras manifestaciones radicales y liberales de Valentín Gómez Farías hasta la llegada del Segundo Imperio, sin olvidar acontecimientos clave como el último gobierno de Antonio López de Santa Anna, el Plan de Ayutla, la Constitución de 1857, la Guerra de Reforma con algunas de sus leyes y la segunda Intervención francesa, hasta 1864.

Desde otra perspectiva, y vistas las dos novelas en su conjunto, podemos conjeturar que esta última vino a completar una suerte de comedia humana mexicana del siglo XIX que, en sus proyectos de escritura, Laura Méndez fue rezagando por sucesos familiares, nacionales y viajes al extranjero. No hay duda de que en ambas novelas existe una serie de parecidos en el estilo y en la forma de desplegar los personajes femeninos; sin embargo, en *Los Preciados* hay un tratamiento más crítico, una prosa más sintética y precisa que evita las descripciones largas o digresiones costumbristas, y que la aleja de la novela de folletín. Asimismo, la presencia de un narrador omnisciente es más convincente, lo que permite suponer que la terminó un poco después que *El espejo de Amarilis*. En realidad, existen otros elementos semejantes indiscutibles en las dos novelas, como la manera de usar un espejo con una función determinada; la de un mecanismo que sirve de autoconciencia del personaje principal, pero

también como elemento popular y pedagógico típico de los cuentos de hadas. La autora evoca el espejo del cuento de Blanca Nieves con un afán didáctico y universal, derivado de su aprendizaje como inspectora de los sistemas de enseñanza en el extranjero, particularmente del *kindergarten*. Eran estos elementos los que ayudaban a la comprensión popular y, en el caso de la enseñanza infantil, a estimular la lectura. Por su parte, los motivos estilísticos y temáticos (el espejo en *Amarilis* y el tema de los cuadros y retratos en *Los Preciados*) son afines en más de una ocasión. Y qué decir de las alusiones a lugares y personajes de la infancia y adolescencia en *Los Preciados*; referencias puntuales y significativas que hacen del relato un testimonio real y autobiográfico de la vida en México. Los anteriores son algunos de los elementos que aquí sólo esbozamos, de indiscutible autoría de Laura Méndez de Cuenca, pero que podrían dar pie a un estudio más extenso y detallado. Por lo pronto, baste decir que *Los Preciados* lleva el tema de la condición de las mujeres de manera más central y, en cierta medida, crítica; en tanto cuestiones como la condena social y la libertad frente al determinismo de las costumbres se tensan ejemplarmente en la voz de la narradora con un estilo más eficaz en aras de la concisión de la trama. No hay enredos de la novela sentimental de folletín. Sin embargo, la presencia de parejas de amantes, que suele integrar el protagonismo y dramatismo de las novelas románticas, es usado en un grado menor, lo que permite a Méndez de Cuenca irrumpir hacia el final con un cierre categórico y dar el efecto de la escritura de un cuento o una crónica.⁶

⁶ Resulta muy significativo que la autora optara por un final abrupto y sorprendente, un mecanismo frecuente y característico de sus cuentos y algunas crónicas.

II

Los Preciados es la historia de una familia mexicana acomodada que, por la muerte de su progenitor en 1833 (un pintor de retratos de costumbres), va cayendo en desgracia, hasta alcanzar momentos críticos para su sobrevivencia en los años clave de la Guerra de Reforma y la Intervención francesa. A lo largo del periodo que va de 1833 a 1865, la autora centra la acción principal de su relato y los destinos de la familia a partir del personaje protagónico, doña Mariquita, viuda del pintor y madre de cuatro hijos (dos mujeres, Anita y Lucha, y dos hijos, José y Manuel), con cuatro nietos (Ángel y Regina, Pilar y Nacho). Ante la ausencia de una cabeza familiar y la nula presencia de un heredero (masculino) dispuesto a sortear los derroteros administrativos de una fortuna en épocas de guerras y transformaciones sociales, los desatinos y decadencia de la familia se hacen irreversibles. En ese sentido, la presencia masculina trabajadora es prácticamente desechada en *Los Preciados*, salvo en el caso de uno de los nietos, Nacho, un impresor de oficio, dependiente de un francés, quien encarna a ese personaje masculino trabajador que representa la esperanza de casi todo el relato con su final dramático. Por su parte, el hijo mayor de doña Mariquita, padre de Nacho, representa al primogénito que más bien huye de la casa para alistarse como soldado en la guerra entre los franceses y los mexicanos. Por otra parte, las posibilidades de un personaje femenino fuerte y positivo son inverosímiles en una época de cambios regida por costumbres atávicas que mantienen, entre otras cosas, el sojuzgamiento de la mujer a labores de carácter doméstico y de oficio limitado.

Víctima de la ignorancia y las incapacidades administrativas, la viuda cae seducida por la tentación del juego como forma de vida, que

logra mantener mediante el hurto doméstico como *modus operandi*. Laura Méndez de Cuenca va narrando el paulatino descenso social y moral de la familia a través de la creciente avaricia y la irreversible decrepitud de una mujer de clase privilegiada que, conforme se hunde en el vicio de las apuestas, acrecienta el cinismo y el engaño como formas de sobrevivencia. Esta condición, en todo caso, permite, más bien, la conformación de un personaje maléfico, paradójicamente fuerte, que hace de la inflexión de leyes y el despojo de los males que siguen carcomiendo a la sociedad.⁷ En ese sentido, resulta clave mencionar una crónica que publicó la propia autora en *El Imparcial*, en 1907, acaso germen de su historia, porque en ella podemos identificar el origen de esa viuda que fabula en la novela. Ahí, nos relata que la familia Méndez Lefort vivía frente a lo que había sido el convento de Santa Clara en la Ciudad de México, cuando la Ciudad de los Palacios se transformaba en una urbe diferente por las Leyes de Reforma, alrededor de los años de 1860. Testigo de esos cambios, ella figoneaba la vida de los vecinos con tal asiduidad que sabía perfectamente los hábitos y costumbres de algunas familias: “Desde el balcón de marras, de donde era yo centinela perpetua, cuando volvía de la amiga, o la escuela, como se dice hoy, no tardé en averiguar que la vecina era viuda con cuatro hijas, que la pasaba muy mal, con el casero cobrando a la puerta y el hambre royendo las cinco vidas”.⁸ En efecto,

⁷ Habría que recordar que el padre de Laura Méndez, Ramón Méndez, fue un jugador compulsivo. Este personaje aparece en la novela *El espejo de Amarilis* como “Ramoncito”. Ahora bien, si esta condición es en la novela condenable, hay que decir que, en el terreno de sus textos sobre educación y salud, el vicio, el juego y el ocio eran corregibles mediante la instrucción de la higiene y la práctica de “sport”.

⁸ Cfr. Laura Méndez de Cuenca, “Conferencias y cocina”, *El Imparcial*, 10 de noviembre de 1907, en Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita*, 62-64.

esa actividad de mirar desde los balcones o ventanas, también evocada en otras crónicas y cuentos, era aprovechada por la escritora para fabricar relatos de una observadora memoriosa y lectora sensible.

Desde el año 1833, fecha de una de las primeras epidemias en el México independiente y motivo por el cual muere el personaje del pintor (Santos), hasta la víspera del imperio de Maximiliano, la trama principal se desarrolla en el contexto de la implementación de las Leyes de Reforma, relativas a la desamortización de los bienes de la Iglesia y a la práctica de leyes de vida civil en la sociedad, encabezadas en la ciudad, en el caso de la novela, por el liberal Juan José Baz. Los Preciado se ven obligados a cambiar de hogar y a mudarse al convento de las madres betlemitas, un recinto que se había modificado como área habitacional a raíz de las nuevas disposiciones. De la misma manera, un poco antes en la historia, se clausura el salón de juego vecino de la casa original de doña Mariquita y, por tal motivo, es encarcelada por primera vez. Resulta particularmente interesante la forma como la escritora va haciendo alusiones específicas a personajes y sucesos que siguen hechos históricos, no estrictamente cronológicos, que sirven para fortalecer ese carácter de la novela como plataforma y documento para escenificar otras voces dentro de periodos específicos del acontecer nacional.

La novela entrelaza los destinos de otros miembros de la familia para plantear algunos de los males sociales que impidieron la realización de mujeres y hombres como ciudadanos e individuos, a saber, las guerras civil y de intervención, la ignorancia, la superstición, la aristocracia (venida a menos), la violencia de género, el racismo, el juego, el hambre al lado de pasiones y pecados humanos como la codicia, el hurto, la avaricia, la culpa, entre otros, provocados por la presencia de un viejo orden religioso, moral y cultural en momentos de una transformación social. Signifi-

cativamente, estos males, presentes y determinantes en el cambio de una nación, toman un giro distinto cuando la viuda desaparece de la familia, es hecha prisionera por primera vez y se ausenta por tres meses. Entonces la familia entra en un reajuste transitorio, relativamente estable, en el que algunos de sus miembros se integran a la vida de la vecindad y algunos otros toman su destino bajo nuevas reglas de subsistencia. La ausencia maternal es importante como tema porque supone una reconfiguración del núcleo familiar, sostenido por la figura de la abuela, común en las familias mexicanas. Sin embargo, en el caso de Laura, este tema es crucial si recordamos sus poemas como “Infortunio”, en el que deplora, en uno de los textos líricos más dramáticos, la ausencia de su madre, o bien el de “La abuelita sueña”, por ejemplo.

Aunque la escritora utiliza como hilo conductor a la abuela Mariquita y los avatares de la familia para sobrevivir, hay otros personajes secundarios clave y definitivos que enriquecen el interés por la trama y la novela en sí. Desde el papel que juega un extranjero, como el litógrafo francés que contribuye en los procesos de modernización de las artes gráficas, hasta el rol de parejas como la de Arsinas y su esposa, actores que realizan tertulias culturales y promueven costumbres nacionales en el vecindario.

La presencia del impresor francés es importante porque se convierte en el consejero y propietario del patrimonio de la familia de los Preciado; es también el que no sólo arrenda la casa y luego la adquiere, sino quien recomienda el traslado de la familia al convento de Betlemitas y se hace mentor del nieto de Mariquita. Mientras tanto, la familia sobrevive mediante el quehacer doméstico, el oficio de la costura, estimulado por otro extranjero como el empresario Maugard, promotor de la moda en México. En torno a estos oficios y quehaceres hay, además, otros ele-

mentos que complementan la novela, como los temas de la prostitución y el espiritismo, este último como discurso de persuasión ante la superstición y la ignorancia de la viuda; pero también hay otro factor esencial: la conformación de clases media-bajas dentro del corazón de una ciudad que se construye y se transforma en sus interiores, un relato que crece como novela urbana de México a mediados del siglo XIX. El caso del espiritismo resulta un ingrediente importante porque la presencia de esta doctrina, identificada con corrientes como el esoterismo, la teosofía y el ocultismo, representó un movimiento que sirvió como una forma de restitución de la fe ante los avances del positivismo y la secularización de la sociedad. La escritora documenta en México, certeramente, las primeras expresiones del espiritismo en 1858, un movimiento que tuvo además muchos adeptos y que sirvió, más adelante, como punto de partida, entre otras cosas, para plasmar y socializar en sesiones espíritas, y a través de los médiums, temas prohibidos y espacios públicos para la mujer. En este sentido, resulta importante destacar que estos elementos e ingredientes que incluye la autora con tanta puntualidad revelan otra característica digna de mencionar de esta novela. Las impresiones de la infancia de Laura Méndez fueron temas de relatos y crónicas que marcaron lo mejor de su escritura.⁹ La novela que presentamos da cuenta, precisamente, de esa etapa de la infancia de la autora decimonónica en una recuperación de la época que trasluce, como se verá por algunas de las notas incluidas en esta edición, con pinceladas penetrantes de su

⁹ Pablo Mora, “Laura Méndez de Cuenca: Una narradora moderna”, en *Doscientos años de narrativa mexicana. Siglo XIX*, ed. de Rafael Olea Franco (México: Colmex, 2010), 301-317.

primera experiencia en la Ciudad de México. En ese sentido, es también una novela testimonial.¹⁰

Si bien se trata de un relato corto que sigue una estructura tradicional con la alusión a acontecimientos de la historia de México, no sigue un patrón cronológico necesariamente estricto y tiene un quiebre temporal y lineal a raíz de la Batalla de Puebla, el 5 de mayo de 1862, y el segundo encarcelamiento de doña Mariquita por seis meses. Concretamente, a partir del capítulo XVII la trama se abre a relatos de otros personajes y parejas, incorpora diálogos más fluidos y especulación en torno a otros miembros de la familia. Se trata de un momento significativo en la novela porque representa, por un lado, un corte en el tiempo narrativo secuencial del relato, en el que retrocede la voz narrativa para contar el arresto de la viuda y su diálogo con dos prisioneras durante la primera noche de encarcelamiento. Por otro lado, se trata de un capítulo de transición porque en él, la viuda, por primera vez, se encuentra con ella misma, mediante la conversación con estas prisioneras; la cárcel hace de espejo de su conciencia, en una escena que sirve para desencadenar varias historias y pasar a la segunda parte del texto. Así, la viuda disminuye su protagonismo paulatinamente y se sustituye por el de la pareja que forma el nieto con una prostituta. Mientras en la primera parte la abuela se hunde en los salones de juego, en la segunda Nacho busca reivindicar de un prostíbulo a Nestora. Es ese nieto, personaje que representa el futuro de la familia y, en un sentido figurado, acaso, el de la propia nación, quien, como aprendiz y jornalero del taller de litografía del francés, apostará por una vida fundamentada en la constancia del trabajo y

¹⁰ Para una aproximación a su biografía, véase Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita*.

en la vindicación de Nestora, una mujer de quien quedará enamorado y será su futura esposa. A raíz del protagonismo de esta pareja también la historia crecerá con la presencia de un nuevo vecindario, donde otros personajes participan en la conformación de una sociedad que transita hacia un nuevo orden de modernidad limitada. Por su parte, el personaje principal, la vieja viuda es indultada por toda la familia y queda como un fantasma expulsado a las sesiones espiritistas y, si en principio supo sobrevivir el nuevo y ambivalente orden liberal, termina como pordiose-
ra, condenada como víctima de lo que pareciera una involución social de México.

III

Ahora bien, la importancia de la obra que aquí presentamos es múltiple. Ante todo, es una novela de costumbres sobre la mujer mexicana en el siglo XIX que, si bien, aparentemente, no representa ninguna novedad en la propia obra cuentística de Laura Méndez de Cuenca, y menos en la novelística nacional, sí resulta singular en la forma como la escritora —ella misma, también, una viuda que enfrentó el desprecio y el abuso por parte de algunos de sus socios varones al fundar exitosamente una revista en San Francisco, o bien de colegas en periódicos— realiza un retrato social y crítico, más sutil y consistente, de la imposibilidad de ser mujer en una sociedad regida por valores masculinos y prejuicios sociales. A través de un personaje femenino de familia acomodada que, en su descenso social, es igualmente “despreciada” (de ahí el título irónico de *Los Preciados*) y se transforma en un personaje un tanto monstruoso, pícaro y marginal, inédito en la tradición novelística. En efecto, el relato de

Laura Méndez de Cuenca adquiere elementos singulares en la forma en la que desarrolla a esa protagonista al lado de otros participantes femeninos. Si bien es cierto que el determinismo provocado por las costumbres de una sociedad cerrada sobre el papel de la mujer condena el destino de la viuda y de su familia, y, por extensión, cancela la realización del futuro y el amor de la pareja protagonizada por el nieto de la jugadora y su prometida, una prostituta, aquí resulta interesante la manera como la narradora esboza en ciertos personajes la intuición del deseo y la resignada impotencia de sobrevivir ante la aplastante realidad de las convenciones sociales. Esta forma de construir a sus personajes revela una sensibilidad femenina de auténtica originalidad en la narrativa mexicana. Si la viuda es una mujer monstruosa que asume el presente como forma de sobrevivencia, negando la memoria y el futuro como únicas formas para salir adelante, por su parte, su hija, Lucha, es quien se debate en un discurso “liberador” de recriminaciones hacia la madre, ciertamente imposible, frente a las costumbres regresivas. Ella misma es quien, además, intuye su deseo oculto por Arsinas, el actor y vecino, y que sólo esboza la narradora, para después sugerirnos que la hija, en realidad, sí había dado cauce a ese deseo, siempre silenciado. Los personajes femeninos de Laura Méndez de Cuenca se mueven, en efecto, entre ese determinismo y una intuición “liberadora” a través de la presencia del deseo y la razón. *Los Preciados* es, en ese sentido, una novela que retrata personajes femeninos que pueden incursionar en contextos inéditos, prohibidos, los tugurios de juego, para luego, en una prosa realista, retroalimentarse con intervenciones de un narrador omnisciente crítico que, con humor e ironía, tensa con una prosa magnífica las dubitaciones liberadoras y retrógradas de la época. Es impecable la manera como la escritora nos describe las reflexiones de la viuda en torno al juego:

De la continua observación, brotó una chispa en su cerebro. ¡Si subiera a la partida ella misma a probar fortuna! ¡Quién sabe!, tal vez la suerte le fuera favorable, si no siempre, siquiera de cuando en cuando. Con tal cual ocasión propicia, se compensaría de las de fracaso, y se redondearía su arca vacía, ya sin esperanzas de volver a llenarse. Tras de mucho reflexionar, apartó de su pensamiento aquella idea inmoral que, puesta en práctica, acarrearía la vergüenza a la casa de los Preciado. Si el artista honorable viviera, qué pensaría de la ignominia en que su mujer se recreaba mentalmente. Por obra de Dios fue el suyo pecado de pensamiento nada más, y voló al impulso de nobles rebeliones de la viuda, contra el horrible vicio que la tentaba.¹¹

Sin embargo, páginas adelante, narra:

Por fin. Una noche a eso de las diez y media, subió quedamente la tenaz viuda los dos tramos de escalera; al desembocar del segundo, se ofreció de sopetón a sus ojos ansiosos de mirar primero, desmesuradamente abiertos después, el cuadro jamás visto de una partida. La gran mesa cuadrilonga con su carpeta verde en el centro, muy alumbrada por profusas velas de esperma, repartidas de cinco en cinco en dorados candelabros. En el centro de la mesa, apiladas en columnas refulgentes, de a cincuenta piezas por pila, las refulgentes peluconas, cuyo retintín la tentaba incesantemente, repiqueteándole en el corazón. A entrambos lados del oro, columnas de plata de igual altura brillaban también con el deslumbrante brillo de la tentación. Pesos españoles eran, entreverados los de la época virreinal con los primeros del cuño mexicano. Alrededor de la mesa varios hombres,

¹¹ En la presente edición, pág. 66.

mayormente entrados en años, aunque no escaseaban los de media edad ni los jóvenes. Con el sombrero encasquetado, chistera o fieltro, todos, y algunos con el raglán puesto, o la capa española terciada como si hiciera un frío atroz. No faltaban en la reunión dos o tres rancheros de sombrero jarano y sarape del Saltillo, con las bolsas de su chaqueta repletas e hinchadas, o sonoras por haberse vaciado ya bastante. Eran los *puntos*.¹²

Esta escena singular en nuestra prosa, formulada desde la mirada de una mujer, digna de una retratista, permite que poco a poco la narradora vaya incorporando las lucubraciones de la propia Mariquita y las imposibilidades de liberación de las hijas. Si bien es cierto que la narración encaja dentro de la tradición de la novela costumbrista, también tiene asomos de argumentación crítica sobre la condición de la mujer en el siglo XIX, mucho más realista, en donde los tipos y estereotipos no son el centro de la novela, sino la caracterización consciente de personajes más complejos sometidos “a otra prisión” de convenciones y cinismo: “Con todo, no la afligía la carcoma de ningún pecado, porque en sus pesquisiciones introspectivas jamás había hallado ni la sombra de una leve culpa. Por eso al razonar acerca de su conducta, se absolvía y reponía de cualquiera emoción”. En ese sentido, la novela viene a contribuir en un género que ha sido fecundo en México con personajes femeninos como el de Remedios, Calandria o Santa, por citar sólo algunos. Aunado a esta serie de caracteres, Laura Méndez de Cuenca, a través de su personaje, la viuda Mariquita, penetra con una mirada de escritora culta las profundidades del comportamiento y las tribulaciones de sus personajes femeninos. En un tono que evoca su célebre relato “Confesión de Alma”

¹² *Ibid.*, 70-71.

—una suerte de antiheroína moderna—, explora en las intimidades y alcances de su personaje principal; su consciencia en la prisión. La viuda y abuela reflexiona, después de una conversación con dos mujeres que han ingresado en el reclusorio (una prostituta y la esposa de un albañil):

Reparó hacia adentro, hacia atrás, hacia lo más hondo de su corazón y nada halló: todo estaba vacío. Para quien vive a costa de la impresión del momento, no tiene valor el recuerdo, no lo tiene tampoco el porvenir. ¡Mañana! ¿Qué será mañana? ¿Qué le importaba a ella un mañana desconocido que quizá no llegaría? Ya era bastante vieja para querer serlo más. Lo interesante era el hoy: el momento horrible de codearse con una ladrona inmundada y con una perdida tal por cual que la trataban como a compañera de desdicha, que la miraban de tú a tú y no podían creer que estuviera en la cárcel sin haber hecho méritos para ello.

Empeñada sin darse cuenta en escrutar menudamente sus afectos, sus deseos, sus pasiones, sin llegar a conclusión alguna, no consiguió averiguar qué relación guardan entre sí los fenómenos fisiológicos con los arranques emocionales que radican en el corazón. Anita era más un remordimiento que el recuerdo melancólico de una hija ausente por toda la Eternidad; el paralítico, una molestia que no tendría fin sino cuando el Señor lo llamase a su presencia, y Manuel, el ingrato Manuel que se había escapado de su mujer y sus hijos por egoísmo y hambre, no significaba en su memoria sino una boca menos. De Lucha tenía buena prueba de desamor, respeto y consideración filial. Sentía sus miradas como azotes de fusta, sus palabras como lanzadas que se le prenderían a cualquiera en el pecho. A ella no porque le pagaba orgullo con orgullo, soberbia con otra mayor. Entre los sentimientos de la madre y la hija, la vida había abierto un abismo.

Con el calor y el hedor de la sala de presas sin ventilación, doña Mariquita empezó a sentir trasudores y mareos. Lo que al principio había sido silencio, a medida que los cuerpos de las durmientes se fueron soltando en la pesadez del sueño, se convirtió en un coro de resoplidos, gruñidos y ronquidos en todos los tonos imaginables. La oscuridad en el fondo de la sala era completa; pero a la distancia de dos varas de la única puerta, entraba una penumbra amodorrante que provenía del fanal rojo de la linterna guardiana de la prisión, fija en el extremo del corredor. La Preciado se revolvió en su sitio desesperadamente. Tuvo náusea. Las sienes le golpeaban con furia y le dolía la frente. Si pasara la noche pronto y saliera la luz de la mañana. Pero no, no pasaría pronto: el mañana traería esperanza y consuelo y a ella no le importaban ni el uno ni la otra. Le atenaceaba el horror de lo presente: para el cuerpo y para el alma era la suerte. La respiración comenzó a hacérsele gruesa y difícil, el corazón se debatía por no estar en su sitio. La vieja sentía en ese momento como si todas las vejeces de muchas vidas se le hubiesen juntado de una vez, en la de la vida presente. Por instinto se llevó la mano a los ojos y los sintió mojados: había llorado sin saberlo. Así de febril y agitada la sorprendieron las campanas de Catedral y San Bernardo, saludando el alba.¹³

Se trata de un personaje puente, antecedente de otras novelas producidas entre siglos, que plantea un callejón sin salida en cuanto a su destino como mujer. Más allá de los patrones morales de conducta por los que optaban las novelas de costumbres, aquí Laura Méndez de Cuenca deja ver un dilema más dramático y, en todo caso, una condena menos tradicional donde esos personajes se sienten de carne y hueso. Me atrevo

¹³ *Ibid.*, 171-173.

a advertir elementos de personajes femeninos premodernos que, en los bordes de su prisión y condena, asoman, mediante los pinceles de la escritora, el esbozo de inquietantes figuras, psicológicamente más ricas, que pueden servir de contemporáneas a otras protagonistas como la propia Madame Bovary, o bien, personajes femeninos de las obras de Balzac. Sin ser una novela panfletaria ni puramente tradicional en la reproducción de costumbres y tipos mexicanos del siglo XIX, pero tampoco sin caer en la recreación de cuadros fieles, estereotipados, con la utilización de un lenguaje regido por un Romanticismo discursivo grandilocuente y cursi —frecuente en las novelas románticas y costumbristas mexicanas—, la autora logra armar un relato consistente, por momentos ágil, a partir del trabajo crítico e irónico de la voz narrativa, con la construcción de una trama polifónica y femenina que permite el estudio de una parte de la sociedad urbana mexicana en momentos de una transición histórica decisiva. Ahora bien, los alcances de esta crítica estaban acotados a dos factores esenciales en la visión de Laura Méndez de Cuenca como escritora y maestra. Por un lado, se apega al canon liberal establecido por la escuela de sus maestros, pero, como mujer, no deja de introducir su sensibilidad e inteligencia para tensar a sus personajes femeninos en esa disyuntiva entre el cambio o reforma y una condena social de patrones de conducta, la prisión de los personajes femeninos. Su salida no busca tampoco una reconciliación de esas reformas liberales con el catolicismo, por ejemplo, pero sí con las pulsaciones de una mujer romántica, es decir, con los temas del corazón y la racionalidad. Por eso la importancia de los apuntes de la narradora en la novela *Los Preciados*. Por otro lado, la imposibilidad de liberar a sus personajes femeninos y su condena es la misma que se propone como maestra de escuela primaria; sigue una ortodoxia pedagógica, pero moderna, que la lleva a acotar ese debate román-

tico. La crítica de la autora a esa época de la Reforma y de Intervención no es necesariamente una derivada de la Revolución mexicana, sino más bien un problema que sigue palpitante, sin resolverse, desde un liberalismo en tránsito y aún en jaque frente a la herencia de las viejas costumbres de Nueva España. Sin duda, la crítica de Laura Méndez de Cuenca está regida también por una visión gradualista de cambio que siempre adoptó debido a su trabajo y experiencia como maestra. Para la profesora, la única forma de ir transformando nuestras costumbres era a través de un proceso paulatino de principios y estrategias educativas dirigidas a la sociedad mexicana.¹⁴ Su confianza en el protagonismo sensible e inteligente de la mujer dentro del progreso de la sociedad era incuestionable y los males que había que vencer eran, ante todo, el sentimentalismo malsano, la ignorancia y la superstición, bajo el pilar de la educación.

Estos aspectos únicos de la novela están fortalecidos por la presencia de otros temas importantes que sirven para destacar los procesos de secularización de una sociedad que, sumergida en cuestiones como la religión, la lucha política, el juego y la prostitución, se transforma y moderniza a través de dos ejes estratégicos: la moda y la litografía. Se trata de avances que fueron decisivos en los cambios de costumbres en muchas sociedades en el siglo XIX y, en el caso particular de México, el de la moda fue un asunto que la misma escritora desarrolló durante varios años en sus crónicas periodísticas.¹⁵ El caso de la litografía es otro correlato histó-

¹⁴ Cfr. Ana Rosa Domenella y Luzelena Gutiérrez de Velasco, “Tras los reflejos de Amarilis. Laura Méndez de Cuenca, novelista”, en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, ed. de Rafael Olea Franco (México: Colmex, 2001), 559-566. Véanse también algunos trabajos de Leticia Romero Chumacero.

¹⁵ Resulta importante considerar aquí las crónicas de moda de Francisco Zarco escritas un poco después de medio siglo y las de la propia Laura Méndez de Cuenca,

rico con alusiones autobiográficas que acompaña a la novela y que tiene bases documentales puntuales, como se advierten en algunas notas del relato. La propia autora fue discípula de uno de esos innovadores periodistas, caricaturistas en la prensa, Alfredo Bablot D’Olbreusse (Burdeos, 1827-México, 1892), en el Conservatorio Nacional de Música en 1881. Sin duda, la presencia de la litografía de los franceses es, en este contexto, una de las paradojas de esa crítica a México, dado que las técnicas nuevas contribuían en las innovaciones para el desarrollo de la opinión pública y, en general, de las artes gráficas en periódicos satíricos como *La Orquesta*, al mismo tiempo que se consumaba la segunda Intervención francesa. El propio personaje del litógrafo francés es quien sugiere a la viuda en la novela mudarse de la casa originaria al convento de Betlemitas, atendiendo la coyuntura de las Leyes de Reforma que expropiaban los bienes de la Iglesia y dictaban medidas en contra de los salones de juego clandestinos. Esta riqueza crítica de la novela como documento de estudio de las causas sociales de ciertas prácticas atávicas en las costumbres, confrontadas con el progreso modernizador, resulta doblemente estimulante en un texto que, además, es disfrutable por la factura de su escritura. La calidad de la prosa de Laura Méndez de Cuenca mantiene un equilibrio entre el uso ponderado de modismos y refranes, típicos de la novela de costumbres, utilizados para fortalecer la oralidad narrativa a través del humor y la sensibilidad femenina, con el rigor gramatical, que le ofrece al relato una fluidez disfrutable aún para los lec-

crónicas que publicó en 1890 y que pronto aparecerán en la UNAM en la colección *Al Siglo XIX. Ida y Regreso*, como Laura Méndez de Cuenca, “*Para las damas*”. “*Palique*”. *Moda y modas en la Ciudad de México (1890)*, ed. y estudio introductorio de Roberto Sánchez Sánchez.

tores de nuestros días. La escritora no es menos atinada y precisa cuando describe los personajes femeninos y ensaya una prosa de retratista excelsa, como si tuviéramos a una pintora de cuadros de costumbres. Las breves descripciones de dos de las presas con las que se entrevista la viuda Mariquita muestran esa prosa puntal y sensible, sin una retórica romántica amanerada, de trazos breves, ágil y moderna:

Una de las dos presas era bonitilla y agraciada; joven ajada, representaba más edad de la que tenía. Iba vestida de muselina color de rosa chillón, escotada. Del cuello pendía una cruz de azabache tamaña como un jeme, y sostenida por negra cinta de terciopelo. Se envolvía en medio tápalo de cachemira fino, algo desteñido y con un rasgón disimulado por rejilla muy bien hecha. Estaba pelona a lo romántico y en la cara se notaban marcadas huellas del colorete y la toalla de Venus con que la víspera se había enjalbegado.

La otra no tenía más edad que la que el sufrimiento deja impreso en el semblante. Era fea. Su indumentaria era la típica de la miseria; enaguas de indiana que habían perdido su color en el lavadero, camisa rasgada de manta y rebozo traído por años, sin otro descanso que el que le daban los empeñeros cuando prestaban por él un real.¹⁶

Por otra parte, si hay algunas novelas que están en el radar y contexto de esta obra mencionaríamos las de Fernández de Lizardi, Altamirano, Payno y Cuéllar, particularmente, *Ensalada de pollos*, *Los mariditos*, *Chucho el ninfo*; está también la obra de Ángel de Campo, específicamente su novela de costumbres *La Rumba* (1891), y, en forma menos directa, pero

¹⁶ En la presente edición, pág. 165.

también en otro extremo dentro de esa tradición narrativa, *Santa* (1903), de Federico Gamboa. Si Micrós es un autor que usa la novela de costumbres de forma realista y con un estilo preciso y con gracia para desnudar realidades, y Gamboa lleva a un extremo la prosa realista con la introspección de sus personajes y una prosa más robusta y más naturalista, Laura Méndez de Cuenca confecciona sus historias desde una perspectiva más genuinamente romántica y costumbrista, con observaciones críticas a través de una sensibilidad femenina sutil que le sirven para terminar exhibiendo los derroteros del alma y el corazón frente a una racionalidad imposible. En efecto, Laura Méndez de Cuenca, aunque no deja de usar una prosa también realista, puntillosa, irónica y de certidumbre histórica, no renuncia a una raíz más cercana a la novela romántica, en donde la fantasía y los sueños son todavía ropaje de sus personajes, pero éstos exploran, a través del narrador, los bordes o fronteras de la duda, del deseo y los límites de la tradición. Micrós, por su parte, cifra en *La Rumba* la historia y el destino de México en una suerte de alegoría hecha con la presencia de otro personaje extranjero, el modista francés que pretende a Remedios.¹⁷ De manera paralela, la novela de Laura Méndez de Cuenca también puede plantearse con esas intenciones alegóricas y simbólicas. La presencia de los dos extranjeros franceses, litógrafo y modista, en *Los Preciados* evoca similitudes con los extranjeros en la novela de Micrós, acaso otro prurito para que la escritora no publicara este manuscrito. En un sentido más amplio de la historia de la novela en México, el relato de esta escritora y educadora se suscribe de manera directa al origen de la

¹⁷ Cfr. Mario Calderón, “La novela costumbrista mexicana”, en *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, vol. 1, ed. de Belem Clark de Lara y Elisa Speckman (México: UNAM, 2005), 320.

novela satírica y costumbrista, dentro de una picaresca crítica, que surge con Joaquín Fernández de Lizardi en el *Periquillo Sarniento* (1816-1832) y, en el caso de la educación de las mujeres, en *La Quijotita y su prima* (1818-1819).

IV

A manera de conclusión y, mejor aún, de hipótesis de lectura, podemos plantear que *Los Preciados* es también el relato de un retrato alegórico que corresponde a una etapa de la historia y los destinos de México como nación; es la historia de una familia que representa ese país en transición e indefinición política a mediados del siglo XIX. No en vano la escritora nos ilustra los procesos de involución social y de secularización de México a través de la trasmutación real y simbólica de la casa heredada y del personaje principal, dos formas de representar esa alegoría de lo que emblemáticamente “evoluciona” y lo llamó después el vecindario el Quinto Infierno. Si, por un lado, se encuentra la pérdida de la casa heredada, un inmueble que pasa de ser “templo del arte” a “onza de oro” (casa de apuestas y una moneda de cambio) y taller de grabado en posesión de un francés —el México de la abundancia y la riqueza escamoteada por los intereses y su explotación—, por el otro, el personaje de la abuela desalmada pasa, del vigoroso y juvenil retrato de un pintor calificado —la naturaleza y novedad de esa nación—, al desgastado retrato de una vieja, colgado dentro de una bóveda-mural de un vecindario. Este trance estará acompañado por un proceso narrativo: el reflejo en el espejo de una bruja decrepita que termina de pordiosera. En otras palabras, el destino de ese retrato de doña Mariquita que

quedará colocado —una vez mudado al nuevo hogar del exconvento— como decoración en la misma bóveda del vecindario (titulada, también, *El Quinto Infierno*) dentro de las representaciones dibujadas por los caricaturistas que utilizaron previamente el recinto como taller y mural del periódico satírico político *La Orquesta* es, en buena medida, la ilustración de esa república en trance (una suerte de Capilla Sixtina) en el infierno. En todo caso, ese conjunto de representaciones alude simbólicamente al quinto círculo del infierno de la *Divina comedia* donde residen los pecadores, los perezosos de espíritu, los iracundos, los soberbios y envidiosos, que, en nuestra novela, ha sido objeto de la desamortización de bienes del clero y condenado por las costumbres. Por eso, doña Mariquita, una vez que transgrede las leyes sociales, estableciendo un salón de juego dentro de su propio inmueble, “la onza de oro”, precipita no sólo la debacle familiar, sino la de un vecindario entero que simbólicamente se denominó el Quinto Infierno, acaso este último uno de los títulos alternativos de la novela.

Por una u otras razones, la marginalidad de Laura Méndez de Cuenca fue uno de los sellos con los que tuvo que cargar a lo largo de su vida, en un país de serios retrasos e imposibilidades femeninas. El hecho de mantener inédita esta novela durante tanto tiempo es, sin duda, una más de esas causas.

NOTA A ESTA EDICIÓN

*Pablo Mora, Roberto Sánchez Sánchez
y Fernanda Mora Triay*

Esta edición de *Los Preciados* es una novela con anotaciones dirigida a un público amplio tanto de especialistas como general. El propósito es presentar y poner en circulación un relato literario importante que ha permanecido inédito por más de cien años, con la información crítica e histórica suficiente para que sea apreciada por sus posibles lectores. Asimismo, las notas incluyen datos históricos, explicaciones de refranes, dichos y léxico que sirven para contextualizar la obra y, en la medida de lo posible, enriquecer la experiencia de su lectura. En todo caso, no pretendemos ofrecer una edición crítica en el sentido estricto del término, pero sí “dar de alta” en la tradición de la cultura escrita en México un texto que es importante por su magnífica calidad literaria y por su valor patrimonial.

Los Preciados. Una novela de costumbres mexicanas del siglo XIX, de Laura Méndez de Cuenca, es una novela adquirida por la Biblioteca Nacional de México (BNM) en el 2006. El manuscrito original va acompañado de una carta-dedicatoria a Plutarco Elías Calles con fecha del 1o. de diciembre de 1928, último día de su mandato presidencial y un mes después de la muerte de Laura María Luisa Elena Méndez Lefort. La dedicatoria

fue realizada por la propia escritora como regalo al presidente, unos días antes de su muerte (1o. de noviembre), postrada en el lecho por causa de una diabetes aguda, ya casi ciega. Dicho homenaje parece también un gesto de simpatía por lo alcanzado durante la gestión del presidente en términos de educación y participación de la mujer con la expedición del Código Civil.¹ Hemos cotejado la letra manuscrita de esa dedicatoria con la de otros documentos escritos del puño y letra de la autora, específicamente, con las cartas de sus viajes a Estados Unidos en 1896, y, si bien algunos rasgos son ligeramente diferentes, consideramos que las variantes no son significativas para descartar su autenticidad y, en todo caso, pueden ser consecuencia de las condiciones de salud de la propia escritora. Por ello, podemos afirmar con plena certeza que la novela y el mecanuscrito son de la autoría de Laura Méndez de Cuenca, y por los motivos que ya se han expuesto a lo largo de las páginas de la introducción y

¹ Dos de los logros que representaron, suponemos, señales de cambios importantes para la escritora y maestra durante el fin del periodo de Plutarco Elías Calles fueron el desarrollo y aumento del sistema de las escuelas rurales, en el ámbito de la educación, y la expedición del Código Civil del 26 de mayo de 1928, un documento que significó un punto de partida importante en los cambios de la participación de la mujer dentro de la sociedad. El Código ofrecía las bases para vislumbrar modificaciones en una de las luchas y preocupaciones permanentes de la obra y trabajo de la escritora. El documento postulaba en su Artículo 2o. que, a partir de 1926, “la mujer no queda sometida, por razón de su sexo, a restricción alguna en la adquisición y el ejercicio de sus derechos; y que al llegar a la mayoría de edad tiene la libre disposición de su persona y sus bienes, estando capacitada para celebrar toda clase de contratos”, Código Civil para el Distrito y Territorios Federales en Materia Común y para Toda la República en Materia Federal, acceso el 14 de septiembre de 2020, http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/ref/ccf/CCF_orig_26may28_ima.pdf.

que podemos resumir así: tanto el planteamiento y los temas son asuntos propios de su obra en prosa, así como las expresiones y giros en el fraseo son típicos del estilo de Laura Méndez de Cuenca.

Por otra parte, vale la pena mencionar que la adquisición de la novela inédita se hizo como parte de una compra de los documentos de la biblioteca del expresidente Plutarco Elías Calles. En ese sentido, es posible también suponer que la propia escritora, al dedicar este manuscrito en 1928, buscaba un editor o mecenas que pudiera financiar su novela en momentos en los que, entonces enferma, no pasaba por una situación económica holgada. Por otra parte, en el terreno político electoral, el expresidente y entonces candidato a reelegirse, Álvaro Obregón, general biografiado y admirado por la misma Laura Méndez, fue asesinado el 17 de julio; Plutarco Elías Calles terminó su mandato el último día de noviembre. Dos años antes, en 1926, la maestra, por fin, había logrado jubilarse, después de enfrentar diversos contratiempos y adversidades con respecto a sus distintos nombramientos de docente y el escaso sueldo asignado durante los años de la posrevolución. Por desgracia, dado este contexto y los acontecimientos, tanto públicos como personales, cualquiera de los propósitos se vio cancelado.

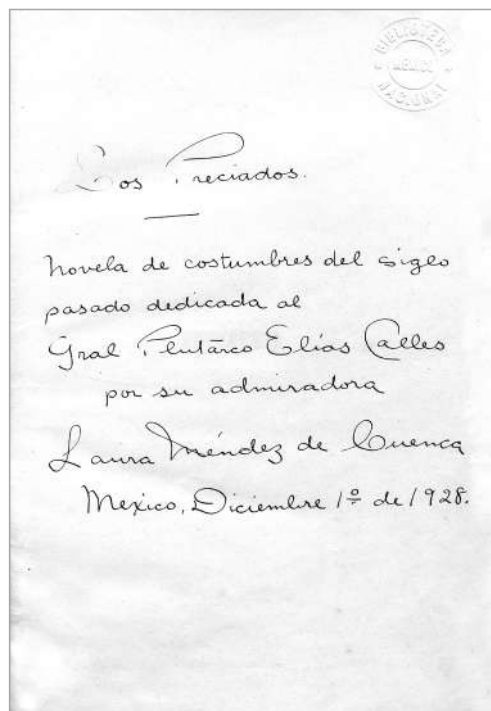
En el año 2006, fue la librera Lucero Hellmer (hija del musicólogo norteamericano asentado en México, Raúl Hellmer) quien se acercó a la BNM y ofreció la venta de esos documentos bajo custodia de los herederos de la familia Calles. Alejandro González Acosta, investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, con acierto bibliófilo, seleccionó la adquisición del manuscrito.

Respecto a esta edición, podemos añadir que, en cuanto al manuscrito, se trata de la transcripción de un original de la novela que, por las notas escritas a mano, en primera persona, Laura Méndez de Cuenca,

efectivamente, alcanzó a corregir, pero acaso no en su última versión, sobre todo si consideramos que la escritora era sumamente perfeccionista en el estilo de su escritura. Por lo anterior, asumimos que la puntuación —en general muy variable y a veces distinta en los textos del siglo XIX— y algunas erratas contenidas en la transcripción no fueron revisadas puntualmente por la autora, de ahí que hayamos tratado de corregirlas, en lo posible, siguiendo un criterio basado en el estilo y ritmos de su propia prosa. Igualmente, se optó por desatar las abreviaturas de las formas de tratamiento tales como señor, señora, don, doña, etcétera.

Por otro lado, en el manuscrito y a lo largo de la novela hay inconsistencias en el uso del título. Claramente la autora en su dedicatoria consignó *Los Preciados* como título definitivo de su original, sin embargo, a veces aparece el artículo plural masculino con el patronímico en singular, “los Preciado”, o bien, en plural los dos: “los Preciados”, sin seguir un patrón sistemático que nos permita establecer un criterio específico. Otra variante es que, si bien usa el artículo femenino singular y plural “la Preciado” y “las Preciado”, puntualmente con el adjetivo en singular, en siete ocasiones lo cambia y adopta el plural masculino “Las Preciados”. Este factor nos ha llevado a considerar una hipótesis más que consiste en que la novela tiene el título de “Los Preciados” porque, muy verosímilmente, la escritora usó el apellido en plural para referirse de manera irónica “a los Preciados”, por oposición a esa familia que más bien fue de “los despreciados”, y esto se refuerza por el hecho de que buena parte de la desgracia de dicha familia fue la de valerse, a lo largo de la historia, de los privilegios y de un “prestigio” heredado. El uso asistemático de “Los Preciados”, por otra parte, parece deliberado, por ser la forma con el mayor número de apariciones (14), con lo cual se fortalece doblemente nuestra hipótesis.

En cuanto a las ilustraciones, hemos pensado que, por tratarse de una novela de costumbres que, además, incluye colateralmente como uno de sus temas de trasfondo la presencia de la historia de la litografía y, en general, de las artes gráficas (pintura de retratos, daguerrotipo, caricatura, entre otros), la inclusión de una muestra de la producción más representativa de la época (en un pliego al final del texto), a la que hace alusión la propia escritora, permitirá una lectura más contemporánea y puntual de esos años de la vida en México en los que ocurre la novela.





Los Preciados

Una novela de costumbres mexicanas
del siglo XIX



LOS PRECIADOS.

-I-



En el primer tercio del siglo XIX era don Santos Preciado un pintor de reputación. Aunque le daba al paisaje con buen gusto (decían los entendidos en arte, que su colorido era digno del Tiziano), para lo que tenía singulares dotes era para la figura de personas, principalmente para trasladar á la tela á las que Dios había hecho de carne y hueso, adornadas con la gracia de sus manos y favorecidas con un alma inmortal. Conociéndolo el artista, se dedicó al arte de hacer retratos.

En aquel entonces, pobretón y austero, no se retrataba al óleo cualquier hijo de vecino, es decir que el común de la gente, en México, pasaba de este barrio al otro, sin dejar á sus llorosos deudos el consuelo de una imagen sobre la cual cayeran las lágrimas del recuerdo. Daguerrotipo no se puede decir que lo había, pues con ser tan imperfecto, también pecaba de caro. Por esto y por su rareza nadie podía contar con él. El arte de retratar, como antaño, era exclusivo de los que manejaban pincel; en lo que don Santos era maestro, y maestro de lo fino.

I

En el primer tercio del siglo XIX era don Santos Preciado un pintor de reputación. Aunque le daba al paisaje con buen gusto, decían los entendidos en arte, que su colorido era digno del Tiziano, para lo que tenía singulares dotes era para la figura de personas, principalmente para trasladar a la tela a las que Dios había hecho de carne y hueso, adornadas con la gracia de sus manos y favorecidas con un alma inmortal. Conociéndolo el artista, se dedicó al arte de hacer retratos.

En aquel entonces, pobretón y austero, no se retrataba al óleo cualquier hijo de vecino, es decir que el común de la gente, en México, pasaba de este barrio al otro, sin dejar a sus llorosos deudos el consuelo de una imagen sobre la cual cayeran las lágrimas del recuerdo. Daguerrotipo¹ no se puede decir que lo había, pues con ser tan imperfecto, también pecaba de caro. Por esto y por su rareza nadie podía contar con él. El arte de retratar, como antaño, era exclusivo de los que manejaban pincel; en lo que don Santos era maestro, y maestro de lo fino.

¹ El daguerrotipo fue el primer procedimiento de fotografía. Lo desarrolló el francés Louis Daguerre (1787-1851). En México, Jean François Prelier Duboille fue quien lo introdujo, alrededor de 1839. En buena medida, este nuevo instrumento, conforme se fue difundiendo y desarrollando, fue desplazando a los retratistas en óleo. Por otro lado, Laura Méndez de Cuenca fue discípula de Alfredo Bablot, en 1881, en el Conservatorio Nacional de Música, un francés que llegó a México en 1849 y que, para 1850, fundó el periódico *El Daguerrotipo*. El mismo Bablot fue crítico musical y uno de los primeros en desarrollar la caricatura en México.

Cierto que la época no era propicia a que menudeasen retratos al óleo de caballeros de polendas o damas distinguidas que permitieran a Preciado acomodar en su arcón de quinientos a mil duros por pieza. Cuando la escasez exigía buscar otro venero de recursos, daba de mano el artista a los retratos, poniéndose, humilde y resignadamente, a pintar a la orden muebles finos. A esto llamaba él embadurnar. Su especialidad en el género de embadurnador era camas. Salían de sus manos con una capa lacre o verde tan lisa y brillante que se antojaban precursoras de las lacas modernas. Sólo que en vez de marquetería de cobre a la usanza de hoy, las camas de don Santos se guarnecían con medallones en la cabecera y el rodapié en que estaba representada la mitología griega, como si se aspirase a perpetuarla de generación en generación. Los dioses todos del Olimpo, las ninfas de más lustre y los sátiros y faunos de renombre, a colores variados y muy vivos, figuraban en la memoria de los durmientes, sus aventuras singulares, detalladas en los pasos de sus vidas. El óvalo de la cabecera, naturalmente, era el principal, por estar más cercano al estuche del pensamiento. Aquí las policromas figuras eran aéreas y graciosas, con vestimenta de ángeles, que es como si quisiéramos decir olímpica. En proporción el óvalo del rodapié contenía menos figuras, aunque entre ellas no faltaban cupidillos traviesos haciendo mil diabluras con la abundosa dotación de flechas de sus aljabas. Otros medallones circulares de escasa importancia se repartían en diferentes sitios del mueble más importante y estimado en una casa de familia. Biombos que compitieran con los de la gran China, cuya nao había transportado a México en sus recientes y últimos viajes, no escapaban al arte de Preciado, quien, enamorado de su pincel, estaba seguro de suceder en la flamante república mexicana, el arte pictórico de la desaparecida época colonial, todavía llorada y echada menos por la rica nobleza virreinal. Pero a todo esto don

Santos prefería fijar en el lienzo la imagen aristocrática de una dama o caballero de campanillas.

Por aquellos inolvidables años que iniciaron en el mundo todo, con la refulgencia de los descubrimientos científicos y las invenciones audaces en la industria, el siglo de las luces, en la flamante patria nuestra, no se conocía la pose que señoreaba en el viejo continente; si había recién nacidos *poseurs*, tenían que medirse mucho con las exigencias sociales, para no caer en el funesto ridículo. Tal estigma sería indeleble y eterno. Por eso se evitaba todo lo posible. Así, damas y señores se hacían retratar al natural, como vivían en casa: querían que sus retratos fueran copia de ellos mismos, viviendo su vida ordinaria. Quien cosiendo primores en el lino prendido a la almohadilla, quien dando de comer en su jaula a un pajarito, quien desflorando su rosario, con la mirada unciosa y tímida, ora acariciando algún perrito faldero, ora lactando un niño, que arrojando su carita en los encajes del corpiño de la madre nutriz, guardara intacto su pudor.

Los varones ceñudos o cenecños se ponían de pie junto a una mesa encarpeta y escueta, apoyados generalmente en un bastón, como no queriendo mostrar las dos manos ociosas. Rara vez se vio que, en un retrato de seglar, apareciesen libros, porque en el primer tercio del siglo décimo nono, nuestros lectores podían contarse con los dedos, y de estos, pocos los que no se instruían a escondidas. Los menos eran los que hacían gala de leerlo todo, pues con ello se ufanaban de tener compadrazgo con la censura eclesiástica.

Ya por los años cincuentones, el país, con treinta de independencia de España, estaba menos tembeque, y aun se creía consolidado, a pesar de los ataques epilépticos de la guerra civil. Literariamente éramos románticos; pero el Romanticismo que al terminar la guerra colonial se

nos vino de Europa a marchas forzadas, logró colarse en la capital de Nueva España y transformar sus rancias costumbres. Leer no fue ya una vergüenza, ni en ello se corría riesgo alguno, mientras se acatasen determinadas limitaciones eclesiásticas, consiguientemente también sociales, porque todo era uno, en aquella paz de los primitivos hogares de la reciente nación mexicana.

Entonces sí que se formaron libremente bibliotecas sacro-profanas, por los adictos a la Ilustración, y otros que tenían en estado latente entusiastas tendencias culturales, encontrando ocasión de desenvolverlas, adquirirían así mismo, libros con profusión.

Entre los nuevos funcionarios, había muchos hombres que no se preciaban ni de nobleza ni de aristócrata abolengo; aunque sin dejar de guardar miramientos al bien decir, se hicieron de manga ancha, atreviéndose a retratarse juntamente con parte de sus bibliotecas, mayormente si sus libros ostentaban títulos en latín y versaban sobre religión. Tal cual, para salvarse de compromisos, hacían colocar, sobre la consabida mesa, los libros de modo que no mostraran al público sus lomos, a fin de que los títulos no fuesen visibles. Pero había excepciones, don Manuel Reyes Veramendi,² uno de los primeros sentados en los escaños de la

² Manuel Reyes Veramendi fue un miembro destacado de la lucha por la Independencia de México; fue nombrado coronel, diputado a veces liberal a veces conservador; tenía su domicilio en la calle de Chiquis (Academia). Al respecto, véase Luis Fernando Granados, "Diez tipos (a medias reales en busca de uno ideal). Liberales y plebeyos en la Ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX", en *Disidencia y disidentes en la historia de México* (México: UNAM, 2003), 200. Del mismo Granados, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la Ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847* (México: ERA, 2003), 132.

libertad, cuando nuestro artista lo perpetuó en efigie, hizo poner visiblemente en los volúmenes que lo acompañaron, repartida esta leyenda: “Cholita: Moral cristiana, honor y virtud, te encarga tu amante padre”, Cholita fue su única hija, sobre quien cayó la gran responsabilidad que su padre le dejó como herencia, en la admonición perenne del retrato.

También el sexo encantador se dobló a la moda, que el rey Romanticismo aportaba periódicamente de Europa, en el dorso azul de las olas, desde París a Veracruz. La moda transformaba rápidamente las costumbres. A la almohadilla y el rosario, en los retratos, sustituyeron el papel de música, el abanico o las manos desnudas ociosas y coquetas, ostentando sortijas y pulseras. Cuando enguantadas, las manos lucían su tersura al través de las mallas de los guantes de red. Los escritores y los poetas que cantaron las gracias de la mujer y el amor se hacían retratar con lira, antes que con libros, teniendo la mano en la mejilla y muy pensativos y con los ojos a medio morir.

Por fin, apareciendo el daguerrotipo, el arte de pintar al óleo quedó abandonado como cosa de lujo; a los próceres correspondía formar la parroquia de los artistas, y a aquellos para quienes significaba enorme sacrificio pecuniario el desembolso de mil dureses componían la clientela de Daguerre.

No alcanzó a don Santos la decadencia de su arte: le llovió trabajo con profusión hasta los últimos días de su vida, los cuales no se hicieron de rogar merced a la epidemia llamada “el cólera grande en 1833”. Murió el artista a los dos días de cama, bien confortado con los auxilios de la santa fe, oleado y despedido del mundo por un vicario y un notario.

Legó a su familia la casa en que vivía, bien situada en la esquina del callejón del Espíritu Santo, con vistas y entrada por la calle del Coliseo

Viejo.³ Era la casa maciza y de buen ver, sin elegancia en la fachada. Se componía de tres pisos: el alto donde el artista tenía su estudio, el entresuelo que era habitación de la familia, y el bajo donde estaban la cochera, las dependencias de los criados y la covacha de los cachivaches. Ventanas altas y anchas cerradas con rejas, permitían a la luz del sol entrada franca al piso bajo y los otros dos se esclarecían por medio de balcones rectangulares por los que entraba de lleno el confortante y alegre padre de la vida.

Don Santos no dejó muchos papeles, pues no siendo letrado, apenas guardaba cartas de familia relacionadas con la administración de una hacienda azucarera que regenteaba cerca de Cuautla, un pariente sayo. Don Santos tenía el proyecto de comprarla y para documentación acerca del manejo de la misma, guardaba las referidas cartas.

En metálico, dejó el difunto lo mejor de su caudal: peluconas, peluconas refulgentes apiladas en viejo arcón, de esas por las que se pirran los anticuarios. Eso de peluconas, les vino por apodo a las onzas de oro de dieciséis pesos, por haber sido acuñadas en la época colonial, ostentando las efigies de los reyes españoles de la dinastía borbónica, los cuales gastaban enormes y rizadas pelucas.

El cólera grande barrió mucha gente que se ufanaba de salud, esto ocasionó que el pánico cundiera, de modo que los entierros se hacían económicamente, ayunos de ceremonial fúnebre. Preciado por lo mismo fue puesto en hombros de cuatro cargadores y llevado hasta la gaveta de

³ La casa se hallaba en lo que hoy es la calle Motolinía, entre Francisco I. Madero y 16 de Septiembre. En el Coliseo Viejo, inicialmente se instaló la Escuela de Artes y Oficios a la cual asistió la autora; además, allí se encontraban el Teatro Principal y numerosas imprentas. Justamente en esa esquina se estableció, en 1861, la prestigiada Imprenta Litográfica de Decaen.

Santa Paula,⁴ donde fue intención de sus deudos que esperase los trompetazos del Juicio Final, sin echar cuenta de que la piqueta de la Reforma abatiría los muros del popular panteón, disgregando los huesos de los difuntos, como un ciclón del Golfo esparce a todos los rumbos cardinales, las arenas de las dunas de Veracruz.

II

Pasados el duelo por la muerte del pintor y el susto de la epidemia que tenía a la ciudad con carne de gallina, doña Mariquita, la viuda, en complicidad inocente con un abogado pillo y taimado que compartía con ella el albaceazgo por disposición postrera del fallecido, empezó a dar pellizquitos a la fortuna, cambiando peluconas a Dios dar. Para eso que abundaban en el arcón.

Pronto la herencia de don Santos comenzó a menguar a la simple vista. Doña Mariquita se percató de ello, porque las doradas columnas que al principio parecían capaces de sostener las bóvedas de un templo gótico, a la viuda le parecían así, con el desgaste de unos años quedaron reducidas a pivotes alrededor de los cuales girarían los diversos aspectos de la miseria. La ruina era inevitable y estaba llamando a la puerta.

Como remedio anodino, la viuda se deshizo, no sin trabajo, del pico largo de la curia, cuando éste a fuerza de trasiego tenía los bolsillos a reventar, poniéndose ella misma, que nada sabía de administrar bienes, al frente de los suyos.

⁴ El cementerio de Santa Paula se ubicaba en Santa María la Redonda, entre Mosqueta, Moctezuma y Camelia, cerca del Eje Central y Paseo de la Reforma.

Manejó a su modo las talegas restantes. Dispuso que el tercer piso de la casa se desocupara para ponerlo en alquiler, que en los bajos se sustituyesen las ventanas por puertas, convirtiendo en local propio para almacén toda la parte exterior que miraba a dos calles, exceptuando las dependencias de los criados, la cochera y caballeriza. En el entresuelo se estableció la numerosa familia Preciado, no sin que la reducción de casa disgustase a sus miembros. A algunos de ellos a lo menos. ¡Pero qué habían de hacer! Estaban arruinados y a lo hecho, pecho,⁵ pensaron los que pensaron con cordura.

Adaptados los bajos para comercio o cosa así, Dios deparó a doña Mariquita, un francés⁶ que buscaba local para establecer la primera litografía en la capital de México,⁷ quizá en la nación misma, pero eso ni la

⁵ Julia Sevilla y Ma. I. Teresa Zurdo Ruiz-Ayúcar, coords., *Refranero multilingüe* [en línea], señalan que *a lo hecho, pecho* es un refrán que hace referencia a que, si una situación es irremediable, sólo queda asumirla; “Este refrán se aplica en especial cuando hemos cometido un error o nos sobreviene algo no deseado pero, en esos casos, de nada sirve lamentarse, sino reaccionar”. Más aún, “*Pecho* está empleado en este refrán con el sentido de ‘valor, esfuerzo, fortaleza y constancia’”.

⁶ A mediados de la década de los 30 del siglo XIX, la litografía se popularizó en México gracias a la injerencia de varios litógrafos franceses que arribaron a la capital del país y establecieron litografías de carácter comercial. Constituyeron sociedades con comerciantes destacados tanto mexicanos como europeos, y fundaron talleres sólidos como los de Severo Rocha y Adrien Fournier, la Casa de Auguste Massé y Joseph Decaen, y el almacén de estampas de Jules Michaud. Por otro lado, aquí resulta interesante el hecho de que Laura Méndez de Cuenca estaba familiarizada directamente con otro de los introductores de un taller litográfico y de impresión, Alfredo Bablot D’Olbreusse (Burdeos, 1827- México, 1892). Véase nota 1 del estudio introductorio.

⁷ Quienes introdujeron la litografía en México fueron los italianos Claudio Linati (1790-1832) y Gaspar Franchini (?-1825). Procedentes de Londres, arribaron a las costas de Veracruz el 22 de septiembre de 1825, y desde este puerto se trasladaron a la capital.

Preciado ni el industrial llegaron a ponerlo en claro. Lo cierto fue que, allanadas las dificultades consiguientes a la instalación de maquinaria, licencia y artefactos industriales, el francés se plantó en la casa dándose aires de lo que era: el patrón. Del amplio local sacó despacho al exterior y talleres en el fondo. En el anticipo de renta y renta en depósito, la viuda del artista vio por primera vez entrar en su ropero, que ya no en el arcón vacío, dinero que, manejado con habilidad, llamaría dinero, levantando en firme el sistema económico de la arruinada mujer. Quedaba planteado el problema de los altos, pero, afortunadamente para su resolución, no hubo menester del segundo binomio, pues unos tahúres empedernidos, que miraban por engrandecer un negocito ratonero que apenas les daba qué comer, refaccionados por un ricacho payo, sin otra ocupación que echar por un voladero su caudal, entraron en tratos con la Preciado y arrendaron el tercer piso. Lo que había sido templo del arte, pasó a serlo del vicio, cediendo Euterpe el puesto a Birján,⁸ sin

Franchini falleció tras su llegada a la Ciudad de México; sin embargo, el primer taller litográfico en nuestro país quedó instalado por su socio Linati en enero de 1826. Con la colaboración de Florencio Galli y el poeta cubano José María Heredia, este mismo personaje fundó el periódico *El Iris*, publicación que sacó a la luz las supuestas primeras litografías impresas en México en febrero de 1826. Investigaciones recientes señalan que fue impreso antes un retrato del papa León XII, por el mismo italiano, unos días antes. Por problemas políticos se suspendió tal periódico y Claudio Linati se vio forzado a abandonar el país en 1827. Edmundo O’Gorman sugirió que Linati dejó varios discípulos en México bien preparados para continuar con la expansión del oficio, entre los que se encuentra el oaxaqueño José Gracida, véase Arturo Aguilar Ochoa, “Los inicios de la litografía en México: el periodo oscuro (1827-1837)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 29, núm. 90 (primavera de 2007): 65-100.

⁸ “Paralelamente a la prohibición, se creó todo un universo de representaciones sobre los espacios de juego, los jugadores y las consecuencias de dicha práctica. [...]

vuelcos ni reparos. Una partida a todo lujo quedó abierta al público, sin necesidad de bombos ni platillos. Y fueron tan sólidos sus cimientos, que, según cuenta el siglo xx, todavía la conocieron sus primeros años. Se la designaba con el nombre de “el 7 del Portal”. ¡Si el finado hubiera podido ver su morada!

En la sala grande, bañada de alegre sol, precisamente en el centro, donde había estado el caballete, ahora se encontraba de oriente a poniente una mesa larga de ocho patas, tapizada de paño verde brillante, un tono más subido que el verde tierno de las hojas nuevas. A su alrededor sillas de caoba, pesadas, aunque estrechas, para que cupieran muchos, y más sillas adosadas contra la pared, dejando sitio nada más en los cuatro rincones, a sendas rinconeras sustentando candelabros de cinco luces. Cortinas y transparentes de ameno paisaje en los balcones, con el deliberado intento de matar la alegría de la estancia durante el día, y pare usted de contar. Las demás habitaciones del piso alto o se amueblaban con unos cuantos trebejos del guarda casa o estaban vacías. Los tahúres

Birján era el nombre que los escritores evocaban cuando hablaban sobre el juego. Se trataba de una especie de dios, en la medida en que era citado al lado de otras divinidades, en particular Venus y Baco. [...] A pesar de todas estas referencias, no existe ninguna relación entre Birján y la mitología romana. Sus orígenes hemos de buscarlos en la España de fines del siglo xvi y principios del xvii. Creemos que este nombre viene de Vilhán, un personaje legendario, considerado, como también lo fue Nicolas Pépin, inventor de los naipes, y cuya historia ha sido trazada gracias a los estudios de Jean-Pierre Étiennevre. [...] Ahora bien, la leyenda tomó forma propia en México y no sólo por la adaptación del nombre”, Verónica Vallejo, “El mundo del juego: la literatura y las representaciones en torno a los juegos de azar en el siglo xix mexicano”, en *La tinta en la clepsidra. Fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica*, ed. de Sònia Boadas, Félix Ernesto Chávez y Daniel García Vicens (Barcelona: PPU, 2012), 458-459.

pagaban a la Preciado por renta una onza diaria y sostenían un portero y un convidador. Uno y otro se turnaban haciendo guarda en el zaguán: mudo el primero y hablador el otro.

La presencia de una relumbrante onza de oro, en aquellos tiempos en que la moneda acuñada era la única y valía su peso, significando un *idem* el gasto cotidiano de una familia de cuatro personas más dos de servidumbre, hacía abrir tamaños ojos al que alcanzaba poseerla. Con un peso en mano, sin tirones, ponía un ama de casa, a su mesa, la tradicional taza de caldo con rebanadas de limón, dos sopas, puchero de ternera y carnero con jamón y garbanza, guisado y frijoles para la comida principal, amén de chocolate para el desayuno y la merienda. Como del mismo cuero salen las correas, del propio peso sacábanse las velas de sebo y los palitos de azufre con que las casas se alumbraban y la luz se encendía, respectivamente.

En su onza tan vergonzosamente adquirida vio doña Mariquita un potosí, aumentó el número de criados, les echó librea encima y se entregó al mangoneo por las calles comerciales, seguida de su coche, el cual seguía a paso de funeral en atisbo del ama, quien entraba en un cajón y salía de otro, comprando fruslerías⁹ y cosas inútiles. La onza, al principio daba mucho de sí, ayudada por la crecida renta del litógrafo.

Ese afán de salir pronto del dinero fácilmente adquirido, comprando cosas que no hacían ninguna falta, se lo disculpaba a sí misma doña Mariquita haciendo un escarceo introspectivo de sus tendencias y de sus hábitos. Ociosa por costumbre, manirrota porque así la había hecho

⁹ *Fruslería*: una “cosa de poco valor” o sustancia. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, 23a. ed., actualizado en diciembre de 2019, <https://dle.rae.es/>. En adelante, nos referimos a este diccionario como *DLE*.

Dios, según su propio decir, y con el fardo a cuestras de la ignorancia con que dotaban sus padres a la mujer, para que las luces características del siglo XIX les alumbrasen solamente a los hombres, la Preciado no corría el riesgo de que la sociedad le cerrase sus puertas por marisabida.¹⁰ Qué pecado tan grande hubiera sido un cálculo de aritmética elemental, figurándose que la oncita era el dividendo, las manos gastadoras el divisor y la miseria el residuo, tocando la representación del cociente, a los ambiciosos comerciantes.

Doña Mariquita compró tápalos chinos para sí y su hija mayor, de multicolor floleos al realce y flecos largos de seda torzal, que no le pedían favor a los que no mucho tiempo antes entraban por Acapulco periódicamente aportados por la española nao, procedente de la gran China. Olvidando ser la viuda de un artista y no de prócer, se plantó de señora, ajuareando de nuevo la casa y convidando a visitarla, a cuanta ricacha ociosa le salía al husmeo del dinero, en joyerías y cajones de ropa.

III

El francés de la litografía, observador fino y hombre de bien, no quitaba de los movimientos de la casa sus ojos azorados. Se la pasaba comparando la economía francesa con el derroche mexicano. Pero después de todo, a mí qué, decía para su coletó. ¿No se necesita de pueblos desbarajustados en América, para que Francia pueda repartir los productos de su invención, de su industria, de su buen gusto y de su gracia? Que todas

¹⁰ *Marisabidilla* es una forma coloquial con la que se nombra a una “persona que presume de sabia”, *DLE*.

compren *bric-à-bracs*,¹¹ sedas, joyas a Francia, ya que no todas pueden ir a París a dejarse allá sus caudales. Por supuesto que no se expresó en palabras, sino en ideas, de otro modo habría usado voces de su léxico especial, enlazadas con sintaxis internacional.

Algún tiempo se mantuvo con el pico cerrado; pero la carcoma que en su buen corazón se lo comía para comerse también de un buen bocado al egoísmo, empujólo a tomar la resolución de inmiscuirse en los asuntos de la viuda. Ésta, por sus modales fríos y tiesos, no convidaba a amabilidad ninguna, y fuera de saluciones corteses, más que de vecinos, de propietario que se da tono con inquilino que sabe cumplir con su deber, no existía, entre el francés y la viuda, una relación que al primero le sirviera de pretexto para pegar hebra.¹² Llamábale ella en su cara: don José; detrás de su persona, el gabacho.

Pudo más el generoso impulso de hacer bien; el gabacho dispuso entablar amistad con la Preciada, valiéndose de los nietos de aquella, para descartar toda sospecha de interés personal en las señoritas sus hijas, si la emprendía en conversación con ellas. Acariciaba a los niños cuando bajaban al patio a brincar la cuerda; les regalaba dulces y estampas vistosas de la litografía. Su propósito quedó cumplido antes de dos meses. La abuela se fue desestirando poco a poco. Con el trato constante, despertó la locuacidad femenil en la adusta señora y con la conversación, jocunda e íntima, salieron las confidencias. El pecho de la Preciada se vació de un

¹¹ *Bric-à-bracs* se refiere a objetos de colección de tipo ornamental, traídos de Francia, tales como tazas de té, vasos, flores de vidrio o cera, que se ponían en los estantes, mesitas, vitrinas y repisas en los interiores de casa.

¹² *Pegar la hebra* es una locución verbal de tipo coloquial que significa “trabar accidentalmente conversación, o prolongarla más de la cuenta”, *DLE*.

tirón en el del gabacho. Aprobó éste algunas determinaciones tomadas por la viuda, reprobó otras y empezó su tarea de consejero. La economía que reportaba la supresión de criados, propuesta por la dama, pareció de perlas al extranjero, igualmente el propósito de meter a los chicos a la escuela. “Eso servirá de que no sean zánganos cuando crezcan”. Lo decía esto de buena fe ignorando que los dos hijos mayores de doña Mariquita, autores de la prole que él consentía, no eran otra cosa sino zánganos; si salían tan plantados a sus negocios a horas entradas del día, era porque sus negocios estaban concentrados en el billar, o en pararse de plantones en la puerta de la pastelería de Plaisant.¹³ Ya no eran mozalbetes, sino talludos y derechos. Pollos enclenques los dejó su papá; el tiempo en colaboración con la holganza, industria vil a cuyo servicio los menores Preciado se habían puesto, les echó años encima, restándoles vergüenza y vigor. Se habían casado desde en vida de su padre y engendrado una cáfila¹⁴ de hijos esmirriados como lombrices que periódicamente Dios mandaba a los médicos, tupiéndoles el entendimiento para que, convertidos en ángeles, los despacharan al Cielo.

Muerto el artista, sus haraganes hijos varones siguieron viviendo a costillas de su mamá y procreando criaturas canijas, a pesar de haberse llegado a convencer de que su semilla genésica era de mala calidad, y que no siendo para este mundo los críos, volaban, volaban con rapidez al otro. Desde que se enteraron que el caudal mermaba, se abstuvieron de

¹³ La Pastelería y Dulcería Francesa de Antonio Plaisant, ubicada en la calle 2a. de Plateros 3, fue una de las más famosas en la década de 1860; vendían helados, quesos, salchichas, pescado en salmuera, vinos y licores de importación.

¹⁴ *Cáfila*: “conjunto o multitud de personas, animales o cosas que, preferentemente van una tras otra”, *DLE*.

derrochar. Seguían su existencia quieta reforzando el coro de los ángeles, y aprendiendo el oficio de coimes del billar,¹⁵ por lo que pudiera suceder.

Una mañana que doña Mariquita amaneció extraordinariamente expansiva y confidencial acabado el frugal desayuno, bajó al almacén del gabacho. Le abrió de nuevo su corazón y le pidió consejo. El francés, que ya se despepitaba por ese menester, gustoso le aconsejó muchos proyectos que, minuciosamente examinados, podían reducirse a dos: trabajo y economía. Eran cosas duras de pelar que no entraron en el cacumen de doña Mariquita. El consejero no fue tenido en cuenta. Desairado el gabacho no desmayó, conformándose con que la amistad con la viuda, cultivada como se cultiva una mata de claveles, le diera otra ocasión más afortunada de volver a desempeñar el papel de áulico.

Doña Mariquita, pensándolo mucho y no queriendo echar a mala parte las indicaciones de su inquilino, ayudada de su rudimental aritmética, hizo en la última página del libro de su lavandera una serie de números cojitrancos con renglones trazados como patas de mosca. Recortar, recortar, ahí está el *quid*, según dice el gabacho que sabe mucho de estas cosas, pensaba la viuda, al hacer y rehacer sumas y restas en su página garabateada. Pues recortaré, recortaremos hasta donde se pueda.

Largo tiempo se entretuvo en cálculos y combinaciones, cavilaciones y resoluciones, tachando aquí, aumentando partidas allá, hasta que le salió del magín¹⁶ el deseado Eureka. “No, no quitaré el coche, pero sacaré a los chicos de la escuela”.

¹⁵ *Coime de billar* es aquél que “cuida del garito y presta con usura a los jugadores” o, simplemente, un mozo del establecimiento, *DLE*.

¹⁶ *Magín*: “imaginación”, *DLE*.

Los chicos eran cuatro. A cada matrimonio le había quedado una pareja, salvada de entre tantas defunciones a fuerza de empeños del Pro-tomedicato y de tesón por parte de los que no querían morir: de los chiquitines. Apuntalados con aceite de bacalao se iban sosteniendo y aplazando a la pelona, Angelito y Regina, de siete y seis años de edad, respectivamente, habían sido traídos al mundo por el hijo menor y su cón-yuge; y por el mayor y su cara mitad, Nacho y Pilar, que estaban haciendo su entrada trabajosamente en la adolescencia, aunque se les miraba con alegría, más para la juventud que para el sepulcro. Más para allá que para acá, solía decir su abuela suspirando ante la tremenda responsabilidad del porvenir de sus nietos, en la cual ella no veía nada atractivo, pero sí sentía el peso de una carga.

El par de bigardones que habían dado el ser a las sendas parejas ya no exigían mucho: habían declinado, sin probarlas, las nobles satisfacciones de la vida; se conformaban, al vislumbrar la decadencia de la fortuna, con tener al lado de doña Mariquita, casa y plato para sí y sus familias, con tal de que obligación chica ni grande les cayese encima. Es decir que le sacaban el bulto al afán del día teniendo en la mente el refrán aquel: “¿quién es el que te hace rico?, el que te mantiene el pico”. El de la indumentaria era ya problema resuelto desde que doña Mariquita, suspendiendo la compra anual de las remesas de telas para sus nueras y críos, iba parsimoniosamente sacando de su guardarropa desechos de elegantes prendas de vestir, aunque de corte antiguo, para que ellas los arreglaran como pudieran; y del guardarropa del extinto, largo tiempo cerrado e intacto, fue sacando primero las prendas más usadas, luego las menos y finalmente las que don Santos no había llegado a usar. Las distribuía entre sus hijos varones y su nieto, para que no salieran a la calle con la clásica vestimenta de nuestros emigrantes: una mano atrás y otra

adelante.¹⁷ Doña Mariquita comunicó su decisión a su consejero. Lo había pensado mucho y, después de hacer cuentas, resolvió que los cincuenta pesos que mensualmente cobraba el padre Pérez por la colegiatura de Nacho y Angelito, libros y enseres escolares inclusive, y otros treinta de pensiones en casa de *madame* Pommiers, en beneficio de Lucha, Pilar y Regina, permitían el ahorro requerido para sostén del coche. Ella, la viuda, luengos años acostumbrada a aquel vehículo, creía un desacato a su posición y autoridad que se la obligase a poner los pies en las piedras de la calle como cualquier mujer ordinaria.

El gabacho oyó las razones de su vecina sin convencerse de lo que ella aducía. Se atrevió todavía a proponerle que los recortes al presupuesto doméstico no alcanzaran a la educación de la prole, privándola de la escuela, pues equivalía a tanto como cerrarle de una buena vez la puerta del porvenir. La viuda no se daba a partido. El consejero erre que erre¹⁸ en que prevaleciera su parecer, pintando la negrura dantesca que aguarda a la juventud amañada en la ignorancia, y con irisados colores la existencia de quienes son dueños de un entendimiento logrado a la luz del saber. Obtuvo un mediano triunfo el industrial: quedarían definitivamente suprimidas las lecciones de repostería y cocina de las dos niñas, el maestro de guitarra de la menor, el de baile de Anita, las cuotas escolares al padre Pérez y a *madame* Pommier. Nacho y Pilar acabarían su instrucción en los planteles de Beneficencia,

¹⁷ *Con una mano atrás y otra delante* quiere decir en la miseria.

¹⁸ *Erre que erre* es una locución que indica que alguien está llevando a cabo una acción obcecadamente; es decir, con una terquedad que no conduce a nada; Alberto Buitrago, *Diccionario de dichos y frases hechas. 5 000 dichos y frases hechas diferentes y 3 000 variantes de los mismos*, 2a. ed. (Madrid: Espasa Calpe, 2007).

Angelito y Reina iniciarían la suya con las señoras monjas de la Enseñanza.¹⁹ En cuanto al coche, no cabía discusión: quedaba el vehículo sin lacayo, con sólo cochero, para utilidad de la familia y trofeo de la casa Preciado.

El francés, antes de despegar los labios para nuevos argumentos, se los mordió con rabioso despecho a la par que concebía un plan: proponerle a doña Mariquita que le vendiera la casa. Transcurrido un lapso sin que el consejero se inmiscuyera en la vida privada de su vecina, haría el gabacho su proposición. Observar, acechar, fraguar planes fue por algunos meses la ocupación principal del litógrafo. Así iba el mundo por la casa de los Preciados.

¹⁹ El convento de Nuestra Señora del Pilar, Compañía de María o convento de La Enseñanza, cuyo templo se localiza al norte de la Plaza de la Constitución, cuenta con una portada que da a la calle Donceles 100. Por su parte, el templo de Donceles 102 formó parte del convento hasta 1867, año en que se exclaustró a las religiosas. Su construcción data de 1754 y su fundación corrió a cargo de María Ignacia Azlor y Echeverz de la Compañía de María (La Enseñanza). En 1868, el edificio pasó a formar parte del Palacio de Justicia, no obstante, para 1870 se reubicó en este recinto la Escuela Nacional de Ciegos. Desde el 15 de mayo de 1943, alberga al Colegio Nacional, al igual que oficinas administrativas de la Secretaría de Educación Pública; véase Alejandro Escobar Duran, Claudia María Teresa Rea Torres y Luis Eduardo Trejo Reyes, “Templo de la Enseñanza (Iglesia de Nuestra Señora del Pilar) Donceles número 102” (tesis de licenciatura en Ingeniería, IPN, 2018).

IV

Desde que Anita, la mayor de las hijas de doña Mariquita, se hizo casadera, la madre proyectó deshacerse de la carga decorosamente, por medio de un matrimonio de conveniencia. Para conseguirlo fue menester hacer algunas tentativas, que la señora conceptuaba sacrificios. Dispuso compartir las rentas de que todavía disfrutaba con la joven, y esto fue comprar apares, sayas y mantillas, peinetas, chales y tápalos²⁰ de gros. Se abonó a palco en la ópera y no faltaba tarde a tarde en el paseo de Bucareli. Si el segundo cólera grande del año de 50²¹ no se hubiera presentado con igual saña que el que arrebató del mundo a don Santos en el 33, doña Mariquita no habría dado tregua a su mucho pasear; pero Dios quiso que los chales de la India, los tápalos de moiré que se paraban solos, los tunicos de brocados o de chalí, las peinetas de teja, la tumbagas de brillantes tablas, montadas en plata, todo, todo, todito hubiera entrado en receso en cómodas, alacenas y estuches, obligado por los estragos de la epidemia. Arrebatando aquí, devastando allá, enlutó a familias amigas de los Preciados, cercenó a doña Mariquita de algunos parientes que le chocaban mucho y por pobretones le pesaban más. Como de todas suertes, la decencia requería vestir de negro por ellos, no había que pensar en asomar las narices al balcón. El golpe más

²⁰ *Tápalo*, en México: “chal o mantón”, *DLE*.

²¹ En el siglo XIX, hubo dos grandes epidemias de cólera que asolaron a nuestro país: una en el verano de 1833, y otra entre 1848 y 1850. La segunda epidemia, a la cual se hace referencia en esta novela, se extendió en un periodo conflictivo política y económicamente para México, debido a la reciente guerra e invasión norteamericanas; véase Lourdes Márquez Morfín, “El cólera en la Ciudad de México en el siglo XIX”, *Estudios Demográficos y Urbanos* 7, núm. 1 (1992): 77-93.

triste y fúnebre de veras fue que la bárbara epidemia sin respeto a la juventud, a la hermosura y al arte se llevara de la escena y del mundo a la famosa cantante alemana Henriqueta Sontag,²² cuya voz y cuya belleza eran el principal incentivo del entusiasmo en el gran Teatro Nacional, pero paso a paso fue apaciguándose el horror a la plaga con su desaparición del país. La viuda, ya con ánimo sereno, volvió a las andadas que la traían loca: gastar sin ton ni son, mayormente en frivolidades. Lo que no hacía falta en su casa era lo que mayormente entraba en ella. Luego que la viuda se percató de que la ruina definitivamente se descolgaba sobre la herencia legada por el artista, intentó tomar nuevas providencias, y las tomó tan virilmente como se toma una sal catártica en el momento álgido de la indigestión. Se acabó el dar a los haraganes y sus familias, fuera de la comida del montón, auxilio alguno. Les hizo saber esto, en lo que quedaron conformes. Suspendió también el abono a *El Correo de Ultramar*²³ que traía las modas de París, y le servía para que una costure-

²² Henriette Sontag, condesa de Rossi (1806-1854), falleció en México a la una de la tarde del 15 de junio: “Ayer desde bien temprano la calle de San Francisco estaba llena de carruajes y la multitud se agolpaba para ver, aunque fuera el ataúd de la simpática *prima donna*. A las cinco y media salió la comitiva. El ataúd llevaba encima una cruz de plata, una lira, una guirnalda de trinitarias y una corona de jazmines. No fue conducida en el carro fúnebre sino llevada en hombros por los señores miembros del club filarmónico alemán [...]. La comitiva tomó el callejón de Betlemitas y llegó al convento de San Fernando como a las seis y media”, “Entierro de la señora Sontag”, *Gaceta*, *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de junio de 1854: 4.

²³ *El Correo de Ultramar* fue un periódico publicado de 1842 a 1886, en París, que, a partir de 1869, contó con un suplemento dedicado a difundir novedades de la moda y cuyo público estaba centrado en las lectoras femeninas. Véase Lilia Vieyra Sánchez, “La Ilustración Española y Americana (1869-1921)”, *Caleidoscopio*, núms. 35-36 (julio-diciembre de 2016 / enero-junio de 2017): 15-42.

ra entendida renovara las prendas viejas de vestir, ya pasadas de moda, transformándolas en otras que pretendían pasar por modernas.

El gabacho atisbaba. La oncita no era de hule, su elasticidad estaba a punto de acabar dando el gran reventón, cuando a doña Mariquita se le ocurrió vender la casa, para salir de apuros. Puso en conocimiento de su inquilino todo un programa de vida futura, sobre bases de economía y moral, encontrando no sólo aquiescencia en el gabacho, sino que también el comprador deseado. A él le supo a gloria la noticia, porque anhelaba que aquella señora se gobernara mejor en lo sucesivo, dado por hecho que la experiencia bastante dura que la Preciado había tenido que soportar, le diese una lección inolvidable. En viéndose rica otra vez, ya aprendería a gobernar su hacienda. Ella lo prometió, asegurando que le había visto las orejas al lobo.

Antes de cerrar el trato doña Mariquita pidió al gabacho que le señalara renta a las habitaciones de arriba, pues había decidido permanecer en ellas como inquilina. Tenía apego al lugar y se le hacía cuesta arriba abandonar la casa donde habían nacido sus hijos y cerrado los ojos el inolvidable don Santos.

Contrariando su sentir, el extranjero asintió. Tenía él el propósito de trasladarse con su familia a los altos, para mayor comodidad, pero ante el empeño de la Preciado en no cambiar de residencia por las razones que expresaba, creyendo él que un resto de buenos sentimientos enderezarían a la despilfarrada, pasó por todo.

Al entrar en las arcas de la viuda el importe de la venta de la casa, en dinero contante y sonante, la sacó del endeble quicio de su razón. Para gastar a dos manos no tuvo reparo ni freno. Se olvidó de sus propósitos de enmienda, cerrando los oídos al consejero áulico, a quien hizo comprender que sería, en lo sucesivo, solamente propietario y vecino. Cierto

que la versatilidad de carácter de la viuda se le veía a leguas de distancia, siendo el único rasero fijo de su modo de ser, la prodigalidad desatentada y sin freno.

A vuelta de cuatro años la desbarajustada mujer volvió a depender de la onza de oro de los tahúres, para llevar pan a su familia. Daba vueltas mil a la pieza de oro entre sus dedos, antes de resolverse a cambiarla, y le parecía vergonzante y roñosa. ¿Qué se podría comprar diario con la miseria de dieciséis pesos? Nada, nada.

Pensando en esto, con la atención meditativa del sabio que persigue un glorioso descubrimiento, sin encontrar salida a sus apuros, pasó la viuda varios atardeceres, sentada en una silla costurera, junto al balcón de su recámara, que veía al patio. Distraíala, a veces, de su pensar, el lejano retintineo del dinero de la partida, cada vez que el tallador barría las puestas de los perdidosos o doblaba la de los afortunados. Con frecuencia vio bajar la escalera a los que habían acertado al juego, paulatinamente, de escalón en escalón, contando su ganancia con alegría. De la continua observación, brotó una chispa en su cerebro. ¡Si subiera a la partida ella misma a probar fortuna! ¡Quién sabe!, tal vez la suerte le fuera favorable, si no siempre, siquiera de cuando en cuando. Con tal cual ocasión propicia, se compensaría de las de fracaso, y se redondearía su arca vacía, ya sin esperanzas de volver a llenarse. Tras de mucho reflexionar, apartó de su pensamiento aquella idea inmoral que, puesta en práctica, acarrearía la vergüenza a la casa de los Preciados. Si el artista honorable viviera, qué pensaría de la ignominia en que su mujer se recreaba mentalmente. Por obra de Dios fue el suyo pecado de pensamiento nada más y voló al impulso de nobles rebeliones de la viuda, contra el horrible vicio que la tentaba.

V

El gabacho en atisbo, no quitaba los ojos de la vivienda de doña Mariquita, escudriñando taimadamente los movimientos de la familia. Notó el desastre económico que ya no era posible esconder, leyendo en los corazones de la madre y las hijas el malestar que produce la miseria. Anita se iba pasando sin encontrar novio. Lucha había llegado a la plena juventud con ilusiones, esperanzas y anhelos cuya realización no tenía visos de presentarse. Los nietos mayores Nacho y Pilar luchaban a brazo partido con la adolescencia. Iban logrando triunfar de la raquitis del cuerpo, cuando se les ofrecía la del espíritu, en presencia de la pobreza vorazante que precede a la horrible miseria.

Cavilando sobre el tema de su situación de penuria extrema, la Preciado no encontraba después de quemarse los sesos, otra solución que la del juego, no como recurso inmediato, sino adoptándolo profesionalmente. Le pesaba que no se le hubiese ocurrido esta idea cuando recibió la mayor parte del dinero de la casa: ella habría podido poner el monte en la propia partida de arriba y tomar el negocio por su cuenta. En vista de este desacierto de su mísero cacumen, pensaba la viuda, habrá que conformarse con lo que la suerte depara: ser *punto*.²⁴

Lo pensó varios días con sus noches, se le hacía arduo ser la única señora que se atreviera a solicitar entrada en una casa de juego. No había visto en su puesto de observación, que en el 7 del Portal se hubiesen franqueado las puertas a mujer alguna. Además era ella toda una señora. ¿Qué pensarían sus hijos, qué dirían de ella sus amigas, cómo la trataría la sociedad, dando de buenas a primeras un paso así?

²⁴ *Punto*: “En algunos juegos de azar, jugador que apunta contra el banquero”, *DLE*.

Con cada crepúsculo tentaciones invisibles le traían nuevo ardor por jugar. Seguían al entusiasmo nuevas vacilaciones. ¿La admitirían los tahúres, siendo que ya no era la dueña de la casa, sino sólo una arrendataria que subarrienda? Los monteros no habían menguado hasta ahora sus corteses saludos, sus afables sonrisas, por lo que doña Mariquita abrigaba esperanzas de ser bienvenida. ¿Pero si saliera desairada?

Se animaba, se desanimaba: por turnos el abatimiento y el frenesí la sobrecogían. Una noche determinó pasar por todo y subir a la partida, pero al pisar el primer peldaño de la escalera, oyó toser con pertinacia a Pepe, el menor de los hijos varones. Se detuvo un buen momento, como si la hubieran clavado contra el pasamano. ¿Qué tendría Pepe? ¿Estaría enfermo desde tiempo atrás y ella, su madre, no se había percatado? Ella era así: displicente, veía con indiferencia a su misma prole, aunque reconocía que en ello faltaba a su deber. Cuando iba a hacer sus primeras diligencias, parecía que se le atravesaban obstáculos insuperables. Pepe dejó de repente de toser, como si con un cuchillo y de un tajo le hubieran cortado la tos. Le oyó hablar con Carlota su mujer, y su acento era claro y suave. “Ya pasó, ya pasó el acceso”, dijo para sí, poniendo el otro pie en el segundo escalón. Si los pies estaban expeditos para ascender, en la mente se le atoraba algo punzante al mismo tiempo que el corazón le hacía tun, tun. ¿Qué pensarían de ella sus hijos cuando la supieran apostando en la partida, codo con codo de holgazanes empedernidos en el vicio? Los dos hombres casados empezaban a ponerse machuchos,²⁵ y aunque trotacalles de oficio, sinvergüenzas que se dejaban mantener, carecían

²⁵ *Machucho*: “Familiarmente, viejo socarrón y experimentado, astuto, sagaz, avisado”. Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, 2a. ed. (México: Porrúa, 2005). En adelante, nos referimos a este diccionario como *DM*.

de los vicios tenidos por mayúsculos: ni ladrones, ni borrachos, ni mujeriegos, ni jugadores. El *dolce far*²⁶ ocupaba su tiempo lo mismo a domicilio que en la calle. Pepe chupaba cigarros de Monzón,²⁷ les daba el golpe y se divagaba con las volutas de humo que ascendían de su boca hasta desleírse en el ambiente. Manuel ni siquiera eso, era un santo, como los anacoretas de la Tebaida.²⁸ Su existencia de contemplación empezaba a medio día, cuando desperezándose salía de entre las sábanas para darse, haciendo muchos gestos, una ablución en agua fría que algo le levantaba el ánimo. Se acicalaba las uñas con esmero, desayunaba frugalmente y pian pianito iba a dar con sus huesos al billar del Hotel de San Agustín.²⁹ A las tres ya estaba de vuelta a comer. Lo hacía parcamente y se echaba en un sofá a dormir larga siesta. Otra visita al billar y temprano a casita

²⁶ *Dolce far niente* es una locución coloquial italiana que significa “dulce hacer nada” y denota indolencia, pereza u ociosidad.

²⁷ La autora se refiere a la antigua Fábrica de Puros y Cigarros (envueltos en “papel excelente de lino traído de Europa”), fundada en 1856, localizada en el Puente de Monzón 1 (hoy calle Isabel la Católica).

²⁸ Los anacoretas de la Tebaida, o padres de la Tebaida, fueron aquellos monjes ermitaños que se retiraron a la región del desierto del antiguo Egipto cercana a Tebas, para vivir en austeridad, mortificación y penitencia. Los más representativos son san Antonio Abad (nacido en el siglo III d. C.) y Pablo el Ermitaño (228-342 d. C.), considerados por la tradición como el fundador del monacato y precursor del anacoretismo cristiano, el primero, y el segundo, como el primer ermitaño que existió; véase Damaris Romero González e Israel Muñoz Gallarde, eds., *Historia de los monjes egipcios* (Córdoba: Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades, 2010), 191.

²⁹ Dicho establecimiento funcionó desde mediados de siglo XIX; se encontraba en la calle y bajos del mismo nombre (hoy calle Uruguay); ofrecía cuartos para hombres y mujeres; contaba con la Fonda Universal que vendía comida mexicana, francesa, española e inglesa. En la parte de abajo del hotel se rentaban accesorias para peluquerías, cajones de ropa, zapaterías, etcétera.

a descansar de las fatigas del día. ¿Y las hijas tomarían a mal que doña Mariquita probara su suerte en los albures y la ruleta? Probablemente no pensarían en ello, porque las mujeres no estaban acostumbradas a pensar mal de sus padres, dando por santo y bueno cuanto ellos hiciesen, máxime cuando en aquel entonces se les imbuía la idea de que ningún derecho tenían para juzgar de sus acciones.

Poderoso impulso empujó a la viuda a avanzar, adelantó con firmeza el pie en el tercer escalón y como si del pensamiento saliera a detener sus ímpetus una cuerda estridente, sintió a la vez que un chirrido, un tirón hacía atrás obligándola a descender hasta el rellano. “Lo pensaré mejor”, se repitió a sí misma, desistiendo del intento.

Pasaron días aburridos y noches de a cien horas. Doña Mariquita volvió a las andadas con más ahínco que nunca. En fuerza de cavilaciones había resuelto por lo pronto, a lo menos, el problema de los hijos: no subir a la partida, sino en altas horas de la noche, cuando la casa toda estuviese entregada al sueño. Si lo llegaban a saber después, en vista de la prosperidad que el jugar había traído a la familia, chitón: nadie diría esta boca es mía.

Por fin. Una noche a eso de las diez y media, subió quedamente la tenaz viuda los dos tramos de escalera; al desembocar del segundo, se ofreció de sopetón a sus ojos ansiosos de mirar primero, desmesuradamente abiertos después, el cuadro jamás visto de una partida. La gran mesa cuadrilonga con su carpeta verde en el centro, muy alumbrada por profusas velas de esperma, repartidas de cinco en cinco en dorados candelabros. En el centro de la mesa, apiladas en columnas refulgentes, de a cincuenta piezas por pila, las refulgentes peluconas, cuyo retintín la tentaba incesantemente, repiqueteándole en el corazón. A entrambos lados del oro, columnas de plata de igual altura brillaban también con el

deslumbrante brillo de la tentación. Pesos españoles eran, entreverados los de la época virreinal con los primeros del cuño mexicano. Alrededor de la mesa varios hombres, mayormente entrados en años, aunque no escaseaban los de media edad ni los jóvenes. Con el sombrero encasquetado, chistera o fieltro, todos, y algunos con el raglán puesto, o la capa española terciada como si hiciera un frío atroz. No faltaban en la reunión dos o tres rancheros de sombrero jarano y sarape del Saltillo, con las bolsas de su chaqueta repletas e hinchadas, o sonoras por haberse vaciado ya bastante. Eran los *puntos*.

Los tales no quitaban la vista de las manos del tallador, quien indiferente al figoneo, sin mostrar que le molestaba el humo del jugador vecino que no se quitaba la cachimba de un puro de la boca, corría secamente la baraja, frecuentemente cambiaba esta por otra más nueva como para dar con ello satisfacción a los mirones. Con voz clara y articulación precisa, anunciaba por sus nombres las cartas que iban saliendo.

La Preciado se detuvo distante de la puerta, desorientada, confundida y sintiendo en su cara el calor de la vergüenza que se la teñía de rojo. Si hubiera vistose en un espejo habría recordado su primer pudor de doncella.

Los sentados al rededor y los que detrás de estos permanecían de pie, no apartaban la vista de las manos del hombre de la baraja, guardando respetuoso silencio. Parecían estar en misa y venerar, con recogimiento, al celebrante del Santo Sacrificio.

La viuda se detuvo perpleja en el punto del corredor hasta donde había llegado resueltamente, a ponerse el mundo por montera,³⁰ su ima-

³⁰ *Ponerse el mundo por montera* es una expresión idiomática de uso común que hace referencia a la tauromaquia. La *montera* es un tipo de gorra que acostumbran llevar los toreros en armonía con su traje de luces. La expresión significa actuar sin “importarle

ginación volaba leguas. Se vio acomodada hombro a hombro entre aquel ruedo de desvergonzados calzonudos, entre los cuales destacaba por su corpulencia y la tonsura que distinguía su desmesurada cabeza, nada menos que al padre Villalobos,³¹ que celebraba diariamente en Santa Teresa. Le acometió el reconocerlo un soponcio, y atufada, molesta y contrita, dio la media vuelta y bajó trastabillando la escalera.

A tropezones de ebria, llegó a su recámara. Sin encender luz, aventó a tuestas sobre el sofá el tápalo de que se había despojado, y cuan larga era se arrojó y se tendió en su cama verde. La oscuridad le vino de perlas, pues le sonrojaba la idea de que las sirenas cantando al rededor de Odisseo, que en un medallón decoraban el lecho, la pudiesen ver derrotada y se burlaban de ella por su poquitez de carácter.

Siguiendo el ejemplo del viejo rey de Itaca, doña Mariquita se tapó las orejas no con cera como aquél, sino con el embozo de la sábana, para no escuchar más el tin tan de la plata de la partida, que obcecadamente incitaba su codicia. Nadita que probó el sueño, oyó todo, los ruidos nocturnos peculiares de un paraje céntrico, como en el que la casa se encontraba, a los trasnochadores que salían a deshora de la pastelería-cantina de enfrente. Al vecino que cantaba las horas y la temperatura en

a uno el qué dirán [...] [al] acometer una empresa difícil de una forma un poco irreflexiva"; Guillermo Suazo Pascual, *Abecedario de dichos y frases hechas* (Madrid: Edaf, 1999).

³¹ Posiblemente Laura Méndez aluda al padre Agustín Villalobos, secretario del arzobispo de México, que oficiaba en el templo de la Soledad de Santa Cruz, y quien fue acusado de sedición, pues desde el púlpito promovió la rebelión en contra del gobierno liberal, véase el editorial de *El Constitucional*, 17 de febrero de 1861: 1. Poco después el sacerdote fue desterrado por dicha conducta; sin embargo, se incorporó al ejército francés durante la Intervención (1862). En el Segundo Imperio volvió a la Catedral Metropolitana.

el guardacantón de la esquina, con soñolienta y gangosa voz, el convidador que de vez en cuando, pues lo avanzado de la hora había espantado a los transeúntes, gruñía: “Pase usted a la partida. Pase usted a jugar”.

VI

Le secaba los sesos un pavoroso problema que no tardaría en presentársele: “Con qué comeremos mañana”. Se le presentaría cada noche más enigmático, más aterrador. Vuelta para acá, vuelta para allá, y de dormir, nada. Se le antojaba su pintoresca cama verde el lecho de Procasto.³² Sin encontrar postura pasó la santa noche y saludó al amanecer.

Al pintar la madrugada en el balcón que caía al patio, sus rayas blancas por las hendiduras de las maderas, la insomne sintió calosfrío y cierta modorra en los párpados, precursora del sueño de la mañana, compensador de los desvelados. Pero Mariquita se lo espantó aún, anhelante de encontrar modo de ajuste a algunas cuentas pendientes que iban a vencer. Se resistía, a pesar de apetecerlo, a cerrar los ojos. Al fin halló la solución: iría al Montepío³³ el ajuar de la asistencia. Volvióse del otro

³² En la mitología griega, Procasto era un bandido y posadero de Ática. Habitaba en las colinas en donde ofrecía albergue a los viajeros. Allí, tenía “un lecho en el que hacía yacer a sus visitantes, cortándolos si sobresalían por algún extremo, o bien estirando sus articulaciones si eran más cortos, con lo que les provocaba la muerte. De él deriva la expresión proverbial deformada ‘lecho de Procasto’ [...]. Junto con Sinis, muere a manos de Teseo en el viaje de aquél a Atenas desde Trecén”, Ovidio, *El Ibis de Ovidio*, introd., trad. y notas de Rosario Guarino Ortega (Murcia: Universidad de Murcia, 2000), 115.

³³ “Por Cédula Real del 2 de junio de 1774 y con el fin de aliviar en algo las necesidades de los menesterosos, se fundó el Monte de Piedad en México, muy parecido

lado y se durmió descansada del afán del día. Se le había quitado una piedra del corazón.

Hecho cuentas con la almohada, diligente tenedor de libros que sabe sacar de apuros a muchos arrancados, doña Mariquita se levantó de mejor humor que esperaba. Si el Montepío, aplazando la angustia del momento, era una Providencia, no había más que pedir a Dios.

Las preocupaciones y apremios de orden económico que empañaban la vista de la viuda y le atontaban el instinto maternal, de suyo no muy desarrollado, fueron responsables de que no echara de ver cómo Anita se iba desmejorando, cómo su mente se iba tupiendo de ideas estafalarias. Claro se veía que los cuidados y la asistencia de un médico eran urgentemente requeridos. Pero doña Mariquita en vez de un galeno, trajo a su hija de regalo una perrita chihuahueña que la distrajese de la tristeza que la consumía.

La obsequiada recibió el presente maternal con esa indiferencia egoísta de los enfermos, para quienes nada tiene interés excepto ellos mismos. Dio la perra a su hermana menor, afirmando que a ella le daban asco los animales. Anita era una fea vulgar de esas que no espantan.

al que existía en la Villa y Corte de Madrid. Carlos III fundó el primer Montepío de España en el año de 1761. Los Montepíos realizaron una labor similar a la que, muchos años después, se conoció con el nombre de Pensiones Civiles. Este sistema de montepíos traspasa sus propias fronteras históricas y continúa operando en el México independiente, ya que el 3 de septiembre de 1832, se expidió la Ley sobre montepíos, en la que se ampliaron los servicios para los empleados federales”, José Díaz Limón, “La seguridad social en México. Un enfoque histórico”, *Revista Jurídica de la Escuela Libre de Derecho de Puebla*, núm. 2 (2000), acceso el 27 de septiembre de 2021, <https://revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/juridica-libre-puebla/article/download/569/519>.

Malencarada, adusta, cenceña, malmódosa a consecuencia del malestar en que la tenía la enfermedad no inicial, sino ya bien arraigada, no estaba para mieles. No se quejaba, cierto, pero para percatarse de su mal no había, sino verla.

Había sido sacada a la sociedad a los dieciséis años, sin entusiasmo, sin ilusiones, sin nada que marcara con el sello de la juventud su atormentada existencia. Vida doliente y silenciosa fue la suya. Desmañada y sin gracia, paseó su raquílica mocedad entre la indiferencia de sus amistades. A hombres y mujeres les era antipática y repulsiva. Ella parecía no entenderlo. Correspondió con igual desdén al de todos, hasta que a la larga, dos lustros después, se hizo cuenta de que en su corazón habían hecho mella. ¿Qué dirían ustedes, las gracias de un galán romántico y esquivo? No, sino los dos pies de Pedro, hombre cuarentón avenido con la soltería, pues tenía a la sagrada coyunda tanto miedo como a un boa constrictor. Los pies de Pedro eran bonitos de acuerdo con el ideal que de pies tenían las mujeres de aquel medio siglo diecinueve: chicos, altos de empeine, lo que llamaban cruzados. Lo fino del calzado les daba todavía mejor presentación. De la cara de su dueño, Anita no sacaba tentación chica ni grande. Jamás había visto a Pedro de hito en hito, obedeciendo al recato social que la época requería; pero de que el caballero se distraía, hablando con alguno, la señorita Preciado le comía con los ojos admirados, las dos columnas que sustentaban su persona; y cuando se ausentaba, ya no podía quitarse de la imaginación la pobre criatura, aquellos órganos locomotivos que la embelesaban.

Luz, a quien por cariño le llamaban Lucha, iba tras de su hermana creciendo con rapidez. Creciendo no ya con desarrollo corporal, el cual había sido cabal y completo en su debida sazón, sino de intelecto claro y sereno, Lucha veía, veía y hacía para sus adentros consideraciones que

valían la pena, dentro de la situación creada por la conducta de la Preciada. Lucha pensaba. Pensaba en la conducta extraña de su madre, ante la decadencia física de Anita, ante su tristeza habitual, de resalte, sobre el entusiasmo y la alegría que ella, su hermanita menor, sentía que le hinchaban el pecho.

Lucha era diez años menor que Anita. Treinta y siete años contaba la enferma, veintisiete la que vendía salud. Esta era embarnecida, de menguada estatura, muy miope, otro tipo de fealdad, atenuada por movimientos graciosos de la persona y un decir vivaz y animado. A todos los que la conocían, les parecía simpática, les caía bien.

Lucha no contaba con la amistad de Anita, ni su compañerismo siquiera le otorgaba la huraña primogénita de los Preciados. Lucha hizo buenas migas con la chihuahueña. Le puso por nombre Marquesa, y acariciando al animalito en presencia del francés, le valió a Lucha buenos ratos de palique³⁴ con él. Las Preciada, madre e hijas, en ausencia del industrial, le llamaban a secas, el gabacho.

Desde que doña Mariquita vendió su propiedad para convertirse en inquilina del gabacho, le tomó inquina a su arrendatario. Hasta entonces vino a notar que era un figón entrometido, que vigilaba con descaro los movimientos de la familia y se pirraba por tener participación en los asuntos de la casa.

³⁴ *Palique* es un artículo breve de tono crítico y humorístico, una conversación de poca importancia, *DLE*. Laura Méndez llamó “Palique” una columna que escribió con seudónimo en 1890, y que publicó en *El Lunes del Universal*. Cabe destacar que la autora probablemente retomó el nombre de las célebres colaboraciones homónimas que publicó Leopoldo Alas, Clarín, entre 1883 y 1901, en el semanario *Madrid Cómico*. Se encuentra en prensa la edición de la compilación de estas crónicas: “*Para las damas*”. “*Palique*”. *Moda y modas en la Ciudad de México (1890)* (México: UNAM).

Era el litógrafo muy jovial con los niños con la mira de saber vidas ajenas, y confesaba a los criados por afición al chismorreó. Lo único que no le caía mal a la santa señora era que el recibo de la renta no fuera presentado a la inquilina con la acostumbrada puntualidad, el primero del mes, sino ocho o diez días después.

El importe de los muebles empeñados en el Montepío tocó a su fin. El vencimiento de un nuevo mes de renta se acercaba a pasos agigantados y por más que se tronaba los dedos doña Mariquita, no daba con el arca de donde sacar el dinero para cubrir tanto y tanto compromiso. De nuevo cayó el velo sombrío sobre su espíritu cuitado. Retorcíase los brazos de angustia, cogíase la cabeza con las manos, y la batalla mental se recrudecía con preguntas y respuestas deshilvanadas, que no se correspondían. “¿Qué haré? ¿Con qué pagaré la casa, los criados, la modista; la cuenta del cajón y tanto pico como debo? Ahora que se tiene que repintar el coche, que reparar la librea del cochero, que habilitar el guardarropa y la despensa, y...”.

VII

Varias noches el balcón de la recámara, convertido en una torre Antonia,³⁵ de espionaje y atisbo, fue el apostadero de la Preciado.

³⁵ “Alcázar de Antonio, fuerte y bien guarnecido, situado á la parte septentrional junto al templo. Le edificó Hircano Macabeo sobre una peña tajada, de cincuenta codos de alta, y la llamó torre de Bará. La habitaron los pontífices descendientes de los macabeos hasta Herodes. [...] Habiendo tomado Herodes el Mayor posesión del reino, pareciéndole que este alcazar estaba en buen lugar para tener sujetos á los habitantes de la ciudad, y no dejarles salir con alguna novedad ó rebelión, le fortaleció mucho, edificó dentro un suntuoso palacio, é hizo á las cuatro esquinas cuatro fortísimas torres, las tres de cincuenta codos, y la cuarta de setenta en alto, desde la cual se podía ver muy

Desde el atardecer se sentaba allí a despachar su rosario y otras devociones, siempre con un ojo al gato y otro al garabato. Reza que reza no quitaba la vista de la entrada de la escalera que conducía a la casa de juego. Subían y bajaban tahúres empedernidos y noveles, entraban y salían brujas, talladores en receso, agentes reservados de la policía, y hasta el mismísimo Lagarde, su jefe, se daba por allá sus asomadas. No faltaban tampoco solicitantes de empleo y monteros de segundo orden que ensayaban el oficio, poniendo burlotes después de cada sesión del juego principal. Pero todos los que pasaban de arriba a abajo y de abajo a arriba eran del sexo fuerte: mujeres no asomaban por allí ni para remedio.

Saldadas sus cuentas con el Cielo, la Preciado aplazaba para la siguiente noche sus oraciones y ponía el *sumun* de su atención en los jugadores. Bajaban unos pian pianito repasando su caudal, otros a toda prisa, haciendo repiquetear las monedas de plata en sus holgados bolsillos, corrían desalados a gastárselas, temerosos de que alguien les saliese al encuentro a darles un asalto. Tal cual contaba parsimoniosamente su ganancia, y apartando de ella un tanto que sirviera de pie para tentar de nuevo a la fortuna, la noche siguiente, iba destapado a pagar sus deudas con lo restante.

A los perdidosos se les conocía el fracaso o en las pisadas displicentes o en los reniegos o blasfemias que mascullaban por no serles dado echar por esa boca, en la cara de quien se les pusiera enfrente, los des-

bien todo el templo; y en obsequio de Marco Antonio, triunviro, su grande amigo, la llamó torre Antonia”, Cristiano Adricomio Delpho, *Breve descripción de la ciudad de Jerusalem y lugares circunvecinos, como estaba en tiempo de Cristo nuestro Señor, y de los lugares que fueron ilustrados con su pasión y la de algunos santos; con una declaración de las principales dificultades en las historias que se tratan, muy necesaria para entender la sagrada Escritura*, trad. del latín de P. F. Vicente Gómez (Madrid: Imprenta de Verges, 1828), 41-42.

ahogos contra los monteros, que ellos mismos por viciosos se merecían. Afortunados y desafortunados había, pues no hay regla sin excepción, que dueños de sí mismos, como los buenos cómicos, daban al semblante cierta expresión de indiferencia con objeto de ocultar de la curiosidad, tanto el estado de sus ánimos como el de sus bolsillos.

No cejaba en sus vacilaciones y proyectos económicos, la viuda. Lo aterrador de la crisis que se le venía encima, la decidió al fin una noche a romper con la sociedad y hasta con el buen nombre de la familia, arrojando el todo por el todo. Una vez afirmada en su determinación definitiva, a eso de las doce, cuando toda la casa dormía, salió la madre al corredor, arrebujada en un tápalo que la abrigase; pero antes de emprender la ascensión, viendo bajar muy regocijado a un individuo, se estuvo quieta prudentemente. Era el que bajaba un compadre suyo, el general Zires,³⁶ más conocido en las partidas que en los campos de batalla. Verla el compadre envuelta en el tápalo de gros, aunque deslucido, presumiendo que se dirigía a la calle, le preguntó:

—¿Adónde bueno, comadre? ¿Cómo está mi ahijada y los demás?

—Está buena, compadre, pero a Anita le ha pegado un cólico que la tiene en un grito. No tengo manzanilla en el botiquín. Voy yo misma a la botica a buscarla. En casos apurados vale más servirse uno por sí mismo que valerse de criados. Duermen como piedra y no es posible despertarlos, sino a empellones, para que se levanten soñolientos y todo lo hagan mal. Además que mis criadas son muchachas y las expongo enviándolas a estas horas a la calle. Es caso de conciencia.

³⁶ Agustín Zires fue un militar santannista que, en dos ocasiones, desalojó a los norteamericanos de Padierna con inusitada bravura, según Guillermo Prieto en *La guerra con los Estados Unidos* (México: UNAM, 2004), 14.

—Tiene usted razón; pero no se moleste, comadrita: yo iré por la manzanilla volando. Quédese con la enfermita y prepare el agua para el remedio.

—¡Qué trastorno! ¡Cómo he de consentir! Estará mi comadre en vela y con cuidado por usted. Carolina es así.

—Con cuidado no. Ella ya sabe. El gobierno paga y somos muchos de familia. Hay que hacer la lucha para comer. La situación no puede ser más tirante: hasta los militares estamos en ayunas. Deje usted, deje usted. Voy a la botica y no me dilato.

Sin aguardar otro argumento el compadre Zires se marchó aceleradamente, al descender se le sacudieron las bolsas dejando oír la música argentina de los pesos que le bailaban en el traje civil.

Turulata sin decir *oste ni moste*³⁷ se quedó doña Mariquita, de pie firme frente al macetero del corredor. Recargada indolentemente contra el barandal, no advirtió que el huelle de noche de una maceta que tenía junto mareaba con su perfume: divagando por otros mundos, no sintió las pisadas recias de Zires que se plantaba en el descanso de la escalera, trayendo un cucurucho de botica en la mano. Alargándose, le dijo:

—Aquí está la manzanilla, comadrita. Aplíquesela usted a la niña al momento. ¿Cómo sigue?

—Parece que se le ha calmado un poco el dolor. Le puse el aventador caliente en el vientre y sintió consuelo. Se ha quedado dormida.

—Pues que sea para toda la noche. Me voy, comadre, a menos que pueda servirle de algo. ¿Quiere usted que me quede a acompañarla? Si sirvo de algo...

³⁷ *Sin decir oste ni moste*: “Alelada, estupefacta, sin pedir licencia, sin hablar palabra, sin despegar los labios”, *DLE*.

—Usted sirve de mucho, compadre, pero por ahora no es preciso que se moleste, Anita está mejor, puesto que duerme. Gracias por todo y que usted lo pase bien. Recados a Carito. Dígale que por allá voy a visitarla una tardecita que no llueva.

—Cuando usted guste será muy bien recibida. Carolina y yo tendremos mucho gusto de verla por su casa. Buenas noches y que se mejore la niña. ¡Ojalá que no sea cosa de cuidado!

De mal humor entró doña Mariquita en su recámara. Arrojó el cucurucho en el tocador. Desnudóse febrilmente, y metiéndose entre las sábanas, apretó los ojos con rabia como para no ver más al abominable e inoportuno Zires. ¡Cosa rara antes de diez minutos se quedó dormida!

Al siguiente día estaba en la mitad del chocolate, saboreándolo a sorbos, cuando entró la recamarera presentándole el recibo de la casa que le enviaba el francés. Era día 11.

Por no dar su brazo a torcer, menos aún delante de la criada, ahogó la blasfemia que le retozaba en la garganta, y haciendo acopio de dignidad, dio a la sirvienta, para que la trasmitiese, al propietario, esta respuesta:

—Que me traigan el recibo pasado mañana. Para lo que es: ¡cien pesos! ¡Cuánta exigencia!

Rápidamente había hecho cálculos y resuelto pedir a los monteros el anticipo de una semana de renta: siete onzas. Pagada la suma, todavía le sobraban doce pesos. Ese y otros apuros venció doña Mariquita milagrosamente; mas como para gastar nadie la ponía a raya, por lo manirrota que era, al siguiente día no le quedaban ni doce pesos ni nada, sólo deudas. Cobradores de cuentas a cobrar se le presentaron renovando su angustia. Sentía el corazón hinchado de amargura y como si le fuese a reventar.

Al vencimiento de un día acuoso y melancólico, la viuda no meditó mucho en lo que iba a hacer. Su instinto o corazonada como ella decía la

empujó fuertemente a tornar nueva y más determinada resolución. Llovía a cántaros. Dio la mano doña Mariquita a sus devociones y, cuando acordó, ya estaba en la partida diciendo al tallador en turno:

—Vengo a jugar.

—Pase usted y tome asiento.

—Quiero saber qué tal suerte tengo, porque siempre y en todo estoy de malas.

—Pase usted, pase usted y siéntese.

Lo hizo. Los puntos la miraron unos con extrañeza, otros con curiosidad. Renovaron las apuestas y el juego siguió su curso. Poco después a la viuda le eran familiares la mesa verde, las luces de esperma (suprema elegancia de la época), las barajas, los talladores, los tahúres y todo. Para estreno y engreimiento en el vicio no le fue mal. Con veinte pesos que llevaba de capital hizo posturas “a la dobla” y pudo retirarse con más de quinientos pesos. Cuando entró en su habitación, pintaba el alba y a su débil claridad vio la jugadora novel la alegre aurora de un gran porvenir. Nadie la sintió entrar, porque todos en la casa, aun los madrugadores, dormían sosegadamente el dulce sueño del amanecer.

Animada por el buen suceso de su primera aventura en la mesa de Birján, la Preciado estableció de sopetón un plan de vida nueva que conformase con la vieja suya de ahogos y de miseria. Desde que se metía el sol no sosegaba hasta que el sereno de la esquina cantaba las diez de la noche, anunciando de pasadita la temperatura y si el cielo estaba despejado o nublado. Era la hora de recogerse la familia. Los criados se acostaban muy cargados de sueño, pues después del rudo trajín del día y ningún afán en el pecho ni pensamiento en la cabeza, eran de un dormir envidiable. En su situación había tenido germen aquel refrán antiguo: “¿quién es el que te hace rico?, el que te mantiene el pico”.

La Preciado se salía lo más pronto posible luego de enterarse de que su vivienda era el reino de la paz. En menos que canta un gallo había dado de mano a la dignidad, quién sabe si para de una vez, pues ni el decoro de la familia ni la vergüenza del sexo la intimidaban. El medio deshonesto de cubrir sus gastos y de echarse más deudas que antes tenía, por comprar cosas inútiles, compensaba en ella cualquier comezón espiritual. Era larga en gastar, de eso estaba convencida. ¿Qué mucho, pues, que echara trancas a las puertas de la conciencia?

Cada noche se sentaba hombro a hombro con los puntos del garito, sin importarle un comino. Obra de Dios que Zires no volviera a presentarse.

Con la desocupación de la plaza de México por los reaccionarios, para entregar a los liberales, el general mocho había salido a incorporarse a las fuerzas de Miramón,³⁸ a correr otra suerte de aventuras. Sabedora la viuda de la ocurrencia por Carolina la comadre, suspiró desahogadamente por verse libre de la presencia del compadrito en la regocijada

³⁸ Miguel Miramón (1831-1867) fue un general conservador mexicano que combatió a los liberales, defendiendo a Santa Anna durante la Revolución de Ayutla. Destacó en la Guerra de Reforma al hacerse jefe del Ejército del Norte y consiguiendo varios triunfos. Fue electo presidente interino de la república el 15 de agosto de 1860. Fracasó en su intento de derrotar al gobierno de Juárez, que se había establecido como oposición en Veracruz. Su gobierno cayó en la bancarrota y fue vencido de manera definitiva en la Batalla de Calpulalpan, ahora San Miguel de las Victorias, por González Ortega, dando fin a la Guerra de Reforma. En 1863 regresó a México para ofrecerle sus servicios al Imperio. Tras el Sitio de Querétaro, fue derrotado y capturado, y se le ejecutó junto con Maximiliano de Habsburgo y Tomás Mejía, en el cerro de las Campanas, el 19 de junio de 1867; *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, 5a. ed. (México: Porrúa, 1989).

banca verde. No se inquietó más. Hubiera sido una molestia y un sonrojo tener a Zires por compañero persiguiendo una carta.

Tardó menos de lo que ella misma esperaba, en habituarse a la vida del tahúr profesional. Aventurera, emocionante, de zozobra fueron los comienzos: displicente, pasiva, de fatalismo irremediable se hizo seguidamente a la cimentación establecida por la costumbre.

A veces, cuando le iba muy mal en el juego, Mariquita, que había sido medio leída y escrita, sobre todo en el género novelesco, durante la época matrimonial (el pintor que detestaba la ociosidad, sobre todo la femenil, puso a su mujer a leer novelas, dándoselas con profusión y encariendo su lectura). En ello encontró Preciado una ocupación salvadora contra el no hacer nada, a las veces, repito, se arrepentía de haberse transformado de madre de familia y dama honrada, en lo que ahora era. Entre los libros cuyo recuerdo la atosigaba, por haberle hecho mella cuando los había leído, se contaban dos muy señalados en la época: *Treinta años o la vida de un jugador*³⁹ y la biografía de la monja Alférez.⁴⁰

³⁹ *Treinta años o la vida de un jugador* es un melodrama en tres partes escrito, en 1827, por Victor Ducange (1783-1833) y Prosper Dinaux (1795-1859), y que fue traducido y arreglado al teatro español por Zelmiro (Barcelona: Imprenta de J. F. Piferrer, 1829). El *Diccionario General de Bibliografía Española*, de Dionisio Hidalgo, dice que “se hizo crítica burlesca de esta pieza en el segundo cuaderno de *El duende satírico del día*, publicado por D. Mariano José de Larra en marzo de 1828”, Hidalgo, *Diccionario General de Bibliografía Española*, vol. 5 (Hildesheim; Nueva York: George Olms Verlag, 1973), 73. Fue llevado a escena en el Teatro Hidalgo de la Ciudad de México en 1885.

⁴⁰ Catalina de Erauso (1592-1650), popularmente conocida como la Monja Alférez, “no fue monja, si bien adujo tal condición cuando se vio en aprietos con la justicia y en peligro se muerte en América y ello le salvó la vida por la intervención del obispo de Huamanga, quien remitió su caso canónico al Papa. Hacia 1607 huyó del convento [...] en traje de varón y [...] embarcó [...] a América. [...] sentó plaza de soldado en

La memoria de la aventurera Catalina de Eraso se le clavaba a doña Mariquita en la frente cada vez que fracasaba en la partida. Era como una de tantas reflexiones después del haber perdido que se les vienen al caletre a los tahúres, cuando la diosa Fortuna les pone las espaldas. Y cómo la atormentaba la monja Alférez. Creía verse comprometida ante la opinión pública como la exreligiosa pendenciera y asesina, y temía que, como aquella, le clavarán contra la mesa su mano de tramposa, cuando la alargaba para recoger la ganancia que le venía en suerte. “Pero no”, pensaba, “yo no me robo las posturas de otro, a la manera de la ladrona Catalina: yo recojo lo mío y nada más”.

A causa de una constante insurrección de sus nervios, la Preciado se había vuelto irritable. Se asustaba de todo: de un repentino ruido de la escoba al comenzar a barrer la criada, de los gritos de los vendedores ambulantes cuandoregonaban sus mercancías, del gato apostado siempre en el balcón atisbando el sol, cuando se rascaba una oreja o ronroneaba de placer si el astro rey lo complacía.

Con todo, no la afligía la carcoma de ningún pecado, porque en sus pesquisas introspectivas jamás había hallado ni la sombra de una

Chile [...] y por méritos de guerra ascendió a alférez en lucha con los araucanos. Pasó por Potosí, Chuquisaca, Lima, Cuzco, Huamanga, con innumerables lances de espada, hasta que, amenazada por la Justicia, reveló su condición de mujer y de monja. Dada la gravedad de esta última condición, fue remitida a Europa para que pudiese arreglar su situación ante el Papa. [...] Llegó a estar con Urbano VIII y a lograr de éste el permiso para seguir vistiendo de hombre. [...] obtuvo el reconocimiento de sus méritos militares y embarcó esta vez para Nueva España”, José Ignacio Tellechea Idígoras, “Catalina de Erauso”, Real Academia de la Historia, acceso el 27 de septiembre de 2021, <http://dbe.rah.es/biografias/6728/catalina-de-erauso>.

leve culpa. Por eso, al razonar acerca de su conducta, se absolvía y reponía de cualquiera emoción.

Las amistades de la viuda, ignorando su descenso social, continuaban dispensándole consideración y aprecio. Eso la tranquilizaba, cuando el diablo de la inquietud le hacía la ronda en las noches aciagas que bajaba del garito sin blanca en el bolsillo y con la boca amarga.

No oía la voz de la conciencia que le decía día y noche su justo precio: ociosa, mala madre y otros dicitos que sólo un severo juez prodiga, para despertar en los delincuentes propósito de enmienda. Si ganaba, al recogerse, excitada y febril, hacía cuenta que iba suerte arriba y que llegaría a la cumbre de la riqueza. Ya tenía planes para la celebración del desmonte de la partida. Qué de cosas necesarias y urgentes para una familia de buen tono compraría. Nuevo vestuario, libreas de reciente modelo, como las que de extranjis⁴¹ había recibido cierto magnate, para su servidumbre. Esto le daría el viso con que deliraba. Haría repintar el coche y la fachada de la casa, aunque esto último no lo exigiera el Ayuntamiento, por no haber generalísimo triunfador en víspera de entrada en la capital. Sí, sí, con el desmonte con que toda su alma contaba, no volvería a pensar en el juego trastornador. Ni al entripado, ni al burro ni al perico jugaría ella. ¡Qué va!

⁴¹ *De extranjis*: modo coloquial de decir extranjero, aunque la locución adverbial “de extranjis” denota que la acción se realizó “de tapadillo o subrepticamente”, *DLE*.

VIII

Anita sacó a su madre de los castillos en el aire que se había forjado, cuando Birján premiase su constancia, y dio al traste con Jauja⁴² y sus placeres. Anita había dado en la flor de callar. Le hacían una pregunta: muda; la molestaban con alguna objeción: tapizada como la sepultura; la halagaban con un regalo: desprecio humillante para la dádiva y aún más para el dador. Poco se mezclaba entre su familia, pero ese poco, sin chistar palabra. Dejó de comer sin explicar la causa. De tarde en tarde se asomaba al balcón de su recámara, cuando se creía segura de no ser vista, y se fijaba extrañamente en los pies de los hombres que transitaban por la calle. Hacía contracciones y visajes que no tardaron en notar los vecinos de las casas de enfrente. Faltos de caridad estos se reían de la infeliz.

Creyendo la Preciado que su hija se había hecho extravagante por humorada de ella. Tampoco paró mientes en la insinuante y tenaz conversación que el francés había dado en entablar con Lucha y los nietos mayores, aprovechando toda ocasión de palique o provocándola con sagacidad.

Como se detuvieran en el patio al entrar a la casa o salir de ella, ya encontraba el extranjero pretexto para menear la sin hueso como una esquila. Esto era frecuente porque él no perdía oportunidad de dar zancadas, midiendo el patio, so capa de vigilar los talleres y sobre todo a los empleados. Suspendía el ejercicio de andar por poner en práctica el de charlar, lo cual le animaba tanto que le salían por los ojos las palabras tanto como por la boca. Más que con las dos muchachas, Lucha y Pilar, prefería emprenderla con Nacho, el primogénito del *idem* de doña

⁴² En alusión a Jauja, valle del Perú, famoso por sus riquezas, “denota todo lo que quiere presentarse como tipo de prosperidad y abundancia”, *DLE*.

Mariquita, del sinvergüenza de Manuel, de quien malas lenguas y vulgares decían que era de oficio cerero, aplanador y torcedor de esquinas.

Nacho, todavía imberbe, iba embarneciendo ayudado por el aceite de bacalao, que tanto lo molestaba. Pero a cambio de la molestia, el aceite le había hecho bien. Tenía el adolescente salud, y la savia juvenil que ya hervía en su organismo dábale brillo y alegría a los ojos. De displícete y apático que era se había tornado en sonriente, amable al grado de parecer otro. Veía con buenos ojos al gabacho, admirando en él la diligencia y el tesón que ponía en el trabajo. Porque Nacho al recobrar vigor, ansiaba gastarlo poniendo sus hombros en movimiento.

Lo que había de cierto en la familiaridad que el francés había intentado establecer entre sí y la prole de doña Mariquita tenía su razón de ser. El *monsieur* de la litografía era de buena pasta, experimentado y dispuesto a comunicar su experiencia a quien quisiese aprovecharse de ella. Para él no era misterio la conducta de la viuda: desde que notó la alternativa en los fondos de la despilfarrada señora, adivinó que en eso había gato encerrado y se propuso descubrirlo. Habiéndose dado cuenta de que el caudal de la jugadora no era firme, sino que tenía alzas y bajas muy significativas, como el que tiene en la Bolsa, un país que lucha con la bancarrota fraudulenta a que lo conducen los agiotistas, se plantó en atisbo noche y día hasta que dio en el *quid*. Se propuso entrometerse en favor de la familia, sentándole las costuras a la Preciado, sin más título que el que él mismo se confería: el que da el derecho del más fuerte.

El *monsieur* comprendió que retrotraer a la viuda al buen vivir sería obra de romanos, cuando esto no le parecía imposible, sino resultado de una labor paciente. Sobre todo, mucho aguardaba del concurso fortuito de las circunstancias, que no sólo suelen precipitar los sucesos, sino cambiarlos enteramente de curso y de finalidad. Siguió observando

cómo su inquilina persistía en procurarse dinero por malas artes, andando a las veces en la inopia y otras, con el cebo de un poco de dinero contante y sonante, hacía caer en el lío de sus trampas a los comerciantes que la acreditaban. No sin cierta pena se convenció el gabacho de que la viuda había roto con la sociedad decente que don Santos le creara, cándidamente ignorante de los instintos de su mujer. Por estos días una avalancha de sucesos se despeñó sobre la rutinaria existencia de doña Mariquita, obligándola a una transmutación parcial. A Anita la sobrecogió tan tremenda crisis nerviosa, que escandalizados los fisgones vecinos de lo que la joven hacía y decía a media voz en el balcón, creyeron de su deber advertirlo a la madre, y lo hicieron, no al pie de la letra, sino con creces de exageración. Amenazaron con denunciar el hecho ante la justicia, si la viuda no le aplicaba prontamente el remedio. Este no pudo ser otro que dar pasos para la internación de Anita en el hospital de mujeres dementes, pues que los facultativos que tardíamente la acudieron, la habían hallado de remate. Durante el arreglo con el Hospital del Divino Salvador,⁴³ continuó Anita echando besos tronados por el balcón, al mismo tiempo que evocaba a Pedro, cuyos lindos pies se habían incrustado en el enfermo cacumen de la loca.

⁴³ El Hospital del Divino Salvador u Hospital de la Canoa, conocido así por haber estado ubicado en el tramo del Centro Histórico de la ciudad designado comúnmente como “la Canoa”, debido al “caño de madera o canoa que existió sobre la acequia de esta calle” en la época colonial, fue la primera clínica para mujeres dementes, fundada en la Ciudad de México en el año 1687, por don José Sáyo. A finales del siglo XIX era conocido también como Hospital para Mujeres Dementes, pues fungía como manicomio femenino desde su fundación. Ocupó una zona frente al Colegio de San Gregorio (calles del Carmen y San Ildefonso). En 1700, las enfermas comenzaron a mudarse al edificio, recientemente levantado, de la calle de la Canoa (Donceles 39).

Hizo escozor el incidente en el ánimo de la Preciado, y hasta se le rodaron las lágrimas involuntariamente. Sobrevino en su ánimo una crisis aguda. Sintió apagado el deseo de jugar. Pasábase el tiempo en la iglesia, implorando el alivio de su hija. El picor de la conciencia, quitándole el sueño y avivándole el oído, sólo la dejó capaz de escuchar el periódico tintineo de la plata y el oro, que bajaba del piso superior.

Más de una semana se abstuvo de presentarse en la mesa de los albueros. Afligida del pesar de la desgracia de Anita, y con el propósito de mejorar su suerte, pagando asistencia de distinción, en vez de someter a su hija a la tiranía de la común y corriente que se otorga a las asiladas, reconoció la necesidad del poderoso caballero, don Dinero, llave de todas las puertas, y allanador de insuperables obstáculos. Sus nervios no se habían sosegado con las buenas intenciones de honorabilidad y arrepentimiento. Antes, sufría la recrudescencia de aguda excitación. Temía que Lucha también estuviese tocada de los sentidos y la puso en observación. A juicio de su aprensiva madre, Lucha presentaba otro cuadro de síntomas: cantaba con la tenacidad de un jilguero, acompañándose de la guitarra en sus ratos de asueto, o en seco, mientras desempeñaba algún quehacer. A las veces cantaba y bailaba al mismo tiempo. Su repertorio consistía mayormente en arias y romanzas de las óperas que había ofrecido al entusiasmo público una compañía italiana en el Teatro Nacional. Con la misma soltura que una mariposa pasa revoloteando de una hoja a una flor, pasaba Lucha de *El trovador* a *La sonámbula*, a *La traviata*, al *Baile de máscaras*, tarareando la música o disparatando la letra. Remedaba con su afinada voz hasta los *fiorituri*⁴⁴ con que las célebres cantantes, echaban

⁴⁴ *Fioritura* o *floritura* es un adorno en el canto “especialmente el aparatoso o complicado”, DLE.

a perder las producciones artísticas de Verdi, Donizetti y Bellini. Por fin de cuentas la Preciado llegó a concluir que su hija menor estaba sana del cerebro y muy alegre de corazón. Su juventud le salía a la cara en colores, a poco que se dejase ver sin la presencia de su madre o de sus cuñadas que la vigilaban y enderezaban sus modales por el camino que la sociedad de la época requería.

Hizo diligencias doña Mariquita para poner en distinción a su primogénita, pero nada logró. Cuando le mostraron en la casa de locas un presupuesto mensual, que a ella le pareció subido, viendo que no contaba con la suma que el establecimiento pedía, y que, por otra parte, su guardado desde el último acierto a un rey de copas iba tocando a su fin, aplazó el arreglo en el Hospital del Divino Salvador y regresó a buscar recursos a la partida, después de algunas semanas de abstinencia. Por fuerza, por necesidad tenía que volver al juego, pues su deber de madre la apretaba a conseguir dinero para sostén y bienestar de la familia. Y volvió.

Jamás había logrado desmontar, pero con frecuencia, su audacia y su tesón, le habían procurado gruesas sumas que inquietaron al principio a los monteros; pero en vista de que la viuda, afortunadamente, las traía casi íntegras a la partida para nuevas apuestas, y ahí se iban quedando, sin que ella se percatase, los dueños de la banca sonreían al ver salir a su cliente cargada de piezas de plata y oro. Más picarescamente sonreían cuando la constante Mariquita volvía con la misma carga, a dejar en el tapete hasta la camisa. Solían decir socarronamente: “Dinero que sale del juego vuelve”.

Paulatinamente la viuda se fue haciendo más y más avara. El vicio del juego le fue quitando el hábito del derroche. Rara vez compraba chácharas inútiles, más rara vez aún ropa nueva. Hacía remendar la usada hasta la exageración y exigía que los zapatos gastados se llevaran en los

pies, lastimándolos, porque se deformaba y descosía el calzado, antes de que la viuda dispusiera su sustitución.

Oportunamente la viuda había anunciado a la familia que la carestía de víveres y la carencia de peculio requerían que cada persona tenía forzosamente que moderar el pico, pena que llegara la vez que no hubiera un mendrugo que llevarse a la boca. El gasto diario, a fuerza de menguar, no alcanzaba para nada. Ni a tirones se le podía sacar más que para una alimentación miserable para la familia y fue necesario despedir criados, para que la gente de la casa no empezara a sentir los efectos del hambre. Ni de charamusca que hubiera sido la onza de oro habría sido imposible estirla más. Renta de casa, alimentos, servidumbre, ropa, calzado y capitalito para empezar el juego por la noche: ¡imposible, imposible! Suprimido el coche no se sintió alivio económico, por lo que en pocos días, los pocos criados que quedaban fueron suprimidos también. Todo el mundo a la calle, dijo doña Mariquita, y todo el mundo desfiló por la puerta. El mundo todo fueron la cocinera, la recamarera y el mozo, los cuales fueron sustituidos por una mujer de entrar y salir que se encargara de todos los menesteres de aquellos por un salario poquitero. Por supuesto que, aunque la mujer lo hiciera todo, salía todo como Dios le daba a entender a la sirvienta de afición. Esto dio ocasión a que Lucha y Pilar, la nieta mayor, que ya se había alargado queriendo ser mujer, se vieran forzadas a descender del señorío de su condición, para alternar con la fregona alquilada, en los menesteres de la casa. Obra de Dios que doña Mariquita si no había sido empeñosa en que su hija menor y su nieta se adiestrasen en el baile ni en el canto, como Anita en su mocedad, lecciones de costura y de cocina no les había escatimado; por lo que ahorrarse de cocinera y de costurera no era pasarse de ropa bien remendada y de comida sabrosa y aderezada con arte. Se pusieron

las dos aunque de mala gana, a desempeñar las faenas domésticas que se les asignaron.

IX

Así encontró las cosas por el 7 del Portal otro de los sucesos notables sobrevenidos a los Preciados como maldición del Cielo. Con el cambio del gobierno reaccionario por el liberal a fines del 60,⁴⁵ Juan José Baz,⁴⁶ el nefando y desalmado güerote que todo lo volteaba al revés con hacha y piqueta, fue nombrado prefecto del Distrito Federal, y de nuevo persiguió con saña a los tahúres, prohibiendo con todo su poder las casas

⁴⁵ Se refiere a la última batalla (de Calpulalpan) que dio fin a la Guerra de Reforma en México con el triunfo liberal. Véase también nota 60 *infra*.

⁴⁶ Juan José Baz (1820-1887) nació en Guadalajara y desde muy temprana edad se identificó y participó en los movimientos radicales de Valentín Gómez Farías. Durante el último gobierno de Antonio López de Santa Anna, con el triunfo del Plan de Ayutla, regresó a México y fue nombrado gobernador del Distrito Federal en cuatro ocasiones, la primera de 1855 a 1856. Durante este último año, y en 1857, fue miembro de Congreso Constituyente. Publicó las leyes expedidas por el Congreso en torno a la enajenación de los bienes eclesiásticos para sostener la guerra en contra de la invasión norteamericana. De esta suerte, persiguió el bandolerismo, reorganizó la policía, fundó el Asilo del Tecpan y abrió “a estilo del conde de Revillagigedo”, la calle de la Independencia, a través del convento de San Francisco en el Centro Histórico. Durante su cuarta gubernatura del Distrito, abrió nuevas calles como la de Cinco de Mayo. Juan José Baz fue gobernador del Distrito Federal antes de la invasión francesa de 1863. Fue secretario de Gobernación en 1876 y ocupó un escaño en el Congreso hasta su muerte, véase Enrique M. de los Ríos, “Juan José Baz”, en Enrique M. de los Ríos et al., *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención* (México: Porrúa / LXII Legislatura, Cámara de Diputados, 2015), 219-229.

de juego. Se cerró el 7. Los tahúres se refugiaron con su aperreado vicio en los encierritos que improvisó la necesidad, en tanto que los monteros caracterizados se desbandaron con su cuadro de talladores a su servicio, por las ferias de pueblos.

A la Preciado se le cayó el mundo encima. Varios días estuvo de pico bajo. Pero pasados la consternación y el aturdimiento que le produjo aquel tumbo de la suerte, le vino una feliz idea: ¡si ella en su propia casa pusiera de plano un encierrito...! ¡Otro gallo le cantara! Convidaría a los íntimos, a los de mucha confianza nada más, volvería a encontrarse con la elástica onza de oro y con algo más, porque el montero, ante el peligro de que los cogiera en sus garras la justicia, no sería tan roñoso al pagar los derechos de casa. Así se aliviarían los apuros. Tal como lo había ideado lo puso en práctica doña Mariquita, al parecer sin tropiezo, aunque no contaba con la huésped⁴⁷ el extranjero de la litografía.

Efectivamente, el gabacho no tardó en notar que misteriosos entrantes en la habitación de su inquilina, siempre a horas fijas, salían dos después. Congregábanse de cuatro a seis de la tarde en la propia recámara de la viuda, azuzando la curiosidad de Lucha y de Pilar. “¿Qué vendrán a hacer aquí esos?”, se preguntaban una a otra.

Al principio supusieron las dos muchachas que los de la encerrona serían conspiradores, pues, de sabido se callaba, que a raíz del establecimiento de un nuevo gobierno, las conspiraciones empezaban a tupir dentro y fuera de la ciudad, según ellas lo habían oído asegurar a Manuel y a Pepe, de sobremesa, cuando el tópico de la plática era calurosamente discutido por Carlota y Carmen, en presencia de sus respectivos maridos.

⁴⁷ *No contar con la huésped* es una locución verbal de uso coloquial que significa no haber previsto los inconvenientes que podrían obstaculizar el curso de un negocio, DLE.

Pronto las dos curiosas se convencieron de que los concurrentes vespertinos no tenían ni pizca de conspiradores. Y se quedaron perplejas. Por mandato de la madre, Pilar y Lucha, mientras estaban allí los visitantes, debían estarse en el balcón, divirtiéndose en ver pasar la gente por la calle, y dar de vez en cuando vueltecitas a la cocina, en preparación de la cena.

Desde que la mengua de la servidumbre, por economía, había dado por resultado la supresión definitiva de la cocinera, Lucha a revienta cincha, había tomado su lugar, en tanto que a Pilar le habían sido asignadas otras faenas domésticas. Para ayudar a las dos señoritas estaba la mujer de entrar y salir, una india joven que lo mismo hacía de galopina que de mandadera. Suspiraron más de una vez, en el egoísmo de su juventud, las dos muchachas, por la loca ausente, pensando que en el escalón de la miseria, hasta donde la suerte las había bajado, Anita hubiera podido ayudar a sostener la carga.

No era cosa del tiempo, ni mucho menos lícito, que los hijos averiguasen la conducta de los padres, la santa ignorancia de la época era factor importante en la conducta de completa irresponsabilidad y marcada indiferencia de las muchachas para las vicisitudes de la familia.

El gabacho habló un día a doña Mariquita, “es un figón de primera no parece sino que es mi padre o mi confesor. Pretende que le dé yo cuenta de mis acciones y como me niego a ello, me molesta con su tenaz espionaje. Fui una tonta y una ligera de cascos, en hacerle confidencias alguna vez y tomar su consejo. A él qué le pueden importar los cuidados de una familia. Él tiene la suya muy escondida: nadie la conoce porque es probablemente de esas familias que no se pueden lucir. ¡Los extranjeros son tan raros!”.

En efecto, el litógrafo, con las manos sentadas una sobre la otra a la espalda, comenzaba su paseo vespertino a lo largo del patio, echando miradillas disimuladas al zaguán, para saber quien se personaba.

Andaba su cabeza muy lejos, buscando solución a una dificultad que le daba vueltas en las entendederas. ¡Hasta que quiso Dios!, la dificultad se allanó una tarde mientras miraba el desfile de los tahúres encerrados que ya se retiraban. Allanaría la dificultad asociando dos o tres obras de misericordia, combinándolas: “Corregir al que yerra, dar buen consejo al que lo ha menester y dar de comer al hambriento”. El resto de las obras de misericordia podría venir para futura aplicación, juntándose con las ya en ejercicio, y casándose de dos en dos o de tres en tres, como casa los colores el tejedor para hacer un gobelino. Al gabacho sólo le faltaba una cosa para realizar su proyecto: la ocasión.

El número de los concurrentes al desplumadero era fijo: el *monsieur* los había contado. Los había examinado cuidadosamente también, pudiendo dar señas de ellos y hasta sacarlos en sus dibujos de litografía. Al industrial le parecían los tahúres de fachas desastrosas: sin afeitar, ni cortar el pelo, mal lavados de cara, raídos de ropa, con botas deslustradas y tacones torcidos, aun los que gastaban levita y sorbete, aun los que anhelaban aparecer currutacos.⁴⁸ Contó veinte jugadores en total.

Nunca se acompañaban uno con otro, ni siquiera subían dos juntos la escalera. Si por casualidad llegaban al mismo tiempo dos o más se salían los que habían visto entrar a otros, y echaban vistazo a los escaparates de los comercios vecinos, dando lugar a que el antecesor subiera solo a la alcoba de la viuda. Temían que el guarda de la esquina que platicaba con los cargadores de número en el guardacantón notara el grupo de sospechosos de algo irregular y los denunciara.

⁴⁸ *Currutaco*: adjetivo de uso coloquial que denota estar “muy afectado en el uso riguroso de las modas”, *DLE*.

Una de tantas tardes que el francés había contado a los veinte entrantes, observó la presencia de uno más: el antiguo convidador de la partida que, estacionado en el zaguán, como estafermo, cuando le pasaba por enfrente cualquier varón que olía a llevar una peseta en el bolsillo, le dejaba caer al oído, casi con voz de autoridad: “Pase usted a jugar, pase usted a la ruleta”. A esta invitación se atrevían a entrar varios; otros, echando ojos terribles al pervertidor, escapaban como alma que se lleva el diablo.

El veintiuno⁴⁹ saludó cortésmente al gabacho tocándose el sombrero. Empezó a ascender. Y como arrebatado de una intuición muy poderosa, el gabacho corrió en su seguimiento y en dos zancadas se emparejó con él. Llamó el convidador a la vidriera con los nudillos de la mano, dando golpes convenidos, que le valieron entrada franca. Con él se coló de rondón el extranjero.

El juego estaba en sesión plena. Birján presidía en espíritu, metido en el cuerpo de doña Mariquita. Ésta guardaba a los viciosos de cualesquiera indiscreción, como el ángel custodio guarda el sueño de la infancia.

La aparición del intruso llenó de consternación a Mariquita, de asombro a los de la mesa que no se explicaban el porqué de aquella intrusión. Se quedaron de una pieza. No esperaban tampoco la visita del convidador, y temían que éste heraldeara al inicuo Juan José Baz, completando así el rondín siniestro que pidiera estrecha cuenta a los transgresores del decreto en que el tirano prefecto de la ciudad decretara el cierre de las partidas y prohibía los garitos clandestinos bajo pena de

⁴⁹ Es interesante que el personaje del litógrafo se animara a intervenir después de la entrada del comensal 21, dada la simbología de este número en los juegos de azar y la existencia de un juego que lleva veintiuno como nombre, en donde gana quien consigue 21 puntos o se acerca más, sin superarlos.

aprehensión. Que mucho que el concurso birjaniano se hubiera quedado sin habla a las lindes del desmayo, como los comensales de la cena de don Juan Tenorio, cuando del muro abierto por arte diabólica surgió pálido y rígido el Comendador.⁵⁰

Temblorosos unos y balbucientes otros suspendieron la jugada que iban a hacer.

Pronto se repuso Mariquita del asombro y dio vena a la indignación. Airada preguntó al gabacho:

—¿Usted por qué...? —se le fue el final de la pregunta. La adivinó el francés diciendo:

—Nadie temer yo, por acusar ustedes. Mí no querer en mi casa desobedecer autoridad. Si la Custicia venir aquí buscar ustedes, no quiero comprometer mi. Mí ser extranjero obediente de la ley mexicana. Ustedes acabar hoy su porquería de albures; marcharse luego y no volver aquí. Más tarde platicar mí con esta señora.

Estas razones de un laconismo gramatical evidente, pero de claridad indiscutible soltó el gabacho al abandonar la recámara de la viuda. La sesión del vicio acabó dejando a doña Mariquita de agrio humor, por creer que el acontecimiento era signo de mal agüero. Concluida la tanda uno tras otro a prudentes intervalos fueron saliendo los tahúres cariacontecidos sin que en su fisonomía se leyera si pérdida o ganancia les había traído la suerte.

⁵⁰ José Zorrilla estuvo en México de 1855 a 1866 y, desde entonces, su obra el *Don Juan Tenorio* (1849) era ya popular entre el público mexicano. Resulta sumamente interesante que la propia escritora continuamente está ofreciendo datos y elementos culturales de la historia de México que ayudan a condimentar su propia narración y el relato.

Poco después el francés subió para tener una entrevista con la Preciada, que acababa de celebrar su última encerrona.

La entrevista fue breve y concisa. En su media lengua expresó el *monsieur* a su inquilina que los tiempos habían cambiado totalmente con la ocupación de un nuevo gobierno. La orientación de los negocios era diversa. Del nuevo curso a que los puros⁵¹ habían empujado las cosas, se podría sacar algunas ventajas y él tenía pensado aprovechar la que le tocaba en favor de la inocente familia de su inquilina. Hizo ver a ésta que ya por su edad no estaba para locuras; que sería más atinado y caritativo dar atención al porvenir de las hijas y los nietos toda vez que los hijos varones, incorregibles holgazanes, eran un bagaje social. El mayor no tardaría en sentarse paralítico, pues para allá iba, y permanecer en su silla hasta que Dios lo llamara a juicio. El otro... no se podría por lo pronto vaticinar el porvenir del otro, dada su tenacidad a vivir como una bestia, pero, en todo caso, sería siempre carga y estorbo para la familia.

Agotados los medios honrados de proveer a su subsistencia, doña Mariquita estaba obligada no a reducir sus gastos, sino a transmutar su casa en otra factible de sostén. Para eso servían los amigos, y él el exinquilino convertido en propietario por el desbarajuste de la viuda iba a ayudarla. Sacaría de la ventaja mencionada todo el jugo posible. Con motivo de la puesta en práctica de la ley de desamortización de los bienes eclesiásticos,⁵² la desocupación de los conventos era un hecho: algunos

⁵¹ Los “puros” fueron los partidarios de los liberales, encabezados por Benito Juárez y Jesús González Ortega, que lograron vencer a los conservadores a finales de 1860, dando término a la Guerra de Reforma.

⁵² En 1847 se llevó a cabo un intento de desamortización de los bienes eclesiásticos, impulsado por Valentín Gómez Farías, vicepresidente de la república encargado del Poder Ejecutivo por ausencia del titular, Antonio López de Santa Anna, que se

habían pasado ya por adjudicación a propietarios, mayormente extranjeros que los habían convertido en casas de vecindad.⁵³ Julio Freisinier,⁵⁴ amigo del litógrafo, administraba el convento de las madres betlemitas. Él proporcionaría unas piezas para habitación de la familia del artista: la renta sería módica. El gabacho además de gestionar la vivienda adelantaría tres meses de renta y costearía la mudanza. Este cambio en la existencia de doña Mariquita era imperativo.

encontraba repeliendo a las fuerzas norteamericanas. El 11 de febrero de 1847, se promulgó una ley que autorizaba al gobierno para proporcionarse hasta 15 millones de pesos, con hipoteca o venta de los bienes de manos muertas, con el fin de “continuar la guerra con los Estados Unidos del Norte”. No obstante, esta ley fue abrogada por decreto el 29 de marzo del mismo año. Con el triunfo de la Revolución de Ayutla, el 23 de noviembre de 1855, se promulgó la Ley Juárez, que redujo considerablemente los fueros militar y eclesiástico, y el 25 de junio de 1856, la Ley de Desamortización o Ley Lerdo, que abogaba por estimular la actividad económica de la burguesía y lograr la secularización de la sociedad, véase José Luis Soberanes Fernández, *Los bienes eclesiásticos en la historia constitucional de México* (México: UNAM, IJ, 2000). En julio de 1859, se complementa la Ley Lerdo con la Ley de Nacionalización de Bienes Eclesiásticos aprobada en Veracruz. Laura Méndez de Cuenca claramente alude a este suceso con el propósito de fortalecer el contexto histórico y ofrecer verosimilitud al relato.

⁵³ En efecto, con la Ley de Desamortización de los Bienes Eclesiásticos la ciudad se fue transformando poco a poco, muchos de los terrenos ocupados por los conventos se convirtieron en lotes o almacenes, viviendas, etcétera.

⁵⁴ En los diarios *La Voz de México* y *La Libertad*, ambos de 1880, aparece, en repetidas ocasiones, un anuncio intitulado “Venta de prendas”. En él se manifiesta que “se hará de las cumplidas que existen en el empeño situado en la calle de León junto al núm. 8. Los interesados en ellas pueden ocurrir en tiempo hábil a sacarlas o refrendarlas, o a presenciar su venta”, firmado por Julio Freisinier, “Venta de prendas”, *La Voz de México*, 17 de junio de 1880: 4; y Julio Freisinier, “Venta de prendas”, *La Libertad*, 16 de mayo de 1880: 4.

Oyó la viuda con resignada apariencia, ocultando su contrariedad, y no dijo esta boca es mía. El francés, aceptando el asentimiento tácito de su inquilina, terminó la entrevista disponiendo que desde el siguiente día comenzara el empaque de muebles y cachivaches para la mudanza.

El día inmediato, el industrial atrapó a los nietos de la Preciado, camino del colegio, y de golpe y porrazo preguntó al mayor.

—¿A ti si te gusta trabacar?

—¡Ya lo creo!

—¿Por qué no hacer algo tú?

—No sé. No me han enseñado nada.

—Tú querer, tú aprender: yo enseñar ti trabacar con mí, y mí pacar tu dinero

—Si mi mamá quiere y mi abuela da licencia, vendré a aprender lo que usted me enseñe. En el colegio no aprendo nada. Como no pagamos con puntualidad las mensualidades, el maestro no nos hace caso.

—Bien, yo hablar mamá Carlotita y gran mamá. Tú ser buen *garçon*. Adiós.

Para Nacho la novedad fue de buen agüero. Ese día el maestro estaba de humor de enseñar y explicó con voluntad y claramente la lección en turno a los muchachos.

En el transcurso de dos semanas sucedieron a la familia Preciado cosas grandes y maravillosas, desde luego hubo cambio de casas: la vivienda del exconvento de Betlemitas fue la nueva morada de la viuda.⁵⁵ Cercana a la casa solariega que don Santos había legado a la familia

⁵⁵ El convento de Betlemitas se levantó en un lote entre las hoy calles Cinco de Mayo, Allende y Tacuba. Actualmente, lo que queda del edificio es ocupado por el Museo Interactivo de Economía (MIDE).

no obligaba a cambiar de barrio. Era muy incómoda y pequeña: dos salones con ventanas a la calle, abiertas en el muro a gran altura, oscurecían bastante la vivienda. Caían las ventanas a la calle de Vergara,⁵⁶ céntrica, transitada y alegre por estar en vecindad con el Teatro Nacional.

La cocina fue una improvisación en el extremo de una de las salas, por medio de palitroques,⁵⁷ lo cual sirvió de pretexto a doña Mariquita para malbaratar entre sus amistades el mobiliario y la batería fina de cobre que había sido orgullo de la cocina. También malbarató otros muebles de la casa: sala, recámaras, asistencia, costurero, vestidor y otras dependencias. Lo primero que salió fue el menaje de cocina. Lo que quedó por venderse, sin tener salida, fue lo descascarado, lo mocho, lo inválido.

Doña Mariquita sabía con qué fin había vendido todo: armarse con el producto de la venta para jugar.

El juego de comedor, la vajilla y la elegante lámpara del mismo habían salido directamente para el montepío, precediendo al resto del mobiliario. La colocación de los restos maltrechos que el pintor había dejado a sus herederos no fue fácil en la nueva vivienda. Lo heterogéneo de aquellas ruinas de gran casa, resultaba molesto para que las nueras y la hija mayor de doña Mariquita salieran airoosas de su ímprobo trabajo. Dos cómodas de pesada caoba con cuatro cajones cada una, una consola de bálsamo, una mesa tortuga y un ropero de gran luna fueron de lo poco

⁵⁶ La calle Vergara (hoy Allende) mantuvo un flujo comercial notable de cajones de ropa, zapaterías y peluquerías populares. En algunos sitios clandestinos hubo pulquerías, cantinas, casas de juego y prostibulos.

⁵⁷ *Palitroque*: “palo pequeño, tosco o mal labrado”, *DLE*.

que quedó del desastre; lo demás consistía en retratos de familia pintados al óleo por don Santos, sillas envejecidas por la moda o por la edad, poltronas muy gastadas, una mesa de pino en la cocina, un tinajero, un biombo de laca y otros triques muy personales.

La dificultad para acomodar los cachivaches de un espacio grande a un chico no era nada, la clavazón de los retratos. Estos eran cinco, de medio cuerpo de tamaño natural, resultando los marcos dorados que los encerraban grandes y pesados.

Doña Mariquita se hubiera deshecho de todos ellos, o cuando menos de tres: el retrato de su marido, que ya gozaba de la bienaventuranza eterna, sin importarle un comino que se conservara su efigie en este mundo, y los retratos de las nueras: juventudes que iban pasando, y que las arrugas y otras lastras del tiempo alejaban el parecido entre el original y su pictórica representación. Del retrato de Carlota hay que decir que lo era de una guapísima mujer y que valía la pena de conservarse para cualquier exhibición. El de Carmen era tan fiel de parecido que repugnaba a la viuda tener enfrente dos veces a la mujer de Manuel amojonada, seca y antipática, al igual que el día en que se había casado con él. Pero deshacerse de uno de los cuadros habría sido desagradable para el marido de Carmen, aunque lo reclamara el buen ver de la nueva habitación. Los dos óleos que restaban eran de los más importantes: el de Anita cuando llegó a la adolescencia, atenuada su fealdad por cierto brillo que prestan los quince años, y los recogen de vuelta los treinta. Por último, el retrato de la viuda, matrona de risueña fisonomía, bastante morena de carnes, que cubría un vestido azul a rayas gruesas y blancas, corpiño de peto puntiagudo, peinado de ondas grandes que dejaban al descubierto las orejas. Sostenían el chongo o molote dos clavillos de oro con piedras de calidad.

Doña Mariquita en sus ratos de vagar, se complacía en mirarse en su retrato. Echaba para sus adentros una mirada retrospectiva a la juventud, a la boda sin amor y sin luna de miel; unión fraguada por los padres, trabajada por el confesor y llevada a cabo por la ignorancia que la época imponía al sexo femenino. A pesar de todo, la maternidad durante diez años había sido lenitivo del aburrimiento y la soledad. Los otros diez que duró el matrimonio fueron de desgaste del sentimiento, de fastidio apenas aliviado por la comunión social que favorecía la vanidad de poseer. ¿De poseer qué? Desde luego un marido honrado, trabajador, fiel, que protegía a la familia y miraba por ella; que la señoreaba con su renombre y acudía a satisfacer el deseo de frivolidades femeninas cuando la nao de China anclaba en Acapulco.⁵⁸

De entonces a acá, Mariquita no era la misma ni por dentro ni por fuera: los hijos que la habían ocupado un tiempo, ya no le interesaban, menos aún los nietos. Nomás despertaban su emoción los montículos de

⁵⁸ Acapulco y Manila fueron, durante 250 años, los puertos de la más grande ruta comercial del mundo: “Ambas ciudades se lucraron con el comercio transpacífico que se llevaba a cabo año tras año a través del Galeón de Manila, o Nao de la China, como también se conocía esta línea marítima comercial. [...] a través de esta ruta se traficó con todo tipo de artículos procedentes de toda Asia. Y no podemos olvidar la transmisión de ideas y técnicas de trabajo, así como de influencias artísticas de todas clases. [...] el comercio de la Nao de Acapulco se mantuvo estable en sus niveles durante todo el siglo XVIII y al menos hasta la Independencia de México ocurrida en 1821”. Tras el declive de esta organización china, la Real Compañía de Filipinas vino a llenar el espacio comercial que fue cediendo la otra. Manuel Pérez Lecha, “Los últimos años del Galeón de Manila. El ocaso de un modelo colonial hispano en el Pacífico, 1785-1821”, resumen (tesis de doctorado, Universitat Jaume I, 2014), acceso el 29 de septiembre de 2021, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=173582>.

oro de las partidas. La del siete, que era la de casa, la muy suya, la de la onza mágica y cotidiana; la situada a pocos pasos en la acera de enfrente, la conocida casa de juego del 16 adonde la viuda había llevado sus ramplonas ganancias en la doméstica, traicionando a los monteros amigos que siempre aguardaban la vuelta del dinero que salía de su monte. Tampoco era ya Mariquita la doncella de los corpiños escotados y de manga corta, la de busto moreno apenas velado por la pañoleta de encaje, la de las sortijas recamadas de piedras finas, el rosario de perlas y la almohadilla de rosa, con cincuenta cajoncitos secretos de tiraderos de coral.

Se miraba y se remiraba en su retrato; luego en el espejo del ropero. Ahora tenía la cara plegada y renegrida, los brazos colgados de pellejos, las manos afeadas por venas gruesas que parecían cordones anudados. Sus ojos veían débilmente, sus oídos eran tardos en percibir sonidos, y sus pasos lentos y pesados.

La viuda quería ser de nuevo aquella del retrato y desesperaba al convencimiento de que eso no podía ser. Sólo en sueños se cumple la realización de los milagros.

La indumentaria se transformaba de acuerdo con la transmutación degenerante de la personalidad material.

Doña Mariquita, encontrando apropiado el almacén del Monte de Piedad para sus joyas y perendengues, cambió por un tápalo negro de lana los de cachemira, los chales de Damasco y las mantillas; se cubrió el busto hasta el cuello con basquiña oscura y metió en babuchas de mahón los pies que se habían criado en seda y raso turco.

Verdaderamente el retrato de la viuda con su vestido azul a rayas blancas y su peinado de ondas era lo que el retorcido y seco arbusto de invierno a los corimbo primaverales.

X

Lucha y Pilar se apuraron con tesón al arreglo de la nueva vivienda. Fueron divididos en piezas los dos galerones en que consistía, por medio de cortinas de cambaya azul a cuadritos blancos, cuyo costo salió del bolsillo de doña Mariquita, a revienta cincha porque no lo pudo remediar.

Las hacendosas muchachas asaltaron a la tacaña abuela cuando, con las papeletas de empeño en la mano y el importe que representaban en oro en su monetario de seda tejido en combinación de cuentas de acero, llegó de la calle contenta y de buena catadura, soñando en las puestas que haría en las mesas de juego esa misma noche.

Lucha encareció a su madre la necesidad de establecer en laseudocasa una separación de alcobas para los casados y sus familias: no habían de estar mezclados con las jóvenes solteras, por indebido e impropio. La viuda no pudo menos que largar el dinero para algunas piezas de cambaya.⁵⁹

Económicamente y tasaditas salieron cuatro cortinas con destino a hacer de tabiques para las cuatro piezas, y una cortina para cubrir con ella una percha improvisada. De la división resultaron cinco departamentos, pues el salón era amplio: sala y cuatro recámaras, y del salón más pequeño, comedor y cocina, que como he dicho estaba formada de tablas de madera y palizada inútil.

Las ventanas conventuales si bien anchas estaban abiertas a gran altura, siendo imposible asomarse a ellas. A remediar este inconveniente acudió con su generosidad y su compasión de las jóvenes el *monsieur*:

⁵⁹ Cambaya: “Tejido ordinario de algodón, tela usada para ropa de obreros y campesinos”, DM. Generalmente, estas prendas, de colores y diseños variados, se elaboraban en la zona otomí del Estado de México o provenían de Michoacán.

debajo de cada ventana hizo construir una escalera de ocho escalones, y a entrambos lados de los alféizares hizo que un albañil construyera poyos capaces de ofrecer asiento a una persona. Las ventanas eran cinco, tres en el salón grande y dos en el chico, por lo que la habitación estaba bien alumbrada y ventilada.

Hecha la distribución de alcobas y arregladas en definitiva las estancias de servicio común a la familia, Pilar, con ayuda del portero que proporcionó una larga escalera de mano, se trepó a colgar los cuadros. Empresa ardua fue. La pared de maciza piedra rechazaba primero los grandes clavos cortados, y devolvió luego las agudas alcayatas con las puntas retorcidas.

Subió nuevamente el portero al llamado de Lucha, y aunque gastando todas sus fuerzas, logró después de muchos tanteos hallar el sitio en que el muro sonaba a hueco. Fijó otras alcayatas más resistentes. Al colgar los retratos surgió un incidente chocante que tenía antecedentes en los sucesos políticos de aquellos revueltos días.

Había ocurrido que cuando la derrota de Miramón en Calpulalpam⁶⁰ siguiendo a ésta la desocupación de la capital por el partido conser-

⁶⁰ Esta batalla definió el desenlace de la Guerra de Reforma (1858-1861), la cual se dio entre los gobiernos liberal y conservador que disputaban la legitimidad del poder. Se llevó a cabo el 22 de diciembre de 1860 “en la hacienda de Calpulalpan y en el pueblo de San Miguel Mandó, pertenecientes a Jilotepec [...]. La desigualdad de fuerzas era ostensible: más de tres liberales por cada conservador. [...] El viernes 11 de enero de 1861 ingresó triunfalmente el presidente Benito Juárez a la capital, dando fin a tres años y 11 días de una lucha que decidió el rumbo de la nación. Con el poder que concedían las armas y la fuerza de la Constitución de 1857, el gobierno republicano estuvo en posibilidad de romper con las viejas estructuras coloniales, apremiar la modernización del país, imponer la separación del Estado y la Iglesia y exaltar lo privado e individual sobre lo corporativo. Fue, con toda seguridad, la guerra entre hermanos más atroz y en-

vador, las monjas y frailes de los conventos fueron exclaustrosados como lo pedían las flamantes Leyes de Reforma. Apenas salidas del convento de Betlemitas las religiosas de esa orden, el citado edificio fue adaptado para viviendas de alquiler. Los primeros inquilinos fueron, naturalmente, demagogos que no tenían escrúpulos ni se tentaban el corazón para profanar la casa de Dios.

Entre los nuevos moradores del exconvento se contaba un par de artistas de manga ancha: Carlos Casarín⁶¹ y Constantino Escalante.⁶²

carnizada del siglo”, Norberto López Ponce, “Calpulalpan, el triunfo de la Reforma”, *La Colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, núms. 67-68 (2010): 60-71.

⁶¹ Carlos R. Casarín fue director y editor, junto con Constantino Escalante, del periódico *La Orquesta* (1861-1875), “periódico omniscio y de buen humor, con caricaturas” del propio Escalante. Se considera que esta publicación introdujo la caricatura política en el periodismo mexicano. Como antecedente, Casarín publicó *Mi Sombrero*, en 1860, donde ya aparecían las caricaturas de Escalante, pero no con el tino ni la popularidad de *La Orquesta*. Según Luis Leal, “El paso de Carlos R. Casarín por el escenario del periodismo mexicano fue meteorítico. En 1860, cuando se asoció a Constantino Escalante para publicar *Mi Sombrero*, apenas era conocido. En 1863 –año de su muerte–, era uno de los más afamados periodistas de la Capital. Parte de su fama fue resultado de su actuación durante la invasión francesa. En diciembre de 1861 se unió a la brigada del general Zaragoza y puso sus servicios en defensa de la causa nacional. Durante su ausencia, *La Orquesta* se siguió publicando, redactada por Escalante y por Frías y Soto. El 20 de septiembre de 1862 volvió Casarín a la redacción y a escribir sus chispeantes artículos [...] que, indirectamente, causaron su muerte. [...] en el número 58 del tomo III de *La Orquesta*, que vio la luz el 15 de noviembre de 1862, [...] el joven redactor criticaba severamente a [...] cuatro señores por su falta de patriotismo. El resultado fue un lance de honor entre Casarín y don Ramón de Errazu, uno de los cuatro. [...] La herida recibida por Casarín fue mortal”, Luis Leal, “El contenido literario de *La Orquesta*”, *Historia Mexicana* 7, núm. 3 (enero-marzo de 1958): 331-332.

⁶² Constantino Escalante y Riesgo nació en la Ciudad de México en 1836. Tuvo una formación meramente artística. La publicación de *La Orquesta* en 1861 “fue el

Establecieron un taller de dibujo y litografía del cual salió el chispeante periódico de caricaturas *La Orquesta*,⁶³ destinado a alzar ámpula en el partido conservador.

Casarín y Escalante eran alegres, bullangueros, entusiastas por las ideas nuevas que bajo la forma de leyes hizo cristalizar la Reforma salida del cerebro de Juárez expedida en Veracruz. Los dos artistas para calmar la comezón que les ocasionaba el nuevo Código empezaron a divulgar las ideas reformistas a punta de lápiz; dejando su sal y pimienta en caricaturas, dibujos estridentes, dísticos y cuartetas, sobre las paredes de su flamante taller.

En la pared maestra, bajo el llamativo título de *El Quinto Infierno*, vaciaron su cacumen los pícaros artistas. Había un diablo principal con

principio de su celebridad, y éste fue también el de la caricatura que podríamos llamar trascendental. Antes que Constantino Escalante, nadie había logrado en México hacer de la caricatura un arma poderosa, un auxiliar eficazísimo de la política, un formidable ariete. Los dibujos de Escalante fueron de una significación extraordinaria en la guerra de reforma, y lo fueron más todavía en los aciagos días que vinieron después”. Escalante fue hecho prisionero y encarcelado por el gobierno imperial. Al triunfo de la república (1867) se le liberó y volvió a trabajar en *La Orquesta*, publicación que había desaparecido. “Víctima de un accidente ferroviario, Constantino Escalante y la tierna compañera de sus días [...] sucumbió el gran caricaturista en la madrugada del 29 de octubre de 1868, y dos días después, su esposa”, Francisco Sosa, *Biografías de mexicanos distinguidos* (México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884), 339-344.

⁶³ *La Orquesta* (1861-1875) fue un periódico bisemanal y de oposición, publicado en la Ciudad de México. Sus fundadores fueron Carlos R. Casarín y Constantino Escalante y Riesgo. La edición estuvo a cargo de estos, así como de Hilarión Frías y Soto. Esta publicación es clave en la tradición del periodismo satírico y de la historia de la caricatura política en México. Algunos de sus colaboradores fueron Lorenzo Elizaga, Vicente Riva Palacio, Guillermo Prieto, Juan Antonio Mateos, Francisco Pimentel, Antonio Carrión, Anselmo de la Portilla, Florencio M. Castillo, Francisco Zarco, entre otros.

cuernos y cola que quería simbolizar al partido de la reacción; otros diablos menores de rabo y uñas, representativos del clero, de la aristocracia y de las leyes retrógradas que Juárez y los suyos pugnaban por derogar. En otro muro estaba el Purgatorio, en el tercero el Limbo y el cuarto el Cielo. Groseramente pintarrajeados, pero con suma habilidad artística, cumplían los cuatro lugares de la vida de ultratumba, la misión que sus autores se habían propuesto: hacer reír.

En el Cielo se acentuaba la malicia de los pintores más que en los otros senos de la Eternidad. En el Cielo se tocaba la guitarra, el acordeón; se cantaba con tamaña boca abierta; se veían papas, arzobispos y padres de la Iglesia, mustios y melancólicos. Como si fuera el Cielo un sitio de pasividad y de tristeza.

Como no había palmo limpio en las cuatro paredes de blasfemias, la disposición de los cuadros contra ellas no fue fácil. El resultado fue de una comicidad chusca, pues entre otros chascarrillos, el retrato de doña Mariquita quedó fijo en la cima del Infierno: llamas la cercaban por todos lados. Era tan maliciosa la situación sedente de la viuda en el antro del mal, que no se dijera que la inocente Pilar la hubiese puesto allí sin el concurso de Miguel Ángel.

Con la supresión del encierrito, la nueva vivienda impuso a la familia nuevas costumbres y otro orden de cosas. Por de contado la intrusión del francés en los asuntos domésticos de los Preciados fue contundente e imperativa, fundada en su solvencia y generosidad. Atendió el gabacho a contrarrestar la penuria de la familia y la roñosidad de doña Mariquita. Había dispuesto la viuda que en la casa nueva las maritornes⁶⁴ pasaran a la historia. Repartió las faenas domésticas así: las nueras atenderían

⁶⁴ *Maritornes*: “Moza de servicio, ordinaria, fea y hombruna”, *DLE*.

respectivamente a sus familias. Carmen, además, se encargaría de toda clase de mandados, y Carlota del desempeño total de la cocina. Por este servicio comerían ellas y los suyos del montón. Pilar y Lucha levantarían los cuartos, lavarían su ropa y la de la viuda; en cambio a la Preciado le tocaría proveer para los gastos de la casa.

Nacho, el hijo mayor de Carmen y Manuel, entró de aprendiz en el taller del gabacho. Él gratificaba al mozo semanalmente. Le enseñaba el oficio de litógrafo con cariñoso empeño. Para el joven todo iba muy bien: él era trabajador y estaba satisfecho. Mas como no hay dicha completa en el mundo, la nube que opacaba la de Nacho consistía en que estando éste acostumbrado a vestir de caballero, aunque raído y hasta roto, el extranjero lo hubiera hecho vestir una blusa negra muy larga, ceñida con cinturón de charol, y en vez de tocarse la cabeza con sombrero lo tuviera que hacer con una cachucha de paño burdo.

La admiración que suele causar a todo mexicano la presencia en el país de cualquier extranjero, cuyos antecedentes se ignoran, pudiendo ser aquél lo mismo un príncipe que viaja de incógnito, que un bandolero escapado de presidio, obró como sedativo en el amor propio del aprendiz. La imperiosa necesidad de abrirse una brecha hacia el porvenir hizo lo demás. Nacho se resignó con la indumentaria jornalera que le imponía el trabajo.

Los primeros dos meses después de la mudanza, las cosas fueron bien por la casa de los Preciados. El régimen económico probó. Estando la habitación pagada por tres meses no hubo pendiente otra dificultad que la alimentación: la “mamuncia”, como la llamaba doña Mariquita. Tal era el serio problema, que amanecía plateado en la pared frontera de la cama de la viuda, cuando la indiscreta cortina de cambaya arriscándose al menor impulso daba entrada a la luz de las nueve de la mañana, hora de despertar de la trasnochadora viuda.

Mujer de energías inéditas que poco a poco iba sacando de su almarío,⁶⁵ atendía al diario sostén de la familia, exprimiendo los recursos inopinados y de última hora que se le ofrecían, extrajo de ellos todo el jugo posible.

Por algún tiempo ocurrió al Montepío a vender las papeletas de todo lo empeñado hasta entonces que por ser objetos de valor inadecuados para el uso de gentes que viven en vecindad, no pensaba desempeñar jamás.

Estacionábase de pie firme en las puertas del establecimiento piadoso y allí pasaba las de Caín, ofreciendo a los transeúntes su mercancía. No faltaron pudientes que incitados por el bajo precio compraron. Lo que ellos no adquirirían se quedaba en manos de los agiotistas que merodeaban a la husma de negocito, dando por las papeletas cualquiera bicoca. Pero el día de mañana quedaba a cubierto y con el gasto el honor de la vieja Preciado.

A Carlota le entregaba su suegra diariamente un peso para todo, recomendándole la hábil inversión económica del mismo.

Carlota se la veía para administrar aquella roña. Ni de chicle que fueran los tlacos,⁶⁶ podrían dar más de sí. Hubiera sido para la pobre mujer la mayor angustia hacer crecederas las provisiones que Carmen le traía si no fuera porque otra angustia, la máxima, achiquitaba en su débil espíritu las demás. Su marido, el anquilótico Manuel, el holgazán modelo, había sido atacado de parálisis. Una buena mañanita se levantó

⁶⁵ *Almarío*: Aquí la escritora juega con las dos acepciones de esta palabra: “1. Armario y 2. Lugar donde reside el alma”, *DLE*.

⁶⁶ *Tlaco*: “Octava parte del real columnario, o mitad de la antigua cuartilla. Monea infima que se usó mucho en la época colonial y aun algún tiempo después, por valor libertario de centavo y medio”, *DM*. O sea, le entrega un poquito más de diez centavos.

al mediar las once, como de costumbre, notando que las piernas se le doblaban como hilachas, y se dejó caer en una silla seguro de que se sentaba en ella para el resto de la vida.

El corazón, pensaba, jamás engaña y el suyo hacía tiempo que le venía advirtiendo la proximidad de una malandanza.

XI

Doña Mariquita había ajustado su existencia a la rutina que le brindaba su convivencia con los habitantes del exconvento de las monjas betlemitas; poco trato o ninguno de parte de ella con los vecinos, circunspección y discreción.

No pudiendo evitar que las nueras se comunicaran con el vecindario para allanarse los millares de escollos domésticos, con que se tropieza cuando se viene a menos, y que Lucha y Pilar por comadrería y ansia social también adquirieran amistades, señaló la viuda un camino recto por donde todos los de casa tenían que seguir. Sitio de tertulia los claustros, hora de esparcimiento, de las seis a las diez de la noche, visitas ninguna: ni hechas ni pagadas.

Mariquita misma era un modelo de orden en todos sus actos. Se levantaba a las nueve, aparecía fuera de su alcoba de cortinas, ya lista para salir a la calle. Hasta con el tápalo prendido en la cabeza con un par de clavillos de azabache. Se desayunaba parcamente: un pocillo de chocolate en agua seguido de un poco de atole que se le servía en jarrito texcocano, un bizcochillo o dos de los llamados de a cinco, rematado con un trago de agua fresca. Y ¡zas!, a la calle. Se iba a diligenciar sus asuntos, siempre variados y siempre complejos. Volvía a casa a tiempo para llevar la voz en

el rezo de mediodía, y se tragaba el amén del *angelus* con el primer sorbo en la taza de caldo. No era constante la lista de viandas, porque Carlota no podía ya comprometerse a presentar platos variados con el exiguo gasto que recibía. El peso de los primeros días había ido gradualmente mermando, al salir en menudo de la bolsa de la viuda. Después de la comida, sus ojos debilitados y soñolientos requerían algún descanso que, por complacerlos, la viuda les concedía echándose en un sillón y cabeceando media hora. Vuelta a la calle. Entonces comenzaba el misterio de las salidas vespertinas. ¿Dónde se estará doña Mariquita la tarde y la mayor parte de la noche? Sólo sus camaradas, los empecatados tahúres conocían los escondites donde se metía, desafiando el husmeo policíaco, la vestal de Birján. A tientas y con pisar de digitigrado entraba en su casa al amanecer. La hora precisa sólo el portero la sabía, pero merced a cierta galita, la callaba por discreción.

Las nueras ya estaban lejos de la mocedad y más y más cada día se conformaban con su suerte. Lucha y Pilar no le tomaban aún tiento a la carga de la vida; cantaban mientras barrían y limpiaban la casa, como dos pájaros del bosque. Sin música ni nada, parecían llevar el compás como si la escoba o el plumero fuesen la batuta del negrito Delgado. Por la tarde, se trepaban en los sendos poyos de las ventanas, a ver pasar la gente, como pericos en su estaca, y como pericos charlaban y metían gresca. Tejían a dos agujas ruedos de enaguas, para que las manos inmóviles no tuvieran envidia de las meneadoras lenguas.

Allá abajo, junto a la puerta que daba al claustro, al pie de una clara-boya que esclarecía el lugar, Regina y Angelito, vástagos supervivientes de Carlota y Pepe, esas mismas tardes de solaz para los loros de las ventanas, eran para ellos de tedio y de fastidio. Desde que los habían sacado de la

amiga⁶⁷ de doña Victoria, que tenía establecida en una covacha de la casa número 13 de la calle de Santa Clara,⁶⁸ porque quién habría de pagar la peseta semanaria que la maestra cobraba por desemburrizarlos, doña Mariquita había dado orden de que los niños se ejercitaran en la lectura de manuscritos y con ese fin había sacado un paquete de cartas de su señor padre, quien como administrador de hacienda sólo se refería a faenas agrícolas; las susodichas cartas envueltas en sí mismas y pegadas con obleas eran de un tipo raro de letra antigua española, picuda y sin gruesos ni delgados. Y si por sus trazos eran inimportantes las epístolas por su contenido eran además aburridas. Regina y Angelito de campo no conocían más que la Alameda y fuera de lo verde y lozana en tiempo de lluvia, no les parecía a ellos nada asombrosa. ¿Qué sabían los pobres chicos de castramiento de cerdos y esquilma, de garañones y herraderos, de injertos y podas, de siegas y trillas y molinos y embalaje? Bostezaban cuando leían y cuando no se peleaban, como queriendo echarse mutuamente a la cara la responsabilidad del fastidio que las cartas les ocasionaban. A la mejor se quedaban dormidos.

⁶⁷ *De la amiga*: “Por traslación, escuela para niños que en lo particular atiende una mujer, *amiga*, o familiar de los padres de aquellos”, *DM*. En particular, esta referencia es interesante porque, de 1863 hasta 1866, Laura Méndez de Cuenca realizó sus primeros estudios en la Escuela Amiga número 1 de la Ciudad de México, ubicada en la calle de San Juan (de Letrán), véase la “Cronología” en Méndez de Cuenca, *Impresiones de una mujer a solas*, 374; también Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita*, 67-81.

⁶⁸ En el exconvento de Santa Clara (Allende y Tacuba) habitó Laura Méndez en 1862. Parte de esa memoria puede entreverse en sus cuentos y crónicas de viaje. Además, véase Bazant, *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita*, 63-65. Ese mismo convento fue segmentado en lotes para convertirse en viviendas y vecindades.

Por Nacho estaba enterado el francés de cómo iban las cosas en la casa de Betlemitas. De acuerdo con el régimen, comprendió el gabacho que era necesidad notoria que entrara algo más de dinero en el arca de los Preciado, para ahuyentar el hambre que empezaba a merodear. De consiguiente le subió dos pesos más semanariamente a Nacho. Pero a la viuda el aumento no le fue de ninguna conveniencia: a los monteros, sí. Doña Mariquita no añadió nada al gasto. Cogía íntegra la raya semanal del aprendiz y se la echaba a la bolsa. Con este haber y lo que juntaba de otros recursos que le inspiraba su cacumen para sacar dinero, no hacía ya pie en casa. ¡A la calle!

Con frecuencia visitaba el gabacho a los Preciado, luego que cerraba el taller, pero nunca daba con la señora. Hacía tertulia con Lucha, Pilar y Nacho. Se cantaba, se jugaba a prendas, se platicaba de cosas jocosas y risibles. Nunca se hablaba de asuntos de familia. Las tertulias acababan a las ocho, hora en que el francés se marchaba a su hogar, pues era casado, tenía hijos. Remataban las tertulias invariablemente con canciones en francés que el extranjero cantaba para entretener a los niños. Regina y Angelito aprendían el *Mambrous va-t-en guerre*⁶⁹ y el *Allons enfants de la*

⁶⁹ *Mambrous va-t-en guerre* es una oración fúnebre de aire burlesco, compuesta tras la Batalla de Malplaquet, en Nord-Pas-de-Calais, el 11 de septiembre de 1709, y transmitida por tradición oral, a la manera de los romances. Malplaquet, representante de Francia y Baviera, enfrentó a los ejércitos de la alianza entre Gran Bretaña, Austria y Holanda, bajo el mando del duque de Marlborough y del príncipe Eugenio de Saboya, durante la guerra de sucesión española (1701-1715). “Mambrous” o “Malbrou” es la versión francesa de la palabra “Marlborough”. “Numerosos autores mantienen que la letra se popularizó a finales del siglo XVIII gracias a madame Poitrine, nodriza flamenca del delfín Luis XVII (1785-1795) [...]. La propia reina María Antonieta, desde Versalles, contribuyó también a difundir la canción al resto del país. [...] En la literatura española podemos hallar varias reminiscencias ‘transculturales’ de la canción de

*Patrie*⁷⁰ con mayor entusiasmo que las canciones vernáculas preferidas de Lucha y Pilar.

Las nueras, ocupadas en atender a sus maridos, no salían a la sala a agasajar a la visita. Y las muchachas que al principio se mostraban donairosas y corteses con su protector y amigo llegaron a parecerle impacientes y malhumoradas. Era que Carlota les impuso la obligación de limpiar, durante la velada, un cuartillo de frijol un día, y otro de lenteja, que serían el único potaje que compondría la comida del día siguiente, pues el gasto había quedado reducido a un tostón.⁷¹

El extranjero no echó en saco roto su observación y como la buena hada que amparaba a Cenicienta separando los granos que la cruel madrastra le dejaba como tarea, resolvió de nuevo meter su brazo fuerte en aquella casa de locos.

Tenía un compatriota y amigo, llamado Maugard,⁷² con taller de camisas de hombre establecido y acreditado, y acudió a él. Maugard hizo llamar a las dos Preciado, las apuntó en su lista de costureras y les dio quehacer: camisas de hombre cosidas a mano. Lucha y Pilar cosiendo

Mambrú. Algunos de los primeros ejemplos se encuentran en las novelas de Fernán Caballero *La familia de Alvarada* (1849) y *La gaviota* (1849), en donde el personaje de la tía canta el Mambrú se fue a la guerra”, Enrique Pato, “Marlborough > Malbrou > Mambrú o la ‘transculturación’ de una tradición oral”, *Revista de Folklore*, núm. 416 (2016): 43-53.

⁷⁰ *Allons enfants de la Patrie* se trata del primer verso de *La Marseillaise*, himno nacional de Francia, desde el 14 de julio de 1795. Fue escrito en 1792 por Rouget de l’Isle. Fue prohibido durante el Imperio y la Restauración. Vuelve a ser el himno nacional desde la Tercera República.

⁷¹ *Tostón*: “Moneda mexicana con valor de 50 centavos”, *DLE*.

⁷² Ferdinand Maugard fue un empresario francés de la moda, más que sastre o *couturier*, se dedicó a comercializar con ropa importada en los cajones de ropa distribuidos en la Ciudad de México.

todo el día y parte de la noche podían hacer entre las dos tres camisas por las que recibían dos reales por prenda. Total: seis reales que entregaban a Carlota para que mejorara la lista de viandas. Por acuerdo tácito de las cuatro mujeres, nadie se atrevió a decir palabra a doña Mariquita; se cuidaban de sacar la costura delante de ella, escondiéndola mientras la viuda permanecía en la casa.

Al principio todo iba bien: se puso caldo de retazos todos los días, salsa para el puchero y aumentó el rimero de tortillas. Los frijoles, alternados prietos con parraleños, completaban bien la morigerada colación. Las muchachas se reanimaron y volvieron a charlar mientras cosían.

Pero doña Mariquita, con su ojo observador, se dio cuenta de lo que pasaba o a lo menos de que algo pasaba inusitado, cuyas consecuencias eran que alguien venía en su ayuda, trayendo dinero para el gasto. Sin darse por entendida del incidente, redujo a una peseta la cantidad bien mezquina que ella daba para comer. Volvieron los apuros de Carlota quien no pudo evitar que se declarara de nuevo el hambre general. El pobre paralítico lo pasaba muy mal, deplorando no haber hecho en su vida cosa de provecho. El otro, el marido de Carmelita, en vez de acicalarse las uñas, se salía a la calle en busca de ocupación. Pero tarde piache,⁷³ no servía para nada y se volvía con las manos vacías, desalentado y compungido. No había más que ser soldado.

El país volvió a estar muy agitado: los franceses tenían sitiada a Puebla⁷⁴ y no tardaría en sobrevenir a la patria una conflagración política de

⁷³ *Tarde piache* es una expresión coloquial que indica “que alguien llegó tarde, o no a tiempo, a un negocio o pretensión”, *DLE*.

⁷⁴ Un año después de la famosa Batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862, los ejércitos de Napoleón III y sus numerosos refuerzos se volvieron a enfrentar a los mexicanos. El llamado sitio de Puebla, ocurrió del 16 de marzo al 17 mayo de 1863, durando, así, 62

las más trascendentales. Manuel no tenía fuerzas para resistir el hambre a domicilio y sin más aviso que desaparecer, se marchó a la revolución. Lo mismo eran para él tirios que troyanos:⁷⁵ si los puros lo recibían en sus filas, con los puros; si no, con los franceses o con los que le aseguraran la torta. Se fue, cuando estuvo fuera de garita, dio parte a la familia de la resolución que había tomado, por medio de un vendedor de morcillas y ponteduros de Toluca que venía semanariamente a la capital a realizar sus mercancías.

De boca del propio oyó doña Mariquita la corroboración de lo que su primogénito, en un papelucho enrollado como cigarro, el mismo mensajero le traía, suspiró con desahogo su corazón. ¡Una boca menos!

Hasta las mujeres y los niños tuvieron envidia de Manuel. Se les figuraba que irse a la revolución era sinónimo de sentarse a la mesa del festín de Baltasar tres veces al día. El revuelto mar de las conjeturas se aplacó y la corriente que arrebatava a los Preciados volvió a su cauce.

Lucha y Pilar cosían con menos gana, dejaron de cantar y dieron en la flor de pelear por todo. Gritaba la una, gritaba más la otra y acababan con gimoteo y lágrimas todas las discusiones. Ya no se empericaban en la ventana. Habiéndose descuidado de los niños, estos en pleno disfrute de

días. El Ejército de Oriente estuvo comandado por el general zacatecano Jesús González Ortega y, a su muerte, fue sustituido por Ignacio Zaragoza. Con la capitulación de la ciudad, la administración del entonces presidente, Benito Juárez, salió de la Ciudad de México, librando a ésta del ataque francés, y llevó su gobierno al norte del país, dando pie al establecimiento del Segundo Imperio (1864-1867); véase Arturo Aguilar Ochoa, coord., *El sitio de Puebla. 150 Aniversario* (México: INEHRM / BUAP / Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”, 2015), 248.

⁷⁵ *Tirios y troyanos* es un tópico que refiere a “partidarios de intereses u opiniones opuestos”, *DLE*.

su libertad, se salían a los claustros a hacer diabluras con los otros chicos vecinderos. Carmelita, considerándose viuda, a espaldas de su suegra se hizo copartícipe de una corredora de ropa usada que había en la vecindad, y ayudando a aquella a correr su mercancía, lograba un real o dos para ayuda de la comida de la familia. Los chicos crecían y comían mucho.

Por de contado que el alquiler de la vivienda ni por un momento había dejado de ser carga para el francés: pagaba él con gusto los recibos, pues en su ánimo estaba cumplir con esa obra caritativa por no poder ayudar más. Tenía mujer y una porción de chicuelos que mantener y educar: ya había mandado a dos niñas y un muchacho a conventos y colegios de Francia.

El 13 de mayo cuando Puebla estaba a punto de caer en poder de los franceses, el garito donde doña Mariquita velaba por los fueros de Birján cayó en manos de la policía. Los polizontes exaltados por la violencia de la situación política querían hacer cosas sonadas. Cargaron por lo mismo con la cáfila de jugadores a la Diputación, presentándolos al gobernador del Distrito para que los calificara y sentenciara. La única hembra brava entre los bienaventurados tahúres fue la Preciado, quien después de haber oído de labios del sacrílego Juan José recriminaciones muy enconosadas, mandó que, por mujer vieja de tan inmoral conducta, vergüenza para la sociedad y ejemplo pernicioso para sus hijos, la echaran a la galera y le cargaran la mano. Fue para la anciana un golpe contundente. Se afligió mucho y sus sesenta años flaquearon ante el rigor del castigo.

Era la primera vez que la viuda faltaba a su casa. Su familia, temerosa de un accidente e incapacitada para emprender la busca de la extraviada señora, llamó al protector, al genio que nunca dejaba de presentarse en los apuros de familia.

El francés corrió la ceca y la meca en busca de la desaparecida. Temiendo que se hubiera dado un golpe, pues tratándose de una sesenta esto era posible, ocurrió a las Comisarías, pero nada pudo averiguar. La noche de la pérdida de la vieja, había habido en el Teatro Nacional una función a beneficio de los Hospitales de Sangre,⁷⁶ que llenó el coliseo de concurrentes y la calle de Vergara, de punta a punta, de carruajes particulares y simones, tendidos en doble fila, en espera de la salida del público: qué mucho que la vieja hubiera sido atropellada a la terminación de la fiesta, cuando todos los vehículos a una se hubieran puesto en movimiento. Pero ningún dato de accidente, ninguna referencia de machucados se pudo conseguir. Al cabo de Dios te guarde, después de dos noches de inquietud en la casa de doña Mariquita, la policía del Distrito informó al gabacho de que la mujer en cuestión por jugadora clandestina, se albergaba en la cárcel de la Diputación,⁷⁷ sentenciada a tres meses de encierro y cinco pesos de multa.

⁷⁶ Eran hospitales para atender heridos y lesionados durante los movimientos armados, Guillermo Fajardo-Ortiz, “Tiempos y destiempos de los hospitales mexicanos hacia 1910”, *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social* 48, núm. 3 (2010): 270.

⁷⁷ Desde la gubernatura de José María Tornel (1797-1853) se dispuso que se destinaran a la cárcel de la Diputación a todos aquellos que se detuvieran por vagos. Entiéndase por vagos a los concurrentes de las “pulquerías, casillas, vinaterías, billares y casas de juego”, Lucio Ernesto Maldonado Ojeda, *El Tribunal de Vagos de la ciudad de México (1828-1867) o la buena conciencia de la gente decente*, 2a. ed. (México: CEC de la SCJN, 2018), 113 y 448. Hay testimonios desde 1594 de que esta cárcel funcionó, con breves suspensiones, y se localizó en el centro de la Ciudad de México, en el edificio del palacio municipal o palacio de la Diputación (sobre la actual Plaza de la Constitución), véase Gustavo Malo Camacho, *Historia de las cárceles en México (precolonial, colonial e independiente)* (México: Inacipe, 1979), 89. Durante una visita del Consejo de Salubridad a di-

Las cuatro mujeres y el paralítico sintieron, con la nueva, que se les caía la casa encima. Hubo jirimiqueo⁷⁸ de pesar y lágrimas de vergüenza. ¿Qué diría el gabacho, qué pensarían los vecinos?

La presa, mientras no dieron con ella, pasó las de Caín. Acostumbrada a su muelle cama y ropas finas de las que, aunque muy remendadas quedaban en la pobre vivienda, se le hizo muy pesado echarse en el petate que bondadosamente compartió con ella una de las presas. Las dos noches de reclusión fueron de verdadera vigilia, en lucha con los asquerosos insectos que, en cordones paralelos, descendían del techo por las asquerosas paredes de la galera, hasta dar con su pesebre: los cuerpos de los presos.

Para comer, era menester bajar al patio de la cárcel con una vasija en la mano y aguardar de rodillas la caridad de tales alimentos que sólo con hambre rabiosa de naufrago se podían ingerir, para mantener el alma en el cuerpo.

Aclarado el enigma de la desaparición de la anciana, le fue enviado a la cárcel un colchón y la comida que le permitieron meter los vigilantes; Carmelita, por tener a su cargo los mandados, fue la que tuvo que llevar

cha cárcel se consignó lo siguiente: “comenzó su visita por el departamento de mujeres, en el que se observó que los techos y paredes están llenos de chinches, y además se notó muy mal olor por la poca ventilación. Todos los departamentos no son suficientes para encerrar tantos presos, los que se hallan estrechamente acumulados. Se vio también que todo el corredorcito que cae al patio de presos amenaza ruina, pues el techo está muy podrido, particularmente en el lugar en que se hallan situados los comunes que sirven a los empleados de la Secretaría del excelentísimo Ayuntamiento”, en “La cárcel de la Diputación”, Informe, *El Siglo Diez y Nueve*, 6 de junio de 1855: 3.

⁷⁸ *Jirimiqueo*: “llanto en voz baja”, en Oxford University Press, *Lexico*, <https://www.lexico.com/es>.

bajo su tápalo color de ala de mosca,⁷⁹ una media portavianda con la escasa pitanza y una canastita pequeña conteniendo pan y tortillas. Le ardía la cara de vergüenza desde que se acercaba al antro del crimen. Como no le tocaba de cerca el parentesco con la viuda, sentía más la indignación que directamente levantaba en la familia sus ánimos, si la piedad y los lazos naturales que unen a padres con hijos no les hubiera aplacado el enojo con la resignación.

Carmelita a fuerza de trabajos y ayunos se iba amojamando⁸⁰ como si ya tuviera los años de su suegra; pero en su interior conservaba la frescura de un alma sana. Recordaba el decoro de sus padres, único bien que le dejaron de herencia, y lamentaba no tener parientes a cuyo refugio acogerse ya que al mal amañado de su marido le habían volado los cascos los amigos de la calle para que se largara a la revolución. ¡Ella, Carmen Zozaya, diariamente a la cárcel! Si no fuera por sus hijos, Pilar y Nacho, ¡se metería a servir!

El nuevo régimen en la casa de los Preciado se afianzó al cabo de una semana como si lo sustentaran raíces seculares. Coser y más coser las muchachas. Se habían hecho tan duchas en la industria camisera que en el mismo tiempo que daban diariamente a la tarea ya podían entre las dos adelantar media camisa más. Así les salía el jornal por siete reales el gasto.

Pero Lucha tosía con pertinacia y fatiga. Como ya no me cuezo de un hervor, decía, me canso de todo y pronto. Pilar estaba flacucha y con los ojos muy brillantes. Ellos que poco necesitaban, pues parecían dos so-

⁷⁹ *Ala de mosca* es una locución adjetiva que denota “un color negro, que tira a pardo o verduzco”, *DLE*.

⁸⁰ De *amojamar*, significa que se iba quedando, por vejez u otra causa, muy enjuta de carnes, *DLE*.

les negros, tenían ahora el reflejo de la fiebre. En efecto, algunas noches a la muchacha le entraba calentura. Sus tristes dieciocho años se ahogaban entre los gruesos murallones del exconvento. Como que había sido el edificio para encerrar mujeres que nada tenían que hacer con el mundo, y Pilar sí tenía y mucho que ver con él. A ella le retozaba la sangre y el corazón le daba tumbos como si estuviera loco. En favor de las diligentes costureras, Carlota y Carmen se ofrecieron a dar puntadas también en sus ratos de vagar, en la otra media camisa pendiente; de este modo el jornal de la familia aumentaba otro real diariamente, total: un peso. El peso con que se establecieron los Preciado en la vivienda de Betlemitas, bajo la tutela de la jugadora. Una boca de menos, la del tarambana de Manuel, hacía poca diferencia en el consumo de provisiones.

XII

El décimo día de la prisión de doña Mariquita, vino con un mozo del Hospital del Divino Salvador una carta dirigida a la viuda. Le recibieron sus hijos y en consejo de familia discutieron si se abriría la carta por ellos o se le mandaba a la viuda a la prisión. Pepe dispuso que se leyera y se leyó. Era de esas cartas que se acaban de leer con brazos flojos y ojos empañados.

El administrador decía que Anita había recobrado la razón, pero como la hipertrofia que de antiguo padecía, y hasta la casa de locas se le había descubierto, avanzaba a trote, la muerte no se haría aguardar. Y estando en sus cabales la enferma era menester que sus deudos se hicieran cargo de ella. La casa de la Canoa era exclusivamente para mujeres locas y no para enfermas de hipertrofia, que era el mal que Anita padecía, y

que la estaba rematando, no se atendía allí, pedía que doña Mariquita, en el término de tres días, recogiese a su hija o procurase su traslado al Hospital de San Andrés. Nuevo consejo de familia, y nueva discusión. ¿Sería prudente enterar a la prisionera del sucedido o callar hasta que saliese de la cárcel, atendiendo mientras a lo que pedía el administrador? Lo más cuerdo sería, declaró Pepe, tomar consejo del francés. Aprobado. Vino el ángel tutelar; oyó los pareceres de la cuitada familia y sumando esos pareceres resolvió que Anita fuera traída a su casa esa misma tarde y ocupara la habitación de su madre ausente. Dio lo necesario para alquilar un simón,⁸¹ y ofreció visitar a doña Mariquita en la cárcel para prevenirla con caritativo tino de la posible tragedia que se le esperaba a su vuelta al hogar. Si la muerte de Anita era inevitable, evitable era ahorrar a la madre una sorpresa cruel. Que volviera perdonada por la ley ya que no por el destino, trayendo en su conciencia el ajuste del delito y el castigo, y en su alma la resignación.

Anita llegó a su casa muy demacrada. Cierto era que sus sentidos estaban cabales, menos por lo tocante a ese cierto resabio de sin razón que suele lesionar las entendederas de los locos que curan.

Anita no preguntó por su madre. No la echó de menos ni se extrañó de la diferencia entre el 7 y la actual residencia de la familia. Acostumbrada al orden que prescriben los reglamentos de los asilos de beneficencia se levantaba en la madrugada, se hacía el aseo personal y se sentaba inmediatamente con su labor a gancho, siempre en el mismo sitio y siempre callada. Si no la llamaban a la mesa, no iba ni requería alimentos. Cuando la molestaba la sed, se levantaba a la cocina en busca de agua

⁸¹ Simón: “un coche de plaza o alquiler”, DLE.

y tornaba a su asiento con la serenidad de una estatua. No se quejaba ni dejaba ver sufrimiento alguno, excepto cuando la fatiga la acometía. Entonces se ponía inquieta y amoratada. Contestaba acorde a lo que se le decía, y con afabilidad aceptaba lo que le daban. Si veía, como antaño, el sugestivo par de pies de los tiempos de su juventud o no, ella sola lo sabía. A veces, apenas asomaban las primeras sombras de la noche, Anita se echaba de codos en su cama y lloraba.

Lucha, Pilar y las nueras tenían compasión de la pobre enferma: la atendían con paciencia y cariño que redoblaron cuando se agravó. Nacho había ascendido en el taller y casi doblado en sueldo. Hubiera querido entenderse con el sastre y el sombrerero, porque sus veinte años le decían al oído “vístete, preséntate mejor, nota que tienes vecinas jóvenes y guapas de donde escoger”; pero él se hacía el sordo. No escogió. Entregó a su madre lo que había cobrado para que no faltaran médico ni botica y luego una caja blanca y un nicho en San Fernando.

Anita murió a los veintitrés días de su salida del Divino Salvador. El francés, en el duro trance, no faltó ni con su sostén moral ni con su bolsillo a los elevados gastos que exige la muerte. Hizo una segunda visita a la viuda, la confortó y la consoló. Aunque ella ni pedía ni necesitaba consejos, el gabacho se los otorgó con largueza. Le habló como un amigo y le soltó una homilía de misionero.

Fue la doliente enferma la que motivó la intromisión del vecindario en la morada de los Preciado. La curiosidad los azuzó al principio, y empezaron a recadear por medio de las maritornes. “Que dice la niña fulana o la señora zutana que le manda a osté muchos recados y que cómo amaneció la enferma. Que dice doña ésta o la otra que cuando se le ofrezca algo, que la manden llamar. Que para algo ha de servir que seamos vecinas”. Así todos los días.

Los recados eran contestados con agradecimiento y cortesía y nada más. Pero las visitas insolicitadas rompieron la brecha y pronto se estableció relación cordial entre las varias familias de los claustros y los moradores del Quinto Infierno. Entre los jóvenes, especialmente, reventó la vena del comadreo. Pilar se hizo amiga íntima de Rosarito y Luisa, las hijas del escribiente de un juzgado, y como allí visitaban unos dependientes de comercio, uno de ellos le salió de pretendiente a la nieta de la Preciado. Las circunstancias aflictivas del estado de Anita pararon en los labios de ese pretendiente, más de una vez, la ya esperada declaración de amor. Obra de Dios que los vecinos, por girar en círculo humilde, muy distante del de las partidas y ruletas, no se enteraran del paradero de doña Mariquita. Se les hizo creer que la viuda se había ausentado de la capital, para arreglos de intereses y que permanecería algún tiempo en Zacatecas. Ir y venir no se podía fácilmente: el costo del pasaje era fuerte y el camino inseguro: con frecuencia asaltaban la diligencia los bandidos, quienes tras de dejar a los viajeros, cuando más vestidos, en paños menores, los vejaban y los maltrataban.

Se estableció en la casa de la enferma un servicio doméstico variado y eficaz en el que colaboraban todos. Mientras que las mujeres se ocupaban en la cocina o en la alcoba, turnándose con las de la casa, los hombres se habían distribuido los menesteres de la calle, en el tiempo que sus respectivas ocupaciones les dejaba libre. Quien acudía al médico cuando Anita sentía ahogarse, quien llevaba la receta a la botica, éste iba a buscar a un padre a la parroquia, y cuando llegó el trance fatal ellos se encargaron de todo: improvisar el altar para los Sacramentos, alquilar la cera, regar las flores en los claustros y en la escalera por donde debía pasar el Santísimo. Apenas oyeron de las mujeres que habían velado “encomiéndela usted a Dios. ¡Pobrecita!”, ellos atendieron solícitos a todo: a

la parroquia, al carpintero que hizo la caja, a pedir candeleros prestados para los cirios, a comprar rosas blancas para coronar a la virgen muerta. El francés aflojó las monedas, pero los buenos vecinos contribuyeron a la obra pía con su esfuerzo personal. Subieron y bajaron, entraron y salieron, y carrera para acá, carrera para allá no descansaron hasta dejar a Anita en su nicho. Velación del cadáver. Todo el vecindario concurrió al entierro: iban unos a pie junto a los cargadores que llevaban el cajón y otros en los simones que habían alquilado, con las cortinillas de hule bajadas en señal de duelo.

Salido el cadáver, en la casa mortuoria se echaron los cimientos de una naciente comunión social con motivo de los rezos en sufragio del alma de la difunta. Una señora gorda y bonachona llevó la voz en los rosarios durante los nueve días y se conmovía tanto que provocaba el llanto copioso de los dolientes. Su voz emocionada repercutió en las bóvedas de los claustros cuando rezaba el sudario. Todavía mucho tiempo después los chicos que salían a jugar y a travesear, oían en su imaginación: “Señor Dios que nos dejaste...”.

Aunque el gabacho no había volcado de pronto el saco de la amargura en su última visita a la cárcel, sino muy fina y diplomáticamente fue desembuchando en el seno de la madre todas las malas nuevas, de manera que no hirieran, doña Mariquita adivinó en el infortunio que le había caído, un castigo del Cielo. Sintió que en su conciencia una mano invisible le rubricaba un remordimiento. Se arrepintió de su fea culpa y juró salir redimida y escarmentada de la prisión, cuando cumpliera su condena. El pesar y el resquemor del delito la hicieron pasar inadvertidas las molestias y repugnancias de la galera. Cuando sin darse cuenta de ello, se le colmaba la copa de la amargura y pensaba en una imprecación que jamás se atrevía a pronunciar, pronto el recuerdo de

las pasadas culpas caía en su corazón como un azote expiatorio. Se arrepintió de haberse dejado arrebatar del impulso blasfemo, se serenaba, y renacían en su alma las borradas virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Un horizonte luminoso surgía del negro y horrible de los años pasados en el deshonor y la injusticia. Por su egoísmo sus hijos habían sufrido miseria y dolor.

XIII

El gabacho, respetando el duelo de los Preciado, se abstuvo de visitar la casa por todo un mes. Por conducto de Nacho envió una suma que representaba el importe de las camisas, en treinta días de costura, y un recado de Maugard autorizando a Lucha y a Pilar para que descansaran de su faena todo ese tiempo.

Por esos días el ejército francés, apoyado en un número de traidores mexicanos, hizo su entrada invasora en la capital.⁸² El gabacho estaba de plácemes: por la primera vez en muchos años, se sintió aliviado de la amargura de la nostalgia. En lugar de que él fuera a su patria, su patria venía a visitarlo a él, ¿y cuánto tiempo duraría su visita?

La influencia de los invasores fue benéfica para el comercio francés que recibió impulso de prosperidad, movimiento y auge. El gabacho no cabía en sí de gozo. Abrió las puertas de su hogar a algunos paisanos: oficiales del ejército que tuvo ocasión de conocer pronto, y hubo tertulias

⁸² El ejército francés entró a la Ciudad de México el 10 de junio de 1863. Un mes más tarde, la Asamblea de Notables, que convocó el general Elías Federico Forey, dio pie a que se readoptara la monarquía como forma de gobierno y a que se designara a Maximiliano de Habsburgo como emperador.

frecuentes en su casa que lo alejaron un poco de las Preciado. Estando él tan contento por hallarse entre los suyos, no quería lastimar con su alegría el sentimiento de la muerte de Anita. Fingir, reprimiendo el júbilo de que estaba lleno, aunque fuera por cortos momentos, le parecía indecoroso. No se desatendió del todo de sus expropietarios de antes. Por conducto de Nacho se enteraba de cómo iban las cosas por allá, tomaba en cuenta la situación y estaba siempre listo a presentarse en escena cuando su presencia fuere requerida.

El día que doña Mariquita cumplió su término de reclusión, Carmen fue a sacarla para conducirla a su domicilio. Con anticipación Lucha anunció a sus amistades de la vecindad que mamá estaba para regresar de Zacatecas, y que pronto llegaría. Y llegó de Zacatecas. Fue recibida por sus hijos y nueras con relativo beneplácito: les halagaba el término de los trabajos de la presa en el antro de la cárcel, pero el temor de volver al ayuno inquisitorial, como recompensa del duro luchar por la vida, les oprimía el corazón. Acallando sus sentires unos de otros, de miedo de mostrarse recíprocamente irreverentes; cada uno a su turno fue dando cuenta a la viuda de cómo durante su ausencia los sucesos trágicos ocurridos habían enderezado otro rumbo a la rutinaria marcha de la casa. Ya no había reclusión recoleta ni sigilo: ahora todos los vecinos formaban una sola familia grande, se conocían mutuamente, se auxiliaban y se comprendían. Advirtieron a la viuda que ella venía de Zacatecas y que las viviendas del exconvento de Betlemitas tenían paredes de cristal. La viuda no profirió palabra. Ocupó otra vez su propia recámara en la que no quedaron trazas de la reciente capilla fúnebre y durmió en la misma cama que no hacía mucho había sido lecho de muerte. Todo siguió su curso regular por algunas semanas. Pero pronto advirtió la exprisionera que en el fondo la marcha regular no existía, que todos y cada uno de los Preciado iba por el rumbo que había

escogido durante la ausencia de la jefe de familia. Cada uno iba a lo suyo. La viuda notó a los pocos días de llegar a su casa que sólo recobraba su alcoba enlutada por la muerte y un puesto vergonzante en la mesa común por más que se sentase a la cabecera y en la misma silla de siempre. Sintió al darse cuenta, como si sus hijos la abofetearan y le advirtieran que iba a comer de mogollón. Su caletre femenino volvió a calentarse con viejas ideas. Resucitaron los recuerdos. Volvieron a la mente de la ambiciosa las riquezas de otros días; el coche a la puerta, los criados de librea, el palco en la ópera, los paseos vespertinos por el paseo de Bucareli hasta el Tívoli de Romita, los veraneos de la casa de campo de San Cosme. ¡Tristeza, tristeza y dolor! Hasta la época ya decadente de su bienestar, la onza de oro que a diario le daban los tahúres pesaba en su memoria con amargura. Volver a salir a la calle y volver a las andadas todo fue uno.

Lucha y Pilar, requeridas por recados urgentes de Maugard, ocurrieron a la tienda, encontrándose con la novedad de que ya no había camisas blancas qué hacer, sino otras de franela roja con vistas de seda que empezaban una moda especial y completamente inadecuada para un país caliente. Esas nuevas camisas no llevaban mangas, se vestían sobre las blancas, para lucirlas y renegar de calor. Se llamaban tales camisas garibaldinas, seguramente por haber tenido que hacer con algún Garibaldi pretérito y precursor del libertador italiano.

Por cada garibaldina se pagaba a la costurera el importe de tres camisas blancas: seis reales. Como Maugard no sabía coser se figuró que el llevar las garibaldinas unas puntadas largas de seda, que les daban mucha vista, eran difíciles de hacer. Muy al contrario. Trabajar en tales prendas era un entretenimiento y un descanso; las costureras lo comprendieron así, pero tuvieron el buen tino de no decirlo. Hacía dos cada mujer diariamente, con la diferencia de que cosiendo dos camisas

blancas en el mismo tiempo echaban o por lo menos sentían echar los pulmones por la boca, las prendas les daban a ganar el tanto de tres camisas, sin mayor esfuerzo.

Lucha y Pilar vieron el cielo abierto, y con una docena cada una volvieron radiantes de gozo a su casa. A la hora de ponerse a coser las garibaldinas, reanudando la sesión de costura, como quien dice la sesión de vida, tuvieron las muchachas otro desengaño. Sucedió que al revolver un baúl viejo para sacar de él trapos de lino usado que eran necesarios durante la gravedad de Anita, salió no sé cómo una cajita de lináloe con algunos objetos de plata que habían sido de una particular de don Santos. Una mancerina, una tabaquera, un sello y una caja de rapé. Rezagadas en los tiempos de grandeza de la viuda, se quedaron relegados al olvido. Pilar, que fue la del hallazgo, puso la caja de lináloe en el cajón más alto de la gran cómoda de caoba, precisamente donde era costumbre guardar todos los chirimbolos de costura. Al ir a buscarlos, echó de menos la caja de lináloe. Habían volado. Puso Pilar el grito en el cielo y armó un mitote fenomenal con los de la casa. Su mamá grande era el ángel en cuyas alas habían volado los objetos de plata; su mamá grande era incorregible, era mala, era egoísta, era cruel. No era la abuelita tradicional de los cuentos de niños, que sientan a sus nietos en el regazo y los arrullan y los miman; ésta era otra abuela distinta y ella ni la quería ni siquiera la estimaba. Por matar de hambre a la familia se había marchado a la bola Manuel dejando a Carmelita sin marido y a ella y a Nacho sin papá. Dijo otras muchas bellaquerías y se echó a llorar como sacudida por la histeria. Lucha y las demás trataron de calmarla, y cuando lo hubieron logrado, la reprendieron por irrespetuosa y atrevida. ¿Quién le daba el derecho de juzgar a sus mayores, de las cuales no tenía que dar cuenta a Dios? Dios la castigaría por atrevida.

“¿Aún más?”, preguntó curiosa y temerosa de posibles ayunos por venir. La calmó la amenaza de volver a una sola comida cada veinticuatro horas, y esa de frijoles, tan pobremente sazonados por falta de manteca, que era menester, para hacerlos incitantes, que Carlota enviara a la mesa un plato de chiles verdes y cebollas rebanadas, para uso a discreción de los comensales.

Cierto que la persuadieron a callar, pero no a cambiar de criterio respecto de la abuela.

Por su parte, las otras víctimas de la viciosa viuda, si no se salían de cajas y soltaban la lengua destempladamente, porque la moderación de la edad se los vedaba, en el fondo asentían con Pilar. También en ellos se había resentido el respeto a la Preciado; también ellos se sentían distanciados de la verdugo. Hasta Lucha adolecía del mismo mal, pero hacía esfuerzos por no confesárselo a sí misma. A no ser por el cuarto precepto del Decálogo, “honrarás a tu padre y a tu madre”, Lucha hubiera hecho muy otra cosa en vez de contener la ira de Pilar. Pero supo callar y vencer a la iracunda sobrina con su silencio. Ambas se sentaron a su labor y por largo tiempo no despegaron los labios.

Lucha era soberbia y muy altiva. No se quejaba porque estaba segura de sentirse humillada si la compadecían. Pero allá en su corazón se compadecía a sí misma porque el destino la castigaba con tal rudeza. Lo que tenía en los adentros no era lo que mostraba. Lucha era de sentimientos delicados, muy pundonorosa y tierna. Le gustaba la sociedad, porque en sociedad se da y se recibe cariño, y ese dar y recibir, esa comunicación amorosa con los semejantes es lo que, en su concepto, causa la alegría de la vida.

Nadie despegó los labios para increpar a doña Mariquita por su ruin proceder. Todos a una, deseando ahorrar contiendas que sobre ser

desagradables serían también inútiles, se propusieron no darse por entendidos de la conducta de la jugadora.

El tiempo fue suavizando los sinsabores y las penas de la familia y cada uno le abrió diferente puerta hacia el porvenir.

Hallando menos encarnizada la lucha por el inevitable sustento cotidiano, Lucha y Pilar se entregaban al descanso a la puesta del sol. Se mejoraban la apariencia con vestido dominguero y peinado recién renovado y se marchaban a la tertulia de la vecindad. El escribiente tenía la sala más grande, pero como era un poco díscolo y no gustaba de prodigar mucho a su Rosario y su Luisa, las reuniones tenían efecto en casa de Arsinas, actor de mala muerte que nunca había pasado de dos teatros de ínfima categoría. Su gira era de Puesto Nuevo a Oriente y de Oriente a Puesto Nuevo. Arsinas tenía cuarenta años y era casado, sin hijos, con Loretito: una mujer guapa y hacendosa. A diario Loretito preparaba la sala para la reunión. Compraba las avellanas para apostar a la lotería, remendaba los cartones que iban destruyéndose, y arreglaba el estrado para el juego de prendas, haciendo un ruedo grande de sillas, sillones, taburetes, completando con los bancos de las macetas, si esperaba mayor concurrencia que la ordinaria. También renovaba de tiempo en tiempo las moñas de las guitarras que se deslucían, por otras más vivas y brillantes.

Arsinas no siempre tenía trabajo de actor, pero jamás le faltaban papeles a copiar, a seis reales cara, para los teatros de primera: Nacional, Principal e Iturbide. Arsinas tenía muy clara letra, muy pareja y escribía bien, al correr de la pluma. No sólo los vecinos de la casa eran tertulios de Arsinas: amigos de los vecinos que vivían en distintos rumbos de la ciudad, y en las fiestas sonadas concurrían, también, amigos de los amigos, teniéndose por norma en aquel entonces, que un convidado convida a cien.

Bien pronto se estrecharon las relaciones amistosas y se estableció discreta confianza entre las Preciado y sus vecinos. Por supuesto que hay que pasar por alto a la viuda, quien temerosa de que le hicieran en los corredores preguntas impertinentes, ni siquiera se dignaba dar los buenos días. A medida que desaparecían la tirantez y la extrañeza, salían a montones los pensamientos de cada uno.

—Nosotros creíamos que como ustedes son personas venidas a menos no se querían juntar con nosotros que somos pobres.

—Sí, sí. Eso es. Porque ustedes fueron ricos, ¿verdad?

—Sí, es cierto que fuimos ricos, pero la riqueza es para los que Dios quiere que sean ricos siempre. Nosotros somos ahora pobres como ustedes porque Dios ha querido enseñarnos a que todos seamos iguales. Todos somos hermanos.

Claramente quedó a cada uno en su sitio, con la explicación de Lucha y el vínculo se anudó de firme.

Durante la mañana cada quien se ocupaba en los menesteres de su oficio o empleo; a medio día se daba tregua al trabajo y se mostraba la amistad con un intercambio de bocaditos que sabrosos o no, la novedad hacía que al paladearlos lo parecieran. Las criadas de los que la tenían, o en su defecto, las mandaderas, iban y venían de una a otra vivienda con el plato o la cazuela diminuta que al entregar acompañaban de este recado: “Que dice su mercé mi ama que aquí está esto para que se lo meta usted en una muela” o “que aquí manda este bocadito, que es sólo una probada y que dispense usted lo mal hecho”.

A las dos de la tarde se renovaba la faena hasta que, suspendida al oscurecer, comenzaban los preparativos para concurrir a la velada de los Arsinas.

XIV

Loretito estaba en todo. Era una mujer diligente muy encariñada con su marido, en quien notaba lamentables defectos, pero los aceptaba con resignación. Si podía remediar que algunos no cayeran sobre ella como un fardo, lo remediaba irremisiblemente. A Arsinas no le gustaba la vida de hurón. Como se viera sin amigos y sin chorcha, gastaba un geniecito de todos los diablos, desquitando su mal humor con su mujer. Al principio de casados le dio una vida negra, amargándole comida, paseo, teatro, todo. Pero una vez que su perspicacia le señaló la causa de los malos humores de su marido, acudió ella con el remedio y la paz más duradera que la de Varsovia reinó en el hogar del Romeo fracasado. Loretito había conocido el espíritu de sociabilidad de su consorte y lo libertó de la soledad y la tristeza. No dejaba de comprender que rodeando a Arsinas de mujeres y organizando fiestas ponía en serio peligro la fidelidad conyugal. Sabía al dedillo que el hombre es barro, o bien fuego, y que la mujer estopa, y que diablos sueltos no faltan por el mundo, pero, con todo, se arriesgó a lo que se arriesga. En la casa de los Arsinas se organizó propiamente un casino sin estatutos ni reglamentos. Se gobernaba por la alegría y la cordialidad que Loretito puso en él. Como la gloria de las tertulias la da la juventud, Loretito no escatimó este precioso elemento, convidó a varias familias donde abundaban muchachas y muchachos, y no hay para qué decir que las veladas de la buena esposa se vieron siempre animadas. Con tal que su marido no estuviera de cuerno, pensaba ella, bien valía la pena hacer un sacrificio. Y Loretito hacía más de uno cuando Arsinas hacía mil monadas en la reunión, por atraerse el favor de las mujeres. Él cantaba acompañándose en la guitarra, él representaba fragmentos de los papeles principales que

jamás le tocaban en el teatro, porque los suyos eran muy secundarios. Arsinas organizaba los juegos de prendas, dirigía el de la oca y cantaba los números en la lotería.

Loretito, para ahorrarse compromisos, y deseando que cada uno de sus tertulios estuviera con libertad, advirtió desde un principio que los que fueran a su casa a solazar deberían asistir después de cenados.

Las reuniones ordinarias se disolvían a las diez, teniéndose en cuenta que era menester madrugar al siguiente día para prepararse al trabajo. Esta regla tenía una excepción: la Noche Buena. Como el día siguiente era festivo, el baile que seguía a la gran cena acababa al amanecer.

Arsinas llevaba el nombre de pila de Juan Bautista. Era un legítimo Juan Bautista, pues había nacido el 24 de junio, cuarenta años antes de su presentación a los lectores de este viejo cuento. Arsinas celebraba su santo y onomástico con gran comelitón de mole de guajolote y pulque curado, canciones recientemente aprendidas, recitaciones de comedias llegadas últimamente de España y baile de cinco instrumentos: dos bandolones, bajo, flauta y violín. Los Asiaín, que eran los más afamados músicos de cuerda porque entonces, a pesar de ser muy solicitados en el día de San Juan, rehusaban todo enganche, por estar siempre comprometidos con Arsinas, para ese día.

Lucha y Pilar gozaban con toda su alma en casa de Loretito. Cuando los músicos anunciaban *La jardinera*, polka, el vals de *El beso* o las siempre encantadoras o renovadas danzas habaneras del repertorio de los Asiaín, olvidaban todas las penas de este mundo; en cambio, la estancia a domicilio era lánguidamente tediosa. Pilar no hacía misterio de despego a su abuela. Aunque por sistema antiguo de educación, los padres se precavían que los hijos se enteraran de los negocios de ellos y de su conducta de zaguán afuera, por intuición sabía ella que doña Mariquita era una

rufiana, cuyo ejemplo debía permanecer a la sombra para salud de la familia. Entre Pilar y doña Mariquita existía una laguna de desprecio que las separaba.

Pero Lucha era otra cosa. Lucha de la sospecha pasó al completo desengaño. Lucha, antes de que su madre entrara en la cárcel, había sido enterada de las deshonrosas mañas de su madre, por la indignación de las dos nueras de doña Mariquita. Aquellas dos testigos de la grandeza de la casa, después de la muerte del pintor, quien la había dejado sólidamente establecida, para bien de sus hijos, no le perdonaban a la viuda ni la ignominia ni la miseria. Y cuando el hambre empezó a delinear su silueta en el 7, antes de que el francés hubiera metido mano en la mudanza, ellas lo habían averiguado todo. Callaban ante los extraños por reserva y por pudor.

A Lucha le hacía tilín su conciencia. Buena o mala, doña Mariquita era su madre y ella no tenía derecho a juzgarla. Ella hacía muy mal en sacarle la vuelta a su madre con el pretexto de sus prolongadas ausencias. Bien sabía Dios que, si doña Mariquita se desayunaba a solas y comía a solas porque nunca estaba despierta o presente a las horas de la mesa, no se desdoraría la hija haciendo compañía a la madre algunas veces. El estar siempre cosiendo, acabando de prisa alguna prenda, era una mentira forjada para salir del paso. Lucha sabía muy bien que sus amistades, si supieran eso, no se lo tomarían a bien, no la apreciarían ni tendrían jactancia de tenerla como amiga. Pero Lucha no lo podía remediar.

A veces, después de mucho pensarlo, se decidía a ser más blanda con su madre. Doña Mariquita tenía la disculpa de la edad, sin contar con la flaqueza femenil que empuja por caminos extraviados a las pobres mujeres. En los primeros actos de la Preciado, recién viuda, Lucha, con su claro juicio, veía que las pilladas del albacea habían puesto los

cimientos de la catástrofe doméstica. Después, lo que siguió después, fue todo resultado de ignorancia, de impensada manía de gastar, del gusto insano por el lujo a que la vanidad de los padres lleva a empujones a la prole. Costumbre era esa por los siglos. Lucha sabía todo eso. Lucha estaba segura también que si la Preciado fuese rica todavía, no obstante el buen criterio que le ponía de resalte las fealdades de la jugadora, ella no hubiera tenido ni siquiera la idea de protesta contra el coche, los criados de librea, el palco en la ópera. Al contrario, lamentaba que de todas esas grandezas de la casa paterna sólo le hubiera tocado una mínima parte: el colegio de señoritas adineradas de *madame* Pamier, donde aprendió a coser muy bien y a rezar en francés. Ni siquiera tuvo Lucha la oportunidad de ir al colegio en coche con cochero de librea, porque *madame* Pamier vivía en la esquina de su misma calle.

Un buen día Lucha razonó. Le dolía la cabeza de pensar en la resolución que tomaría respecto de su madre. Por fin, resolvió, dé donde diere, desde hoy, a las tres o tres y media que venga mamá a comer, me le presentaré, le platicaré mientras come. Le preguntaré cómo está de salud. A la verdad yo no sé si le duele algo o no. Ella no se queja.

En éstas se oyó gran estrépito en la cocina. “Algo que se ha caído”, dijo Pilar. “Alguna travesura del gato”, pensó Lucha, “que anda buscando su asadura por los trastes colgados”. La curiosidad llevó a las cuatro mujeres a la cocina a enterarse del sucedido.

Carlota, mostrando un clavo débil y torcido, respondió a la pregunta que con los ojos le hacían las otras, dijo: “Es que el peso de la parrilla venció el clavito y todo se vino abajo. Todos los clavos son delgados y torcidos. Como que no teníamos otros”.

“Es cierto, añadió Carmen, y lo probable es que las cacerolas sigan: también son pesadas”.

A una volvieron las cuatro mujeres la vista al lienzo de pared donde las cacerolas estaban colgadas, hallándola limpia y monda. Las cacerolas habían volado.

Carlota indignada exclamó:

—Todo, todo. Hasta el cazo de cobre estañado del dulce, todo, todo. Todavía anteayer, para hacer los chongos que me pidieron los chiquitos, lo ocupé. Por cierto, que tuve que mandarlo soldar con Carmelita. ¿Verdad, tú?

—Es cierto, tamaña soldadura de estaño que le pusieron: del vuelo de una peseta.

—Eso es que mi mamá grande se lo lleva todo para hacer dinero; y luego, para jugarlo. Un día si la pescan vuelve a la Diputación.

—Cállate, lenguaraz —gritó con enojo Carmelita, dando a su hija suavísimo manazo.

Lucha se mordió los labios de ira. Volvió al poyo de su ventana favorita. Se sentó, desdobló la costura y se puso a trabajar en ella. Metía y sacaba la aguja como si los nervios le empujaran la mano; mientras metía puntadas, pensó amargamente en su corazón: “No, no iré a buscarle la cara a mi mamá. Es una señora que no merece consideración. Tiene casa, comida y todo lo que necesita un pobre. Pues ¿por qué va a jugar? Si los vecinos lo supieran nos cerrarían las puertas de su casa, las puertas del único entretenimiento que tenemos. Hasta Arsinas nos verá mal”.

Pero los vecinos lo sabían todo. El portero, cómplice y amigo de doña Mariquita, había corrido en la vecindad la especie de que la Preciado era una tahúra. Él lo sabía de buena tinta, porque en la portería dejaba a guardar la culpable los objetos que sacaba de su vivienda mientras iba disponiendo de ellos. ¿Que a dónde los llevaba? Dios lo sabía. Al principio él, el portero, se hacía cruces, pero una buena mañana que

andaba buscando en el Baratillo⁸³ una llave que le habían robado, se descubrió la incógnita. La viuda estaba regateando con un puestero un par de sábanas hermosas de crea, que remendadas y todo, bien valían su par de pesos cada una. Ella les dejó en el puesto por un tostón el par. Luego, él sabía... Sabía que frente de la iglesia de Santa Isabel, en una casa medio sigilosa, se jugaba a escondidas, desde el tiempo de la persecución a los jugadores. Juan José Baz no dio nunca con ese encierro. Y ahora, con el disimulo de la policía, menos. Por unos cuantos pesos que pagaba el monte, los genízaros⁸⁴ hacían a maravilla la vista gorda. Pues allí, allí mismo en la casa de enfrente de la iglesia de Santa Isabel, justito, había visto entrar a la viuda, mientras él lo hacía al Rosario.

A cada vecino varón le contaba *monsieur* Pipelet la misma historia, aunque con varia terminología, recomendando siempre a cada oyente el mayor secreto, pues por no ofender a la familia Preciado, no quería que se divulgaran los hechos de la viuda. Bueno o malo lo que ella hiciera, ¿qué le importaba a él? Dios estaba para juzgarla y era el único que tenía derecho de hacerlo.

Con igual misterio, los vecinos hicieron cundir la noticia por la vecindad, comunicándola en confianza a las mujeres y encargándoles el secreto.

⁸³ El Baratillo era uno de los tres mercados permanentes que se asentaban en la Plaza Mayor de la Ciudad de México (los otros dos eran el Parián y el de alimentos). Fue instalado durante la colonia española, véase Jorge Olvera Ramos, *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México* (México: CEMCA, 2007), 73-99 y Homero Bazán Longi, “Aquel mercado de El Baratillo”, *El Universal*, 14 de noviembre de 2004, <https://archivo.eluniversal.com.mx/columnas/43164.html>.

⁸⁴ *Genízaros o jenízaros*: “miembros del cuerpo de Policía”, *DLE*.

En puridad de verdad, las hijas de Eva no se portaron cruelmente con las Preciado. Chismorreaban comentando la mala acción de la viuda, a la que, desde entonces, apodaron con denigrante mote de la “sinvergüenza tahúra”, o para variar la “tahúra sinvergüenza”; pero haciendo jactancia de verdadera compasión ni se dieron por entendidas con la parentela de doña Mariquita, ni sintieron por ellas, en el fondo del alma, menosprecio alguno. “¿Qué culpa tenían las pobres de la falta de la vieja, ellas que en el cumplimiento de sus tareas echaban los pulmones por la boca?”.

No así con la vieja sinvergüenza. Cuando pasaba por delante de las puertas abiertas, de cada una salían miradas que le escupían la cara. Notaban que rara vez salía sin llevar bajo el tápalo un bulto más o menos voluminoso; y como el portero ya había propalado los datos biográficos de la viuda, referentes a las sábanas de crea,⁸⁵ no había vez que doña Mariquita hiciera su tránsito por los claustros que no la siguieran los comentarios mudos de las vecinas. “¿Qué se llevará ahora esa pécora?”.

Doña Mariquita no oía insultos en los corredores ni recriminaciones en el Quinto Infierno, pero en uno y otro sitio sabía a qué atenerse. Tenía olfato. La desaparición de las cacerolas había dejado monda la pared trasera de la cocina, cuyo vacío era una acusación estante contra las raterías de la mujer. Notó ella, o los gritos de su conciencia le hicieron creer que notaba frialdad en el trato que le daban los suyos, y cohibida ajustó su conducta a la nueva actitud. Su proceder debía ajustarse a las circunstancias. Se propuso reducir a lo mínimo las relaciones familiares. Hablar sólo lo preciso con Carlota que era la intermediara de lo que era necesario tratar con el resto de la familia; y, directamente con ésta,

⁸⁵ *Crea*: “lienzo entrefino”, *DLE*.

nada absolutamente. Resolvió no entrar a las piezas de uso común. A su recámara a dormir, y gracias. Para desayunar y comer, se sentaba a la mesa de la cocina, donde Carlota le servía los alimentos que ella ingería con mesurada parquedad. A pesar de sus años no era glotona ni antojadiza. Una taza de atole blanco seguía al pozuelo pequeño de chocolate, que, acompañado de un pambazo poblano, constituía el desayuno; a las tres o tres y media de la tarde comía de la frugal pitanza de los demás la porción moderada que le habían apartado, sentándose con displicencia, con el tápalo bajado por detrás hasta la cintura y recogido por delante en el regazo. Acabada de refrigerarse, se marchaba sin decir adiós. Como nadie le dirigía la palabra, excepto en casos muy contados, trabajó en su imaginación la idea de que era para los suyos, no una mujer de carne y hueso, sino un espíritu invisible que, sin embargo, de sentirse bajo el dominio de los sentidos, no podía comunicarse con el mundo. Quería hablar y las palabras no le cuajaban en la boca; quería tentar los objetos y tocaba el vacío. Era seguramente como las almas del otro mundo de que le hablaba su amigo el portero, refiriéndose a los espíritus que bajaban a la casa de Toussaint, un émulo de Allan Kardec,⁸⁶ en el Hospital de

⁸⁶ Allan Kardec (1804-1869) fue el seudónimo utilizado por el pedagogo y escritor Hippolyte Léon Denizard Rivail, considerado el sistematizador de la doctrina llamada espiritismo. Aquí se trata de los primeros atisbos del espiritismo en México, promovidos desde el periódico *La Unidad Católica* (1861), en donde se publicaron numerosos artículos en torno a la doctrina y sus guías (entre otros, Kardec). Posteriormente, durante la República Restaurada, surgieron las vertientes del espiritismo científico y del neocristianismo. Documenta Gonzalo Rojas Flores que “desde 1858 comenzó a ser recibida la *Revue Spirite* de París, publicación que había sido fundada por Allan Kardec en enero de ese año. Aunque no sabemos cuántos eran los suscriptores que la recibían en México, ni cuál era su nacionalidad, podemos al menos suponer

Terceros, y hacían profecías y revelaciones terribles, por medio de mesas que giraban y bailaban. Ella también quería hablar, ella también quería revelar cosas terribles. Quería decir que tenía ratos de arrepentimiento por haber echado por un voladero la fortuna que el pintor le había legado para criar y educar a sus hijos. Quería revelar que se sentía muy vieja y agobiada, que estaba enferma de una enfermedad horrible en la que predominaba el delirio, pues que sin cesar danzaban en su mente con inacabable vértigo el as de espadas y la sota de oros y los caballos y los reyes, y cuando estos desalojaban su razón, surgían de ellos el 30 colorado, el 13 negro, las casas chicas y grandes, oyendo el correr epiléptico de la bolita de la ruleta.

XV

El francés, de vuelta de un viaje largo a Pachuca, donde se había metido con algunos ahorros en compra venta de acciones de minas, volvió a reanudar sus visitas sabatinas a Lucha y a Pilar. Les contó que se vería obligado a salir frecuentemente de la capital para cerciorarse de si las minas, cuyas acciones regenteaba, lo eran afectivamente de metales finos o sólo agujeros en la tierra. Se mostró muy jubiloso, anunciando que pronto iba

que la difusión recibió su primer impulso durante la Guerra de Reforma, la Intervención y el Segundo Imperio. En efecto, aunque el ‘estado político del país’ provocó que esas ‘reuniones particulares’ sufrieran ‘repetidas interrupciones’, pronto se volvieron a formar”, Rojas Flores, “El movimiento espiritista en México (1857-1895)” (tesis de maestría, UNAM, 2000), 161-162.

a venir la intervención francesa y los negocios en general, y el comercio de México prosperaría.

A las dos costureras, que no entendían jota ni de política ni de patria, les pareció igual. Ellas con tal que hubiera representaciones teatrales los domingos, donde iban a la galería con una peseta, todo les parecía muy bien. Qué más daba que fueran franceses o mexicanos los que gobernarán el país.

Correspondieron a la franqueza del gabacho, confiándoles ellas sus negocios.

Ya no trabajaban con Maugard, porque era un así y un asado. Desde el cuento de las garibaldinas lo habían dejado.

—Figúrese usted que, cuando se enteró que las garibaldinas eran una canonjía para las costureras, bajó el costo de la hechura a la mitad. Las obreras se enojaron y unas se fueron repartiéndose por las varias modisterías, guanterías y corseterías que últimamente se estaban estableciendo; pero el mayor número tuvo que volver aunque llorando. Volvieron por la vil necesidad. Sólo Angelita, a quien Maugard le había puesto la puntería y no la dejaba ni a sol ni a sombra, se decidió al cabo a caer con él. Ahora se llama *madame* Maugard. Nosotras tuvimos buena suerte: Loretito Arsinas nos ha recomendado con sus amistades, éstas con las suyas, y todas ellas son nuestras parroquianas. Unas veces hacemos batas de camisa y mangas, deshiladas, caladas y hasta con randa; otras, volteamos forros y ribeteamos faldas; tejemos carpetas de gancho, con hilo torcido o con estambre, tejemos bertas que ya ve usted están muy de moda.

El francés felicitó a sus amigas, asegurándoles que habían cogido buen camino y no les faltaría en adelante quehacer. Esa abundancia de trabajo era resultado de la próxima venida de los franceses. Les dio, para coronar las buenas nuevas, otra más. Como la litografía marchaba siem-

pre arriba y arriba, le aumentaba el sueldo a Nacho, para que se hiciera cargo de la renta de la casa y se vistiera mejor. Por angas o por mangas⁸⁷ él había sido el pagano de los ocho pesos de la renta; pero ya no más; quería que sus amiguitas no tuvieran ligas de gratitud con él, sino sólo de cariño amistoso.

Una nohecita, apenas pasada la oración, las campanas de Santa Isabel y Santa Clara repicaban como locas. ¿Qué será?, ¿por qué será? La respuesta parecían darla otras iglesias: San Andrés, la Concepción, San Lorenzo, todas las que podían escucharse en la casa de los Preciados. Crecía la duda de Lucha y de Pilar y en la calle crecían también el alboroto y la garrulería. Empezaban a formarse grupos de curiosos que no sabían qué camino coger, como más seguro, para la inmediata averiguación de la causa del campaneo. De pronto la Profesa y luego Catedral soltaron sus lenguas de bronce, al mismo tiempo que los voceros de periódicos, corriendo en todas direcciones, gritaban estridentes: “Alcance al *Monitor Republicano* con la noticia de la derrota de los zuavos⁸⁸ en Puebla”.

Los alcances volaron de mano en mano, y por el que Arsinas llevó a su casa, felicitándose y felicitando a sus amigas, se informaron todos del

⁸⁷ *Por angas o por mangas* es una locución adverbial que quiere decir “de un modo o de otro”, “de todos modos”. La lingüista Martha Hildebrandt dice que la palabra “angas” no tiene significado léxico y sirve para hacer contrapeso consonántico al elemento “mangas”, véase Hildebrandt, “El significado de ‘por angas o por mangas’”, *El Comercio*, 16 de ago. de 2014, <https://elcomercio.pe/opinion/habla-culta/martha-hildebrandt-significado-angas-mangas-352896-noticia/>.

⁸⁸ *Zuavo*: “soldado argelino de infantería al servicio de Francia” o “soldado francés que lleva el mismo uniforme que el zuavo argelino”, *DLE*.

suceso. En vez de lotería y juegos de prendas, esa noche hubo canciones muy entusiastas y patrióticas, *La chinaca*,⁸⁹ *Los cangrejos*,⁹⁰ y otras; como

⁸⁹ Ricardo Pérez Montfort da cuenta de cómo, en la época juarista, “una gran cantidad de versos, coplas y canciones, la mayoría de carácter satírico [...] transitaron libremente entre poetas y literatos académicos, al mismo tiempo que la obra de éstos se volvía accesible para [...] las mayorías. Tanto en hojas volantes como en la tradición oral quedaron impresas gran cantidad de rimas y piezas cantables o bailables, que habían surgido de las plumas cultas de figuras como Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez o Vicente Riva Palacio, quienes a su vez se habían inspirado en el lenguaje y la diversión populares. Tal parecía que la necesidad de una integración nacional en pos de la defensa del territorio y del proyecto liberal había permitido una constante capilaridad entre las múltiples expresiones culturales vigentes; así las voces cultas se apoyaron en formas populares y tradicionales las cuales a su vez adquirieron cierto aire culterano”, capítulo “Apuntes sobre la lírica y la música del México juarista”, de Pérez Montfort, *Cotidianidades, imaginarios y contextos: Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950* (México: CIESAS, 2008), 17-18. En particular, sobre *La chinaca*, Montfort aclara que en el lenguaje popular “chinaca” o “chinaco” “tenía toda una connotación reivindicativa popular y liberal. [...] se les nombraba así [...] [a] ‘los guerrilleros’ a quienes los indios se referían así en contraposición a señoritos y catrines. Y si esos guerrilleros fueron los liberales, ‘la chinacada’ representa las ideas contrarias a las conservadoras. [...] quizás fue la figura de ‘la chinaca’ la más socorrida por cancioneros y poetas populares, ya que además de ser mujer y por lo tanto tradicional sujeto de homenajes líricos, tenía una característica: era libre. A diferencia de las mujeres conservadoras”, *ibid.*, 38.

⁹⁰ Al respecto de *Los cangrejos*, Pérez Montfort agrega que “Si bien algunos de sus versos ya eran muy socorridos a la hora de satirizar a los conservadores, a quienes por cierto también se les conocía con ese nombre, en parte debido a la pluma de Guillermo Prieto y probablemente porque así se hacía referencia a ellos en las fuentes populares; esta marcha también se concibió como himno liberal en innumerables ocasiones a partir de la época juarista. [...] probablemente fue compuesta hacia finales de la última dictadura de Santa Anna”, *ibid.*, 26-27. Añade que, por su parte, Vicente T. Mendoza recogió otra versión y anotó “que muy probablemente se trataba de una pieza de Guanajuato compuesta a mediados de los años cincuenta del siglo XIX. [...] Guillermo

notas de solemnidad hubo anisete costeadado por el escribiente, y puchas y rodeo que añadió Loretito. Por supuesto que no faltaron los brindis de rigor. Era la noche del 5 de mayo de 1862.⁹¹

Al siguiente de aquel glorioso día, bastante de mañana, Carmelita volvió de la plaza muy acalorizada y sudorosa, guiando a un muchachillo que la seguía, cargando en la cabeza gran canasta, ancha y baja, surtida de recaudo y semillas, con el tope coronado de jarros, ollas, cazuelas y

Prieto escribió unos famosos versos sobre estos ‘Cangrejos’ que empezaban su coro diciendo: *Cangrejos al combate, / cangrejos al compás, / un paso pa’ delante / doscientos para atrás*”, *ibid.*, 28. Efectivamente, Guillermo Prieto compuso unas coplas que llevaron por nombre “Los cangrejos” y las publicó, por primera vez, en *La Orquesta* del 6 de abril de 1861. Véase la nota de Boris Rosen Jélomer en Guillermo Prieto, *Obras completas XIV. Poesía satírica. Poesía religiosa*, comp. y notas de Boris Rosen Jélomer (México: Conaculta, 1995), 58. Sin embargo, como ya se advirtió, hubo más canciones populares dedicadas a ellos: “Esta marcha de *Los Cangrejos* tuvo gran cantidad de coplas que hicieron mención a sucesos muy puntuales mostrando desde luego la falta de respeto que se habían ganado los propios conservadores ante los ojos populares. [...] He aquí otras coplas de *Los Cangrejos* que se refieren a acontecimientos de los primeros meses del año de 1860, justo cuando Miramón con el padre Tomás Marín ‘Papachín’ intentaron apoderarse de Veracruz: ¡Por qué viniste al Golfo / *Pirata Papachín?* / *Tan sucio y tan tiznado* / y en forma de violín [...] *Cangrejos al combate*... [...] Esta misma marcha de *Los Cangrejos* siguió siendo una pieza muy popular hasta el triunfo de la República [...] y todavía años después de la muerte de Benito Juárez sus coplas siguieron sonando”, Pérez Montfort, *Cotidianidades, imaginarios y contextos*, 29-31.

⁹¹ Ese día fue la Batalla de Puebla, en la que los liberales derrocaron temporalmente al ejército francés, entonces el más poderoso y experimentado del mundo, comandado por Charles Ferdinand Latrille. Las causas de la invasión se debieron a la suspensión de pagos de la deuda extranjera por Benito Juárez para fortalecer al gobierno mexicano. Los gobiernos de Francia, España e Inglaterra reclamaron y sólo los primeros decidieron emprender la intervención.

torteras de barro de todos tamaños. Del ruedo de la canasta salía una red de mecate que sujetaba el contenido de la cesta, para que éste no rodase al menor zangoloteo del portador.

Carmelita, tras despedir a su acompañante poniéndole siete tlacos en la mano, entró en la habitación donde se cosía, llevando en la suya una bonita cazuela, la mostró a Lucha diciéndole:

—Mira, no te di cuelga el viernes porque la patria estaba oprimida, mas hoy que nos socorrió Dios, te traigo este recuerdo. Nacho me regaló parte de su trabajo. Mírala, qué vidriada y qué orejitas tiene. Dice “Luz” y es texcocana, de esas que no se rompen ni apedreándolas. Para la torta cuajada que tanto te gusta está que ni mandada hacer.

Lucha sonrió agradecida y estrechó amistosamente la mano de Carmelita. Ésta, dirigiéndose a Carlota que estaba allí consultando con las muchachas si el adobo debía ser aquel día seco o aguado, añadió:

—A ti también te traigo un titipuchal⁹² de trastes para que no llores más a tus cacerolas. Hasta para hacer una pipilita⁹³ en mole te traje cazuela a propósito. Es poblana, yo misma voy a colgarte tu loza.

—Pilar, hija, ve a sacar el martillo del tompeate⁹⁴ de los fierros y me lo llevas a la cocina. Servirá de que me ayudes.

⁹² *Titipuchal*: sustantivo coloquial de México y El Salvador que designa una “cantidad considerable”, *DLE*.

⁹³ *Pípila*: en México, la “hembra del guajolote”, *DLE*.

⁹⁴ *Tompeate*: “Del náhuatl *tompiatl*, cesto. Nombre de un cesto de palma que se utiliza para almacenar alimentos. Los hay de forma cilíndrica, con o sin alas y en diferentes tamaños. En el Estado de México se utilizan como moldes para la elaboración del queso de cerdo y del queso de tenate. Conocido también como *tanate* o *tenate*”, *Diccionario Enciclopédico de la Gastronomía Mexicana* (México: Larousse Cocina, 2012), <https://laroussecocina.mx/palabra/tompeate-o-tompiate/>.

Pilar soltó sobre una silla el gancho y las dos bolas de estambre amarillo y negro, respectivamente, con que estaba tejiendo una berta para niño y fue a hacer lo que le mandó su mamá.

Hacía calor. Carmen estaba sudorosa y muy fatigada. Se quejaba del tápalo de lana, del vestido grueso y de la falta de sombrilla, tan necesaria aun a esa hora temprana. Pero ella no llevaba jamás sombrilla a la plaza, porque las plaseras, como vieran a una señora, de tápalo y sobre todo de sombrilla, comprando, la ponían regada y barrida. De rota no le bajaban un punto. Refiriendo un caso que había presenciado de doña Nieves, la huevera de las enaguas de seda y los hilos de perlas que valían un Potosí, y una señora joven de tápalo de burato, la interrumpió en su relato con mímica su hija agitando los brazos y fingiendo un asombro desmedido, como si no estuviera acostumbrada a hechos semejantes al que iba a contar.

—Oigan ustedes todas; el martillo, la hachita de partir la azúcar, el desatornillador y hasta las alcayatas viejas, ¡ojos que te vieron ir! El tompeate boca abajo.

—Y yo que había comprado clavos fuertes ¡Qué hemos de hacer!, aunque me cueste trabajo, clavaré con el tejolote.⁹⁵

“Bueno”, exclamó Lucha, pero era un bueno que empezaba con desesperación y acababa con desprecio.

Cuando las mujeres se marcharon a la cocina a murmurar de la tahúra, con el pretexto de colgar los trastes, Lucha se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que la rabia le hacía brotar de sus ojos, y se entregó a una seria meditación.

Ella no era ángel, sino que tenía defectos como todo el mundo; y ese mal genio, con que Dios la había dotado, iba a reventar, precisamente,

⁹⁵ *Tejolote*: del náhuatl *texolotl* “cilindro de piedra”, significa “mano de molcajete”, *DLE*.

en la tarde, cuando su madre viniera a comer. Se le personaría y por primera vez le echaría en cara su conducta egoísta y cruel. La increparía duramente. Le diría que por ella el dueño de los dos pies bonitos no intentó nunca casarse con Anita, pues de cierto estaba enterado del rumbo que llevaba la fortuna del pintor. Le diría que le había dado a la ruleta lo que hubiera sido más justo pagar por una alcoba de distinción en el Hospital de la Canoa; pero que, en cambio, la pobre Anita estuvo con el común de las locas, donde se les apalea por quítame allá esas pajas, se les pone la camisa de fuerza. Le diría también, y eso lo pensaba bebiéndose las lágrimas, yo tengo treinta y cinco años, y en lo mejor de mi edad nos quedamos en la calle por los vicios de usted, y no me casaré porque emparentar con una mujer viciosa es una vergüenza que ningún hombre decente se echa encima. Le diría que Pilar es otra sentenciada a celibato, a menos que no se resuelva a trasponer el quicio y echarse al mundo en el primer par de brazos que quiera recibirla. Le diría que si Nacho todavía no entraba en el pleno goce de la juventud, no tardaría, y su porvenir estaba tan borrado con las manchas del vicio, que no era fácil conjeturar qué haría el pobre muchacho tan bueno y trabajador cuando llegara a comprender que, para adquirir una respetable posición social, no bastan el trabajo y la bondad. La sociedad pide más: abolengo, honorabilidad, buen nombre. Le diría que todavía había dos niños que educar y que ellas, las tristes costureras, no ganaban lo suficiente para echarse a cuestras la carga, que había un pobre bemo, degenerado e inútil, sentado en una silla para sécula sin fin, por el abandono y desbarajuste de la viuda rica, y un hijo ausente que, por no haber sido enseñado a servir de algo, había escapado a lo desconocido de miedo del hambre. Que el hambre lo había aterrorizado de tal suerte que la incierta esperanza de un atracón había sido, en su miserable pensar, más fuerte que la resolución de

trabajar para sostén de su mujer y sus dos hijos. Le diría muchas cosas más que le tenían repleto el corazón de amargura.

Toda la mañana trabajó en silencio. Metiendo y sacando la aguja automáticamente, arregló en su magín los términos de su propuesta arenga, con orden y compás. A veces sustituía las palabras recriminatorias que juzgaba de ninguna fuerza, por otras más enérgicas; a veces las muy duras las suavizaba encontrando con dificultad, en su limitado léxico, las voces adecuadas al tono en que una puede hablar a su madre de asunto tan serio como trascendente.

Machaca y machaca tuvo sus ideas en un hervor constante, y cuando dieron las tres y media, ya las palabras pugnaban por salir solas de la boca sin sujeción a orden alguno.

XVI

Pero nada de doña Mariquita, ni su luz al atardecer. Lucha se inquietó por la tardanza. “No estuvo de Dios, mejor. Cállate boca, no digo nada, más vale así. ¿Qué derecho tengo yo de acusar a mi madre? Ella sabe su cuento. ¿Qué sé yo si las circunstancias la empujaron a obrar así! ¿Quién me asegura que, en su caso, yo hubiera hecho de otro modo!”.

La actitud amarga de Lucha hacia su madre fue modificándose al correr de las horas. Su resolución de ofender a la autora de sus días cedió ante el desasosiego que la ausencia de la jugadora causaba en la familia.

“¿Por qué no vendría? ¿Por qué no habrá venido? Es raro que no venga pues sus amistades son todas de tahúres que no se precian de comer ni de beber: se alimentan maquinalmente con lo que se les ofrece al paso, contentando apenas a la necesidad biológica de la nutrición”.

En eso pensaban las Preciado, aunque al enunciarlo y discutirlo se valían de otras palabras claras y precisas. Deseaban con zozobra que pasaran las horas primeras de la noche para que doña Mariquita, regresando a su casa, les calmara la ansiedad. Era tal la aflicción que Lucha sintió, quien sabe por qué, que se alegró de que se le quedara en el cuerpo la arena injuriosa que tenía preparada a la vieja. Anochecido, porque era sábado, vino de visita el *monsieur* de la litografía. Estaba cariacontecido y de poca vena. En su media lengua declaró a las costureras que la derrota de los valientes zuavos estaba plenamente confirmada y que a él le había malhumorado. Pensándolo bien, era sólo cuestión de amor propio, muy del momento, nada más. Retardaría la entrada del ejército invasor, días, semanas, meses, un año quizá, pero la intervención sería un hecho inevitable.

Las Preciado no le hicieron confidencias de lo que a ellas les concernía y apenas le llevaron el barreno sobre el asunto de política del cual ni entendían ellas nada, ni les importaba en lo absoluto, así lo hubiesen entendido. Cambiando de conversación, el francés hizo grandes alabanzas de Nacho. Que era todo un hombrecito, trabajador, formal y serio. Agregó que, en punto de honorabilidad, valía tanto como un francés. Nacho, más tarde sería su segundo en el taller y le dejaría la casa a su cargo cuando él tuviera que ausentarse para vigilar sus asuntos referentes a las minas.

En la visita del gabacho, más larga que de costumbre, Lucha y Pilar encontraron pretexto para excusarse en casa de los Arsinas, Angelito llevó allá un recado diciendo que las dispensaran de no concurrir a la reunión esa noche, pero que Lucha se había retirado a su cama con jaqueca y Pilar tenía que velar en la terminación de una prenda urgente.

Las nueras, logrando vencer el resquemor que les causaba que la viuda se hubiera quedado sin comer, por preferirlo a ser tratada con sequedad en su casa, cedieron al sueño más o menos tarde. Pilar, por su

irresponsabilidad juvenil y el desafecto y desestimación que sentía por su abuela, no se inquietó ya más y durmió como una bienaventurada. Para Lucha, la noche fue toledana. Rezó, se acostó, cerró los ojos implorando al sueño que la privase de pensar y de pecar pensando. No quería existir, no quería saber de las cosas de este mundo siquiera fuese en las tormentosas horas de la oscuridad, mientras los remordimientos parecen cuchillos que se meten en el cerebro y en el corazón. Haciendo propósitos de enmienda, formando planes factibles para reconciliarse con doña Mariquita, varias veces la perturbó el canto del gallo que moraba en la azotehuela trasera. Le dio como un acceso de sensiblería que predispone al llanto y se sintió llena de esa indulgencia de manga ancha que inunda el espíritu de quien se prepara a pecar o de quien teme pecar. Volvió a rezar, recalcando con énfasis: “perdónanos nuestras deudas, no nos dejes caer en tentación, mas líbranos de mal, amén”.

Por más que al menor ruido paraba las orejas para cerciorarse de que era doña Mariquita que entraba, no lo consiguió: o era el gato husmeando ratones, o la perrita que se quejaba en sueños, o alguno de esos ruidos misteriosos de la soledad que no escapan a la percepción del insomnio.

Muy de mañana la madrugadora a revienta cincha, Carmen, obligada a dejar las sábanas por tener que ir al primer mandado, el del desayuno, salió a puntillas de su recámara. Antes de echarse a la calle, fue muy quedito a espiar si doña Mariquita dormía; encontrase con la cama sin deshacer y vacía. Con el picor de la curiosidad no exenta de cuidado, se fue volando a hacer su compra, y a la vuelta se detuvo en la portería. *Monsieur* Pipelet no estaba en su cuarto, andaba barriendo la calle, por el lado de Vergara, y ella no podía esperarlo, por llamarla a su habitación los menesteres de la cocina. Subió a entregar el mandado a Carlota, quien procediendo igualmente que su concuña, había salido también de

su alcoba, de puntillas y registrado sigilosamente el cuarto de su suegra, convenciéndose que ésta no había entrado a dormir. Cuchichearon brevemente las dos nueras y Carmelita volvió a bajar al cuarto del portero. El portero pasaba el umbral llevando en las manos sendas regaderas, las cuales llenó en la fuente del patio, yéndose enseguida a continuar el riego de la calle sin reparar en Carmelita. De nuevo entró con las regaderas vacías, y vio a la nuera mayor, aguardándole con inquisitiva mirada y ademán de impaciencia.

—¿Qué es de la señora? ¿Usted la ha visto entrar anoche? ¿Le abrió usted la puerta?

—No. Desde que salimos juntos a las once de la mañana, a dejar cuatro planchas al empeño del Factor,⁹⁶ no la he vuelto a ver. Nos dieron nada más dos pesos por las cuatro. Ah, qué gachupines tan ladrones.

Carmelita, satisfecha de su investigación, no quiso saber más. Puso en conocimiento de Carlota lo que el portero le había comunicado y las dos mujeres alborotaron la casa con la nueva. Encarecieron a Nacho que pusiera en autos a su patrón, suplicándole que les ayudase a buscar a la extraviada.

A medio día llevó el gabacho a la familia el resultado de su investigación: la policía erre que erre en perseguir a los jugadores, en obediencia al mandato del prefecto Juan José Baz, había dado con el encierrito de un

⁹⁶ Las casas de empeño abundaron por toda la Ciudad de México, según la condición social del cliente, si bien tenían que contar con el permiso de la autoridad, la mayoría de sus servicios fueron ilegales, como la mencionada de la calle del Factor (1a. de Allende); asimismo, existieron las casas conocidas como Monte de Piedad. Quizá Laura Méndez haga referencia al Monte de Piedad de Ánimas, situado en la calle del Empedradillo desde 1836, donde actualmente aún se localiza.

tal Orellana, en la calle de la Alhóndiga,⁹⁷ y arreado en vergonzosa reata a cerca de cuarenta tahúres. A doña Mariquita entre ellos. Como la viuda fue reconocida como reincidente, recibió la sentencia de seis meses de prisión. Le habían doblado la receta. Multa a cambio de libertad a ninguno de los jugadores que la habían propuesto se les admitió, así que no tenía remedio la cosa. Era necesario conformarse con aliviar las molestias de la reclusión, enviando a la presa colchón y comida. Él lo sentía mucho. Sinceramente lo decía el gabacho, tanto que ofreció a sus amigas visitarlas por la noche, aunque no era sábado, para hacerles una proposición.

De acuerdo los familiares de la Preciado, hicieron subir al portero para ajustar con él un precio razonable por llevar a la mazmorra de la Diputación cama surtida y diariamente aquellas comidas que, conforme al reglamento de cárceles, pudieran ser admitidas para los presos.

El portero no se hizo de rogar, antes manifestó ser amigo cordial de la señora Mariquita. Dijo, además, que como en las reuniones semanales del Hospital de Terceros, Toussaint daba cabida a los extraños que

⁹⁷ Por lo menos desde mediados del siglo XIX, la discusión en torno a las apuestas se dividió entre el prohibicionismo y la reglamentación, como puede verse en la Legislación mexicana del 17 de enero de 1861. La autora se interna ahora en la zona popular de La Merced, cerca del Canal de Roldán. El personaje de Mariquita parece provenir de un hecho real: “En el ex convento de Santa Clara había establecido doña María Pensado una casa de juego prohibido, la que sorprendida por la policía en ella fueron aprehendidos don Juan García [...], el subteniente don Ignacio Pineda, el teniente don Manuel Cárdenas y la expresada doña María Pensado, a quienes sin perjuicio de haberseles impuesto las penas que demarca la ley de 25 de febrero de 1864”, *Diario del Imperio*, Anuncio Oficial, 9 de marzo de 1865: 2. Además de los militares se encontraron funcionarios del gobierno imperial, quienes más tarde informaron que se trataba de “nombres iguales”, por lo cual solicitaron la aclaración respectiva. Tras el escándalo, la administración imperial dictó una serie de severas normas y penas contra los monteros.

quisieran convencerse de la nueva doctrina de los espíritus, se decían, se oían y se veían tantos y tan extraños hechos que él estaba confuso. Pero como lo más que a él le interesaba era comunicarse con su señora madre, largo tiempo fallecida y para hacerse acreedor a tal merced, era indispensable ejercer la caridad, desde luego llevando la comida a su amiga en desgracia por todo el tiempo de su encierro sin cobrar ni tlaco, ya sería práctica la virtud recomendada por las almas del otro mundo. Que por cargar la cama con sus avíos, sólo cobraría un real. Añadió que por revelaciones de los espíritus que protegían el círculo Toussaint, sabía que no hay sólo una vida en este mundo antes de ir a la del Cielo, sino muchas; que las sucesivas se aceptan para pagar por los delitos de las anteriores. Que él, pobre portero, tenía que pagar con la abyección y la pobreza (palabras del espíritu revelador) el despotismo, el orgullo y la avaricia que habían sido su lacra en la vida anterior, pues había sido príncipe, aceptaba todo lo que fuera castigo. Que él era flojo y por lo mismo, castigo sería trabajar. Carlotita objetó, pero nada, o lo hacía todo de balde por expiación, o no lo hacía aunque lo desollaran.

La dificultad de hallar un hombre de confianza que se encargara del menester de la culpada, decidió a las Preciadas a aceptar con agradecimiento el favor del príncipe.

A Lucha no le hizo maldita la gracia la proposición. Ignoraba si en pasadas vidas había portado insignias principescas, pero se sabía en esta bastante soberbia y orgullosa para no sentirse humillada con los favores del portero. Cedió, pues, a la necesidad, pues no había, en los alrededores del Quinto Infierno, persona segura a la mano a quien confiar el servicio de doña Mariquita.

Anochecido el sábado siguiente, se presentó el gabacho como de costumbre. Traía un plan que proponer a la familia de la tahúra. Dijo

que pensando en las mil vueltas de la vida, se le había ocurrido que los niños Angelito y Regina, que ya estaban haciéndose talludos, bien podían comenzar a aprender oficio que más tarde les diera el pan. Que en Francia trabajaban hombres y mujeres, ahorraban y se convertían en rentistas o comerciantes. Que en Francia existía la pequeña propiedad más firme y productiva que la pequeña industria, y que, en una palabra, como los niños no debían continuar siendo carga para la familia, a ejemplo de Manuel y Pepe que eran dos zánganos, él los ocuparía enseñándoles un trabajo sencillo por el cual ganarían semanariamente una cortedad. Les tenía preparada para el día siguiente una tarea de iluminación de estampas muy divertida: pintar de azul unas sombrillas, de amarillo los toldos de unos carretones, y de rojo los tejados de unas casas.

A los niños les aficiona pintar y el francés había visto una ocasión a Angelito y a Regina volverse locos con una caja de pinturas. Se adueñaron de un libro con láminas y lo iluminaron a su antojo: a todas las mujeres les pusieron bigotes y a los hombres patilla de columpio.

Asunto era aquel que le tocaba decidir a Carlota y lo decidió con cordura: sus hijos aprenderían oficio.

Así como el vecindario notó la salida del portero con el gran bulto a cuestas, armó un cotorreo mayúsculo, predecesor de inesperadas visitas a las Preciado. La curiosidad llevó a los más, pero no faltaron dos o tres buenos amigos que, sospechando algún desaguizado de la tahúra, acudieron a sus hijos con verdadero empeño de servir de algo. De éstos la principal fue Loretito Arsinas. Ofreció sus servicios lo mismo que el escribiente y su mujer, quienes hicieron su visita de cuidado, solos; querían evitar que sus dos niñas oyeran cosas inconvenientes. La aclaración de lo ocurrido naturalmente traería pormenores que les abrirían los ojos a las dos criaturas, criadas con recato. Grande fue el soponcio

de las avergonzadas Preciado, ante las inquisitivas y a veces maliciosas preguntas de algunos importunos.

¿Iba a viajar de nuevo doña Mariquita? ¿A Zacatecas? ¿Cuánto tiempo tardaría en volver? ¿Por qué diligencia saldría? Si era por la de las dos de la tarde, tal o cual sujeto la irían a despedir a la Casa de Diligencias. Si estaba a un paso. Ellos creían que sí, porque el equipaje había salido a las once. El colchón iba envuelto en petate poblano; señal de largo viaje.

Las cuatro mujeres de la angustiada casa se repartieron el deber de recibir por turnos a todos los que llamasen a la puerta y, de acuerdo en lo que había que decir, convinieron en confesar la verdad lamentable, con discreción de pormenores y rogando mucho a todos que en nombre de la amistad no les volvieran a hacer mención del incidente que los mortificaba y avergonzaba.

Dicho y hecho cada cual ofreció sus servicios: con entera confianza querían ser mandados, y mostraron sus sentimientos como Dios les dio a entender.

—Lo siento mucho, ¡pobre señora! ¡Pero ustedes qué culpa tienen! No hay por qué avergonzarse.

—No se mortifiquen ustedes. Es cierto que en este mundo, pagan justos por pecadores. Pero no todos medimos a las personas con el mismo rasero, cuantimás a unas amigas tan buenas como ustedes.

—No hay que ver las cosas del peor lado. Nadie puede evitar un loco en su familia. Ya ve usted, la pobre Anita lo ha de haber heredado de su mamá.

—Ha de ser —contestó Carmelita, que como la mayor en los trances serios representaba la autoridad de la familia.

La posibilidad de la demencia quitaba un poco de lodo a los deudos de doña Mariquita. Tuvo un respiro la nuera y objetó:

—Un loco no es responsable de sus acciones.

Con esto quedó medio resanada la herida del honor. Pero quien la acabó de cerrar con el bálsamo de sus consuelos, fue Arsinas; el actor tenía sus golpes que le resultaban maestros. En las situaciones apuradas salía con bien, recordando su pasado en el Teatro Oriente, que él reputaba glorias o evocaba a los Carlos, papeles fuertes que él había representado en *Flor de un día* y *Espinas de una flor*,⁹⁸ respectivamente, y a la evocación le venía seguidamente una emoción profunda que le ponía ternura en los movimientos y dulzura en la mirada. Sin mayor esfuerzo, su memoria educada para retener le traía a la boca parlamentos enteros de las comedias que copiaba para el Principal, y cuando eran en verso, los glosaba con habilidad retórica. Su léxico era abundoso y fácil, y el deseo de quedar bien era parte a que corriera como un venero. Cuando le tocó su turno de hablar, habló suavemente, su voz acariciaba:

—Amigas mías, no hay que ver un estigma donde no hay más que un dolor. El dolor purifica, santifica a quien noblemente lo recibe, sin rebeldías ni protestas. Detrás de cada culpa hay un perdón. Y como estamos siempre a una brizna de delinquir, a una brizna de pecar, debemos perdonar para ser perdonados. Recuerden ustedes que en tiempo en que el Señor andaba por el mundo, la pecadora que por adúltera iba a ser apedreada por la multitud, se acogió al refugio del Divino Maestro: éste dijo a los que querían hacerse justicia de propia mano: “Que el impecable tire la primera piedra”. Somos humanos, somos barro deleznable. Perdonemos a doña Mariquita, perdonemos a esa madre descarriada y olvidemos.

⁹⁸ Ambas piezas teatrales, de la autoría de Francisco Camprodón, fueron representadas (1862-1867) por la Compañía Dramática del Gran Tacón de la Habana, de los empresarios Duclos-Ortiz, en el Teatro Principal de la Ciudad de México.

Familia y visitantes, edificados y conmovidos, ofrecieron perdonar y olvidar.

En mucho tiempo no se presentaron en la tertulia vecindera ni Lucha ni Pilar, por lo que la concurrencia que había cumplido con el deber de perdonar, más fácil y hacedero, hacía diligencia por olvidar. Ello tenía su más y su menos. No estando cohibidos por la presencia de las costureras, los tertulios comentaban a su sabor el incidente de la tahúra. No, no eran para oídos los motes que le ponían y las iniquidades que le achacaban. Loretito se apenaba bastante y pedía indulgencia para la encarcelada viuda que al fin ya estaba purgando su delito, porque Dios no se queda con nada. Arsinas dejaba correr mansamente la murmuración y no queriendo que se agotara por falta de qué decir, en momento oportuno le ponía no punto final, sino puntos suspensivos, de modo que quedara en pie una frase de que partir sobre el mismo tema para la reunión de la noche siguiente. Para acallar a los murmuradores, sacaba del repertorio de su sapiencia alguna frase de efecto.

—Vamos, vamos, no seamos crueles. Hoy por ti mañana por mí, o con la vara que midas serás medido, o cuando veas la barba de tu vecino pelar, echa la tuya a remojar. Y al son de la vihuela, preludivando una canción se entonaban los ánimos agriados.

XVII

Luego que doña Mariquita se hizo cargo de que era la policía, la que repartida en diez hombres se colaba por las puertas de la sala de juego, sintió que el piso se le hundía. Iba a recoger su puesta duplicada por la galantería de un caballo de copas. Pero se quedó con la mano ex-

tendida, porque antes de alcanzar la parada, otra mano tosca y velluda la barrió hacia el centro de la mesa a juntarla con el monte. Entonces otro desalmado hizo un montón con el total de plata y oro, y cubriéndolo con dos garras, que otra cosa no parecían sus manos, dijo con voz de trueno:

—Alto, señores, quedan ustedes presos, de orden de la Prefectura.

—A la cárcel todo el mundo —gritó otro— fórmense de dos en dos. Esta señora va conmigo.

Los jugadores obedecieron como autómatas, pero no los monteros; tratando de escapar, se habían escabullido a las piezas interiores. De allí fueron sacados a tirones y casi a rastras, conducidos a rematar la cuerda encabezada por ella, la tahúra misma, y el jefe de la policía.

Saliendo del encierro de la calle de las Escalerillas con gran escándalo de los curiosos, pasó procesionalmente la cuerda por el Empedradillo, Portal de Mercaderes, hasta el de la Diputación, donde hicieron alto presos y guardianes.⁹⁹ Estos entregaron a un oficial armado la pandilla de culpables, el cual los hizo caminar entre soldados hasta la entrada de la prisión.

La Preciado tembló de indignación cuando, separándola brusca-mente de sus compañeros de culpa, fue condenada a la cárcel de mujeres. Un hombre que sacaba la cabeza por un boquete gritó desaforadamente:

—Entra esa detenida.

Se encontró la desolada viuda en un pasillo ancho, en cuyo término otra puerta, con otro boquete por donde otra cabeza asomaba, se abrió,

⁹⁹ El garito se encontraba en la hoy calle Guatemala, a espaldas de la Catedral, la cuerda avanzó por Monte de Piedad, cruzó el Portal de Mercaderes, la Plaza Mayor, entró por el Callejón de la Diputación (20 de Noviembre), que dividía el Palacio del Ayuntamiento con el derruido (en 1934) Portal de las Flores.

dando paso a doña Mariquita, al mismo tiempo que, con voz de pregonero, el del boquete repitió:

—Entra esa detenida.

“Suba”, dijo otra voz aguardentosa: la de un hombrazo descomunal que por los ojos echaba rayos de ira y de la boca fuerte tufo alcohólico.

La viuda subió por la escalera que era angosta y de losas desmochadas. Llegada al último escalón, ya nadie le ordenó lo que había de hacer ni era posible hacer otra cosa que sentarse, allí mismo, pues sitio no había para dar un paso más. El corredor a que daba acceso la escalera estaba lleno de mujeres sentadas en el suelo: serían más de veinte. Al extremo opuesto del corredor, se abrió una pieza de corta extensión por cuya puerta podía verse un bufete y un hombre detrás de él que escribía. El hombre ese era calvo y tenía cara avinagrada.

Todas esas mujeres sentadas en el suelo, unas teniendo al lado canasta o envoltorio, otros niños pequeños o de pecho, otras estando mano sobre mano, eran las presas del día. Tenían que esperar al siguiente para que las calificara el señor Gobernador. Mariquita extendió en el primer escalón la punta de su tápalo y se sentó sobre ella. Sin parar mientes en aquellas nuevas compañeras que le deparaba la culpa, se puso a considerar su situación.

¡Maldita suerte siempre tan negada! Después de dos meses de perder hasta la camisa, se había presentado un buen momento. Subir y subir desde los dos pesos que le habían prestado por las planchas en el empeño, hasta los cuarenta pesos que iba a levantar cuando sucedió lo que sucedió. Juntos vinieron el caballo de copas, dador de la fortuna y el tecolote agorero de la muerte, el esbirro mayor de Juan José Baz. En Juan José Baz, desde años antes, todos reconocían al maldito, al hereje, al que profanó la casa de Dios, entrando a ella a caballo, en busca de las llaves

de la Catedral, llaves simbólicas de ceremonial que la Iglesia le negaba para que no la profanase. ¿Y ahora qué hacer?¹⁰⁰ Ella que toda se había sacrificado por los suyos, no contaba con alma nacida. No la querían. La ingratitud la acusaba de esto y lo otro. La tildaban porque no comprendían lo que es tener adentro, muy en los adentros, una fuerza que manda con imperio, que empuja si no se la obedece. ¡Cómo si los demás fuesen santos! ¡Vaya, vaya!

Se removió en su asiento sin darse cuenta que la frialdad de la losa la molestaba. Instintivamente, al verla, hicieron lo mismo las dos mujeres que cerca de ella estaban, recogéndose para dejar lugar a que la viuda se arrimara a ellas.

Una le dijo:

—Arrímese que está muy frío donde está y le puede dar cólico.

¹⁰⁰ Juan A. Mateos refirió su versión del episodio: “Era el Jueves Santo de 1856. Como no se había decretado la separación de la Iglesia y el estado, el Gobierno tenía el ‘patronato’, y las Iglesias la obligación de recibir al Estado en algunas ceremonias del culto. Había circulado el rumor de que en la Catedral no sería recibido el Ayuntamiento, ni el gobernador, y la gente acudía en oleadas a la Catedral y a la plaza, para presenciar el escándalo. El cabildo había engañado al gobernador, diciéndole que el arzobispo no había dado orden alguna a ese respecto. A las diez de la mañana se dirigieron el gobernador y el Ayuntamiento bajo de masas, a la Basílica. En la puerta detuvieron el cortejo y se notificó por medio de un canónigo, que estaba resuelto que no se recibiese a las autoridades en el templo. [...] El gobernador comenzó a desbaratar a la multitud haciendo disparos; metió su caballo y sus jinetes al atrio de la Basílica y llegó hasta las puertas de la Catedral. En aquellos tiempos esto era un sacrilegio sin nombre, uno de aquellos atentados que provocaban la exaltación de las conciencias y el furor del fanatismo”, Mateos, *Memorias de un guerrillero* (México; Buenos Aires: Maucci, [s. a.]), 123.

—Sí, sí, véngase para acá. Quien en losa se sentó, no pregunten de qué murió.

Doña Mariquita se acomodó entre las dos presas, y con el cambio de postura se le borraron del magín la filosofía sobre la ingratitud y las veleidades de la suerte.

Una de las dos presas era bonitilla y agraciada; joven ajada, representaba más edad de la que tenía. Iba vestida de muselina color de rosa chillón, escotada. Del cuello pendía una cruz de azabache tamaño como un jeme, y sostenida por negra cinta de terciopelo. Se envolvía en medio tápalo de cachemira fino, algo desteñido y con un rasgón disimulado por rejilla muy bien hecha. Estaba pelona a lo romántico y en la cara se notaban marcadas huellas del colorete y la toalla de Venus con que la vispera se había enjabelgado.

La otra no tenía más edad que la que el sufrimiento deja impreso en el semblante. Era fea. Su indumentaria era la típica de la miseria; enaguas de indiana que habían perdido su color en el lavadero, camisa rasgada de manta y rebozo traído por años, sin otro descanso que el que le daban los empeñeros cuando prestaban por él un real.

La Preciado, recordando que era Preciado, señora de alcurnia cuando Dios lo quiso, se creyó autorizada a preguntar a la pobretona:

—¿Usted por qué vino?

—Por robo.

—¿Por robo? ¿Para qué roba usted? ¿Qué se robó?

—Robar, nada. Me quitaron una sábana que había cogido de un tendedero. Y me trajeron.

—¿Y para qué quería usted la sábana?

—Para empeñarla y comer. Mi hombre es peón, no le rayaron el domingo y no comimos. El lunes tampoco y tuvo que ir a trabajar para que

no le hiciera el amo morusa¹⁰¹ su raya. A mediodía iba a coger un zapapico, pero lo jalló el sobrestante en la bodega y no pudo sacarlo. Salió a medio día porque lo despacharon a comer y, como no había qué, me metí yo a la casa del Buen Pastor, una vecindad muy grande, y creyendo que nadie me estaba viendo, me arrebataí del tendero una sábana. Pero sí me estaban viendo. Un muchacho me gritó: “¡Eh, ladrona!”. Me correataron hasta la calle y allí me agarró el guarda. Mi hombre lo vio porque me estaba aguardando en el zaguán.

—¿Y ahora?

—Ahora me darán la caridad y comeré siquiera frijoles y tortillas. Ya me muero de necesidad.

—¿Y su marido qué hará?

—Dios que lo ayude. Si puede cogerse algo, se lo cogerá. Semos pobres.

Robar no se le había ocurrido a doña Mariquita. Y se maravillaba que a la mujer del albañil se le hiciera el robo cosa de poca monta. Ella no sería capaz. Cierto que sustraía de su casa lo que se le ocurría, lo que le venía a las manos, pero eran prendas que le pertenecían. Todo era suyo, le había costado su dinero, si lo puso al uso común fue por gentileza, para que la familia lo disfrutara. Pensando en esto doña Mariquita se echó un candado en la boca.

¹⁰¹ En México, *morusa* es una voz común para referirse a los “pequeños trozos de pan que se desprenden al partirlo”; es decir, son: *migajas*, *migas*, *moronas* y *boronas*. Véase Comisión de Consultas de la Academia Mexicana de la Lengua, “Migajas, moronas, boronas, morusas. ¿Las palabras *boruñas* o *murruñas* de pan pueden ser usadas como sinónimos de migajas de pan?”, <http://www.academia.org.mx/esp/respuestas/item/migajas-moronas-boronas-morusas>.

La pelona del medio tápalo de cachemira se lo rebozó con desgaire, metió mano a la bolsa de su falda almidonada y sacó una cajetilla de papel verde de menguado volumen, la alargó a la viuda diciéndole:

—¿Chupa usted?

—No chupo. Y rechazó con la mano el obsequio, desviando la de la cajetilla.

—Son del antiguo estanco. No marean. Son de señora.

—No sé chupar, muchas gracias.

—¿Y usted?

—Tampoco.

La invitante sacó el primer cigarrito de la cajetilla intacta, le deslazó las cabezas, y con una pajuela que extrajo de un rollito envuelto en papel de estraza, hizo fuego frotándolo contra la losa. Encendió el cigarrillo y le dio dos fumadas, mientras la viuda y la ladrona apartando sus caras lo más posible del humo de la pajuela, tosían de un hilo.

—¡Puff! ¡Qué me ahogo, qué me ahogo! —exclamó doña Mariquita— Como no estoy acostumbrada...

—Le molesta el humo, lo dejaré —Y arrojó el cigarro escalera abajo, se hizo disimulada de esa galantería la Preciado y para tratar de otro asunto preguntó a la muchacha:

—¿Qué hizo usted para que la trajeran?

—Yo... nada.

—¿Nada? ¡Pues por qué vino aquí?

—¿Para qué es más que la verdá? Yo soy araña.¹⁰²

¹⁰² *Araña*: “Mujer pública, ramera. Diose acaso este nombre a las mujeres públicas, porque andan tras la *mosca* (dinero). ‘Bajo este punto de vista, lo de la vista gorda respecto a *arañas*, a borrachos y a jugadores es una actitud profundamente filosófica (Facundo, *La evolución social*, p. 285)”, *DM*.

—¿Sí? Con que ar... ¿Pero tiene qué ver eso con que la hayan traído?

—No. Sí. ¿Para qué es más que la verdá? Me trajeron porque le pegué a otra.

—¿Cómo así?

—Pues mire lo que pasó. A mí no me gusta mentir. Yo soy de la casa de Pachita: de Tepechichilco.¹⁰³ Y fue que una nueva que entró con la cara lamida se creyó más que todas y se burlaba de nosotras. Nos ponía peros, y a cada una su nombre. Dijo que yo tenía cara de rana pisada. A mí no me gusta que nadie se mofe de mí. Ya se lo había dicho por la buena sin que me hiciera caso. Ayer me dijo meca tortillera; yo le contes-té que era una tal...; nos hicimos de razones y nos fuimos afuera a pelear. En el patio nos agarramos, y cuando ella me jaló los cabellos, no me quería soltar, una de las muchachas me puso un cuchillo. Estaba contra la sinvergüenza porque a las pocas noches de llegar con nosotros sin más ni más le quitó su amasio, y quería que de paso yo la vengara.

—¿Y la hirió usted?

—¡Qué va! Si Pachita no baja a meterse entre las dos, le sacó el entre-sijo. Ni siquiera alcancé a hacerle un siete en su cara de pito.

—Mejor, mejor que no haya corrido sangre. ¿Qué haría usted ahora?

—Amolarme. Pero si siquiera le hubiera dado un tajarazo. Y no que me la quitó Pachita de entre las manos y me entregó al guarda. Me agarraron desde a las diez: ni siquiera me había yo desayunado. Pero cuando llegué ya había pasado la calificación. Ahora hasta mañana.

¹⁰³ El callejón de Tepechichilco hacía esquina con la Espalda de la Misericordia, atrás del templo de Santo Domingo, entre las calles de Brasil, Colombia y Belisario Domínguez, en los suburbios al norte de la antigua Ciudad de México.

—¿Y no le tocó caridá? —preguntó la ladrona, ávida de comer—. La reparten a las meras doce, cuando las repican en Catedral.

—Sí, me dieron frijoles, pero tan parados, que no los comí. Le di mi ración a esa mujer que está criando.

—Y cuando salga libre, ¿va a volver con esa Pachita?

—¡Quién sabe!

—¿No tiene casa?

—Sí... no: es decir que, como me chocan las mentiras, lo que es casa mía no tengo. Sólo la de mi padrastro, pero allá no he de ir, mejor en casa del demonio.

—¿No la lleva bien con el padrastro?

—¡Qué va! Para no mentir le diré la verdá. Yo me eché a la vida por él. Era muy tirano con nosotros.

—¿Es posible?

—¡Vaya! Mi mamá lava ropa ajena, y como no le alcanzaba lo del trabajo para mantenernos porque somos nueve, se metió con don Píoquinto que es carpintero. Gana bastante, pero en la noche se emborracha y gasta más de lo que gana. Llega tambaleándose y a pegar se ha dicho, desde a mi mamá.

—¡Qué malo!

—Conmigo quiso meterse un día que mi mamá se fue a dejar un mantel que precisaba. Me echó ojos y me dijo cosas. Yo le contesté que lo iba a acusar con mi mamá. “Ah, maldita, como me metas en chismes con tu madre, he de sorrajarte el alma”, me contestó. Por la noche llegó haciéndose equis y con más ganas de pegar, sobre todo a mí. Se quitó el cincho nuevo con hebillas que había comprado el domingo y me soltó un cinchazo. Yo estaba agachada sacando agua de la tinaja y no lo había visto. Me enderecé de repente y en vez de alcanzarme a mí le pegó a la

tinaja. La descascaró con las hebillas, y le dio tanta cólera que se puso a dar patadas a todo. Yo nomás oía tepalcates,¹⁰⁴ y de miedo me escabullí y me quedé escondida toda la noche en casa de una señora que tenía que ver con casas así. Ella me aconsejó que me echara a la vida para salir de mi padrastro y me llevó a la casa de Pachita. Hace ocho años que estoy allí. Tengo veintidós años.

—¡Pobre de usted! Ocho años de... de Pachita.

—Y a usted, ¿por qué la trajeron?, ¿robó?

A Mariquita Preciado se le juntó el cielo con la tierra. No sabía si llamar a aquellas confesiones de sus nuevas amigas sinceridad o desvergüenza. No acertó qué decir que se pareciera algo a la verdad sin serlo. Exponer sus lacras ante extraños era muy mortificante y nunca lo haría aunque le arrancasen a tiras el pellejo. Con enojo replicó:

—Yo estoy aquí por equivocación. Fue un abuso del jefe de la policía. Estuve a ver a un sujeto para cobrarle un pico que me debía, sin saber que en su casa se jugaba a escondidas. Me estaba pagando la cuenta el individuo cuando cayeron los agentes de la secreta y se llevaron hasta el portero. Todos eran hombres, yo sola la única señora.

Otras confidencias siguieron que fueron parte a mitigar el tedio de un día de incertidumbre y de espera al siguiente, para saber el resultado de la calificación. A la hora de recogerse las presas, las tres amigas, en el mismo petate inmundo que diariamente cambiaba de huéspedes, se prepararon a rezar al ángel de su guarda respectivamente y a descansar de afanes en brazo del sueño. La mujer del albañil, sin cavilaciones ni pensamientos que la inquietasen, embaulado el atole de la caridad que la había confortado, hizo almohada de su brazo, volvió la cara a la pared

¹⁰⁴ *Tepalcate*: en México, designa una vasija de barro, un “tiesto”, DLE.

y se durmió en menos que canta un gallo. La perdida se santiguó tres veces como complemento de sus oraciones y, en acabando de ponerse bien con Dios, se desbarató lo ceñido de la cintura desatando cintas y desabrochando broches. Antes de tenderse a lo largo junto de la ladrona que quedaba a su derecha, hizo cabezal del medio tápalo de cachemira; mientras acomodó en él la cabeza, dio las buenas noches a la Preciado. Cerró los ojos fingiendo sueño que no tenía y guardó silencio. Acostumbrada a trasnochar, no era posible que don Morfeo le cumpliera el deseo de arrullarle en sus brazos. Echaba de menos las orgías nocturnas en las que ella y otras noctívagas aguardaban el amanecer.

Doña Mariquita no podía conformarse con la humillación de que había sido objeto por el cuestionario a que la había sometido la pelona. Si no hubiera sido porque la cogió de sorpresa, ella no habría caído en la necesidad de urdir mentira tras mentira. La sinceridad con que las dos culpables confesaban circunstanciadamente su delito contrastaba con la hipocresía de la Preciado y la avergonzaba al mismo tiempo que le indignaba que aquellas dos desarrapadas se midieran con ella que, si no lo era ya, había sido dama de calidad. El haber venido a menos no le quitaba señorío.

La ausencia de las compañeras de reclusión que el sueño le había alejado, y el silencio de la galera, convidó a la vieja a la meditación.

Reparó hacia adentro, hacia atrás, hacia lo más hondo de su corazón y nada halló: todo estaba vacío. Para quien vive a costa de la impresión del momento, no tiene valor el recuerdo, no lo tiene tampoco el porvenir. ¡Mañana! ¿Qué será mañana? ¿Qué le importaba a ella un mañana desconocido que quizá no llegaría? Ya era bastante vieja para querer serlo más. Lo interesante era el hoy: el momento horrible de codearse con una ladrona inmunda y con una perdida tal por cual que la trataban

como a compañera de desdicha, que la miraban de tú a tú y no podían creer que estuviera en la cárcel sin haber hecho méritos para ello.

Empeñada sin darse cuenta en escrutar menudamente sus afectos, sus deseos, sus pasiones, sin llegar a conclusión alguna, no consiguió averiguar qué relación guardan entre sí los fenómenos fisiológicos con los arranques emocionales que radican en el corazón. Anita era más un remordimiento que el recuerdo melancólico de una hija ausente por toda la eternidad; el paralítico, una molestia que no tendría fin, sino cuando el Señor lo llamase a su presencia; y Manuel, el ingrato Manuel que se había escapado de su mujer y sus hijos por egoísmo y hambre, no significaba en su memoria, sino una boca menos. De Lucha tenía buena prueba de desamor, respeto y consideración filial. Sentía sus miradas como azotes de fusta, sus palabras como lanzadas que se le prenderían a cualquiera en el pecho. A ella no porque le pagaba orgullo con orgullo, soberbia con otra mayor. Entre los sentimientos de la madre y la hija, la vida había abierto un abismo.

Con el calor y el hedor de la sala de presas sin ventilación, doña Mariquita empezó a sentir trasudores y mareos. Lo que al principio había sido silencio, a medida que los cuerpos de las durmientes se fueron soltando en la pesadez del sueño, se convirtió en un coro de resoplidos, gruñidos y ronquidos en todos los tonos imaginables. La obscuridad en el fondo de la sala era completa; pero a la distancia de dos varas de la única puerta, entraba una penumbra amodorrante que provenía del fanal rojo de la linterna guardiana de la prisión, fija en el extremo del corredor. La Preciado se revolvió en su sitio desesperadamente. Tuvo náusea. Las sienas le golpeaban con furia y le dolía la frente. ¡Si pasara la noche pronto y saliera la luz de la mañana! Pero no, no pasaría pronto: el mañana traería esperanza y consuelo y a ella no le importaban ni el uno ni la otra.

Le atenaceaba el horror de lo presente: para el cuerpo y para el alma era la suerte. La respiración comenzó a hacerse gruesa y difícil, el corazón se debatía por no estar en su sitio. La vieja sentía en ese momento como si todas las vejeces de muchas vidas se le hubiesen juntado de una vez, en la de la vida presente. Por instinto, se llevó la mano a los ojos y los sintió mojados: había llorado sin saberlo. Así de febril y agitada la sorprendieron las campanas de Catedral y San Bernardo, saludando al alba.

Renovado el ajeteo carceleño, las detenidas fueron sacadas de nuevo al corredor y a la escalera donde, respirando a sus anchas, dieron gracias a Dios, las que sabían hacerlo, por su aire, su cielo azul y su sol.

A las diez en punto fueron sacadas y alineadas frente al señor prefecto, para que, previa declaración, se dignara calificar sus delitos y consignar a las culpables a las autoridades respectivas. A la ladrona, después que hizo su cuento, amonestada y amenazada, la pusieron en libertad; la perdida, para cuando le tocó en turno declarar, ya estaba bien recomendada por amigos anónimos; y mediante fuerte multa, que no faltó quien pagara, salió libre también. Sólo doña Mariquita sintió sobre sí el rigor de la ley, acompañado de otros rigores; el de la vejez, el de la vida, el de la pobreza. Todo cayó de sopetón sobre sus fuerzas desgastadas. El inicuo Juan José Baz, autor de todos los hechos execrables contra la santa religión, no pudo menos que cebarse en una infiel mujer agobiada por la edad. Delante de sus amigas, mucho más culpables que ella, el odioso prefecto la increpaba con refinamiento de crueldad, repitiendo en voz bastante alta su delito. La llamó despreciable de conducta, le echó en cara que, sobre ser carga para su familia, le diera mal ejemplo, y sin tasa ni medida la mandó a la galera. Ya tendría por reincidente lo que se merecía.

Sus dos amigas por accidente se despidieron de ella y cada una cogió su camino.

XVIII

El negro presente, como vampiro, agitó sus alas ciento ochenta veces sobre la tahúra: una vez por día, pues no fue la sentencia menor de 180 días: seis meses cabales.

Los primeros le pesaron como la cruz; y hasta que llegó, como la ayuda de Simón Cirineo,¹⁰⁵ Martín, el portero, con el colchón, la comida casera y la visita reglamentaria con el traslado de las exhortaciones y consejos espirituales, de las sesiones que presidía Toussaint, vino con él una manera de apatía consoladora y reconfortante. Era el dominio de la rutina amortiguando el ardor de la ira. El expríncipe hablaba como un iluminado y refería a la viuda lo que en las reuniones sabatinas revelaban los muertos a los vivos, valiéndose de un idioma especial: el pataleo de las mesitas redondas, interpretado por el mismo Toussaint. Doña Mariquita, si no sintió en su corazón encenderse la llama de la nueva fe, a lo menos se abrió una brecha imaginativa en su cerrado intelecto, con las narraciones alucinantes del espiritismo.¹⁰⁶ Pensar fue ya para ella una ocupación que le distraía en el encierro.

¹⁰⁵ Simón Cirineo o Simón de Cirene, es un personaje que “llega del campo / de una finca”. Su nombre, Simón, no indica con certeza que sea de origen judío, sin embargo, se ve forzado a cargar con la cruz de Cristo y la suya propia, figurando “como el prototipo del grupo no israelita, que lleva su seguimiento hasta el final [...]. De ahí su fecundidad: es padre (origen) de Alejandro (nombre griego) y de Rufo (nombre latino), ambos sin artículo, por lo que no parecen indicar personajes conocidos [...] [y] propaga en su tiempo el mensaje de Jesús, dando origen a comunidades cristianas procedentes de las dos grandes culturas del paganismo contemporáneo”, J. Mateos, *Los “doce” y otros seguidores de Jesús en el evangelio de Marcos* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1982), 188.

¹⁰⁶ La escritora aquí introduce la presencia del espiritismo como una corriente filosófica del pensamiento que dio sustento al proceso de secularización al otor-

Por el Quinto Infierno, a raíz de la aprehensión de la viuda, desfilaron los amigos y los que no lo eran a saciar la curiosidad que no estaba reñida con la amistad ni mucho menos. Toda la escala de la compasión la subieron y la bajaron con frases melodiosas. La familia estimaba las atenciones y daba muestras de irse animando con la cordialidad de los vecinos, sobre todo, Arsinas era tan elocuente y cariñoso en sus consolaciones y tan convincente en su filosofía altruista que, a los tres meses de la prisión de doña Mariquita, logró que en las animadas tertulias de su vivienda, Lucha y Pilar volvieran a aparecer. Allí les fueron presentadas dos familias que habitaban en el cercano exconvento de Santa Clara, y que se componían mayormente de jóvenes, de uno y otro sexo, y chiquillos traviosos por no decir endemoniados. Con este motivo, hallando Nacho gente de su edad, muchachos con quienes entroncar y muchachas a quienes echar flores, desde luego entró a formar parte de los tertulios de Arsinas, haciéndose acompañar de Agustín, compañero de taller, mayor suyo un par de años, y muy querido y recomendado por el patrón gabacho. En el ínterin de todas estas aventuras ocurridas a la tahúra, las hijas del escribiente del juzgado, Rosario y Luisa, de catorce años y trece, respectivamente, empezaban a componer en sociedad y ya eran objeto de las miradas tiernas de los galanes, de esas miradas que se dicen de ojos a medio cerrar.

Para Agustín y Nacho era contemplación grata la del crecimiento de Rosario y Luisa, quienes eran extremadamente simpáticas por sus modales recogidos y su sencillez. Aquel par de muchachas, bien cuidadas por el escribiente y su mujer, sabían poco del mundo y de lo que del mundo

garles a las prácticas, ceremonias y relatos del espiritismo un valor de restitución de otra “fe”. Véase también al respecto la nota 86 *supra* y el estudio introductorio.

enseñaban las novelas de moda de aquel entonces. Eran muy cantadoras de canciones románticas y de aires de óperas que ellas no conocían, sino al través de las gargantas de sus amigas. Sólo les gustaban aquellas romanzas que no habían sido puestas en música por los fabricantes de órganos callejeros y que los organistas de los mismos, por su mala ejecución, habían hecho abominables.

Nacho y Agustín congeniaban de tal suerte que no cabía disgusto entre ellos: eran dos cuerdas armónicas del mismo instrumento. En ideal de mujeres disentían algo, lo cual era una ventaja, pues jamás los dos ponían empeño en la misma mujer. A Agustín le atraían blancas y rubias; a Nacho, las trigueñas de ojos y pelo negro. Estaban en esa edad en que se goza sin saberlo. Si a Nacho le hubieran preguntado si era feliz, de plano hubiera respondido: No. Ya no creía a todo creer que Angelito y Regina habían bajado del Cielo en cestitos de flores al lecho de su madre, y le dolía en el amor propio el orgullo sentido cuando su maestra en la Amiga¹⁰⁷ había premiado sus esfuerzos deletreando el silabario, con anunciarle que tenía una estrella en la frente que, a todos, menos a él mismo, alumbraba con sus reflejos; sin embargo, todavía era un babieca.¹⁰⁸

Agustín se veía obligado a darle lecciones mundanas para que no se pusiese en ridículo.

—Es necesario que te hagas hombre, pues ya tienes dieciocho años —le decía su mentor— yo a tu edad ya lo era. ¿Qué facha vas a hacer en presencia de las mujeres, si no sabes lo que son las mujeres? De todo te

¹⁰⁷ Milada Bazant describe la forma como se enseñaba en la Amiga, utilizando el *Silabario de San Miguel* y el *Catecismo*, de Ripalda, véase Bazant, *Laura Méndez de Cuenca: mujer indómita*, 68-69.

¹⁰⁸ Babieca: forma coloquial para designar a una “persona boba y floja”, DLE.

mortificas, la menor cosa te hace poner colorado. Sólo de que te saluden Rosario o Luisa, ya pareces un huachichil.¹⁰⁹ El hombre debe manifestarse entero delante de todo el mundo y no cortarse como tú lleno de vergüenza, dando traspiés y con las palabras atoradas en el gatzate. Aprende al patrón: él platica en su media lengua de tanto como sabe. Cierto es que ya las trajo aprendidas de su tierra; pero el desparpajo con que las suelta, cuando se ofrece, le hace simpático con los hombres que lo tratan y, sobre todo, le da partido con las mujeres. Mira, a las muchachas de la batihajería, les parece un dulce, hasta se les hace agua la boca cuando salen del taller y pasan por aquí sin necesidad, sólo por verlo, pues de la calle de Ortega¹¹⁰ no es camino la litografía. Conque déjate conducir por mí y yo te despertaré.

Nacho se dejó conducir. Una tarde al salir del trabajo, Agustín y su discípulo se fueron galantemente a una casa de pecado. Atardecía. En una accesoria de mala muerte, cercana a la puerta trasera del Hospital de San Andrés,¹¹¹ sentadas como esfinges, inmóviles y en dos bandas, había catorce mujeres. Algunas eran casi niñas, otras jóvenes de varias edades, peinadas de copetes, vestidas de todas modas y con las caras blanqueadas y manchadas en las mejillas con vinagrillo rojo. De vez en vez, rompían su inmovilidad los bostezos del aburrimiento.

¹⁰⁹ *Huachichil*: “Poniéndole más colorada que un *huachichil* (frijol de color rojo encendido, que no se come), (Pensador, *Quijotita*, I, 18)”, DM.

¹¹⁰ La calle de Ortega fue el tramo inicial de la hoy República de Uruguay. Recordemos que la litografía del francés estuvo ubicada en la esquina de 16 de Septiembre y Gante, así que las trabajadoras daban un rodeo en escuadra.

¹¹¹ El Hospital de San Andrés estuvo ubicado en lo que hoy es el Museo Nacional de Arte (Munal), entre las calles de Donceles y Tacuba; el edificio fue derruido en 1904. A espaldas se encuentra el Callejón del 57, recién remozado.

Al presentarse los dos amigos, las esfinges dejaron de serlo, animadas por la expresión impúdica de Galatea.¹¹² Agustín empujó a Nacho para que le precediera en aquel gineceo del vicio, pero el neófito, pagando tributo de su inexperiencia, cuando se vio plantado en medio de la accesoría, dijo al coro de diosas con voz quebrada: “Buenas noches, señoritas”.

Las señoritas, avezadas a situaciones como aquella, se echaron a reír haciendo alarde de la burla que les causaba el primer paso de un púber tardío. Bajó el telón sobre la puerta de la casa de nota, de la cual Nacho salió con algún resquemor en su espíritu antes sereno y cierto, dejó de hastío en sus cansados miembros. Decididamente no era allí adonde hubiera querido que su maestro de mundanerías lo condujese. Pero así y todo, varias visitas se repitieron a aquel lugar y, para decir verdad, en las subsecuentes ya no hubo menester de compañía. Con sentirse muy hombre adquirió la consecuencia de que no era todo felicidad en este mundo.

Al entrar y salir al centro del vicio o de él, respectivamente, echaba alrededor una ojeada precautiva, para asegurarse de que no había en torno personas conocidas suyas o personas que parecieran ser de clase media que era la suya y lo identificaran cualquier día. Tenía vergüenza de sí

¹¹² Esta descripción, probablemente, hace referencia a la Galatea del mito ovidiano, evocado en su versión más popular, la ejecutada por Luis de Góngora (1627), en donde la historia se enmarca por una naturaleza áurea y sensual que, como bien dijo Rodríguez-Moranta contraponiendo la versión del poeta romano con la del barroco, “Si el autor antiguo había convertido en tema central de la obra la destrucción del amor entre Acis y Galatea por parte del ciclope, el poeta barroco se demora en el proceso del enamoramiento, que implica el acercamiento físico y sensual”, Inmaculada Rodríguez-Moranta, “El amor y la expresión petrarquista en la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora”, *Lemir* 21 (2017): 223-226. De ahí que Laura Méndez de Cuenca se refiera a la actitud y expresión de Galatea dentro del cortejo amoroso.

mismo, porque sin ser persona de pro, por instinto comprendía que la sentina del placer no era sitio apropiado para un hombre que aspiraba al respeto social. Él ni era ni quería ser calavera.¹¹³ Era tan candoroso y sencillo que creía realidad muchos creeres puramente subjetivos: el honor, la virtud, la justicia y otros.

Agustín, el maestro de sus actos desde que había entrado en la pubertad, andaba medio misterioso y medio esquivo. Apenas salían los litógrafos del taller, con cualquier pretexto se apartaba de Nacho y no se le volvía a ver, sino al día siguiente en el trabajo. Allí hablaba poco, mientras sus manos eran todo movimiento y labor. Nacho, al notar el desvío de Agustín, se sintió desazonado y perdido sin guía en el mar social. Se propuso averiguar lo que pasaba en el alma de su amigo y, para ello, lo mejor era preguntarle y pedirle una explicación franca y categórica. Si ya no podía ser el amigo de siempre, que lo dijera sin ambages: nadie le exigiría el sacrificio de la amistad. El mismo día que lo pensó, lo hizo. Al salir del taller alcanzó a Agustín y se le pegó impidiéndole el paso.

—Tengo que hablarte —le dijo— tengo que obligarte a que seas franco conmigo. ¿Por qué esa reserva? ¿No llevamos ocho años de vernos como hermanos?

—Mira —le respondió el otro—, va a llover a cántaros y estoy algo acatarrado. Me he venido sin paraguas. Déjalo para mañana: ahora no puedo dilatarme. ¿Ves cómo está el cielo por el Peñón? Negro. ¿Y por la Villa? Mira qué nubarrones cuelgan por la Villa. De seguro se nos van a descolgar antes de un cuarto de hora.

¹¹³ *Calavera*: sustantivo o adjetivo que habla de un “hombre disipado, juerguista e irresponsable”, *DLE*.

—Ni que estuvieras tan lejos. De aquí al Teatro Principal dista menos de una cuadra.

—Menos de una cuadra, que si se nos viene encima el chubasco que nos amenaza, hay que pasar a nado o en hombros de un cargador, de lo cual no tengo ganas.

—Me urge mucho que tengamos una aclaración hoy mismo. ¿Qué le hace que te pasen cargado?

—¿Qué le hace? Vaya una pregunta. ¿No ves lo que hacen los cargadores con los que necesitan de ellos? Como los vean regularmente vestidos, se los echan en hombros y a la mejor fingen que se tropiezan y los sueltan en el agua. Otras se ajustan la pasada por medio, y a la mitad del camino dicen a su carga: “O me da luego un rial o lo suelto”. Yo no quiero ser de esos. Ten paciencia y mañana hablaremos. Ya empieza a llover: mira, que goterones. Hasta mañana hermano. —Y echó a correr desafortadamente. Como el agua apretó rápidamente, Agustín no pudo seguir su camino, acogiéndose al refugio del café de El Progreso, situado en la esquina de ambas calles del Coliseo: la del Nuevo y la del Viejo.

De perlas le vino a Agustín el lugar de refugio. Desde la mesilla de mármol donde se instaló después de pedir un chocolate al mozo de servicio, vio pasar el grupo de batihojeras que le hacían la rueda al gabacho. Agustín tenía a una de ellas en sal, la disputaría para sí a su patrón, en caso de que ella fuera la favorecida, de entre las asediadoras tenaces que obraban a una, aunque entre sí mantuvieran sus planes en reserva unas de otras. Era el instinto del sexo el que las llevaba por la litografía del francés, y no poco también, el anhelo de mejorar de fortuna. La batihojera distinguida por el litógrafo ya se había dado cuenta de que tenía un pretendiente serio en él, y empezaba a rendirse. Por eso, al llegar con sus compañeras a la puerta del Progreso, hizo como que se arreglaba una me-

dia deteniéndose adosada a la pared, dando tiempo a que sus compañeras se adelantasen. Puso Agustín sobre la mesa el importe del chocolate más la gala del mozo, sin aguardar a ser servido, y salió a emparedarse con su Dulcinea. El chaparrón había sido desatado, aunque breve; el agua corría lavando las aceras; pero por obra de Dios, como pensaba Agustín, no se estancaba. No había esa tarde inundación. Los enamorados se marcharon rumbo opuesto al Teatro Principal, donde el padre de Agustín y su hermanita Luciana estarían a esa hora ensayando la *Pata de cabra*.¹¹⁴

Agustín era hijo del primer barba¹¹⁵ de la compañía del Principal y su hermanita Luciana era la ingenua ocasional que rara vez logra papel en las representaciones. Pero a Agustín no le tiraba el arte: no quiso ser actor, sino aprender oficio, y se metió a la litografía.

XIX

Nacho se quedó turulado con la respuesta de su amigo: “Déjalo para mañana, ahora no puedo dilatarme”. Se había quedado a solas con su fastidio. Acostumbrado como estaba a la compañía de su mentor, le crecían las horas desde que éste lo había plantado. Puede decirse que, desde que lo llevó allá a aprender a ser hombre, poquísimas tardes salieron juntos de paseo por las calles de Plateros y San Francisco cuando no

¹¹⁴ *La pata de cabra* es una “hermosa comedia de magia artificial en tres actos” creada por César Ribí y Alphonse Martainville; la versión española de Juan de Grimaldi (1831) se presentó en el Gran Teatro Nacional de la Ciudad de México desde la década de 1840; el éxito se repitió con frecuencia.

¹¹⁵ *Barba*: “en el teatro clásico español, se conoce como el actor que representaba el papel de persona respetable y más viejo”, *DLE*.

llovía, y por las noches a las tertulias de Arsinas o de visita en casa del escribiente, donde Rosario y Luisa, con su entrada a la adolescencia, se ponían más y más bonitas. Ellas también tenían habilidades: Rosario, que tenía maestro de guitarra y la tocaba por papel, obsequiaba a sus visitas con el vals de *El beso* y las cuadrillas de *Martha*;¹¹⁶ y Luisa, disfrazándose con el saco de lana casero de su papá, sombrero y bastón de los desechados en el cuarto de los estorbos, declamaba, ahuecando la voz, grandes tiradas de *Hernán o la vuelta del cruzado*.¹¹⁷

Solo no tenía alientos para nada. En aquella cabeza ajena a todo resplandor, por mezquino que fuese, el tiempo era una carga oscura y pesada. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? Mientras llegaba a la mente la respuesta, los pies automáticamente se fueron encaminando a la calle de San Andrés: a allá.

Era el momento en que regresaban del paseo de Bucareli los coches de los aristócratas que habitaban en las calles viejas al noroeste de la ciudad: Reloj, Santo Domingo, Montealegre, Donceles, Medinas y otras. Los coches eran mayormente de librea, con señorones y señoras muy apuestas dentro, escoltados a veces por jóvenes jinetes, con vestidos charros, y también sentados en sus sillas vaqueras que hacían recordar a los centauros.

¹¹⁶ “La ópera *Martha* de Friedrich von Flotow se representó en la Ciudad de México en 1860-1861, por las hermanas Inés y Fanny Natali, integrantes de la Compañía de Stefennone”, Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, t. 1, pról. de Salvador Novo (México: Porrúa, 1961), 665.

¹¹⁷ *Hernán o la vuelta del cruzado* es una obra de Fernando Calderón y Beltrán (1809-1845) escrita en 1842. Otra dramaturgia célebre de este escritor es *A ninguna de las tres* (1837). Escribió, además, entre otros, el poema “El soldado de la libertad”, composición señera del Romanticismo en México.

El tráfico intenso molestó a Nacho que siempre rehuía entrar en la accesoria cuando pudiera ser visto y reconocido. Claro que no le inquietaba que se fijasen en su humilde persona ni los encopetados señorones de los carruajes ni los arrogantes charros de las cabalgaduras, próceres todos ellos, acostumbrados a seguir tradicionalmente las costumbres rancias del coloniaje, que no fueron otras que la imitación de las de la nobleza española, alrededor de una corte mínima de virreyes que presumía de figurar lado a lado de la de los reyes de España. ¿Quién de todos aquellos magnates se percataría de que un pobre Nacho descendiente del retratista Preciado, que en otros tiempos había tratado de tú por tú a sus nobles antecesores, buscaba afanosamente recatarse en el cubo de un zaguán, para que no le notaran en las facciones alteradas su atracción al pecado?

A Nacho le importaba no ser visto por los peatones, entre los que pudieran encontrarse conocidos de su jaez y de su círculo social; se recató del público pegándose, alargado y respirando corto, contra el ancho zaguán trasero del Hospital de San Andrés habitualmente cerrado, que sólo abría sus puertas una o dos veces por semana para dar paso al carretón de los muertos, a menos que arreciase el tifo o apareciese en la ciudad la epidemia anual del catarro, precursor de millares de dolencias mortales.

Desde su escondite vio pasar, por la acera de enfrente, a dos vecinos de la casa del escribiente que lo conocían bien, al dependiente de la litografía y al portero de Betlemitas. Ninguno, por fortuna, dio muestras de haberle visto a él. Si de la propia acera del hospital, alguien pasó que le reconociese, no supo decir, porque se distrajo abstraído en sus escasos y exiguos pensamientos. Se fue, se fue tras de un coche de librea que llevaba niños.

Él también cuando niño había tenido coche y lacayo y cochero de librea: lo sabía de la boca de su madre, Carmelita, más de una vez, en

vez de cuentos de hadas para entretenerlo, le había hecho relación de las pasadas grandezas de su casa, del bienestar y la comodidad heredados del abuelo artista que doña Mariquita, con su vicio, había echado por un voladero. No sólo había tenido Nacho un lugar en el coche de la familia, sino coche propio del que él, todavía en mantillas, había sido único y exclusivo dueño: un carruaje diminuto, regalo de su padrino la noche que le sacaron de pila. Le habían hecho uncir un chivo fuerte muy blanco y enjaezado que condujera el vehículo hasta la Alameda. Y ahí vuelta para acá, vuelta para allá, al resguardo de un criado y de su nana, había recorrido todas las avenidas y calzadas del legendario sitio de recreo. Al cumplir dos años, también había cabalgado caballero en el chivo amaestrado, pero Nacho no se acordaba de sus esplendores pasados. La realidad presente no era consecuentemente un halago del bien perdido, pues en perderlo no había puesto nada de su parte. En sus años de inconsciencia, todo, en los conscientes, en que podría gozar su parte de herencia, días angustiosos de necesidad y hambre. El trabajo sería su único patrimonio, pero ¿cuándo llegaría el medro? La riqueza que había reunido el gabacho no le llegaría a él nunca, ni queriendo, ni poniendo en ello toda su buena voluntad. Los únicos ricos por el trabajo lo eran nada más los extranjeros que ya cuando venían al país aportaban conocimiento en las industrias que establecían, en los negocios a que iban a dedicarse. Él, más pobre que un poeta, no poseería jamás la luna y las estrellas. Su cacumen era angosto, eso sí que lo entendía, por más que su corazón fuera más grande que la Catedral.

El silencio que dejó en la calle la ausencia de carruajes y, necesariamente, el de peatones curiosos que el tráfico atraía, lo sacó del ensimismamiento; la entrada de la accesoria, más encandilada que de costumbre, echaba sobre la banqueta una penumbra suave. A Nacho le parecía la de

la puerta del Paraíso que lo convidaba a entrar y entró. La refulgencia inusual del lugar se debía a que, en vez de consistir su alumbrado en cuatro mortecinas velas de sebo, colocadas en sendas rinconeras, un quinqué de petróleo, de los de reciente introducción en el mercado mexicano, deshacía la temeraria sombra desde una mesa central cubierta de una carpeta de estrellas enlazadas por la virtud de un gancho y un hilo grueso y torcido de algodón. La bombilla del quinqué, por su transparencia y brillo, revelaba que el utensilio difundidor de luz se estrenaba esa noche en la mansión *non sancta*.

Entre las sacerdotisas de Venus, había una nueva vestida de negro, pero ostentando en la cabeza una pomposa flor de cinta azul turquí que parecía cumplir con el deber de domar los hirsutos cabellos negros de la hetaira.¹¹⁸ Era ésta de baja estatura, de irregular conformación corporal y fea de cara. Su color era prieto atezado, su nariz iba más para chata que para otra cosa, sus ojos, aunque vivarachos, se perdían de chicos, en contraste con la boca que era grande y dejaba lucir una dentadura pareja, fuerte y blanca. En los dos pómulos distintivos de la raza totonaca, mostraba la mujer sendas tortas de paño, en vez de las rosas que ponen los poetas en las mejillas de sus amadas. Habló la nueva con una compañera al tiempo que Nacho traspasaba el umbral, y éste pudo oír una voz dulce y queda que le emocionó porque, esa noche, Nacho estaba para emocionarse de cualquier cosa: estaba sentimental.

Tras de sus pasos resonó un trueno seguido de otros muchos que eran anunciados por trémulos relámpagos. Las muchachas del ruedo, muy asustadas, se santiguaban a cada golpe de luz e invocaban al Cielo.

¹¹⁸ *Hetaira*: “prostituta”. El nombre se retoma de las cortesanas de la antigua Grecia, que “a veces alcanzaban una elevada estimación social”, *DLE*.

- ¡Jesús me valga!
- ¡Jesucristo nos ampare!
- ¡La Divina Providencia tenga piedad de nosotras!
- Vamos a rezar el trisagio, dijo una. ¿Quién lo sabe?

Nadie lo sabía. Murmurando cada cual las oraciones aprendidas en su casa y estrechando el ruedo hasta darse de codos unas con otras, se dieron ánimo y dejaron pasar la tempestad. Los primeros truenos y relámpagos habían sido en seco, pero no tardó en caer un chubasco que ensordecía. Nadie osó hablar más.

La nueva había desaparecido con Nacho, internándose en la casa. Él sólo supo que se llamaba Nestora y que era horrible. Se retiró de la accesoria muy entrada la noche, cuando ya había escampado y en el cielo brillaban las estrellas. Soñó con el Monstruo, tal era el apodo de la Nueva, aunque en la pila y por el santo que de nacimiento le correspondía le habían puesto Nestora.

XX

En los meses que corrieron sin sentir sucedieron varias cosas: el escribiente y su familia se mudaron del exconvento de Betlemitas al de Santa Clara. En éste encontraron mejor habitación y más barata. Seis piezas muy amplias con ancho corredor que no era pasadizo para las viviendas de otros vecinos, sino independiente, balcón al patio del jardín y vistas a oriente y poniente, gracias a la irregularidad característica de los conventos en México. El alineamiento simétrico era exclusivo en las fachadas, pero en el interior se construían piezas y más piezas sin concierto, de donde resultaban unas oscuras y otras bañadas por

resolanas cegadoras, y un sin fin de pasadizos, recovecos y covachas, que por el escaso alumbrado de candiles de sebo o de manteca, llenaban de pavor por la noche a los inquilinos. En la renta ahorrraba dos pesos mensuales, economía que justificaba el gasto de la mudada. El estreno de la nueva casa se celebró el día de san Bartolomé, cumpleaños del escribiente, con la bendición que de ella hizo el cura de Santa Clara, y la noche del mismo día, con baile, se festejó el natalicio de aquél. A ambas solemnidades fueron invitados Nacho y Agustín, quienes no faltaron con su habitual condescendencia, por haber caído en domingo la doble celebración.

Era bien sabido que el gabacho no obligaba a sus empleados a trabajar medio día los festivos, como era común y corriente entre industriales extranjeros o del país, en aquel entonces.

Nacho, bajo la férula de Agustín, era uno; desamparado de su amigo y solo por el mundo, era otro. Y entre este Nacho y aquél había la distancia moral de dos antípodas que jamás se han conocido. El contento de Agustín en aquellos días en que la batihojera era su amante de plano, las inquietudes que ocasionaba la edad se habían abatido del todo; y una sed inextinguible de emociones espirituales le había sobrecogido renovando, en su ser y por todos sus poros, la esperanza. Esperaba encontrar en el camino, de sopetón, la mujer ideal que le formase un hogar sancionado por la Iglesia.

Trasladó su sentir en el ánimo de Nacho, en una serie de románticas conferencias. Lo convenció. También éste soñó en la longevidad entusiasta de su amigo, también se imaginó un hogar fecundo y honorable, porque la honorabilidad era en él sentimiento ingénito, heredado quizá por atavismo del abuelo artista o de algún ignoto ancestro. Ignoraba que cuando se vive largo no se da uno cuenta del sitio en que

se entierra la fe y se buscan en un hoyo profundo el sosiego y la paz del alma. Pero Nacho buscaba el ansiado hogar por el camino de la accesoria de la Espalda de San Andrés.

—Eso se verá, se verá —repuso Nacho con rudeza.

—¿Cómo quieres hermanar el hogar honrado con... eso?

Pero en Nacho había emergido, del fango del mal, el caballero que redime, que perdona y que olvida.

—Te explicaré —añadió—, Nestora es muy buena, Nestora es un ángel caído, como dice el poeta. Es una ramera que debió ser una señora, pero a la cual el destino ha colocado allí, quizá para que algún despreocupado y generoso la saque y la salve. Te contaré su historia... ¡Muy triste, muy triste!

Brevemente y con la concisión que el egoísmo de su amigo exigía, Nacho narró el cuento largo que Nestora le había referido entre lágrimas y sollozos, la inolvidable noche de truenos y relámpagos que lo conoció. La tormenta que se desencadenaba fue una evocación del horrible pasado de la muchacha, porque en otra noche igualmente tempestuosa y lúgubre había sucedido el crimen: circunstancias primordiales de su caída virginal. Un hombre que asesina a su amasia, un estupro inmaturo, la inevitable huida de la justicia que pregunta mucho por calles negras y empapadas; el refugio, donde no lo era para una muchacha inerme ante el afán de la vida y, por último, la miseria. De allí fue el rodar, hasta el dicterión de Pachita, como rueda una bola de nieve en el limo del arroyo cuando llega el deshielo. No deja de rodar hasta que un transeúnte apresurado por el frío le pone el pie encima, aplastándola. Nestora había sufrido, en pocos meses, la ignominia de apodos sucesivos: la Pañosa, la Fea, la Tarasca, el Monstruo, el Ídolo. Este último era el de actualidad, pero sabe Dios cuántos se le esperaban.

En suma, y para no andarse con ambages, él, Nacho amaba a Nestora quizá por lo fea y lo desventurada. Al pensar en un hogar futuro, asociaba a Nestora en el plan matrimonial, ¿por qué no?

A observaciones y distingos del confidente, Nacho agregó:

—Mejor, mejor, qué mejor. Tonta, ignorante como yo. Ni más ni menos. ¿Qué haría yo al lado de una leguleya que me diera lecciones a cada rato y sobre todos los asuntos que sólo al hombre corresponden? Mal que bien quiero ser el que gobierne mi casa.

—De esas razones no me aparto. Pero mira, para querida cualquier mujer es buena, cuando se la quiere y relativamente es fiel; ni da ni quita honra; mas para mujer propia conviene una que no tenga pasado. Y luego... un pasado así... Tienes que pensar que en ella vas a depositar tu honor, y que le das tu nombre. Y francamente, Nestora no me parece la mujer adecuada para ti, si para ser exclusivamente tuya, es preciso que la recibas en el altar.

—Si le voy a dar mi nombre, pensándolo bien, no le voy a dar gran cosa. Si yo lo hubiera heredado directamente de mi abuelo, ya sería un patrimonio digno de cuidarse; mas convén conmigo que mi nombre, al pasar por el autor de mis días (y no se lo echo en cara irrespetuosamente, sino que se lo perdono), ya pasó por la holgazanería, por la indiferencia y por el egoísmo, y bien puede seguir descendiendo, hasta que Nestora conmigo lo redima por la sanción religiosa y social de nuestra unión, hasta que lo santifiquemos por nuestra conducta honrada.

—Suponte que tienes hijos, hijos que más tarde, enterados del pasado de su madre, te pidan cuentas, ¿qué les dirás?

—Les diré que les dimos la vida su madre y yo porque nos amábamos mucho y queríamos perpetuar en ellos nuestro amor; que el nombre que les legamos es muy limpio, no porque limpio lo recibiéramos,

sino porque con abnegación y trabajo honrado lo hemos lavado, porque lo purificó el sufrimiento de tolerar de la sociedad, que no sabe perdonar, desaires, desprecios, recriminaciones y hasta daños provocados por la envidia.

—¿Por la envidia? ¿Qué envidia? ¿Piensas que los hombres te envidiarán a ti? ¿Piensas que las mujeres la envidiarán a ella?

—Sí, sí que a los dos nos envidiarán —repuso Nacho emocionado—, me envidiarán, la envidiarán, nos envidiarán a los dos.

—¡Estás loco!

—A mí me envidiarán los hombres que saben a sus mujeres desleales y no lo pueden remediar, por lo que lo disimulan y lo callan, o para deshacer el daño tienen que recurrir al grave mal de la separación y del escándalo; a ella la envidiarán las mujeres que, no sólo no fueron solicitadas en matrimonio, pero ni siquiera las invitaron a un mal paso. Esas que jamás han oído de un hombre: “lindos ojos tienes”. De los dos envidiarán nuestra dicha, nuestro contento, nuestra satisfacción de tener hijos y nuestro empeño en criarlos para que el nombre regenerado que les vamos a legar no llegue a pesar sobre ellos como padrón de ignominia.

—Curioso modo de razonar. No estás hoy para ello. No quiero contrariarte dilucidando cuestiones que interesan sólo a ti. Pero si te atienes a mi parecer, empieza por transigir. No pretenderás para llevar a cabo ese matrimonio descabellado que intentas, ir con los padrinos a sacar a la novia de una casa de tolerancia, ¿no es verdad?

—Seguramente no.

—Pues obra con tino. Primeramente, arregla con Pachita la separación de Nestora: paga sus deudas, deshaz sus compromisos y desenmaraña las dificultades que se te ofrezcan para ese fin. Seguidamente hazte cargo de la muchacha estableciéndola en una vivienda, donde comiences su

educación y su regeneración. Lo demás vendrá con los pasos contados. ¿Qué te parece mi plan?

—Acertado. Mañana mismo buscaré la vivienda y prepararé lo necesario para convertirla en hogar. ¿Puedo contar contigo?

—Como siempre.

La confianza en el amigo prestaba a Nacho bríos y seguridad. Desde luego empezó a dar pasos para lograr su intento: redimir del vicio a Nestora y salir él para siempre del trato con perdidas. Nestora era un alma buena, merecedora de amparo.

XXI

Volando los días con ese vuelo mágico del tiempo que va convirtiendo el palpitante hoy en taciturnos ayeres, llegaron los primeros días de diciembre; próximo a cumplirse, porque no hay plazo que no se cumpla, el de la cautividad de la Preciado. Los vecinos de la misma se apercibieron a recibirla de vuelta a su casa, con rectilínea solemnidad, mostrándose contentos del regreso y suponiendo que la corrección sería perdurable: ello por supuesto sin decir palabra que aludiera a la situación mortificante de la culpable.

“Qué alegría de volver a verla por aquí”, le dirían, “donde lo es usted todo: jefe de la familia, madre y buena amiga. Ya no se nos irá usted de seguro, ¿verdad?”.

Indirectamente le exigirían la enmienda, comprometiéndola a no delinquir más. Lo hacían por el bien de la señora y por el propio, pues alejadas las muchachas de las veladas de la vecindad, éstas transcurrían lánguidas. La animación de otras veces se debía al entusiasmo de Lucha

y de Pilar que eran el alma de todo en la vivienda de Loretito. Ellas las más cantadoras, ellas las más alegres y bullangueras. Lucha, además, tenía el poder de la palabra y sabía entretener al auditorio relatando con vividez argumentos de novelas en boga, de las que leía con interés, robando algunas horas al descanso nocturno. Lucha pintaba los cuadros representativos de las costumbres francesas y españolas que la literatura romántica de la época aprovechaba para componer sus libros. Por boca de Lucha conocían, los cancaneadores de la vecindad, a doña Luz, la confidente de doña Isabel de Portugal y el conde de Miranda, su amante. Por Lucha les eran familiares Dagoberto, el que se puso los pantalones al revés, las dos gemelas Blanca y Rosa, y la gentil y hermosa Adriana de Cardoville, la de la opulenta cabellera azafranada. Lucha sabía emocionar a sus oyentes y conducirlos al través de los trances dolorosos de sus narraciones, suspirando y con los ojos arrasados en lágrimas. El resultado de las tertulias que Lucha presidía era benéfico para los concurrentes. A la mañana siguiente, las muchachas barrían los suelos cantando y los demás menesteres de la casa se les hacían ligeros, pues mientras ponían mano a la obra, desembarañaban los enredijados lances de la imaginación de Dumas padre,¹¹⁹ de Sue,¹²⁰ de Tárrego y Mateos,¹²¹ Fer-

¹¹⁹ Alexandre Dumas Davy de la Pailleterie (1802-1870), mejor conocido como Alexandre Dumas, fue un dramaturgo y novelista francés, autor de las novelas publicadas en series, a partir de 1844, *El conde de Montecristo*, *Los tres mosqueteros* (1844), *Veinte años después* (1845), entre otros títulos.

¹²⁰ Eugène Sue (1804-1857), escritor francés, autor de las novelas por entregas *Los misterios de París* (1842-1843) y *El judío errante* (1844-1845).

¹²¹ Torcuato Tárrego y Mateos (1822-1889) fue un periodista, músico y escritor de origen español, famoso por haber escrito *Historia de un sombrero blanco* (1884) y *A doce mil pies de altura* (1878).

nández y González,¹²² y otros. En cuanto al sexo fuerte, también ponía la trama de las novelas como primer peldaño a las conquistas amorosas de los jóvenes, a los proyectos de negocio, a los hombres de seso. La vida bella de aquellas pobres gentes giraba alrededor de las invenciones de la fantasía que los literatos echan a volar por el mundo.

La sosez de las reuniones se debía principalmente a que Arsinas no tenía humor. Dejaba las cosas pasar con indiferencia y sólo por no dar qué hablar a los chismosos y por no entristecer a Loretito, no se retiraba a dormir temprano; pero ni puso nuevos juegos de estrado ni trajo las últimas canciones de moda, mayormente los trozos de ópera que la compañía de Tamberlick¹²³ y la Sulzer¹²⁴ habían hecho populares en su reciente actuación en el Teatro Nacional. Por cualquier sitio se oían arias y dúos del *Baile de máscaras*, *El trovador*, *Traviata* y *La sonámbula*. Hasta los organillos callejeros las tocaban en las esquinas, para que de populares pasaran a odiados. Sin embargo, nada de esa sabrosa música había subido las escaleras del exconvento de Betlemitas.

A veces, cuando caía el crepúsculo de la tarde, en la soledad de los claustros, rompían el silencio los cánticos quejumbrosos de las monjitas

¹²² Manuel Fernández y González (1821-1888), famoso novelista por entregas, español, que escribió *Doña Isabel la Católica* (1851), *Los siete infantes de Lara* (1853), *El pastelero de Madrigal* (1862), entre otras obras.

¹²³ Enrico Tamberlick (1820-1889) fue un tenor dramático italiano, célebre por sus interpretaciones de Otello; véase respecto a este tenor The Editors of Encyclopaedia Britannica, *Britannica*, <https://www.britannica.com/biography/Enrico-Tamberlik>.

¹²⁴ Enriqueta Sulzer fue una cantante de ópera que se desempeñó como *prima donna contralto assoluta* en la Compañía de Domenico Ronzani, véase Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, t. 2, 2a. ed. (México: Imprenta, Encuadernación y Papelería “La Europea”, 1895), 362.

que aún conservaban mínima parte de su convento, el pegado a la iglesia, y celebraban el santo rosario o cubrían a nuestro Amo.

Arsinas se hizo cargo de llamar a las muchachas a ensayar la pedida de las Posadas que ya estaban a las puertas. Loretito, animada de ver que su marido levantaba cabeza otra vez, propuso que en su casa se hiciera el centro de los demás preparativos. “Haremos alcartaces¹²⁵ y canastitas de papel para la colación, casitas para el Nacimiento y piñatas. Cada cual traiga las ollas rajadas que tenga, decía, y para la Noche Buena yo pondré la tinaja que está ya muy revenida”.

Volvió a renacer el regocijo. Desde la noche siguiente, el atractivo de Lucha y Pilar, y con su ejemplo las manos cortaban papel cartoncillo y de China, lo entretejían, lo pegaban y de esa labor iban saliendo cucuruchos de variados colores, cajitas imitando flores o alcachofas, en tanto que las lenguas enredaban formando proyectos de baile y atracones de golosinas, y preludiaban las guitarras la letanía a tres voces, y los villancicos para pedir posada y para arrullar al Niño Dios.

Arsinas inventó un coloquio entre dos pastores (Bato y Bras) que él recitaría con otro concurrente. Ya lo estaban ensayando.

Loretito se conceptuaba feliz con la resurrección de sus reuniones caseras, pues significaban la resurrección de Arsinas. “Se acabó el pico bajo”, pensaba, y con razón, “pues la verdad es que las muchachas Preciado con su presencia nos alegran a todos. Cuando no vienen a mí me parece que me falta algo. Mi marido y yo, como no tenemos hijos, somos muy sociales”.

¹²⁵ *Alcartaz*: cucurucho, “papel enrollado de forma cónica empleado para contener dulces, confites, cosas menudas”, *DLE*.

Y lo que por la noche eran preparativos para las Posadas, en el día, para la familia Preciado, eran preparativos para la vuelta de doña Mariquita. Sin darle mucha formalidad al consejo de familia, pues las nueras procuraban disimular su gesto de disgusto por el regreso de la suegra en presencia de la hija y de la nieta, lo cierto es que todos desconfiaban de la enmienda de la jugadora; lo prudente sería tomar precauciones para que los artículos de repuesto nuevamente adquiridos no tentaran las malas mañas de la vieja. Por fin, poco a poco, cada cual fue mostrándose más abierto con los otros, e insinuando proyectos de escondite, llegaron al acuerdo trascendental.

—Llaves, llaves y llaves —sugirió Pilar—, bajo cuya custodia queden las piezas de la batería de cocina y las más finas de la vajilla.

Pilar hablaba con voz de fabordón, grave y hueca, para afirmar lo que proponía en el ánimo de sus oyentes. Otra vez las planchas de ningún modo, eso era tanto como volver a depender de la vecindad o tener que alquilar planchas en el empeño semanariamente. Y si se ofrecía asentar la costura, lo cual ocurría los más días, ¿qué sucedería?, a ella no se le olvidaban los trabajos pasados; estirar en vez de planchar las prendas, y oír repelones de los patronos.

Carlota manifestó que por la parte que le tocaba, ya ella había tomado precauciones; reemplazo de las cacerolas que entraran en formal prisión, bajo candados y cerrojos, sería un titipuchal de cazuelas y ollas de barro de todos tamaños de que ella se había ido surtiendo paulatinamente, para cuando llegara el caso que ya esperaban. En cuanto al baúl de la ropa usada y el cajón de los cachivaches se acomodaría uno sobre otro, y encima de los dos iría un lote de sillas desvencijadas que esperaban el día de su reconstrucción como el del juicio los mortales.

Concertados los preparativos para la recepción de la viuda, siguieron los de las Posadas. A bajar cada quien, de encima de perchas y roperos, tompeates polvorosos que encerraban pastores, ángeles y otros muñecos con que engalanar el Nacimiento. El que tuviera santos, peregrinos o Reyes Magos, que los sacara y los presentara, para que Loretito escogiera los mejores, y por la noche, la mesota de la cocina en que se jugaba a la lotería se llenó de casas diminutas, molenderas de barro, vendedores ambulantes de cera o de trapo muy bien hechos, de los que vendían en la calle de Zuleta.¹²⁶

Representantes del anacronismo, fueron escogidos indígenas a quienes no les faltaba más que hablar. Uno vendía guajes, cedazos y molinillos, otro bateas; el siguiente, metate; y en sucesión una banda de músicos de bandolones, arpas y tambores; un maestro de escuela mestizo, con anteojos, azotando un chico de pantalón bajado; y el juzgado menor, con el juez y el escribiente sentados a la mesa y de pie declarando a un criminal, con sendos guardas de marrazos desnudos a los lados. Salieron los bueyes y las mulas, portales de varias dimensiones con sus respectivos pesebres y todo un rebaño de blancos corderillos. Hecho el cómputo de lo existente, Arsinas hizo lista de lo que era preciso comprar: ramas de pino, heno suelto, la estrella de Betlehem que modernos sabios bautizaron con el nombre de Myra, carretes de escarcha, algodón para fingir la nieve y lo principal de todo: el Niño Dios. Propuso el excómico de Puesto Nuevo, que contribuyeran a prorrata los tertulios para acabar el importe de lo faltante y, para que nadie se molestase, él se encargaría de comprarlo. En eso quedaron.

¹²⁶ En la calle de Zuleta (hoy Venustiano Carranza), se ubicaban varios colegios de instrucción elemental. Durante una temporada, Laura Méndez de Cuenca habitó en dicha calle.

XXII

Nacho, indiferente al regocijo de los de su casa, andaba por el mundo del ideal, regenerando ramerías, creyendo que la calle de en medio es sitio a propósito para construir hogares, despachó en un decir Jesús todos los preliminares jurídico-económicos, para desglosar las páginas de la vida de Nestora del libro del oprobio. De acuerdo con Agustín, tomó en arrendamiento en la misma casa de la calle de la Alhóndiga, donde habitaba la manceba de su amigo, una viviendita de a cinco pesos de renta, compuesta de sala y cocina; lo bastante para quien no tiene visitas que recibir. Amuebló discretamente con muebles de la Canoa¹²⁷ la habitación, destinando a doble uso cada una de las piezas: sala-recámara y comedor-cocina.

En compañía de su amigo acometió la empresa de la expecadora, empresa que tuvo sus bemoles, más que todo, por inoportunidad.

A Pachita se le podían tostar habas. Causa de su mal humor era como si le hubieran vaciado la caja de Pandora en su templo de Venus. Por alguna infracción al Código Sanitario, leve en concepto de la celestina, muy grave ante el sereno juicio del Consejo de Sanidad, éste como adolorido y agraviado, le había impuesto una pesada multa. Otro si, una de las sacerdotisas se había escapado y otra estaba casi agonizante de tifo en un hospital. Por eso cuando Nacho y Agustín le salieron con la embajada que habían venido preparando, le colmaron la paciencia, vulgarmente llamada “el platito”, y reventó en denuestos contra la humanidad.

¹²⁷ Generalmente, los establecimientos de muebles para las clases populares se encontraban en la zona de Roldán-La Merced; en cambio, para la clase media, en las cercanías de la Plaza Mayor.

Pero como declaró representantes de la humanidad a los dos protectores de la hetaira, sobre ellos descargó el chaparrón de su iracundia. Estoicos, los interfectos capearon el temporal y no cesaron en su empeño, hasta lograr que Nestora, desligada del mal, siguiera a sus salvadores por el camino de la regeneración.

Instalada en su morada, honesta y modesta, la perdida en la rúa de la social mojigatería dio gracias a Dios porque le deparaba un cambio de derrotero que desde mucho anhelaba su corazón. La primera vislumbre del amor aparecía brilladora y ardiente ante su estulticia y su error, alegrando la soledad de la vivienda de la Alhóndiga y el aislamiento de su espíritu. Estimó por primera vez la significación de la soledad: estar solo, no era, sino ocasión de hacer honda investigación retrospectiva que, horrorizando al investigador, lo estimulaba a buscar en la existencia los varios senderos que suelen ocultarse a los que viven en la confusión del mundo.

Agustín condujo a su amante, la batihojera, a la habitación de Nestora, presentando a ambas una con otra y encareciéndoles que se hiciesen amigas. No les cayó la recomendación. La batihojera era muy sociable: ya había intimado con los vecinos que tenía pared de por medio. Eran estos un matrimonio sin hijos, de la ínfima clase del pueblo. Acogió con amabilidad a Nestora y le ofreció este mundo y el otro. La fealdad de Nestora no era chocante: permitía que se asomase a la cara su alma. Nestora recibió con ello el primer consuelo de la amistad. Calló su historia por obediencia a Nacho y a Agustín quienes le advirtieron que, en adelante, para su propio bien fuera discreta.

Las dos queridas no supieron que, al nivelarse socialmente, una bajaba y otra subía por la escala invisible de la moral. Tita, que así se llamaba la amasia de Agustín, por carecer de energía y fuerza para ganarse

el pan de cada día, prefirió sacudirse de una vez del blanco vellón de la pureza, abandonando a sus padres no sin antes deshonorarlos, a luchar en buena lid con las jugarretas mundanas; Nestora puso en juego su sentimentalidad, aprendiendo a amar, antes de emprender el ascenso que su amado le ofrecía. Ambas se juntaron para caminar juntas, algún tiempo, por la vida en el rellano medianero de esa escala imaginaria que es mitad hacia arriba oprobio y vergüenza, y mitad hacia abajo arrepentimiento y reconciliación.

Tita en poco tiempo imbuyó a Nestora en los hábitos de la mujer que depende, por incapacidad de ser independiente; Nestora hizo valer su ejemplo de sumisión y humildad en el ánimo de su compañera, así, dando la una y recibiendo la otra y viceversa, se hicieron al nuevo canon de vida que cada cual había adoptado.

Familia ninguna de las dos la tenía, pues la de la amasia de Agustín, tras de maldecir a la hija ingrata, la había olvidado; la de la perdida, no existía desde hacía largo tiempo.

Con la vecindad de la casa de la Alhóndiga poco o nada tenían que ver las dos muchachas, porque las señoras que en ella habitaban, con muy buen sentido, habían notado qué clase de gente eran las dos maulas¹²⁸ que recibían galanes anónimos (a Nacho y a Agustín los multiplicaban por diez) y se preciaban de no ser casadas en las puertas de las Escalerillas, sino muy legítimamente, en diversas parroquias de verdad. Podían probarlo. Con eso no daban a las vecinas advenedizas ni los buenos días. Un matrimonio joven de clase inferior al resto de los inquilinos

¹²⁸ *Maula*: se dice de una persona “tramposa o mala pagadora”; “perezosa, inepta, que no cumple con sus ocupaciones o no vale para ellas”, *DLE*.

fue la excepción: los Pajaritos. Les venía el apodo de la industria a que se dedicaban. Desde que se casaron, él, Abundio, aportó al matrimonio como capital, la industria de la fabricación de pajaritos de cuerpo de cera amarilla, vestidos de seda de diversos colores, con destino a figurar el plumaje. Eran tan pintorescos y raros que enmendaban la pluma a la naturaleza. Nadie hubiera podido en todo el orbe hallar, entre las innumerables especies de aves, ninguna que pareciese a la que daba de comer, con abundancia y sin inquietudes, a los industriosos creadores de la especie abigarrada e insólita.

Abundio y Gumersinda, su consorte, se daban una vida resalada. Por hábito madrugadores, desde que Dios echaba al mundo su luz, se entregaban ellos al quehacer que hábilmente se habían repartido. El Pajarito, como las murmuradoras vecinas le apellidaban, se marchaba a la compra, muy de mañana, en tanto que la mujer alistaba el desayuno, ponía las ollas a la lumbre, y arreglaba, con exquisito aseo, la menguada vivienda en que los dos reinaban como reyes autócratas.

Los Pajaritos tenían su nido entre los dos aposentos de las mancebas, así éstas, para visitarse mutuamente, pasaban la puerta del nido, y como era una puerta abierta siempre al buen sol del corredor, por ella metían la fisgona mirada las amigas, enterándose de que allí se trabajaba con tesón hasta el oscurecer, sin más tregua que las horas de la pitanza. La curiosidad primero, la cortesía después, empujaron a Tita a iniciar, con amables saludos, amistad con los volátiles. Prendió. Fue una amistad franca brindada con agradecimiento de parte de Abundio y Gumersinda, quienes, desde su baja condición social, estimaban que unas señoronas, aunque pareciesen algo de picos pardos, no se desdeñarán de querer alternar con ellos. Al principio no pasó de buenos días y buenas noches la relación amiguera; pero pronto vino el “¿usted gusta de

comer?” y el “¡qué calor hace!”, y esas otras banalidades que enlazaron a los Pajaritos con Nestora y Tita en el término de un mes.

Poco a poco fueron estrechando las relaciones: Gumersinda consultaba con sus amigas lo que iba a poner de comida y a veces todas las tres preparaban para su mesa los mismos manjares, y cuando ni Nestora ni Tita tenían gana de salir a la compra, galantemente el Pajarito surtía la plaza de las dos muchachas. Ellas, con permiso de sus amantes, llegaron a aceptar paseos. Abundio proponía seguido ir a las serenatas de la Plaza de Armas, a la Alameda los domingos a oír tocar a las bandas militares, y al paseo de Bucareli algunas tardes de sábados o domingos, porque en la vecindad, a los Pajaritos por parecer de baja estofa y las otras dos por tener editores responsables, según aseguraba la murmuración, todos los hacían menos. Ni siquiera les daban los buenos días. A Agustín, la amistad de Tita con sus vecinos le había caído de perlas. No le gustaba salir a lucirla por el centro de la ciudad. Tampoco pretendía que aquella hiciese vida de profesa, por lo mismo tuvo que anchar aún más la manga ancha que era su característica ante los sucesos que atañían al prójimo más que a él.

Otra cosa ocurría a Nacho. Él se miraba en los ojos de su tarasca, en ella no veía ni los pómulos salientes de su raza ni la mancha de paño que los afeaban. Se había hecho el propósito de olvidar el pasado de vilipendio de su querida y la perdonaba, aun cuando nada tenía que perdonar. Su delito había sido social, y a él nadie lo había investido de representante de la sociedad, pues si tal cosa pudiera suceder, el litógrafo tendría que empezar por discernir quiénes en el Quinto Infierno rendían parte al buen nombre del procomún y quiénes lo denostaban y denigraban con su conducta. Nacho sólo escudriñaba el alma de aquella mansa mujer, tan cariñosa y buena que le endulzaba las horas pasadas a su lado y lo estimulaba al trabajo del día. Cedió a que Nestora compartiese con sus

amigos los inocentes goces con que ellos le brindaban más por poquitería de carácter que por el egoísmo que sugiere el amor.

Con el tiempo Tita y Nestora se agregaron como aprendizas de la industria volátil y llegaron a tanto, que Abundio les señaló jornal por la ayuda que le prestaban. Muy de mañana arreglaban lo suyo, en sus respectivas viviendas, con objeto de sentarse a la tarea a las ocho a más tardar. Amoldaban los cuerpecitos de cera, destorcían la seda y con ella cubrían cuerpos, alas y patas de alambre; pintaban de negro ojos y picos, y cuando el animalito parecía decir: “quiero volar”, entonces, para castigarlos por libertinos, los aprisionaban sujetándolos por las patas con cera de Campeche a una ramita seca de las que Abundio traía diariamente de la placita de San Juan.¹²⁹

Por la tarde, entre dos luces, en menos que canta un gallo, Abundio realizaba sus pajaritos, en el Portal de Mercaderes, mientras su mujer y las aprendizas daban una vuelta por las Cadenas, para desencoger los miembros entumecidos por todo el día de inacción.

Nacho confió a su tutor el propósito de casarse con Nestora costara lo que costara, pues estaba cierto de que su familia pondría el grito en el cielo. Quería emanciparse de la casa, antes de que la abuela saliera de la cárcel.

—Aguarda y no seas loco. Casarse es un paso muy serio y antes de darlo hay que pensarlo mucho. El casamiento es de por vida.

—La mía es toda para Nestora. Ella, estoy cierto, sería muy dichosa siendo mi mujer.

¹²⁹ Se trata de la plaza y mercado de San Juan, una zona comercial entonces de intensa compraventa de frutas y legumbres, estaban situados entre las hoy calles Ayuntamiento, Aranda y Puente de Peredo. Laura Méndez y Agustín F. Cuenca habitaron una vivienda por esa zona en 1878.

—Espera. Dame un plazo para pensar lo que debo aconsejarte. Sabes que soy tu amigo sincero y cuando te aconsejo veo sólo por tu bien.

—¿Qué plazo quieres?

—Hasta que de nuevo se restablezca tu casa con la vuelta a ella de tu abuela. En vez de eludirte, ella es la más autorizada para sancionar tu matrimonio. El decoro sobre todo, piensa en el decoro. ¡Ah! Se me pasaba decirte que los papás de Rosario y Luisa me han encargado que te convide a las Posadas. He prometido que iríamos. Espero que no me harás quedar mal.

—¿Posadas? Pero es que duran nueve noches, y yo...

—Una semana que pasa volando. Cambia tu hora de visita a Nestora: ve a medio día. Come con ella: eso le dará mucho gusto.

—¿Y tú harás lo mismo con Tita?

—No. Ella no está acostumbrada a verme por su casa todos los días. Sabe que tengo obligaciones y exigencias sociales. Así la he impuesto yo, que soy menos impetuoso que tú. A mí no me tira el matrimonio. A lo menos por ahora.

—Eres un calavera.

—Puede ser. Con que ya estamos arreglados, ¿eh? Mañana platicaremos largo a la salida del taller. Buenas noches.

—Adiós.

XXIII

Se acercaba a paso largo la fecha de la excarcelación de la viuda, quien además del medio año a que por reincidente hubo de sufrir, agregaron quince días más para condonar una multa que alargaba la sentencia del inicuo Baz.

En la vivienda de los Preciados todo estaba dispuesto para recibir a la culpable con agrado e indulgencia. Ninguna persona de la familia se daría por entendida de la vituperable ausencia ni aludiría en manera alguna a la horrible cárcel. Harían de cuenta los hijos y los nietos que se trataba positivamente del regreso de un viaje, no a Zacatecas, sino a un país sin nombre, sin clima, sin costumbres, finalmente, sin habitantes. ¿Hablar? Hablarían de cualquier cosa. Tópico del momento podrían ser las Posadas, o el paso por un alambre tendido de la Diputación a Catedral, del equilibrista Delave,¹³⁰ que había maravillado al concurso reunido en la Plaza Mayor.

¹³⁰ Inicialmente A. Delave se presentó en el puerto de Veracruz el 2 de abril de 1865, acompañado de su hija Lilian y su prodigioso hijo William Delave, consumado trapealista y equilibrista. Enseguida tuvo función en Puebla hasta presentarse el 7 de mayo en la Ciudad de México, en la Plaza de Toros del Paseo Nuevo. Tras algunos aplazamientos, finalmente, el Paseo Aéreo tuvo lugar el domingo 6 de agosto: “A las tres debió tener lugar; pero se rompió la tijera que sostenía en su mitad la cuerda puesta de la torre derecha de Catedral a la Diputación. A pesar de ello, el señor Delave ejecutó su paseo a las cuatro en punto, con firmeza y destreza completas y tomando posturas haciendo ejercicios entusiastamente aplaudidos por los millares de espectadores que poblaban la plaza, las calles inmediatas y los balcones y azoteas de las casas del contorno. También fueron muy aplaudidos los ejercicios de trapecio brillantemente ejecutados por el niño Delave”, *La Sociedad*, Gacetilla, 7 de agosto de 1865: 4. Delave cruzó 300 metros a una altura de 20. El acto lo repitió el domingo siguiente. En 1866 Delave aceptó el desafío que le hizo el mexicano Silvano Lara para que ambos cruzarán la Plaza del Progreso en Guadalajara, ante una asistencia de 6 mil espectadores cruzaron uno por uno aquella plaza. El niño William asombró con su “ejercicio en las argollas volantes y en el trapecio nada dejaron que desear, habiendo además pasado con toda felicidad sobre el alambre, a pesar de las manifestaciones reiteradas de la concurrencia para dispensarlo de semejante promesa”, *La Sociedad*, Gacetilla, 15 de marzo de 1866: 2.

Otras providencias se habían tomado: reforzar las cerraduras de los muebles, encerrar en ellos los objetos de mano que pudieran desaparecer de un día a otro y aquella ropa antigua y pasada de moda, de la que aún quedaban restos en roperos y baúles. Por no ser ya de uso, los gachupines no la recibían en los empeños; pero tendría en los telarañosos tenduchos de los anticuarios. Carlota había tenido la fineza de preparar tres o cuatro manjares que antaño daban gusto a su suegra: torta de arroz con salsa de perejil, adobo seco y cocada. Carmelita y su concuña, con tápalos de merino negro, prendidos en el peinado con clavillos que imitaban ser de azabache, salieron a misa temprano, a pedir a Dios nueva dotación de paciencia para conllevar las flaquezas de doña Mariquita. Ninguna de las nueras tenía fe en la eficacia del castigo, por lo cual no se esperaban ninguna enmienda.

A eso de las once del día, el portero, cargando a lomo el colchón y demás pertenencias de doña Mariquita, subió las escaleras, como heraldo que venía a anunciar el feliz regreso de su amiga. Esperaba convertirla a la fe en el espiritismo e invitarla a las sesiones sabatinas a la casa de Toussaint. Verlo Pilar y salirle al encuentro fue obra de un credo; no le permitió entrar, parándolo de sopetón para decirle que la familia deseaba obsequiarlo con el colchón que era de buena lana y la ropa de cama de doña Mariquita, como testimonio de agradecimiento. Pleno y recio estaba mostrándose el invierno, y ellos, los Preciados, no querían más que un servidor tan desinteresado y tan adicto durmiera en el clásico petate de los mexicanos pobres. El expríncipe, agradecido del agasajo, volvió a bajar su carga y, al instalarla en el cuarto destartado, pensó que no le humillaba recibir dádivas, antes lo enaltecían y lo preparaban a disminuir la pena expiatoria a que había venido a purgar en este mundo. En el fondo del generoso regalo de que fue comisionada Pilar, lo que había de cierto

es que Lucha, que al mismo tiempo que muy limpia, era exageradamente asquerosa, había dicho de antemano a voz en cuello:

—Que no entre en esta casa ni un solo guiñapo: todo vendrá lleno de inmundicia y de ignominia. A ver qué hacen con todo. Que yo no lo vea.

Cedió un colchón de su cama para que sustituyera al que debía desaparecer y, cuando la viuda volvió a dormir en su cama, no echó de ver el cambio que el mueble había sufrido. Todo en él era limpio, abrigador y blando.

La entrada a la casa, aunque algo tirante, fue cordial. Tuvo de mortificante que los vecinos, en grupos numerosos y reducidos a dos o tres personas, desde temprano se plantaron en acecho, por encrucijadas y rincones a lo largo de los umbrosos claustros. Se revolvían como en un hormiguero y cuchicheaban zumbando como en una colmena zumban las abejas. Exentos del vilipendioso atisbo, quedaron recluidos en su vivienda Arsinas y su delicada esposa a quien nunca tentaba el goloso chismorreo. Arsinas había dicho a su mujer:

—Mira, Loro, no es caritativo ni decente fisgar. ¡Pobres muchachas!, tan virtuosas y comedidas que son. Se morirían de pena si nos vieran entre la bola de curiosos que se han amontonado a ver. ¿Qué? Como si fuera la primera vez que esa pobre señora pone los pies en su vivienda. Además ¿qué nos importan, qué les importa a ellos las vidas ajenas?

—Seguro —replicó Loro—, a nadie importa el proceder ajeno. No nos hemos de condenar por los actos de doña Mariquita, ni ellos tampoco. Sobre todo, hoy por ti, mañana por mí... Quién sabe si nosotros estamos a punto de caer en cualquier tentación y no lo sabemos.

—Libranos, Señor, de pecar —interrumpió Arsinas santiguándose—. Uno es que nos distraigamos en nuestras pobres tertulias caseras, can-

tando y jugando a prendas, y otro es que nos echemos de cabeza por el voladero del mal.

“No nos dejes caer en tentación”, completó Loretito, arrojando un suspiro de satisfacción, porque ni a ella ni a su esposo los había llegado a tentar Satanás. Los dos habían marchado siempre por la línea recta y los dos cogidos de la mano.

—Dejaremos pasar el día —sugirió el marido a su consorte—, y a la noche, si las muchachas no vienen a buena hora, iremos a hacerles una visita y convidaremos a toda la familia a las Posadas. También y de preferencia a la señora.

En eso quedaron ambos Arsinas sin sacar las narices fuera de su habitación.

Entre tanto, los Preciados, adultos y pequeños, se reunieron en la recámara de Pepe. El tullido estaba muy demacrado y casi bembo, con un nuevo ataque de anemia cerebral. No se dio cuenta cabal de lo que estaba sucediendo a su alrededor, mucho menos de lo que había sucedido. Hablaba poco y con tan grande dificultad articulaba palabras que se quedaban siempre sin ilación, que Carlota puso al alcance de su mano una campanilla y con gran trabajo le hizo comprender que la sonara cuando algo se le ofreciese.

Doña Mariquita, desconsolada del ningún efecto que su visita maternal había producido en el ánimo idiota de su hijo, salió de la estancia ceñuda y callada.

La comida fue de rigurosa etiqueta: muda, fría y ceremoniosa. “Favor del salero. Gracias. Sírveme pulque. Pásame los frijoles”. El dulce de naranjas cubiertas, con estar chorreando almíbar, no bastó a quitar la amargura de la boca a los comensales. Mascullaron los potajes maquinalmente y de tan mala gana como si estuvieran rumiando esparto. Aunque

con parquedad, se habló algo de los sucesos del día. Angelito y Regina, a su modo y con retórica infantil, describieron a su abuela el paso de Delave por un alambre, de Catedral a la Diputación, sin otro apoyo que un balancín que tomaba, en manos del saltimbanqui, posiciones geométricas increíbles. Era tanto el gentío que los niños admiraron desde la azotea del Sombrero Colorado,¹³¹ en el Portal de Mercaderes, que se hubiera podido andar sobre las cabezas, de una a otra sin temor de perder pie. Así de cerca estaban entre sí. Después de la hazaña funambulesca, varios hombres con cepos de mano, o empingorotados en el extremo de un tubo de metal, de bastantes varas de altura, hacían colecta de dinero, a beneficio del admirable funámbulo, los del cepo de mano, de los transeúntes, los del alto, de los que desde ventanas, balcones y azoteas habían presenciado el espectáculo. Ni los trepados en los árboles de la Plaza Mayor, afirmaba Regina con asombro, habían escapado a las solicitaciones de las alcancías.

Ni por esas. La conversación no se animó, siguiendo la comida hasta el fin dilatada y tediosa.

La viuda, que se había percatado a su salida de la prisión del alambre tendido y estirado entre la Diputación y Catedral, al cuadro descrito por

¹³¹ El Portal de Mercaderes se extendía desde las calles de Plateros y Tlapaleros, hoy en día Madero y 16 de Septiembre. Antonio García Cubas declara que, hacia el año 1852, las sombrererías constituían el ramo principal del comercio de este lugar durante el día; García Cubas, *El libro de mis recuerdos* (México: A. García Cubas Hermanos, 1904). En un anuncio del *Directorio General de la República Mexicana* se lee que una “gran fábrica de sombreros y manufactura de pelo”, especializada en sombreros ingleses y americanos, se estableció en 1862, se ubicó en el número 4 del Portal y pertenecía a los hermanos Pellotier (México: Ruhland & Ahlschier, 1903), 530. Véase también Gabriela Sánchez Reyes, “Tiendas, puestos y cajones en el Portal de Mercaderes de la Ciudad de México”, *Boletín de Monumentos Históricos*, núm. 9 (2007): 2-15.

su nieta, evocó el recuerdo de los casi siete meses de clausura, también sintiendo que su alma lúgubre y sola se había angostado como si la obligasen a marchar por el alambre de Delave sin balancín. Sintió como jamás había sentido la soledad del mundo, más solo y más aislado en las urbes que en las mesetas de unas montañas o en los arenales de un desierto.

A dar la bienvenida a la libertada vinieron por la noche, a primera hora, el gabacho, más tarde Arsinas y Loro, como él solía llamar a su mujer en muestras de cariño.

El gabacho trajo consigo un cucurucho de pastillas de Lique, para Regina, que tosía pertinazmente, como paliativo nada más, mientras hacía venir a un médico famoso, compatriota suyo.

Arsinas y Loretito se empeñaron en saludar a doña Mariquita, sin intermediarios. Ella se obstinó en no salir, pero Lucha y Carlota la persuadieron a no rehusar el apretón de manos de los más amables y serviciales inquilinos de la vecindad.

—No sabemos lo que nos vendrá el día de mañana —afirmó la nuera con énfasis—, y un día u otro podemos necesitar de este buen señor tan cumplido y cariñoso. Es hombre de influencia en los Juzgados y...

—Ha sido el único que ha tenido disculpa para usted, mamá —agregó Lucha conmovida—, el único, porque aunque los demás vecinos se han mostrado como amigos indulgentes, también, Loro y su marido son verdaderamente sinceros. Por este matrimonio metería yo la mano en la lumbre; por las demás gentes, ¡quién sabe!

De mala gana y de mal gesto recibió la pecadora los abrazos de la Arsinas, los apretones del marido y las azucaradas frases de los dos, como testimonio de alegría por la reunión de todos los Preciados. Nomás faltaba Manuel de quien ya se tenían noticias más seguras. El propio que las había traído juntamente con ocho pesos que el ausente enviaba a Carme-

lita, no había sabido precisar si andaba aquél con los puros o con los mochos, pero sí aseguró que estaba bien de salud, aunque muy quemado por el sol. Añadió que pronto estaría de regreso bien colocado.

Las Posadas dieron principio algo desanimadas y ramplonas, porque no asistió a la primera noche gente de fuera. A la segunda, se presentaron algunos inquilinos del exconvento de Santa Clara, convidados por Arsinas, entre ellos el escribiente del Juzgado, su mujer y las dos niñas que, sin llegar a bonitas, se agraciaban con los dones de la pubertad. Cosidos a ellas, cual si fueran parte de la familia, Agustín y Nacho reanudaron las relaciones sociales con los semiolvidados tertulios de los Arsinas.

Desde la segunda posada empezó la animación y el relativo boato en los dados de la fiesta. A los alcartaces de papel de brillo llenos de colación corriente, sustituyeron platitos de estaño y canastitas de porcelana donde no se veían ni confites ni canelones, sino chochos de colores, olorosas pastillas de rosa o menta y tal cual avellana o ciruela pasa. Las luces de la procesión dejaron de ser producidas por sucias velitas de sebo de a cuatro por tlaco, sino por enormes codales de cera alquilados por la merma, en las cererías, que alumbraron con claridad y resplandecían. Además no ensuciaban a los procesionistas, por estar sujetas en arandelas destinadas a recibir el goteo de la cera escurrida.

La piñata iba creciendo cada noche, abundante de cañas y naranjas; y aumentó la pitanza, consistente, a los comienzos, en puchas, rodeos y rebanadas de queso fresco, con tortas compuestas de sardinas. En cuanto a música, la vihuela y la guitarra recibieron refuerzo: bandolón, bajo y flauta. Esto significó baile hasta las dos de la mañana.

A los Arsinas les tocaba la octava noche y a todos, a prorrata, la Noche Buena. El gran inventor, el fiestero entusiasta, Arsinas, propuso una charada animada para entretener el tiempo, mientras era hora de

acostar al Niño. Nadie entendió lo que sería una charada animada: lo explicó el inventor y procedió a ensayarla antes de que empezaran las Posadas. La charada propuesta sería desplegada en las cuatro últimas noches una para cada una de las tres partes de que se componía y la última para el todo. El que la adivinara, si era hombre, recibiría de premio el permiso de abrazar a todas las muchachas, y si mujer, el derecho de escoger entre los calzonudos, su pareja de baile.

Para dar empiezo a la charada la sexta noche, Arsinas consiguió con sus amigos los cómicos un telón de fondo con el mar encrespado y un barco alejándose al empuje de sus tres velas, Lucha y el autor fueron los comisionados para el desempeño de la primera parte. Arsinas, tendiendo los brazos hacia la nave, declamó con voz patética:

*Ya en el mar se aleja
hendiendo el barco moro,
se lleva mi tesoro,
mi adoración, mi amor.*

Repetía con ahínco la palabra mar, ahogándose de emoción. Lucha contristada y celosa murmuraba: “Mar, mar inmenso, que me robas la calma, hunde el barco que lleva a mi rival, mar sosegado, mar tranquilo, apiádate de mi alma, que te encrespe y enoje el fiero vendaval. ¡Oh mar, inmenso mar!”.

Lucha, la mujer hecha y derecha, que sabía batallar con las cosas de la vida se plegaba a recitar sandeces, poniendo toda su voluntad y entusiasmo al requerimiento de Arsinas, como lo hiciera cualquier bisoña artista a las rudas exigencias del director de escena.

Como el mar adjetivado con vehementes epítetos no se movía ni se alteraba, permaneciendo pintado en el lienzo del telón, como si su

indiferencia no bastara a advertir que no se metiera con él, el exartista de Puesto Nuevo, tras de cinco minutos de reposo, concentró de nuevo sus recuerdos, volvió a increpar al inclemente líquido, gritándole: “Mar, que me arrebatas de los brazos de mi amada, pérfido mar...”. Y Lucha, afligidísima, debatiéndose en brazos del cómico de la legua que de veras la apretaba entre sus brazos, sentía un calosfrío general, la angustia le anudaba la garganta y la lengua, como pavesa, le secaba la boca.

Con esta despedida patética, quedó fijada, en la curiosidad del auditorio, la primera parte de la charada, para ser resuelta por su acendrado criterio adivinatorio.

Por encomiar la habilidad de los actores que la habían desempeñado, se desviaba el razonamiento que había menester la adivinación. En general, el público, bisoño en lances de inteligencia, requería un maestro experimentado que guiase su inteligencia por los vericuetos de la imaginación. ¿Quién podría imaginarse en aquellas interjecciones incoherentes, sollozadas por ella, vanidosamente imprecadas por él, el pensamiento de una acción expresada por una sílaba, parte primera de la charada? Unos espectadores se daban por vencidos, confiando en la diligencia de los que revolvían en su mente aquel embrollo; otros se salían de cuadro para loar a Lucha.

—¡Qué disposición tan notable tiene Lucecita para la comedia!
—exclamó el escribiente.

—Sí, debía ser cómica por lo bien que lo hace —replicó un capigorrón que todo se lo sabía. Un tercero añadió:

—Finge tan bien el amor que parece la mera verdad que no quiere que le arranquen de los brazos de Arsinas.

Por fin, un sabihondo que había permanecido en meditación largo rato, como si hubiese pasado ante sus ojos la *Summa* de santo Tomás de

Aquino, desmenuzada en disquisiciones amorosas, prorrumpió enfáticamente:

—¡Ah! Ya la tengo la primera parte, es de una sílaba y consta de tres letras.

—A ver, a ver —corearon algunos impacientes.

Pero no vieron nada, porque el adivinador retenía, con grillos en su cacumen, la sílaba adivinada y la guardaba como el lorito: para su puro regalo.

Nada notable que pudiera interesar a los lectores ocurrió la séptima noche a no ser el aumento de dos botellas de anisete y tres de vino dulce para las señoras. Se puso, para coronar la noche, la cual fue motivo de desagrado entre aquella parte del público juvenil desinteresada en el juego cultural y adicta al fingimiento a que Talía convida y patrocina. El disgusto lo ocasionó la ausencia de Lucha y de Arsinas en las tablas. El copista de papeles, observador capaz de contarle las estrellas a la Vía Láctea, le había echado el ojo y luego la garra a Policarpa, la mujer del sastre, vecina inmediata del autor de charadas, por haber encontrado en ella, una consumada artista, que al natural, sin embelecocos ni fingimientos, desempeñaría maravillosamente el papel de la noche. Cada vez que en la mañana entraba o salía Arsinas a sus negocios, se detenía breves instantes a admirar el martirio de Virginia, hija del sastre, de cinco años de edad, para adquirir los conocimientos rudimentarios de lectura que su paciente madre le impartía. Era para la inocente Virginia la amenaza de la cartilla del padre San Vicente, como la presencia de las fieras en el Circo para los mártires cristianos.

Casualmente le había tocado esa misma mañana a la discípula el conocimiento de la tercera vocal, la más espichada de todas, y no había podido con ella la niña, ni por tener la marca de un puntito arriba. Ar-

sinas le pidió a la Policarpa que repitiera en público la lección que por la mañana había dado a su hija, y que le dijera a Mauricio que Loro convenía en ser madrina de confirmación de la niña, ahora que se abriera una sesión de confirmaciones en la casa de Barrón.

Madre e hija cumplieron su cometido maravillosamente ante el público, pues al amor propio de maestra se añadió el de actriz, y de paso sirvió el acto para que a Virginia se le grabara en la mente con carácter de fuego el esmirriado sonido de nuestro alfabeto, como en los muros del palacio babilónico el Mane, Tessel, Phare.¹³²

De los espectadores, los verdaderamente empeñados en adivinar la charada entraron en meditación, antes de echarse a buscar la danza anunciada.

Dueños de la octava posada fueron Loro y su marido, quienes queriendo superar a los dadores de las noches anteriores, cambiaron mucho lo acostumbrado.

La orquesta contaba con dos bandolones, bajo, flauta, violín y *cello*; las velas para alumbrar en la procesión eran de estearina teñida con colorantes distintos. Arcos de heno alternando con otros de globitos napolitanos lucieron en los claustros, dando tregua a la lobreguez característica que los entristecía; y en cuanto a comidas y bebidas, antes de señalar las que convenían, hubo entre el cómico y su consorte una empeñada discusión de que fueron testigos las muchachas Preciados.

Loro abogaba por tortas compuestas al estilo del país: pambazos o birotos escarolados con lechuga, sobre la cual iría una prominencia de

¹³² La historia bíblica referida en el libro de Daniel (Dn 5:24-28) cuenta que una mano misteriosa escribió en las paredes del palacio de Baltasar de Babilonia las palabras “Mene, mene, tekel, upharsin”, las cuales dieron fin a su gobierno y dividieron su reino en dos.

ensalada de papas, pedazos de longaniza frita y en el tope una raja de chipotle, refrescados con tepache o chicha; Arsinas propuso birotos compuestos con jamón ahumado y salchichas y ponche caliente. Él sabía dónde comprar un catalán exquisito; en cuanto a las carnes frías, no las había superiores a las de la tocinería francesa del callejón del Espíritu Santo. Eran sabrosísimas. Lo más curioso, comentaba Arsinas, que era medio leído y escrito, es que dicen algunos franceses del comercio, que el dueño mismo prepara sus viandas, y que siendo un judío ortodoxo, no hay quien le iguale en el manejo de la carne de puerco. Lucha afirmó que, en efecto, don Simón, el de las narizotas, tenía fama de buen cocinero y de buen hombre, y que la tiraba también de buen músico. Por las noches, después de que cerraba la tocinería, se plantaba a tocar en el pistón una música triste y cansona. Ella se dormía arrullada cuando era pequeña, pues el balcón de su recámara caía precisamente frente a un ventanuco alto de la tocinería por donde se escapaba la música de don Simón que iba a cerrarle los ojos noche a noche.

—¡Ah! En la casa vieja —musitó—, todo era distinto. Desde luego había criados que nos sirvieran y ninguna renta que pagar. Recordando lo pasado, ¡qué triste se nos figura el presente!

Arsinas, emocionado por las tristes recordanzas de Lucha, creyó hacerle un halago con dar a ganar al del pistón lo que a otros le había de dar. Se acabó la disputa entre marido y mujer, resolviendo aquél, a lo valiente, que los birotos compuestos con jamón ahumado y salchicha serían los vencedores. Naturalmente el ponche los acompañaría, pues tales alimentos requerían bebidas calientes.

Por la tarde a buena hora Lucha y Pilar se trasladaron a casa del copista para ayudar a Loro a preparar y disponer la colación. Aderezaron buen número de birotos con su correspondiente ración de salchicha o re-

banadas de jamón, dejando suficiente ración de carnes de repuesto y una canasta medianera copeteada de pan. Entretanto, el cómico, ayudado por algunos mozzalbetes de la vecindad, expeditaba una faja de la sala de modo que formara calle continua con el corredor; y a trechos, unas veces a la derecha y otras a la izquierda, levantaban improvisados altaritos, con cajones de empaque, cubriéndolos con sábanas de manta y sobrecamas de indiana floreadas y multicolores. Acomodaban en ellos la imagen de algún santo de talla o en estampa, alumbrados de tal cual vela o lámpara y ramilletes de violetas o de rosas blancas de la estación, parecían altares de verdad.

XXIV

Tan ocupadas estaban las dos Preciados con el cuento de las Posadas, que no tuvieron tiempo de volver a su vivienda en la tarde entera.

¡Si hubieran vuelto...! ¡Qué sorpresa habrían llevado de ver a doña Mariquita resurgir de los antros del Quinto Infierno, ayudada por las manos diestras del portero, a quien no le valían los esfuerzos de catequización que hacía para traer a la virtud a la jugadora! A ella no le importaba saber lo que había sido en anteriores vidas, ni lo que la aguardaba cuando ésta, emocionante de albures y ruleta, feneciera. Ya lo sabría a su tiempo. Ella no sabía vivir ni con el ayer ni con el mañana. Se agarraba al hoy hasta con los dientes, y el hoy significaba tener un piquillo de fondo para asistir al estreno de un encierro que, en el Puente Quebrado, inauguraría Orellana, por la noche.

“Mientras otros se entretienen en cantar villancicos a los Santos Peregrinos”, había dicho el empedernido montero, “nosotros nos entretendremos con dar vueltas a la bolita”, o “corriendo la baraja”.

No quitaba los ojos la pecadora reincidente de las habilidosas manos del nuevo espiritista, mientras éste descolgaba el cuadro que durante algunos años había estado entre diablos coludos y rabones.

Cuando la viuda lo recibió, polvoriento y telarañado por detrás, lo limpió con el trapo de sacudir que a prevención tenía echado sobre un hombro, y cuando estuvo bien sacudido por detrás, volviéndolo el portero por delante para que recibiera igual beneficio, no pudo menos doña Mariquita que suspirar a la contemplación de su efigie. En el retrato se veía la matrona con su tez morena reluciente, por falta de afeites, sin arrugas por falta de cuidados, con la frente tersa y muda por falta de pensamientos. En sus ojos negros de mirar altanero, leyó su carácter tenaz e imperioso. Rica por abolengo, no sufrió con resignación que sus padres, a causa de la revolución de la Independencia, perdieran toda su fortuna. Se casó con el pintor de retratos porque la casaron sus padres, cuando venidos a menos tuvieron temor del porvenir de su única hija. Ella no conoció el amor, sino en los cupiditos que su marido pintaba en las camas. Se volvió a ver en el recuerdo, más que en el retrato. Mucho tiempo había pasado desde que doña Mariquita había dejado de mirar adelante, allá donde se mira soñando y esperando el porvenir, para concentrarse en el hoy. Lo presente la ocupó exclusivamente desde que ella y el abogado bribón despilfarraron las peluconas del arca antigua de don Santos. Y ahora... ¡Qué contraste! En el vestido azul de rayas anchas y blancas, escotado hasta no consentir más hombro que la faja de dos dedos de ancho indispensable para sostener la manga corta y ahuecada en el peto de pico, en la cadena de oro de que pendía un guardapelo; en el peinado de ondas, cayendo a ambos lados sobre los carrillos, antes de que la opulenta mata de cabellos fuera a recogerse en moño en el colodrillo, permitiendo apenas a las orejas asomarse en parte por la partidura de

unas rayas laterales, como si estuvieran jugando a las escondidillas, veía la moda del año treinta cuando ella, esposa y madre, figuraba entre las más encopetadas damas de la sociedad que seguía escalera abajo a la nobleza. Volvió a vivir en la vida del recuerdo y suspiró. ¿Qué era al presente? Una mujer arrugada y enjuta, de pellejos colgantes. Por su frente habían arado los años, su corazón, sorbido por la vida, no daba muestras de su ser, sino cuando latía desigualmente y con trabajo por la fatiga de una ascensión. En vez de ondas y de moño abundante, el escaso cabello cano de la jugadora blanqueaba como si le hubieran salpicado harina. ¡Qué contraste!, pensaba la viuda, ¡qué contraste! Valía más acabar de una vez con el recuerdo. Para eso estaba el Baratillo, a pocas cuadras distante del ex-convento de Betlemitas.

A la chita callando,¹³³ según el deseo de la vieja, salieron los dos ladrones de la casa, dichosamente sin ser sentidos por Carlota que acostumbraba recogerse a dormir siesta en el cuarto de su marido. De que los viera Carmelita no había riesgo, porque empleaba la tarde en comprar lo que era menester buscar lejos; los bizcochos de Ambriz, el chocolate de la Acequia, las velas de Santa Catarina, el pan del Alma de la Virgen. Todo por distintos y lejanos rumbos.

No le valieron al portero ni admoniciones ni ruegos para persuadir a su amiga a no tentar a Dios de paciencia, se encaprichó la jugadora en volver a las andadas a riesgo de todo. De que volviera la libertad de juego no tenía ella esperanzas, pues sus compañeros de vicio la informaban del estado de cosas. Decretos y leyes bajaban del Congreso, pero en ninguno constaba que se podía abrir partidas.

¹³³ A la chita callando: locación adverbial que significa hacer algo “calladamente o con disimulo”, DLE.

No pensó más en el peligro que se exponía de entrar por tercera vez a la cárcel, agravada su culpa por la reincidencia: no se hizo cargo de las consecuencias de su tesón en el extravío moral, que tendrían en su ya bastante desprestigiada familia, desprestigio de que ella sola era la causante, pues hasta la presente, ninguno de sus familiares había arrojado al cielo el buen nombre ni la memoria de don Santos. No cabían muchos pensamientos en su cabeza; con todo el del error que iba a cometer era tangible en su angosto cacumen, y resaltante en su conciencia, una sombra que le oscurecía el camino a donde quiera que fuese. El llamamiento del espiritista a un nuevo ideal religioso tuvo la misma ineficacia que el que los diversos padres confesores pretendieron inculcarle en el espíritu, antes de que los requerimientos del pecado la hubiesen apartado de la Iglesia a que de hecho y derecho debía pertenecer.

El retrato de doña Mariquita durmió esa noche en el Baratillo y al día siguiente, como de dama muy principal que parecía, fue colgado en el fondo de la barraca, lado a lado de las efigies de Santa Anna, el presidente, y de Iturbide, el emperador. Cerca de ellos, una mala pintura representando una corrida de toros en la época colonial servía para atraer la atención de los transeúntes, por la rareza de los vestidos de la concurrencia. Los barraganes, el calzón corto, los sombreros anchos de alas y algo puntiagudos de copa, remedaban en parte a los de uso en tiempos de periquillo, aunque en realidad los antecudiesen.

Doña Mariquita retiró de su transacción mercantil tres pesos y medio en tostones que multiplicó por ocho en el estreno del encierro de Orellana.

La terminación de la posada de Loro y de su marido fue un maravilloso éxito para el comediante, pues en la tercera parte de la charada salió él de crucifijo andante, con los brazos en cruz, deslizándose entre los alum-

brantes de una larga procesión que hacía paradas en los altaritos previamente dispuestos para ello. Oficiaba como sacerdote Mauricio, el sastre.

—Posas, posas —gritó un sabelotodo, que se había colado en las Posadas, por aquello de que un convidado convida a ciento.

—Ya la tenemos, ya la tenemos. Mañana salimos de dudas.

XXV

El alboroto era indescriptible. En el exconvento de Betlemitas, desde muy temprano, se notaba inusitado ajeteo. Subían, bajaban los vecinos acompañados de mozos, de mecapaleros y dependientes de comercio, especialmente del de abarrotes. Como día de trabajo los hombres se habían marchado a cumplir sus respectivas obligaciones; pero las mujeres remangadas y boruquientas, trasegaban legumbres, desmenuzaban pescado o rebanaban fruta. Estos preparativos se debían a que como la cena de Navidad iba a ser costeada a prorrata, cada uno de los concurrentes contribuiría con un platillo.

Los mozos que venían de las tiendas, cargados de provisiones que distribuían en la vecindad, eran vigilados estrictamente por el portero espiritista. A todos acompañaba, de todos inquiría a lo que iban, a dónde iban, y si las mercancías que llevaban a entregar habían sido pagadas de antemano.

En la casa de las Preciados, la quietud se aposentaba en las habitaciones de las nueras y en la de doña Mariquita; pero Lucha y Pilar traían revuelta su recámara con cajas destapadas y cajones abiertos buscando perendengues con que ataviarse por la noche. Ellas no iban a poner nada en la mesa pues su escaso peculio no lo consentía. A falta de manjares

con que contribuir a la gran cena, habían puesto diligencia para amenizar la fiesta, ensayando tonadas y procurando retener en la memoria trozos de pastorela que recitar.

Como es de suponer, la casa más en confusión era la de Arsinas, y la mujer más ocupada y más preocupada de complejos menesteres era Loro. A los Arsinas les tocaba lo fundamental: proveerse de sillas y de mesas que añadir una con otra para formar la del gran banquete. Tenían que conseguir platos, vasos y cubiertos en la vecindad, que disponer un rincón fresco para la cerveza y los licores, y preparar un estrado para la música. Se compondría ésta de seis individuos, contando con los dos hermanos Asiain, directores de una famosa orquesta. “Aunque echemos la casa por la ventana”, había dicho el excómico a sus compañeros de estoque, “tendremos dos bandolones, bajos y violín, flauta y contrabajo”.

Desde muy temprano pusieron la mesa no sin repasar en la memoria él y su consorte contándolos con los dedos los nombres de los comensales; y como vieran que si éstos cabían en la mesa, apretándose un poco, para los chicos no había puesto, determinaron colocar un mantel en el santo suelo a cuyo rededor tendrían forzosamente que acomodarse los mocosos de buen grado o por fuerza, aunque fuera rabiando.

Acabada de tender la mesa, presentaba un aspecto curioso y arcaico: vasos chicos, vasos grandes, platos medianeros y planos, platos hondos, saleros de pie y saleros de tazas. Es decir, un conjunto abigarrado de colores y formas que un erudito habría podido comparar con la vajilla de la reina Vasti.¹³⁴

¹³⁴ Vasti fue la primera esposa del rey Asuero, gran rey de Persia. Este monarca “dio una gran fiesta, y, después de siete días bebiendo, decidió mostrar a su esposa Vasti a los nobles que allí estaban reunidos. Cuando fue llamada, Vasti se negó a ir, y el rey y

El deseo de triunfar en la adivinación de la charada animada enardecía el entusiasmo por la última posada en la que se resolvería el todo que, como las tres partes que la componían, sería también animado. Arsinas tenía a su cargo la dirección de él. El artista había aleccionado a la hija y a la nieta de doña Mariquita en el desempeño de sus papeles, a la vez entregándoles un par de alas de mariposa a cada una para que se las ajustaran en los omóplatos con sendos pares de cintas. Las alas habían sido recortadas y adornadas por Arsinas en crespón color de rosa y armadas en cartón, y Loro les había aplicado una mancha de color oscuro, orladas de amarillo.

Entretenidas Carlota y Carmelita en sus menesteres domésticos y Lucha y Pilar en los suyos varios y complejos que, sin embargo, nada tenían que ver ni con el menaje ni con la cocina, no repararon que doña Mariquita hacía limpia de los cubiertos guardados en el cajón de la mesa de comer y saqueaba las canastas de costura de sus nueras y de sus hijas llevándose los dedales de plata muy lisos y gastados por la vejez y las tijeras de muy buena clase, conservadas en los costureros con excesivo cuidado. La viuda hizo un paquetito con el nuevo hurto y se escurrió

sus consejeros decidieron que Vasti no había faltado sólo al soberano, sino a todos los nobles ya que 'la conducta de la reina se divulgará entre todas las mujeres, provocando el menosprecio de las esposas hacia sus maridos' (Ester 1:17), por lo que Vasti fue desterrada. Después de un tiempo, el rey decidió tomar una nueva esposa. La nueva reina fue Ester, una judía incomparablemente hermosa, y la hija adoptiva de Mardoqueo, un funcionario del palacio", Mónica A. Walker Vadillo, "El ciclo de Ester", *Revista Digital de Iconografía Medieval* 3, núm. 6 (2011): 19-27. En este fragmento de la novela, se utiliza la referencia a Vasti para denotar lo suntuoso de la vajilla y el prestigio social que traía el tener una con tantos componentes.

bonitamente dirigiéndose al Baratillo en donde los puesteros la reconocían como buena parroquiiana.

A medio día fue la catástrofe. Colocadas las cazuelas sobre la mesa, en su otro tiempo habían sido platones y fuentes de China, la fechoría de la jugadora se descubrió de plano.

Carlota y Carmelita, para sus adentros, dijeron herejías de su suegra; pero Lucha y Pilar, descaradamente, pusieron el grito en el cielo. Era inicu lo que pasaba en aquella casa de maldición.

Lucha sostuvo que su mala estrella la conduciría a no sé qué camino extraviado y peligroso porque ya estaba cansada de aquella vida de mil demonios. Ella no ambicionaba nada de comodidad, de bienestar, de tranquilidad. No suspiraba por la riqueza perdida, si Dios se la había dado y se la había quitado por designio supremo, estaba bien; pero ahora anhelaba solamente conservar los pocos y pobres utensilios que de sus pulmones sacaba a fuerza de coser. Ya habían sustituido las despabiladeras de cobre por otras de panel torcido, las palmatorias de latón por candeleros de barro; de las escupideras ni quien se acordara, el que tenía que escupir lo hacía en su pañuelo.

Pilar echaba truenos y resoplidos por la boca y su corazón rezumaba hiel. No tenía pizca de estimación por su abuela. Cariño, menos. La malicia enroscada en su espíritu, como la serpentina de un alambique, la inducía a pensar de doña Mariquita todo mal con sus fealdades e injusticias. “La mejor mañana”, gritaba desaforadamente, “vamos a despertar en colchones echados al suelo, habiéndonos acostado en cama. ¡Yo ya no puedo más! Siquiera a ti”, continuaba dirigiéndose a Lucha, “te tocó parte de las riquezas de mi abuelo, pero a mí, ¿qué me ha tocado? Crecí en el hambre y mi juventud no es más que hambre. Ya veré la manera de salir de esta situación por donde no asoma ni débilmente la esperanza”.

La colación se hizo con los dedos y entre indignación y desaliento. Se sopeaba con pedazos de tortilla en vez de que con cuchara, ya que los platos eran tan escasos que no permitían ser remudados de la sopa a los frijoles. Ya hacía tiempo que en lugar de saleros de cristal fungían como tales latas viejas de sardina.

Cerca de anoecer, la displicencia y el mal humor se habían disipado. Empezó el tocador, cada una de las dos Preciados se transformó en señoritas, por virtud del jabón, agua y peines. Los vestidos recién planchados refrescaban la ajada juventud de Lucha y pusieron de resalte los veinte años de Pilar, un poco abatidos por la miseria de la alimentación.

Cayeron las sombras de la noche sobre un ambiente glacial, se deseaba el momento de encender luz para templar la atmósfera, beneficio que sólo sabían hacer los braseros de las cocinas.

Por fin la luz, por fin las luces de las velas de las Posadas, el griterío del jolgorio y el estallido de los cohetes.

Los Arsinas estaban de perilla y pendón. Loretito con su vestido de chalí color de flor de romero y florecitas amarillas y su marido de levita un tanto verdosa, pero bien remozada por Mauricio el sastre, recibieron a sus amistades y la posada empezó.

Ya los contribuyentes de la vecindad habían enviado con anticipación a la casa del artista las cazuelas rebosando de manjares olorosos, siendo la mayúscula la de la ensalada de Noche Buena en la que las vistosas rodajas de jícama, de lima y de naranja formaban copete y se metían por los ojos. Antes de la procesión que esa noche debía salir hasta las once y media, se dio principio a la fiesta con la solución de la charada. La concurrencia, por disposición del artista, se dividió en dos bandas entre las cuales pasaron corriendo y dando saltos Lucha y Pilar con sus alas de crespón ajustadas al dorso. Arsinas, blandiendo una red de papel de

lustre sujeta a un bastón, improvisándose así una red de cazar mariposas, corría en persecución de las dos Preciados pretendiendo atraparlas. Por fin las alcanzó. Dirigiéndose al público gritó:

—Ahora a adivinar, señores. Ya está concluida la charada.

Resonó un aplauso nutrido. Algunos hombres exclamaron: “Mariposas”, otros, aunque habían aplaudido, y todas las mujeres entraron en muda y se quedaron papando moscas.

Se había convenido en que, para no faltar a los cánones de la vigilia, por haber guajolote asado entre las viandas, la cena no se serviría antes de las doce. Pero el tiempo se hacía largo, los estómagos estaban inquietos y protestaban. Nadie había cenado temprano. Los más comelones habían echado tacos o tomado ligeras meriendas, pero de eso habían pasado ya cinco o seis horas y el hambre rascaba.

Arsinas propuso que para distraerse cada cual asistiera a la misa de gallo en cualquiera de las iglesias vecinas. Asintieron y formando grupos, unos a San Andrés, otros a Santa Clara, se marcharon minutos antes de las doce. En uno y otro templo iluminados con centenares de velas de cera se llevó a cabo el divino sacrificio. En uno y otro templo había un piano a disposición del público, en el cual, en los intervalos de la música coral, grave y solemne, los aficionados a teclear, especialmente las niñas románticas en estado de merecer, se sucedían en la banqueta situada enfrente al instrumento y de él sacaron el brindis de *Traviata*, el miserere del *Trovador* y el *Carnaval de Venecia*. Los asistentes a la iglesia de San Andrés fueron tan afortunados que, además de las óperas del día, tuvieron la emoción de oír los sonos del país. Precisamente acabado el prefacio, un profesor de música ejecutó *El butaquito* y *El atole*.¹³⁵

¹³⁵ Se trata de dos sonos populares del estado de Veracruz, la letra de *El atole*,

La cena se sirvió cerca de la una. Engulleron a dos carrillos los comensales, bebieron a vaso inclinado los sedientos. Hubo brindis, hubo bomba por don Mariano Arsinas, bomba por el inteligente organizador de fiestas, bomba por el generoso amigo que había puesto su casa a disposición de los vecinos para que se solazaran.

Ya palidecían las llamas de las velas, diluyéndose su luz en el espacio. Unos a otros los invitados se veían pálidos, con la mirada cansada y los ojos pesados de sueño. Se disolvió la reunión, siendo despedidos los comensales con efusión y cariño por Arsinas y su mujer.

A Lucha y a Pilar, por instancias de Loro, las acompañó Arsinas hasta la puerta de su casa. Les dio las gracias por su fineza y por su atención. Haber asistido a las Posadas y ayudado tan servicialmente a su esposa, en todo, era un favor que obligaba la gratitud del artista. Tales fueron sus palabras de despedida.

reproducida de *La Orquesta*, dice: “Mañana me voy/ Para Veracruz (dos veces)/ Y a ver a aquella (tres veces)/ Porque no hubo muz./ Vénganse con Pamuceno/ Todos los que están rabiando/ Porque si el indio está bueno/ El negocio se está agriando./ Vengan a la intervención/ Que es muy tonto el que se queda./ Si se pasa la ocasión/ El indio se nos aceda./ [...] Vénganse la mayoría,/ Aquí amparo se les presta, Porque si pasa otro día/ La intervención se indigesta./ Vénganse para Orizaba/ Que nos hemos pronunciado,/ Y si no pela la pava/ Ese indio tan frustrado./ [...] Vengan a beber atole/ Como lo hacen en Europa,/ Aquí les daremos mole/ Del que come nuestra tropa./ Vénganse porque en Loreto/ Nos ajustaron la cuenta,/ Y sin refuerzo completo/ La conserva se fermenta./ [...] Si no vienen, ya nos vamos/ Y no como hemos venido./ Por cierto y lo que sacamos/ El tamal todo podrido./ Y si al fin no quieren tronos,/ halla paz, indios guerreros,/ Y hablemos de nuestros bonos/ Y arreglemos los dineros./ [...] Y si frunce el entrecejo/ Al ver Luis lo que pasó,/ Le diremos que fue viejo/ Por tanto no se coció./ Y si, como ya ha parado,/ También la cámara chilla,/ Zaz! Otro golpe de Estado/ Que es remedio de estampa”, *La Orquesta*, 14 de mayo de 1862: 18-19.

A Lucha, cuando se metió entre las sábanas, le vinieron a la memoria ciertos recuerdos: palabras de acendrado cariño, apretones de mano y otras muestras efusivas de Arsinas que por la primera vez había notado en él. No podía alejar de su mente las miradas fogosas del artista. Lo más extraño era que por la primera vez también ella sentía cierta animadversión contra Loro.

Sintió calosfrío, el de la madrugada, y se durmió profundamente.

XXVI

El generoso empeño de alejar a su amigo de la idea de casarse con la exmeretriz, hizo que Agustín comprometiera a Nacho a asistir a las posadas de Arsinas. Allí vería al escribiente del juzgado con su familia.

—Y ya sabes —le dijo—, sus hijas son de esas muchachas criadas con educación moral, y listas para el manejo de una casa. Muchachas de estas son las que salen buenas para esposas. Tú escogerás la que te guste; yo me quedaré con la otra, me es igual porque las dos son buenas, las dos inocentes y puras. Conque decídete y esta noche empezaremos a hacerles un rodeo formal.

Nacho no respondió. Aunque firme en sus convicciones, era tardo en optar por lo que le aconsejaban sin estar seguro de qué le convenía. Sus miras eran altruistas y no guiadas por la conveniencia, ni siquiera por la comodidad. Todo lo que pudo prometer a su amigo fue que concurriría a las Posadas, más por complacencia a Agustín que por voluntad hacia Arsinas.

El cómico no le era simpático; le parecía desleal, farsante, un manantial de engaños y solapería. Además, esto no se lo dijo a Agustín,

veía entre los dos esposos Arsinas un peligro para el sosiego de Lucha y de Pilar. El copista y su mujer se le figuraban un par de embaucadores, no porque se los hubiera enseñado un espíritu de observación, sino por intuición. “Jamás engaña el corazón”, se decía, “y el mío martillea violentamente, gritándome: ¡alerta!”.

Departiendo íntimamente, sin que Agustín abandonase el tema del casorio, que quedaba flotante en el espacio, como los acordes de un tema musical con que se inicia una ópera mientras corren los diversos números de la partitura, Agustín propuso, Nacho rechazó, y vuelta a proponer el amigo que trataba de vencer y vuelta a contender el que no quería darse por vencido, uno y otro, sin sentir, fueron recorriendo las calles de Plateros y las de San Francisco, muy concurridas a esa hora, por ser domingo, al mismo tiempo que día de Noche Buena.

Si Agustín se había salido con la suya llevando a Nacho casi a rastras a las ocho posadas anteriores, ahora se resistía a asistir a la última por repulsión o por no sé qué.

En las dos hijas del escribiente del Juzgado, reconocía Preciado las dos mujeres buenas en embrión, que su consejero le había pintado con vivos colores. A tirones Agustín había conducido a Nacho al exconvento de Santa Clara, convertido en casa de vecindad, donde el escribiente vivía. Varias tardes a la salida del taller, cuando los matices del crepúsculo vespertino pintaban de poesía el ambiente y arrullaran con melancólico ritmo el corazón de la juventud, los dos amigos habían engrosado la reunión de las muchachas en el claustro destechado de Santa Clara, llenando de alegría a las muchachas de la vecindad. Solían éstas juntarse, sentadas en ruedo, en sillas bajas para coser, aprovechándose de toda la luz. Allí le sacaban la merienda de chocolate las criadas diligentes; y después de refrigerarse volvían a reanudar la labor interrumpida, con

más brío, con más contento, con más fe en el porvenir. La oración las encontraba con la aguja en la mano, despidiendo la armonía crepuscular, gemela de otra armonía más dulce y acorde con el alma: la armonía de la ilusión.

Levantados los canastillos de costura, desencogidos los músculos a fuerza de estirones y de paseos por el corredor, volvían las niñas a formar rueda, con la guitarra y la canción. Si no salía la luna a bañarlas con reflejos de plata, las estrellas mandaban los suyos de oro a las entusiastas cantadoras.

Pero el cuadro sencillo del hogar con su dulzura no llenaba el más pequeño hueco del corazón de Preciado. Habían hecho los paseantes alto frente a una peluquería famosa donde se apiñaban los lagartijos¹³⁶ de la etapa imperial para ver el desfile de transeúntes, cuando el rodar parsimonioso de un coche de punto les llamó la atención.

No era época de muchos carruajes. En el simón que andaba lentamente, con majestad fingida, o que quería parecerla, se erguía una mujer. Era una hetaira famosa de Jalisco, llamativamente ataviada. El color trigueño que ostentaba en las manos se borraba en el cuello y la cara, embadurnada a más no poder con toalla de Venus. Los pómulos resurgían de vinagrillo y los ojos pizpiretos y pequeñitos ocultaban su brillo bajo los párpados entrecerrados por ficción. Todas las miradas masculinas caían sobre la mujer, revelando deseo; las femeninas, cuando más, eran indiferentes, mostraban desprecio o piedad.

¹³⁶ *Lagartijos*: hombres bien arreglados, vestidos o engalanados, que comúnmente cortejaban a las damas de sociedad en busca de su dinero. También se les conocía como catrines.

Agustín dijo a Nacho: “Mira, hermano, mira, el pasado de tu mujer. ¿Te atreves? ¿Piensas dar a ese pasado, como un blasón a tus descendientes? ¿No te dará miedo que sea así?”.

A Nacho se le encendió la cara de vergüenza, nada dijo; aunque en su silencio, Agustín leyó un triunfo de la amistad.

En ese instante el simón se detuvo, bajó el cochero del pescante a abrir la portezuela y descendió la escandalosa jalisciense. Se echó a andar por la acera, zarandeándose con el señorío del alga en el mar.

XXVII

Descorazonado aunque convencido Nacho de que su mentor obraba de buena fe, se separó de él no sin prometerle formalmente que iría esa noche a la última posada de los Arsinas.

“Bien mirado”, se decía, “Agustín tiene razón. De mucho sirve en sociedad que cada uno escarbe su rastro en la familia en que ha nacido y muestre su ascendencia a la luz del mundo. Fortuna es que los que somos oscuros y corrientes no tengamos la pena de recorrer dinastías equívocas como los reyes. Las novelas nos enseñan que, mirando para atrás, no sólo los monarcas, sino las aristocracias y las noblezas de países sonados y tronados en el mundo, a la tercera o cuarta generación ascendente, tropiecen con que sus bisabuelos o tatarabuelos cometieron actos delictuosos o por lo menos bajos. De esto hay que avergonzarse, por más que el primer jefe que estableció la dinastía, la nobleza o la aristocracia de la casa honrada y digna al presente haya sido un héroe, un prócer, un hombre reputado como generoso y de bien. ¿Yo qué sé de los míos? Mi padre fue siempre un holgazán, hoy es un aventurero que ha abandonado por completo mujer

e hijos. Mi abuelo un hombre honrado y pundonoroso, un caballero en toda la extensión de la palabra; pero fue, como yo, falto de experiencia y de oportunidad para cimentar a su familia sobre un pie de decencia, fue sorprendido por la muerte cuando su vida era más necesaria, para los suyos. Además fue torpe en la elección de esposa. ¿Tendría o no pasado mi abuela? ¡A saber! Lo cierto es que ella ha sido nuestra ruina. Desbarajustada, despilfarrada, derrochadora y viciosa, ha establecido a sus nietos un pasado que no es lo que sueña Agustín que el pasado debe ser, la cauda luminosa de un cometa. ¡Cauda luminosa! Dijéramos la cola de un papelote¹³⁷ revolcada y arrastrada por cualquier plazuela”.

“¡Quién demostrará que lo que siento aquí en el pecho es un desacierto de la naturaleza, es un error que me ha llevado una pasión inno-ble! Sin embargo, yo siento deseos de hacer bien, redimiendo a una mujer caída por desventura, por circunstancias que ella no pudo conjurar. Yo la amo con todo mi corazón. Pero no amo su belleza, ni su encanto íntimo, sino su alma buena, su humildad y su desgracia. ¡Veremos! ¡Veremos!”.

Por la noche, el joven Preciado, siguiendo el ejemplo de Agustín, trató de hacer la rueda a Luisa, la hija del escribiente del Juzgado, Agustín se había consagrado a la hermana mayor y ya iban muy adelantados en su conquista.

Un incidente ocurrió, antes de la letanía y la acostada del Niño, que desvió la ascensión de Nacho, del empeño amoroso a que se dedicaba. Había terminado la caza de las mariposas, y mientras que Lucha sostenía con el cazador una conversación muy animada, en el rincón cercano,

¹³⁷ *Papelote*: “Corrupción de *papalote*, usado comúnmente. Lo mismo en varias partes de Centro América”; cometa, *DM*.

Pilar se entregaba a cuchicheos con un extranjero. El presentimiento de una caída más le apretó el corazón.

Cuando el cómico dispuso que se aplazara la cena hasta después de media noche, para no faltar al cumplimiento de la vigilia, pues había guajolote asado y queso de puerco entre las viandas, se tocó a desbandada, yendo cada cual a la misa de gallo. Entonces Nacho escapó sin ser notado de Agustín. Llevaba propósitos aviesos.

“¡Qué me importa a mí todo esto! Consolaré a mi pobre mamá, haciendo que se resigne en su suerte con nuestra suerte, con la que siempre sale vencedora”.

“Mi corazón está allá, mi felicidad requiere que la pobre fea sea dichosa. ¡Pobrecita! Me habrá estado esperando a las nueve como le ofrecí ayer. Agustín en su tenacidad en aconsejarme contra ella, me quitó el propósito de serle fiel. ¡Pobrecita!”. Y al pensar en esto arreciaba las zancadas que le conducían a la calle de la Alhóndiga. Al pasar por la Plaza de Armas faltaban diez minutos para las doce en el reloj de Catedral.

Los Pajaritos, la batihojera y Nestora habían comido juntos la frugal colación de vigilia que es costumbre entre los pobres: caldo de habas, revoltijo y nopales en navegantes. Para solemnizar la fiesta se añadió a las viandas un plato de ensalada de Noche Buena, regalo de Nestora, de la que ésta había preparado para la cena con que aguardaba a su amigo a las nueve de la noche.

Preciado le había dicho, entregándole dos pesos además del gasto de la semana:

—Para que hagamos una cenita de pobres. La comeremos juntos. ¿Qué te parece?

—Me parece —respondió Nestora—, que eres muy bueno conmigo y que Dios me quiere mucho, al permitir que te haya encontrado en mi

triste camino. Yo quisiera ser te útil, saber un oficio cualquiera, que me diera lo bastante para ganarme la vida. Así te ayudaría un poco y no caería el peso de esta casa sobre tus hombros. Tú bastante tienes con distraer de tu sueldo lo que le das a tu mamá para pagar la renta de la casa y lo demás para la familia.

—Te he prohibido que me hables de eso —replicó Nacho, interrumpiendo a su querida—, gano lo bastante para cumplir con mis deberes aquí y allá. ¿Qué oficio has de aprender? El oficio de quererme mucho, de tener tu casa como la tienes hecha una patena y guisar sabroso para que algún día me des un banquete diario.

—Como que los vecinos me han enseñado ya lo poco que sé, y además a vestir de seda de colores los pajaritos de cera que también puedo ya modelar.

—Bien, bien, mañana a las nueve sin falta me tienes aquí.

Con este diálogo se había cerrado la despedida de Nacho el día de la octava posada. Su intención de no faltar a la promesa hecha a Nestora, le sirvió como un sostén para llevar a cabo deberes múltiples, variados y cansados en el taller, en la casa y en sociedad.

Cuando Nacho, al sonar las doce, llegó a la calle de la Alhóndiga, el zaguán estaba abierto y las doce habían sonado ya.

En la vecindad había ajetreo. Se subía, se bajaba, se hablaba a gritos y de tal o cual puerta salía el eco de un villancico o el acorde de una guitarra, que preludiaba una canción. Los claros de las puertas estaban alumbrados y de las claves del arco de comunicación entre el cubo del zaguán y el patio pendía un haz de farolitos venecianos.

La puerta de Nestora nada más entornada, dejaba salir apenas una débil luz de la lámpara del Santísimo.

Nacho empujó al mismo tiempo las dos hojas de la puerta, y se encuadró en la entrada con el garbo y la majestad de un vencedor.

Encontró a Nestora bañada en lágrimas, sentada con el codo recargado sobre la rinconera y apoyada sobre la mano la cabeza abatida. Al ver a su amado le salió un ay del pecho todo efusión y amor. La sorpresa que quiso salir y no pudo en otro ay, desconcertante, se volvió dentro a su nido.

—¡Qué alegría, ya estás aquí! Temí que te hubiera pasado algo.

—¡Qué alegría, ya estoy aquí! Y te encuentro como siempre en espera de mi llegada. No pude venir más temprano. Qué quieres, a los hombres no nos faltan compromisos. Pero cenaremos.

—Cuando quieras, todo está listo, calentándose al rescoldo.

Cenaron. El regocijo sazonó los manjares, pues todos les supieron a los enamorados sabrosísimos.

Cuando el cuerpo les pidió descanso, pensaron sólo en dormir. Un cuarto de luna menguante apartó su tímida luz de los umbrales de la fea, cuando ésta juntó las hojas de la vidriera y luego las de la madera.

Al despertar al día siguiente era tarde. Nacho y Nestora no supieron al recogerse si iban a echarle las puertas en la cara a una alborada matutina de franjas de oro o a los nubarrones invernales de un triste amanecer.

“¡Jesús!”, observó Nestora, “ya no es hora de ordeña, ni siquiera se oyen los cencerros de las vacas que se retiran a sus establos. De seguro nos vamos a quedar sin leche. Voy a ver”.

Se envolvió en un medio tápalo negro de lana y se echó a la calle con un jarro en la mano.

XXVIII

Promediaba abril. En el ambiente aromado de claveles y azucenas flotaban nubarrones políticos, la Intervención francesa había tocado a botasillas. Todavía resonaban los sollozos de la patria afligida abatiendo el corazón de la libertad.

En los corrillos de Plateros, principalmente en los que se formaban a la puerta de las tabaquerías y peluquerías, los ociosos aristócratas que habían ayudado al Imperio, y otros dados de profesión, pobres que incitaban a aquellos, pretendiendo pasar por aristócratas, no cesaban de repicar las lenguas y sus charlas versaban sobre la apremiante situación.

Los franceses que habían faltado a su palabra de honor, cuatro años antes, repasando el cerro del Chiquihuite,¹³⁸ iban ahora alejándose, rumbo a Veracruz, en grandes y pequeñas partidas, dejando a las colonias extranjeras mayormente al comercio de allende el mar de pico bajo. Veían y tenían miedo del gran reventón.

El gabacho de la litografía, pensando cuerdamente, en vista de la marcha que llevaba el Imperio, hizo poner a su familia y sus negocios a buen recaudo. Se trasladarían a Francia con penates y todo; pero estaba

¹³⁸ El cerro del Chiquihuite está localizado al norte de la Ciudad de México, en el Estado de México, y tiene una posición estratégica en la Sierra de Guadalupe. Tras la famosa Batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862, los franceses se encontraban aislados e incomunicados en Veracruz. Con su ejército diezmado, otro contingente dirigido por el general Lorencez, con mil franceses y 500 mexicanos, se dirigieron a la posición del Chiquihuite y se apoderaron de éste, estableciendo destacamentos en Córdoba y El Potrero, restableciendo la comunicación con el puerto; véase Bernardo Reyes, *El General Porfirio Díaz* (México: J. Ballezá y Compañía Sucesores Editores, 1903), 104.

dispuesto a continuar con su taller de litografía, dándole otro curso, si la situación política de tirante se convertía en bonancible. Para ese fin se asoció con otro industrial francés del mismo giro, para que se encargara de la litografía, durante los seis u ocho meses que él tardara en volver de Europa.

Nacho entró en su casa al mediodía a comer, anunciando que el *monsieur*, su patrón y protector de toda la familia, vendría esa misma noche a despedirse de sus protegidos. A él, a Nacho, lo había ascendido el patrón, haciéndole jefe del despacho, y recomendándolo con empeño al socio, para que viese en él a uno de casa.

El joven Preciado estaba alegre como unas castañuelas, por el ascenso y por otra cosita más. Otra cosita que Nestora le había comunicado la noche anterior, entre mimos y zalamerías.

—¿Sabes? —le dijo—, vamos a tener un niño. Me lo ha declarado el médico de la botica de la esquina. Fui a consultarle por lo del dolor de cabeza y la basca que me molesta tanto. Él me dijo: “Vaya con Dios, señora, lo que tiene es embarazo. Hay que esperar. Fuera de las molestias consiguientes todo va bien. Saldrá de esto al acabar el año”. Tarde se me ha hecho para comunicártelo, ¿no tienes mucho gusto?

—Sí, tengo mucho gusto —había respondido Nacho—, ahorraré lo más que pueda y para cuando el niño nazca, aunque sea pobremente, ya nos habremos casado.

Sobre esta placentera noticia había llegado la del ascenso y la promesa del patrón de continuar ayudando en conocimientos y salario a su dependiente.

Cuando Nacho se sentó a la mesa, notó que contrastando con el regocijo que él llevaba en el alma, los miembros de su familia, sin excepción, se hallaban cariacontecidos y circunspectos.

—¿Qué pasa?, ¿por qué están ustedes de muelas torcidas? No estando presente mamá Mariquita, no veo razón para tanta seriedad.

—Tú no ves razón, hermano, porque no estás aquí, y no siempre vienes a comer. Pero sábetete que lo que nos hace mamá Mariquita es insoportable y ya no la podemos aguantar. A lo menos yo —esto respondió Pilar vivamente.

—¿Qué ha sucedido? —interrogó Nacho, ya en tono de contrariedad— ¿Qué otra cosa ha hecho mamá Mariquita?

Carmelita replicó:

—La cajita de China, con las sedas de colores para coser ajeno, ha desaparecido de ayer a acá. La almohadilla de Carlota, que le regaló el señor don Santos, el día de la boda con Pepe, desapareció antier. El relicario de plata con cera de Angus, que se quitó Lucha del cuello para bañarse esta mañana, desapareció hoy.

Nacho frunció el ceño, sin atreverse a decir palabra. Carmelita continuó:

—La cajita de China que tanto cuidé, escondiéndola siempre para que no me la vendieran, era un recuerdo de mi mamá. Vino en el cargamento de la última nao de China. La almohadilla de Carlota costó un dínereal a nuestro suegro. Es de caoba y tiene cincuenta cajoncitos secretos, veinticinco de cada lado, ocultos bajo tablitas corredizas. En uno de los cajoncitos guardaba Carlota las arracaditas de oro que su madrina regaló a Lucha el día que se bautizó. ¡Y creíamos que las arracaditas estaban bien escondidas!

A Carlota se le rodaron las lágrimas de indignación. Lucha tenía los ojos enrojecidos por reciente lloro, que nada tenían que ver con los desmanes de su mamá. Fingió, sin embargo, estar afligida por ellos y participar del disgusto común.

No obstante haber fruncido el entrecejo y mostrarse de mal talante, a Nacho las rapiñas de su abuela y la pesadumbre de las cuatro mujeres le parecían cualquier friolera. Era que para él bajaba un fulgor particular del cielo a iluminarle el corazón. Consoló como pudo a la familia y se marchó al taller, con el propósito de ir más tarde a participar a Nestora, lo del ascenso.

Después de la comida, bien amarga por cierto, Pilar se coló de rondón en la recámara de su mamá y encarándose con ella le dijo:

—Perdóname, mamacita, si te voy a dejar, pero estoy decidida. Ya ves tú que esto no puede ser. He tolerado la pobreza, la vergüenza y todo: pero eso de quedarme para vestir santos no lo quiero tolerar. Yo no soy ni Anita ni Luz, sino de otra masa bien distinta, ya que no me puedo casar, me largo con mi novio, él me lo ha propuesto.

Carmelita, turbada y pesarosa, le interrumpió a su hija la arenga de inmoralidades que le estaba espetando con esta razón:

—¿Por qué no te puedes casar?

—Porque mi novio lo sabe todo. Ha descubierto que mamá Mariquita es jugadora, que ha estado en la cárcel, que los vecinos ya ni nos estiman, ni nos respetan. Cuchichean de nosotros, cuando pasamos por el corredor para la escalera. Ya ves que no hay quien se pare por nuestra casa.

—Pero de todo eso, ¿qué culpa tenemos nosotros?, ¿qué culpa tienes tú, que no has dado ningún mal paso?, ¿a él qué le importan las vidas ajenas?

—Pues mucho, mamá, pues dice que como él es francés y nosotros vinimos de indios, no somos iguales. Que él tiene abolengo.

A la esposa de Manuel Preciado, la palabra abolengo le sonó a la vez que rara, grave y rotunda y se quedó pensando.

Pilar la había aprendido en las novelas de Fernández y González que le prestaban las vecinas y en fuerza de su repetición había llegado

a interpretar con propiedad su significado. Observando la turbación de su mamá, continuó la joven sombría:

—Sí, mamá, mi abolengo se ha revolcado en el petate de la cárcel y ha pasado días y noches en las partidas y cambalachado con los mugrosos del Baratillo.

Pilar ignoraba que el lustre del abolengo de su pretendiente comenzaba con el generoso perdón del gobierno mexicano a los filibusteros vencidos, cuando subió al patíbulo su secuaz el conde Raousset de Boulbón.¹³⁹

Carmelita bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos, para que su hija no la viese llorar.

Pilar, al oscurecer, se despidió de Lucha manifestándole su resolución.

—No creas que te dejo así nomás, que te abandono, cuando más necesitas de cuidados y de consuelos. Yo sabré de ti, vendré a verte a es-

¹³⁹ “El 1 de julio de 1854, Gastón Raousset Conde de Boulbon, de nacionalidad francesa, desembarcó en las costas de Sonora, al mando de 400 filibusteros europeos entre los que predominaban franceses. El objetivo era formar una república independiente en los territorios de Sonora, Chihuahua y Durango. Al saberse de las intenciones de los filibusteros el General José María Yáñez, Comandante Militar de Sonora y Sinaloa, organizó la corta guarnición militar y a los voluntarios que se le presentaron para formar una fuerza de aproximadamente 300 hombres, procedentes principalmente del puerto de Guaymas. El 13 de julio, ambas fuerzas se enfrentaron en el puerto de Guaymas; desde el inicio los mexicanos causaron cuantiosas bajas a sus adversarios, quienes después de varias horas de intenso combate huyeron a refugiarse en la casa del Vicecónsul de Francia, a quien solicitaron su amparo manifestando su rendición incondicional”, Secretaría de la Defensa Nacional, “13 de julio de 1854, derrota de los filibusteros en Guaymas, Son.”, acceso el 2 de octubre de 2020, <https://www.gob.mx/sedena/documentos/13-de-julio-de-1854-derrota-de-los-filibusteros-en-guaymas-son>. El 12 de agosto de 1854, el conde Raousset fue fusilado.

condidas lo mismo que a mi mamá. Digo a escondidas porque Garreaux me ha advertido que tengo que romper con mi familia.

Lucha, emocionada, abrazó y besó a Pilar varias veces y arrimándola hacia la puerta, la despidió diciéndole:

—Haces bien, por mal que te vaya, te irá mejor que a mí, ¡qué Dios te ampare!

Pilar fue a despedirse de Carmelita. Se hincó a sus pies, le besó la mano y le pidió su bendición. Carmelita se la dio y le dijo:

—¡Dios te bendiga!

XXIX

A Nacho se le juntó el cielo con la tierra cuando supo la ida de Pilar con su novio, que no huida, pues había sido sancionada por todos en su fuero interno. Sólo faltaron las formalidades de un consejo de familia. Pilar había hecho bien. Aventar a mala parte los trabajos, las durezas de la vida y la mayor de todas: el hambre, era cuerdo, era necesario. Además, renunciar a la existencia estéril y sombría para echarse en brazos del amor, única gala de la vida, era como cambiar por un campo de flores la escueta azotehuela donde el tendedero y el lavadero son los únicos adornos. Pilar, siguiendo el curso natural de las cosas, había hecho bien.

Para Nacho habían cambiado los datos del problema económico que tenía que resolver para acercarse a la parroquia del brazo con su amada. Ahora sería cuestión de más tiempo, sería cuestión de más privaciones; pues los ahorros que pudiera haber hecho se veían reducidos a la insignificancia. Era menester aumentar en el gasto de la familia, la parte con que Pilar contribuía, cosiendo ajeno. El aumento de salario que su ascenso en el taller significaba, había sido ilusorio por la merma que iba a sufrir.

Carmelita, además, necesitaba otras atenciones, que sólo al hijo obligaban. A Preciado correspondía cuidar de que su madre estuviera, aunque pobremente, calzada y vestida, mientras el padre volviera de la revolución.

Si Manuel vivía, viviendo con el haber de soldado que no suele ser regular en campaña, apenas daría para el mantenimiento de uno y ese uno no podía ser más que el militar, que es llevado y traído de aquí para allá, soportando vicisitudes sin cuento.

La última remesa de ocho pesos que el padre de Preciado envió a su mujer con un vendedor de jaulas, trayendo la razón de que por el campamento todo andaba bien y que pronto triunfaríamos, había pasado al olvido. Sobre ese punto “triunfaremos de Manuel” habían caído sucesivamente noticias alarmantes para el Imperio y otras llenas de esperanzas de futuras victorias, ¡qué se podía esperar! Por de pronto, nada seguro, nada definitivo.

Cumplía a Nacho la obligación de proveer a la familia con recursos y el deber de consolar a la madre que no podía llamarse viuda todavía, pero que de hecho lo era.

El joven litógrafo apreció la nueva situación y se encaró con ella. Era menester luchar, pues a la lucha. Era menester doblar la cerviz, pues a bajarse hasta besar el suelo. ¿No estaba él compensado de todas las tristezas con la esperanza de casarse con la mujer amada y aguardar la venida al mundo de aquel soñado y deseado ser, en quien, él y ella, iban a poner, como en un relicario, todo el amor que bajaba del Cielo?

Pilar había resucitado a una nueva etapa de la existencia, aunque en otra condición social. El que por eufonismo,¹⁴⁰ querríamos llamar su

¹⁴⁰ *Eufonismo*: Vocablo de uso obsoleto. Según Pedro Felipe Monlau, en su *Tratado de retórica y poética*, “*eufemismo* o *eufonismo* no es otra cosa que la cualidad general del

marido, la dejaba en libertad casi todo el día, y en verdadera libertad que estando encadenado a un mostrador, vendiendo quincalla,¹⁴¹ sólo por accidente saldría a hora inusitada, yendo a sorprender las ausencias de Pilar. Éstas eran frecuentes y constantes. Siempre a la misma hora, siempre por las mismas calles, siempre llevando un paquete grande de mercado a la casa o un paquetito pequeño de la casa suya a la de sus padres.

Cuando los vecinos del exconvento la veían desembocar la escalera, con la majestad de una diosa ofendida que sabe que se está vengando de sus ofensores, invariablemente cuchicheaban y mirándola al sesgo se decían, unas a otras, dándose con el codo: “Allá va ‘esa’. ¿Qué traerá ‘esa’, todos los días? Probablemente un bocadito de lo que le sobra, para que maten el hambre sus gentes”. Pero “esa” ni siquiera furtivamente miraba a las lenguaraces, pasándose de largo, erguida como un pino. Cuando alguno o alguna maliciosamente se le atravesaba al paso, saludándole, ella murmuraba tal cual palabra de salutación, sonreía con frialdad y abriéndose camino seguía hasta la vieja vivienda.

Las tertulias de la casa de Arsinas habían parado repentinamente. Una mañana a la hora del chismorreo vecinal, que ocurría en los claustros, después de la compra, para preguntarse una a la otra, las mujeres: ¿qué plato principal iban a comer respectivamente en sus mesas?, Loro explicó que, por ausencia repentina del cómico, las veladas se suspendían hasta que él regresase. Explicó detalladamente la causa.

estilo que hemos llamado *decencia*, y que consiste en disfrazar y ocultar, como bajo de un velo, aquellas ideas que expuestas con claridad pudieran ofender el pudor o respeto que se merecen el auditorio”, Monlau, *Elementos de literatura ó Tratado de retórica y poética: para uso de los institutos y colegios de segunda enseñanza* (Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1862), 115.

¹⁴¹ *Quincalla*: “conjunto de objetos metálicos de escaso valor”, *DLE*.

Arsinas estaba cansado de la cortedad de su sueldo, cansado de copiar los papeles para los actores y cansado de no contar regularmente con bolos que acrecentaran su caudal, había aceptado la propuesta de un amigo suyo que formaba una compañía ambulante.

La legua es la providencia de los cómicos maletas y el recurso único de todos los artistas cesantes. En suma, Arsinas había salido para el interior al amanecer. No había tenido el gusto de despedirse de sus contertulios, por la premura del viaje. Seguro de que sus buenas amigas lo dispensarían, les dejaba con su mujer un afectuoso adiós.

De su cuenta, Loro expuso a sus vecinas que las esperanzas de medro de Arsinas eran muy fundadas por el estado actual de revuelta que reinaba en el país.

“Cuando hay revolución”, afirmaba la mujer del comediante, “la gente tiene mucho gusto en divertirse. Donde hay guarnición, el comercio se anima, porque los soldados son muy gastadores. También son aficionados a bailes y a farsas. Donde no hay teatro, se improvisa un cobertizo para las representaciones de las compañías ambulantes. Hay también la posibilidad de transportar chácharas y otros artículos de un lugar a otro sin pagar alcabalas, porque a los artistas se les dispensa del registro de sus equipajes. Hace años que, de un viaje por Yucatán, me trajo Arsinas una hamaca, de San Luis Potosí, un rebozo de Santa María, y de Celaya, cajas muy sabrosas”.

El ameno relato de Loretito no fue acogido con buen humor por sus oyentes. Fue desfilando cada una de las amigas para su vivienda, bocabajeadas y rostrituertas.

La pravedad de doña Mariquita había llegado a un extremo increíble. Poco hacía asiento en su casa. Las horas de comer, lo poco que comía, y

las de descansar, lo poco que descansaba. Desde las dos de la mañana que entraba a dormir hasta las siete que salía de su alcoba con tápalo y todo, más que dormir, cavilaba. La traían a vueltas y revueltas en su cama, los eternos planes para conseguir algo de dinero. Por qué artes podría pasar el que las gentes tenían en sus bolsillos, a veces repletos, al exprimido y escueto suyo. Éste era el asunto por resolver diariamente de doña Mariquita, y el que a jirones mayormente lograba resolver. No importaba cómo.

El apuro iba siempre en creciente, a medida que los objetos pequeños y movibles de la casa iban disminuyendo. La viuda, a fuerza de rapiñas, había dado a su vivienda el aspecto de una casa saqueada.

Cierta mañanita de sol, un viernes caluroso, digamos, doña Mariquita salió de su recámara con el cabello cano y ralo más alisado que de costumbre, el tápalo, color de ala de mosca, puesto al desgaire. Se desayunó en silencio lo que en silencio le sirvió Carlota sobre la mesa de la cocina y se marchó.

Con gran sorpresa vio Martín que la viuda, al bajar la escalera, en vez de dirigirse a la calle se encaminó a la portería y se sentó en una silla, con la mayor confianza. Fue en su seguimiento el portero, para ver en qué podía servirla.

Entablaron los dos un diálogo vivo, de muchos “síes” de parte de ella; de muchos “nos”, de parte de él.

Si la escoba de varas, recargada contra la puerta, supiera hablar, nos habría dicho por qué doña Mariquita insistía en mandar y por qué Martín se obcecaba en desobedecer. La pícara escoba lo oyó todo. Por fin el portero transigió, y la viuda, con el orgullo de la victoria, se arrellanó en la silla pronta a esperar.

Martín, escogiendo la mayor de las tres escaleras de mano que para el servicio la casa tenía, subió derechamente a la habitación de los Pre-

ciado presentándose de rota batida, con el estorbo adminículo en la alcoba de Luz.

Al verlo Lucha le preguntó con aspereza:

—¿Qué quiere usted?

—Con perdón, doña Luchita, vengo a descolgar ese cuadro.

Señaló Martín uno pequeño de una tercia de largo que en lo más alto de la pared de piedra, única de esa clase que en la alcoba de la señorita Preciado había. Era un marco de ébano, tallado con primor que montaba sobre una tabla cóncava de la misma madera. En el hueco de la tabla descansaba, como en una hornacina la pequeña cruz de caoba de que pendía un Cristo de talla, labrado en marfil. Cerraba el cuadro un cristal fino de mucha transparencia. El cuadro había sido puesto en lugar tan alto para que quedara entre nubes, y no rodeado de las llamas horripilantes con que el caricaturista, Constantino Escalante, había chafarrinado los muros del Quinto Infierno.

—Ese cuadro —repuso Lucha— no saldrá de aquí. Es muy mío. A la muerte de Anita se me quedó a mí. Viene desde nuestro bisabuelo.

—Bueno, doña Luchita, no se enoje conmigo. La señora quiere ese cuadro para que asista a un enfermo. Es una obra de caridad, usted sabe que la caridad es la única salvación del alma. Eso dice mi espíritu protector, él que me cuenta tantas cosas, de los tiempos pasados y de estos de ahora, y de otros que han de seguir.

—¿Sí?

—Sí. Dice el señor Toussaint que estas cosas que nos cuentan los espíritus superiores se llaman revelaciones, y que nos hacen las revelaciones para que nos enmendemos de nuestras culpas, para que seamos buenos. Usted, ¿qué cree?

—Yo no creo nada. Déjeme usted en paz y váyase. Mi cuadro no saldrá de aquí.

—Mire usted, doña Luchita, créame. Sufriendo con paciencia los trabajos que en este mundo nos manda Dios, Nuestro Señor, parece como que la vida se hace menos pesada. El espíritu protector del Círculo, que nos visita los sábados en la casa del señor Toussaint, dice que hay muchas existencias para el hombre. Que nacemos y nos morimos y volvemos a nacer y nos volvemos a morir varias veces, pero que en cada una de estas existencias dejamos atrás algo de lo malo que teníamos y así vamos mejorando, mejorando hasta alcanzar el perdón del Todopoderoso.

—¿Y qué tiene que ver con todo eso que le cuenta a usted el espíritu protector, que usted se lleve mi cuadro?

—¡Vaya si tiene! Que yo me lleve el cuadro hará que usted sufra porque como ha sido orgullosa, altanera y nada caritativa, le costará mucho desprenderse de las prendas ricas que posee, y por lo mismo ese sufrimiento juntamente con los otros mayores que tiene usted, y otros mucho más grandes que le vendrán, mientras llega la muerte, la hará a usted arrepentirse de sus pecados.

—Pero ¿qué monserga es esa Martín, qué derecho tiene usted para llamarme orgullosa, altanera y nada caritativa? ¿Y qué sabe usted, ni que le interesa que yo tenga pecados o no?

—Es que yo les pregunto a los espíritus superiores, cuando están para revelar, qué fueron en su vida anterior las personas que yo conozco y que trato todos los días, no por curiosidad, sino por deseo de ayudarlas y convertirlas, para que haciéndoles ese bien, yo me lo haga al mismo tiempo, pues mi obligación es cumplir con la caridad. Yo he preguntado quién fue usted en su vida anterior y el espíritu me ha dicho que usted fue una reina orgullosa, altanera y nada caritativa. Que murió usted de

mala muerte y que anduvo su alma errante en los espacios infinitos, cerca de mil años, hasta que pidió usted volver de nuevo al mundo, para compurgar¹⁴² con grandes sufrimientos las culpas de su vida anterior. Esto se llama reencarnarse.

Lucha se quedó pensativa. Por algunos minutos no hizo otra cosa que ver con insistencia a Martín para cerciorarse de que no estaba loco. El portero cogió el hilo esta vez y continuó:

—Yo también fui pecador, más pecador que ahora, yo fui un príncipe egoísta y sórdido. Lo sórdido verdaderamente no ha de haber sido culpa mía, ni sabía yo que fuera delito. Lo sórdido me está volviendo ahora y pronto será menester que me hablen a gritos, pero me he enmendado. Antes de ir a las sesiones del señor Toussaint era yo borracho. Ahora no bebo más que mi pulquito cuando como y ceno. Me duelen las rodillas de tanto trabajar; pero no me curo para que el sufrimiento me traiga la salvación.

La señorita Preciado parecía la estatua del asombro.

—Su mamá de usted está para convertirse a la fe del señor Toussaint. Me ha prometido que si le llevo el crucifijo para hacer la obra de caridad que intenta, va conmigo mañana a la casa del señor Toussaint. Tuvimos un altercado muy fuerte: ella que sí y yo que no. Pero con la promesa que me hizo, me decidí a venir. Con que vamos a ver doña Luchita, déjeme bajar el Cristito, a ver si él hace el milagro.

¹⁴² *Compurgar*: “Quedar libre y falto de las culpas o delitos por medio de la experiencia del fuego”, *Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua. Dedicado al Rey Nuestro Señor Don Phelipe V (que Dios guarde) a cuyas reales expensas se hace esta obra. Compuesto por la Real Academia Española. Tomo segundo que contiene la letra C* (Madrid: Imprenta de Francisco del Hierro, 1729), 462.

Hizo Martín además de colocar la escalera de mano contra la pared, y sin protesta alguna de la señorita Preciado la colocó. Animado por la aparente aquiescencia de Lucha, trepó, descolgó el cuadro y bajó con él. Con la manga de su chaqueta limpió el polvo que opacaba el vidrio. Presentó el cuadro a Lucha, la cual besó dulcemente el vidrio en la parte que correspondía a los pies de la imagen.

—Lléveselo usted —balbuceó.

Y cuando el portero salió de la estancia, con escalera y cuadro diciéndole, “sufra usted con voluntad doña Luchita y será salva”; Lucha se enjugó una lágrima y de sus labios salió este murmullo: “Él, príncipe. Yo, reina orgullosa y nada caritativa”.

XXX

Cuando el portero bajó con el crucifijo y la escalera, encontró a doña Mariquita dando pasos, más largos que los que ella con sus piernas temblorosas solía poder dar. La impaciencia de la larga espera la puso nerviosa, sacándola de su asiento y echándola a andar. Al principio anduvo de cabo a cabo la estancia del portero y pareciéndole estrecha, se salió al patio recorriéndolo en toda su extensión.

—¿Cómo se ha dilatado usted, Martín?

—Me entretuve convenciendo a doña Luchita. Por fin, la convencí. Aquí está el cuadro. Dios quiera que el Cristito ayude en su mejoría al enfermo o le ayude a bien morir, si ya se le llegó la hora.

“Dios quiera”, contestó la anciana, y con ansiedad arrebató el cuadro al portero. Le dijo adiós, sin siquiera darle las gracias por su coparticipación en el hurto, pues aquello no era otra cosa. Avanzó hacia el zaguán,

pero atajándole el paso Martín le recordó que le había hecho promesa formal de acompañarlo al siguiente día, sábado, a la casa de Toussaint, pues era día de sesión. Doña Mariquita asintió, asegurándole ser puntual. A las cinco y media de la tarde estaría ella en la casa del portero.

Apenas desaparecida la viuda, apareció Pilar, regocijada, feliz, como queriendo convidar de la dicha que disfrutaba, a los transeúntes, al portero, a los antiguos vecinos del exconvento. Llevaba en la mano el consabido bultito de todos los días, medio cubierto con la punta de un tápalo negro y brillante, acabado de estrenar. Era el bocadito cotidiano para la familia.

Ni el orgullo ni el egoísmo habían visitado a la joven en su casa nueva. Gozaba de su bienestar y lo compartía en lo posible con su madre, con Lucha, en quien veía una hermana, y con la resignada Carlota. Ni el paralítico ni Nacho contaban entre los regalados de Pilar; el primero por estar nutrido solamente con alimentos lácteos, el segundo por haber inaugurado una vida más íntima en la casa de Nestora. Con la fea comía diariamente y cenaba las más veces.

Nacho, imitando a su hermana, había tenido con Carmelita una explicación categórica, pero sin altercada ni discusión.

—Mamá —le dijo—, no tome usted a mal lo que voy a decirle. Lo hago con todo respeto, y pidiendo a usted perdón por aquellas palabras que usted creyere irrespetuosas u ofensivas.

Carmelita, alebrestada, se dispuso a oír. Sacando tamaños ojos, porque esperaba un chubasco de razones de más peso que las que su hija le había espetado, para persuadirla a consentir en su separación del hogar, aguardó con firmeza que Nacho hablara.

—¿Qué tienes que decirme? ¿Qué me quieres decir?

—Mamá, soy ya un hombre hecho y derecho, y como tal, debo manejar en lo sucesivo. Quiero casarme.

—Eso es muy natural. Cásate. No seré una carga para ti. Como tú ves aquí, aunque pobres mujeres, sabemos ganarnos la vida trabajando. Todas sabemos coser, y el dinero que no ganamos con la aguja, porque tú lo das, lo distribuimos con acierto. Somos económicas.

—No es eso, Mamá, yo no la desampararé a usted nunca. Usted tendrá gasto como siempre. No es eso, mamá. Lo que quiero que usted sepa y me lo perdone es que no me voy a casar con una mujer honrada. Es muy buena y la quiero mucho, pero...

—Pero... ¿qué?

—Nosotros tampoco somos honrados, usted lo sabe bien.

—¡Qué yo no soy honrada!

—Sí, mamá, usted sí, usted es una santa. Mi tía Carlota otra santa también. Pero ¿qué somos los demás? Hemos andado entre los malos y nos hemos contaminado de mal. Perdóneme usted. No quiero decirle, lo que usted bien sabe. Nuestra familia al desgranarse se va hundiendo, hundiendo. Mi padre se fue, Pilar se fue, Lucha se irá, si Dios no lo remedia. Mamá Mariquita nos arrastra a todos, nos avergüenza a todos. Yo amo a una mujer de mala nota, porque tiene un corazón muy grande. Cayó en el vicio, empujada por sus padres, como nosotros vamos cayendo empujados por los nuestros. Es deber de los hombres evitar que sus hijos continúen una marcha continua hacia abajo, hacia el vicio; yo quiero ser el padre que en vez de empujar a su hijo se lo arrebate a la Eternidad y lo establezca en el hogar honrado, donde tiene ya prendida su cuna.

—No entiendo lo que dices, explícate.

—Pues bien, mamá, yo he alargado mi mano, con buena fe, a una mujer que sin voluntad había caído en la vergüenza. La he levantado, la he acercado a mi corazón y le he dicho: “sé buena”, y va a darme un hijo.

Ella es mi compañera desde hace tres años. Yo quiero que ese hijo sea legítimo y bendecido por Dios. Mamá, quiero casarme con la madre de ese hijo.

A Carmelita, las razones de Nacho le parecieron tan contundentes como las de Pilar. Ella no sabía rebatir, no sabía razonar; era ducha en el sufrimiento, fácil a la resignación y nada más. Respondió a su hijo dulcemente:

—Cásate y que Dios te bendiga.

—Gracias, mamá. Antes de que mi hijo nazca, regresará el patrón de Francia, trayendo maquinaria nueva que voy yo a manejar. Entonces el patrón me va a hacer partícipe en las utilidades de la casa. Así me lo ha prometido, y lo sostiene en su última carta que recibí ayer. Entretanto, como la madre de mi hijo requiere cuidados por el estado en que está, voy a vivir a medias aquí y allá. Para fines de año, estas irregularidades habrán pasado, me casaré y me estableceré con mi mujer, a la que usted, mamá, de seguro ha de querer, porque es muy buena.

—Qué Dios te haga feliz.

Aclarada la situación de Nacho en su casa, las mujeres que la componían se acostumbraron a ver al mozo más como a huésped que como miembro de la familia.

Pilar excluía a su abuela del número de los que habían de participar de las viandas a la francesa que había aprendido a guisar con ayuda de un manual de cocina, que su querido le había puesto en las manos, cuando sobre la base del amor libre había instituido un nuevo hogar. Tres raciones de carnero en *ragout*, tres piezas de res en estofado, tres gajates de cocada, tres de todo llevaba siempre Pilar a su casa vieja. Al hacerlo pensaba en Carmelita, Lucha y Carlota. En cambio, tenía presente a doña Mariquita y jamás olvidaba tener buena cuenta de ella, para

prevenir sus fechorías. Todo iba contra los intereses de la anciana desde que Pilar invertía parte de sus ahorros en reforzar las cerraduras de los muebles, ya desvencijados, de la antigua mansión de los Preciados. Candados por aquí, chapas por allá, y quitada de las cerraduras de la puerta principal la llave monstruo que le correspondía. No había chácharas ni objeto que representasen valor alguno por las cómodas y las rinconeras. Todos los objetos y cosas de utilidad común encerrados a martillo. Hasta los lienzos usados que se destinaban a cataplasmas, defensivos y fomentos, en caso de enfermedad, se hallaban bien guardaditos, pues por ser de lino, podrían tentar la codicia de la vieja. La vivienda presentaba un aspecto de desnudez y desmantelamiento penoso. Cualquiera, al entrar en las estancias escuetas, con sus muros de manta a cuadritos, diría sin equivocarse: “ésta es la residencia del hambre”.

Doña Mariquita había llegado a los lindes de la desesperación. Notó con disgusto que, durante el tiempo que estaba en la casa, las miradas de las tres mujeres convergían a sus manos, como las de los sabeos al Sol.¹⁴³ No se le pasó inadvertido que la cuidaban, como se cuida a un forajido.

El sábado, muy a punto, llegó doña Mariquita a la portería, presentándose muy sonriente a Martín.

—¿Nos vamos? —le dijo—, creo que ya será hora.

—Sí, vámonos. Cuánto me alegro de que no se le haya olvidado a usted venir. Le va a gustar a usted mucho, porque para hoy dice el señor Toussaint que espera que vengan buenos espíritus superiores.

¹⁴³ El sabeísmo fue una religión precristiana que rendía culto a los astros, principalmente a la Luna y al Sol.

Presentada la viuda en el Círculo, tuvo buena acogida, y como si a los espíritus superiores les hubieran pagado, éstos hicieron revelaciones tremendas y echaron arengas tan eruditas que habrían envanecido a más de un orador. La Preciado mantuvo durante la sesión una actitud pasiva y decorosa. Prometió a Toussaint que en adelante no faltaría los sábados.

De regreso, cuando ya llegaban a la portería, doña Mariquita, de rota batida, dijo a su acompañante:

—Estoy sumamente delicada y débil. Allá arriba la comida fue escasa hoy, cuánto le agradecería, yo a usted, que me prestara una peseta, para ir a tomar un chocolatito y unas natillas al Café de Minería.¹⁴⁴ Me estoy cayendo de debilidad.

El portero, que era compasivo de suyo, cuando salía de las sesiones espiritistas, lo era mucho más. Se le ablandaba el sentimiento piadoso y maquinalmente buscaba a alguien a quien socorrer. Registró sus bolsas del pantalón y hallando en ellos alguna morralla, la entregó a la viuda diciéndole:

—Hermanita, creo que hay más de una peseta aquí, tome usted lo que sea y que le aproveche el chocolatito, vale que todo lo que hacemos es por amor de Dios.

¹⁴⁴ Establecimiento localizado en los bajos del Colegio de Minería (Tacuba), lugar al cual asistían practicantes de medicina y colegas de diversos planteles; en efecto, allí se vendía atole, chocolate, café, natillas, jocoque, etcétera, véase Clementina Díaz y de Ovando, *Los cafés en México en el siglo XIX* (México: UNAM, 2003), 39.

XXXI

Con la supresión de las tertulias de Arsinas, el aspecto nocturno de la vecindad se transformó. Al oscurecer, a las mujeres se les colgaba el tiempo de los dedos. Recogidas las labores y concluidas las faenas domésticas no les quedaba otro quehacer que chismorrear, pero ¿dónde? El centro común estaba cerrado quién sabe para cuánto tiempo, quizás para siempre. Las vecinas se sentían desasosegadas, inquietas, pues para mover la lengua a gusto, no les quedaba otra manera que cambiarse mutuamente visitas o formar grupos en el corredor.

A los varones les comenzaba el fastidio un poco más tarde, cuando de vuelta de sus respectivas ocupaciones entraban en sus casas, en busca de amenidad para descansar y olvidar el trabajo. Pero de ameno no hallaban nada en el seno de sus familias. Algún chisme que otro, con que les salía la mujer, por cotidiano y vulgar, ya no les divertía. Buscaban algunos maridos o hijos mozos, pretexto para salir de nuevo a la calle en busca de noticias, pues metidos en las cuatro paredes del hogar, bien podía caerse el mundo, sin que ellos lo supieran. La política daba ocasión para las correrías nocturnas de los hombres de la vecindad. Uno que otro se conformaba con el encierro e inventaba distracción. Uno había que recortaba estampas, coleccionándolas de día donde pudiese y las pegaba de noche en un cuaderno de papel de estraza, que era el más barato, formado con paciencia y habilidad. Otro, aficionado a las representaciones teatrales y que había ayudado mucho a Arsinas para organizar sus charadas y pastorelas, inventó la lectura en familia de alguna comedia que estuviera en el cartel por esos días. Él asistía a la representación dominical de la comedia, que era asunto de una peseta el asiento en la galería; en el curso de la semana iba leyendo la dicha obra a su mujer y a sus hijos,

quienes, ella por tonta e ignorante, y los hijos por pequeños, le hacían al lector un público desconsolador.

Los chicos de todas las viviendas, que ya no lactaban, se salían a los claustros a dar guerra. Eran insoportables. Gritos, aullidos de fieras, pataleos, carreras y juegos de manos en que se lastimaban unos a otros de lo lindo, componían las inocentes diversiones, que llamaban sus progenitores. Un grupo de los mayorcitos había dado en la florecita de molestar a las vecinas del rincón.

Por “vecinas del rincón” eran conocidas dos señoras, madre e hija, jovencita la una y bastante morrocotuda¹⁴⁵ la otra. Estaban recién venidas de Guatemala, adonde la madre había llevado a la hija en busca de aventuras. La aventura con que tropezó en la vecina nación de Centro América dio por resultado una preciosa criaturita que por aquel entonces contaba dos años. Solía la pequeña, conducida por su pilmama, ir a engrosar la fila de los muchachos, quienes la acribillaban a preguntas, que ella en su media lengua contestaba con bastante acierto. “¿Cómo te llamas?” —Camillita Mollilla. Carmelita Bonilla, quería decir. “¿Y tú mamá cómo se llama?” —Lupe. “¿Y tu mamá grande cómo se llama?” —Lodetito. Lodetito significaba Loretito. Aparte de este cuestionario, los preguntones ejercían su observación. A buena hora se instalaban cerca de la puerta de sus vecinas del rincón y con impertinencia empezaban a contar a los entrantes y salientes. “Ya va uno, el del bigotito retorcido”. “Ya van dos”. El de la barba negra. “Ya van tres”. El de las patillas. “Ya van cuatro”. El de la cara pelada como cura. Seguían otros más afortunados que no tenían seña llamativa por donde los muchachos los reconocieran

¹⁴⁵ *Morrocotuda*: dicese de algo “muy grande o extraordinario”; en Argentina, Bolivia y Uruguay, “fornida o corpulenta”, *DLE*.

y apodaran. En el transcurso del tiempo, los malcriados llegaron a averiguar que el del bigotito retorcido se llamaba Carrera; el de la barba negra, Rosas; el de las patillas era otro Carrera, hermano del anterior; Argumedo, el de la cara pelada. Luego que estuvieren seguros de los nombres de los cuatro principales visitantes de Lupe, los endemoniados muchachos extendieron sus conocimientos de investigación por todas las viviendas. A Loro le llevaron además la noticia de que la mamá de Lupe tenía su mismo nombre, Loretito. La amable Loro, que era un dechado de paciencia, soltó de repente esta virtud y fuera de sí exclamó:

—Pero no somos iguales. ¿Lo entienden ustedes? Yo no soy tapadera. No todas las Loretos son tapaderas.

Tres semanas antes de que las tertulias del cómico se suspendieran, Lucha y Pilar dejaron de concurrir a ellas. Razón: la ida de Pilar. Pretexto: que su separación temporal de casa, para ir a acompañar a una tía enferma que habitaba en San Agustín de las Cuevas. Lucha se había excusado por un ataque de reumatismo, cuando lo que tenía era desquiciamiento espiritual. Antes de la partida del cómico, la mordacidad femenil se tuvo a raya respecto de las Preciados; pero apenas vieron salir a éste con baúl, colchón y maleta para la Casa de Diligencias, se soltaron las lenguas con encono.

—¿Usted cree eso, de la tía enferma en San Agustín de las Cuevas?

—Pues yo no.

—Y qué pronto vino la enferma, pues ya ve usted que esa no falta todos los días con el bocadito.

—Sí, será como la ida a Zacatecas de doña Mariquita.

—Yo lo que digo es que aquí hay misterio. Ya se sabrá.

Al principio las habladoras intentaban visitar a las Preciados en grupos de dos en dos o de tres. Cuando esto ocurría o Carlota o Carmelita

recibían a las fisgonas disculpando a Lucha por no salir de su pieza a causa de la jaqueca continua, que la obligaba a permanecer a oscuras. El reumatismo la molestaba tanto, que había dejado de ir a misa a pesar de la cercanía de dos iglesias, Santa Clara y San Andrés.

Loro también visitó a sus amigas, y por excepción fue recibida por Lucha. Entraba en la recámara, donde aquella, sentada en una silla costurera junto de su cama, con chiqueadores de papel, de agujas con jabón aplicados a las sienes, se quejaba de sentir que un tirabuzón le daba vueltas en la cabeza.

Invariablemente, durante la visita de Loro, Lucha tenía en el regazo a la Marquesa, aquella perrita chihuahuena que Anita le habían donado cuando su mamá, en vez de un médico, le llevó el animalito para que la consolara de la enfermedad que padecía. La Marquesa estaba tan engreída con Lucha que no era posible apartarla de su regazo. Ponerla en el suelo era verla tiritar de frío y oírla gemir.

Loro se afligía de ver a su amiga trasijada y descolorida. Ella, que por contraste estaba vendiendo salud, hubiera querido repartirse con Lucha el bien parecer y el bienestar de ella que por concesión de Dios disfrutaba.

—Todo pasará, todo pasará —aseguraba la de Arsinas, palmeando suavemente el hombro de la enferma. —¿Y el médico qué dice? —preguntaba Loro con ansiedad— ¿Qué médico la cura?

—Lazarito Ortega. Ha venido cuatro veces, porque éste cobra sólo cuatro reales por visita, y no como su hermano el famoso médico don Francisco, que porque se codea con Iglesias, el médico del emperador, no baja nada de un peso.

—¿Y qué dice?

—Que mientras no pase el frío, no he de aliviarme. Figúrese usted, el verdadero frío no empieza todavía.

—Pues qué noviembre y qué diciembre se les esperan a ustedes. Yo estoy preparándome con buenos sarapes para las heladas. Mariano me escribe que ya me trae un precioso sarape del Saltillo.

Lucha no hizo comentarios. La de Arsinas continuó:

—¿Sabe usted? Andan ahora por el Bajío y parece que les ha ido bien. A pesar de lo revuelto que anda el país por allá, la compañía ha sido muy bien recibida por todas partes. Les llueven los aplausos y las entradas. No les han faltado percances, algunos muy justos. Imagínese usted. Me cuenta Arsinas que en un pueblo cerca de Guadalajara, trabajaban en un jacalón. No había nada de utilería. Primero se les enfermó el apuntador, y la mamá del galán, que apenas sabe leer, hizo de apuntadora. Se equivocaron mucho los artistas y dijeron mil disparates; pero el público, por fortuna, no lo notó. En otra ocasión la comedia que echaban debía terminar con el suicidio del actor principal. Éste había de darse un balazo fuera de la escena, siendo el disparo el que había de advertir de la desgracia a los que estaban en el proscenio; pero como la pistola que dispuso el utilero era vieja y marró, el actor no sabiendo qué hacer se sacó de la bolsa un cortaplumas y apareciendo en el foro se dio repetidas veces con ella en el pecho.

Lucha apuntó tímidamente:

—Y el señor Arsinas, ¿cómo está de salud?

—Muy bien. Dice que el viaje le ha dado tal sacudida que lo ha puesto como nuevo. Que como los negocios de la compañía sigan marchando como van, pronto me mandará libranza más crecida. Vea usted en la carta que recibí hoy lo que me dice —sacó Loro de la bolsa del vestido una carta de papel azul rayado, doblada en el mismo pliego, de modo que saliera el sobre del mismo, con las obleas despegadas y rotas y leyó—: “Loro muy querida, te escribo brevemente porque dentro de una hora

salimos de aquí. Ya están preparando el guayín, el carretón. Anoche fue mi beneficio y fui muy obsequiado y aplaudido. Todos los regalos están ya en la maleta cuidadosamente acomodados. Todo es para ti, pues, ya sabes que sólo en ti pienso y por ti trabaja tu fiel Mariano”.

Lucha cambió de postura, mostrando que la que tenía la había cansado. Dio un empujoncito suave a la perrita para que hiciera lo mismo y cerrando los ojos momentáneamente se quejó de que le estaba arreciando la jaqueca. Loretito se levantó para despedirse y deseando mejoría a su amiga le tendió la mano con efusión. Lucha iba a rehusarla, cediendo a irresistible impulso, pero acordándose de las palabras de Martín, “doña Luchita, sufra usted con voluntad para compurgar sus culpas, pues usted fue una reina muy orgullosa y altanera”, Lucha estrechó con humildad entre las suyas la mano que Loro le ofrecía. Le dio las gracias por la visita instándola a volver.

Cuando Loretito desapareció por la puerta, Lucha expresó con un gemido toda la tristeza de su alma. Cerró de nuevo los ojos y al través de los párpados clavó sus miradas ardientes en los ojos de un cazador de mariposas que jamás se le apartaba del pensamiento.

XXXII

La vida es cruel. Sus acontecimientos complejos alejan y apartan a los seres que en ella viven sin miramiento a que los apartados unos de otros habrían sido felices en estrecha unión.

Nacho y Agustín, dos amigos fieles, desde hace tiempo venían separándose, como si el odio quisiera dividirlos. Se veían con desconfianza, se hablaban con sequedad, evitaban encontrarse todo lo posible; y aun en

el taller, cada vez que tenían que comunicarse órdenes y obrar de común acuerdo para los trabajos de la casa, lo hacían brevemente y sin que los ojos del uno cayesen sobre los ojos del otro.

Agustín, disgustado de la conducta inconsecuente de Nacho, había propuesto romper con él. Abandonarlo a su suerte sería el mayor castigo que pudiera darle por su rebeldía. Él, su mentor, su consejero, su amigo, casi su hermano, desampararía al testarudo que se negaba a toda razón y a todo criterio moral. Porque casarse, que es el sumo bien natural y social, con una mujer de la calle, habiendo podido escoger de entre las innumerables muchachas honradas, una esposa digna, era dar muestra de tozudo y caprichoso. Él había llevado su generosidad hasta pretender emparentar con Nacho intentando que Luisa, la hermanita de la prometida suya, se casara con Preciado. Para Agustín, la más recia virtud de un hogar era el mujerío de la esposa, la fidelidad y la buena educación. Establecerse y formar una familia sobre cimientos de arrebatos pasionales, de arranques de histerismos y desenfrenado amor sensual era en su sentir una loca aventura. Más ya que Nacho se empeñaba en seguir el camino de los locos, ¡buen provecho!

Nacho, puesto de firme desde otro punto de vista, si reconocía las cualidades domésticas como estimables y dignas de alabanzas, más en alto ponía un buen corazón. El amor desinteresado que todo lo domina, que todo lo perdona, debía ser el punto de arranque de un hogar. Él amaba a Nestora por sus tinieblas, por su dolor, por la equivocada senda en que el destino la había colocado. Tenía confianza en que la felicidad vendría, cobijando con sus alas de ángel al hijo que los dos esperaban.

Sentía Nacho como un acicate, la presión tiránica de su amigo. Sin quererlo quizá Agustín exigía que Nacho renunciara a su albedrío, se despojara de su conciencia y ordenara a su corazón dejar de latir. Un co-

razón que dice ya no quiero, que salta de emoción, no cede al mandato del raciocinio.

Un día que casualmente se encontraron al paso los dos amigos, fuera del taller, y nada de los chismes del oficio, daba razón para hablar de lo que ordinariamente hablaban, obedeciendo a un impulso idéntico, los dos trataron de discutir la cuestión palpitante: el casamiento de Preciado.

Las ideas que siguen a los hechos más de realce son imperiosas. Flotaba una alrededor de los dos camaradas y simultáneamente entró en sus cerebros, acomodándose en el rincón de cada uno de ellos, buscando a combinarse con otros pensamientos que dominan en la sesera individual de Nacho y de Agustín. Al tratar del asunto peligroso, cada uno emitió sus razones para obrar como obraba, y agotada la discusión unánimemente llegaron a este punto de concordia: dar por terminada la pretensión de Nacho como novio de Luisa, y feliz y libre de compromisos, seguir el curso de las cosas que vinieran al azar.

Agustín insistía en que Nacho no fuera brusco al romper su compromiso. Requería de su recomendado prudencia y decencia. Le había llevado a la casa del escribiente del Juzgado, seguro de conducir a un caballero, y si decentemente había insinuado su predilección por Luisa, decentemente debía cantar la palinodia explicando su equivocación. Rectificaría, sin lastimar, confesaría un *mea culpa*, sin herir la dignidad de la muchacha ofendida por el engaño o por la farsa. Muchas veces Agustín había sido testigo de la familiaridad con que la muchacha candorosa había tratado a su pretendiente. Éste, si no había sido asiduo en visitar, cuando menos se mostraba afable con la niña.

Eran las visitas al atardecer, concluidas las faenas del trabajo. Luisa recogía su labor cuando empezaba el crepúsculo, cambiando de ocupa-

ción solamente, pues sus manos eran infatigables. A menudo devanaba madejas de seda o de estambre que Nacho sostenía abiertas entre sus dos manos para facilitar a la joven su tarea. Otras veces ayudaba a la señorita a estirar la pieza de *calicot* lavado, encogida y retorcida en el agua. Dejaban la tela asentada y lista para el corte de esa ropa blanca que Luisa sabía coser con primor. Finalizaban las visitas con canciones a la guitarra de parte de la niña, mientras él daba salida en palabras suaves y tiernas a la abundancia de motivos amorosos que reventaban en su corazón. Nacho, conversando con Luisa, pensaba en la otra, en la fea de su alma. A ella iban dirigidos los conceptos dedicados, que los labios de Nacho enunciaban; y aunque Luisa orillaba a Nacho a hablar concretamente, jamás oyó de él ninguna declaración de amor.

Convinieron los camaradas en invitar a la mujer del escribiente y a sus dos hijas a dar un paseo por la Plaza de Armas, el Portal de Mercaderes y oír la serenata de las Cadenas.¹⁴⁶ Todo quedó concertado para la

¹⁴⁶ Regina Hernández Franyuti dice que: “Desde la época novohispana no existía una diferencia entre la Plaza Mayor y el atrio de la catedral. Ambos mantenían una versatilidad de funciones que permitían no sólo las relaciones cotidianas, sino que también se utilizaban como receptáculo para la exteriorización del culto [...]. Lo público servía a lo privado y lo privado se volvía público cuando las manifestaciones religiosas salían a la plaza y a las calles. Hacia finales del siglo XVIII, cuando la racionalidad se imponía a través de una serie de reformas urbanas, la separación entre la Plaza Mayor y el atrio, entre lo público y lo privado se reclamaba como necesaria. En 1794, el virrey segundo conde de Revillagigedo propuso construir un enrejado para separar y definir ambos espacios. Esta obra no pudo llevarse a cabo [...]; el cabildo catedralicio mandó poner 124 postes de dos varas de alto que se situaron a distancias proporcionadas y unidos entre sí por 125 cadenas de hierro, obra que se terminó en 1797. El espacio entre la plaza y las cadenas era un espacio abierto que fue adquiriendo un uso diferente. Las personas que salían de los servicios religiosos le dieron una actividad momentánea,

noche del sábado siguiente. Era la víspera de la gran fiesta de Guadalupe, la Patrona de México. Había maitines en la Villa y desde las Cadenas se verían pasar los coches de los asistentes a esa grandiosa ceremonia.

Antes de que la luz se despidiera pintando en el cielo el inimitable mosaico que sabe pintar sobre el fondo azul del cielo, Agustín y Nacho, acompañando a las tres señoras, salieron del exconvento de Santa Clara, enderezaron por la calle de Vergara para salir a la de Plateros. Agustín, con toda intención, dio el brazo a su futura suegra y el otro a su novia, dejando que Nacho y Luisa marcharan solos por delante para ofrecerles ocasión de hablar en libertad. Luisa suspiraba conmovida por el silencio de la tarde y la serenidad del cielo. Nacho temblaba como un reo que se decide a hacer la confesión capital de sus delitos.

Al enfilar la calle segunda de Plateros atraídos los dos por las brillantes estrellas que parecían salir de detrás de Palacio, hablaron de su belleza y de su fulgor. Ni uno ni otra presumían la existencia de las constelaciones, por lo que ni el ojo rojizo de la del Toro, ni el cuadrilátero ceñido por el doble cinto de las Tres Marías y los Tres Reyes del cinto de Orión, escucharon otro comentario que este: “¡Qué hermosos luceros ha hecho Dios!”. Hacía muchísimo frío.

que tenía que ver con lo familiar, con el encuentro o el desencuentro. El uso diario lo dotó de la consideración de un paseo o espacio público porque allí se congregaba un grupo de gente, se promovían los encuentros sociales, el ritual, la interacción [...]. Así lo registró Carl Nebel entre 1829 y 1834”, Regina Hernández Franyuti, “Un espacio entre la religión y la diversión: el Paseo de las Cadenas (1840-1860)”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 29, núm. 90 (2007): 102-103. La misma investigadora asegura que el uso de este espacio como paseo cotidiano se vio reforzado con el paso del tiempo, a lo largo del siglo XIX.

Se arrebujo la señorita en su tápalo y se apretó contra el brazo de Nacho, quien a su vez tiritaba bajo el raglán¹⁴⁷ que lo cubría. Embobados en la admiración de la obra divina, no advirtieron que de un oscuro zaguán, surgía un bulto de mujer cortándoles el paso, era una mendiga. Alargó una mano flaca y seca a Nacho, a la vez que dolientemente exclamaba: “Una limosnita por el amor de Dios”. Los paseantes se detuvieron. Nacho hurgó en sus bolsillos para sacar una moneda de cobre, más reconociendo en la pordiosera a doña Mariquita, volvió la moneda a su sitio y se pasó de largo diciéndole: “Perdone, hermana”. Le ahogaban la vergüenza y la indignación.

Luisa, antes que Nacho, había columbrado a la abuela, mas no quiso darse por entendida o para no mortificar a su acompañante.

Siguió la marcha desconcertante y en silencio. Las pocas palabras que se hablaron los dos fueron las precisas. “Por aquí”. “Pasemos de la otra acera”. “¡Qué concurrido está el Portal!”. “A ver si encontramos asiento en las Cadenas”. “¡Es difícil, son tan pocas las bancas...!”.

Ni Agustín ni las señoras que con él venían detrás se percataron de la ocurrencia de la limosna; así que al llegar a las Cadenas, Agustín, descubriendo que una familia estaba para levantarse y dejar la banca desocupada, se apresuró a tomarla por entero, repartiendo los asientos a su gusto: “Señora, usted aquí, estará usted más cómoda”, señaló a su novia un asiento inmediato al que él iba a ocupar, y con una mirada significativa indicó a Nacho que le daba oportunidad para departir libremente con Luisa.

Nacho no podía ni con todos los esfuerzos que estaba haciendo apartar de su mente la visión de su abuela. ¡Adónde la había arrastrado el vicio!

¹⁴⁷ *Raglán*: “especie de gabán de hombre, holgado y con una esclavina corta, que se usaba a mediados del siglo XIX”, *DLE*.

Quiso Nacho externar el mundo de ideas que en cortas arengas consecutivas llevaba preparadas para deshacer el error de la joven. Pero no podía dar cima a su intento. Las palabras le acudían a los labios y se volvían adentro sin ser balbucidas.

Luisa salió en su ayuda, temerosa de una declaración. La había deseado, la había esperado, la había acogido antes de que Nacho la pronunciara. Partiendo con resolución del punto inacabable de tortura en que su espíritu se hallaba, dijo:

—No me lo diga usted, Preciado. No me haga usted ninguna declaración que yo rehusaría, yo no lo quiero a usted. Le tengo afecto de amigo, pero jamás me casaría con usted. Más vale la franqueza.

—Sí, más vale. Por ser franca le doy a usted las gracias.

Suspiró el desairado pretendiente, muy hondo, muy hondo, sintiendo que le quitaban del corazón una montaña. La fantasía de la felicidad pasó rápidamente.

XXXIII

Rebosando de júbilo, Nacho deseaba comunicarlo a su querida. No le diría, porque no podría decírselo, la causa de su regocijo. Andando con dirección a la calle de la Alhóndiga gritaba para sus adentro: “¡Hurra a la libertad!”.

Encontró a Nestora ocupadísima con la batihojera, ayudando a los Pajaritos a preparar la apetitosa comida con que celebrarían al día siguiente en la Villa de Guadalupe a la Patrona Mexicana. La casa de los Pajaritos era toda batiboleo y alboroto. Nestora molcajeteaba chile mulato para la salsa borracha, la batihojera sacaba de la manteca hirviente unos

chiles rellenos de picadillo, que deberían ser comidos en seco, pues era arriesgado llevar en la canasta ollas con caldillo. Los frijoles refritos, todavía humeantes, eran acomodados en una tortera por la Pajarita. No podía ser más apetitosa la lista de platos que al día siguiente crecería con el chito y alguna otra golosina de las que en la Villa y en el día de la Santa, se expenden al aire libre.

Preciado aceptó de buena gana la invitación hecha por los Pajaritos para presenciar el resto de los preparativos y pocas insinuaciones que le hicieron para que también aceptara el convite formal de tomar parte en la excursión. Sería un día de camino muy agradable.

Al consentir Nacho en familiarizarse con los vecinos de Nestora, cosa de que siempre se había excusado, ya estaba convencido en que su presencia no favorecía en manera alguna a sus invitantes. Hasta entonces los había visto siempre de arriba a abajo, pero en la degradación social a que lo había descendido su abuela, se sentía inferior a aquellos industriales que no presumían de honorables ni de decentes.

El Pajarito y la Pajarita vivían juntos como marido y mujer, sin que ninguna bendición nupcial los hubiese amarrado ante el ara. Nacho ofreció ser puntual. Sí, sí, a las ocho de la mañana estaría allí. Sería con Nestora uno de los de la partida. Se despidió.

A zancadas de siete leguas como el del Gato con Botas, cruzó las calles, alcanzó su casa y llegó a su alcoba sin darse cuenta de que hacía un frío de todos los diablos y el cielo estaba despejado y tachonado de ricas joyerías.

Se durmió a pierna suelta, con el sueño angelical de los niños que no saben lo que dejan al cerrar los ojos, ni lo que los esperará al abrirlos mañana.

Antes de que el albor del día clareara las rendijas de las puertas, un rumor tozudo y molesto encamorró al durmiente, quien por más esfuerzos que hacía no llegaba a despertar.

Era un taconeo persistente de pies femeninos, un ir y venir de formas de mujer, un cuchicheo inacabable de frases cortas y angustiosas. Esto, entremezclado con ayes periódicos que uno tras otro crecían de intensidad y de duración, fueron aclarando la mente del soñoliento Nacho. Por fin despertó. Entonces sí se percató de que los ruidos sordos que le habían molestado no eran efecto de su imaginación, sino realidad cruel y dolorosa. Se sentó para vestirse, lo cual hizo oyendo quejas largas y ahogadas que denunciaban un gran sufrimiento.

Al través de la pared medianera, que no era de cal y canto, sino de cambaya azul a cuadritos, como la estancia en que estaba sucediendo el cuadro de dolor, estaba esclarecida por la débil luz de una vela, Nacho no pudo cerciorarse de lo que allí ocurría. Pero la insistencia en averiguar siguiendo con los ojos las movibles figuras le enteró al fin de que las mujeres que iban y venían, denunciadas por sus siluetas, eran Carlota y Carmelita. Repentinamente se oyó un grito más largo, más angustioso, casi desesperante, que la que lo lanzaba no había intentado sofocar. En ese instante el dolor, más poderoso que las consideraciones y los repulgos sociales, vencía. En el instante en que el grito cesó, con un suspiro de descanso y de paz, otro grito doliente, nuevo, tenue, que por primera vez rasgaba el espacio, resonó repitiéndose más y más débil, hasta apagarse y convertirse en tiernos vagidos.

Nacho se decidió a espiar por una pequeña hendidura que formaban las dos alas de la cortina, obligada a ser puerta durante el día y cerrada por la noche, con botones y ojales, para incomunicar la habitación. El joven litógrafo vio claro. Sobre la cama de Pilar había puesto una de

las dos mujeres un envoltorito que la Marquesa, trepada con esfuerzo en la cama, husmeaba, tentaba suavemente con sus patas delicadas, como queriendo descubrir en el bultito un gran misterio. Animada y consciente de lo que se le ofrecía a la vista, se acurrucó junto al nuevo huésped y le lamió la carita, pues no sabía ella otro medio de darle la bienvenida al valle de lágrimas.

Cuando Nacho salió precipitado de su alcoba, todavía el niño no cesaba de vagir.

Nacho se limpió dos lágrimas, meditando en el concepto del honor. Ni vestigios quedaban del de su familia, pues el último baluarte caía derruido.

Salieron para la Villa a pie. El Pajarito, preciándose de fuerte ya que de fornido no se lo permitía su raquítica musculatura, encabezó la caravana con una canasta grande y pesada al hombro.

Llegados a la calzada de los Misterios, comenzaron a rezar el Vía Crucis, uniéndose a otros romeros que les hacían coro. El día de campo fue alegre. Después de llevar sus ofrendas a la Basílica y de asistir con unción a la ceremonia religiosa, subieron al cerrito.

Tras de visitar la capilla votiva, adonde muchos penitentes llegaban de rodillas a cumplir mandas y desfloraban balbucientes oraciones moadas en lágrimas, los Pajaritos y sus acompañantes dijeron sus plegarias trémulas de emoción también. Sólo faltaba llenar con agua del Pocito una cantimplora que con ese fin traían, y los actos quedaban terminados. Ahora a gozar. Ya se sabe que el mundo es así. Los pesares y las alegrías se suceden turnándose como la radiante claridad del día y las sombras augustas de la noche.

Se sentaron en ruedo. Comieron y brindaron con sendos vasitos de curado, deseándose mutuamente felicidad. ¡Felicidad!, esta gran palabra que todos delectamos en nuestros sueños de quimera.

Después de la comida se disolvió la reunión, para que cada uno, deseoso de impresiones diferentes, fuera adonde quisiese a buscar su realización. La batihojera volvió a la capilla adonde la atraían los bailes de los huehuenches.¹⁴⁸ El Pajarito y la Pajarita querían ver de cerca el Buque del Milagro. Nacho y Nestora ansiaron dos cosas: admirar desde la altura el panorama de la ciudad y cambiarse a solas algunas palabras.

—Ahora sí, que nos casamos pronto. El patrón no tarda en llegar. Está ya en Veracruz, de donde ha enviado un parte a su familia, por fin, vamos a ser dichosos.

—¿Más? No puede ser. Yo he sido dichosa, desde que vivo contigo. Cuando venga al mundo nuestro hijo no encontrará en nuestra casa ni una brizna de pesar. Ni tanto así —añadió Nestora, tocándose con el pulgar la puntita del dedo meñique—. Ni tanto así.

Habían ido acercándose al extremo del cerro, para contemplar la ciudad, descuidadamente. Confiaban en que el amor aleja todos los peligros.

Nestora dijo a su amante:

—¡Mira qué grandeza!

—¡Qué bello panorama!

Al acercarse Nacho a mirar a su alrededor, Nestora, sintiendo dar un paso falso sobre un terrón que se desmoronaba, clamando un “¡ay!” se abrazó del cuello de Nacho, atrayéndolo hacia el abismo y juntos rodaron hasta el fondo.

Largo tiempo estuvieron los cuerpos tendidos en la misma postura en que habían dado con tierra. Y la multitud que los rodeaba cambiábase

¹⁴⁸ *Huehuenche*: así se nombra en México a un “hombre mayor que dirige las danzas en las fiestas de pueblo”, *DLE*.

sucesivamente, unos iban comentando el doble suicidio; otros el asesinato de la pobre mujer despeñada por su amante. Alguien supuso que se trataba de una venganza de mujer.

La principal autoridad de la Villa dictó muy tarde las órdenes necesarias para que los cadáveres fueran recogidos.

Al oscurecer, precedidas de un guarda y seguidas de otro, las dos camillas enfilaron una tras otra a la Comisaría, mientras que en los espacios infinitos, una mano invisible escribía con luceros esta palabra desconcertante: ¡FATALIDAD!

Hacia un frío de todos los diablos.

fin

Los Mexicanos



EL COCHERO.



NATIONAL THEATRE OF MEXICO.

Teatro Nacional de México.

THÉÂTRE NATIONAL DE MEXICO.

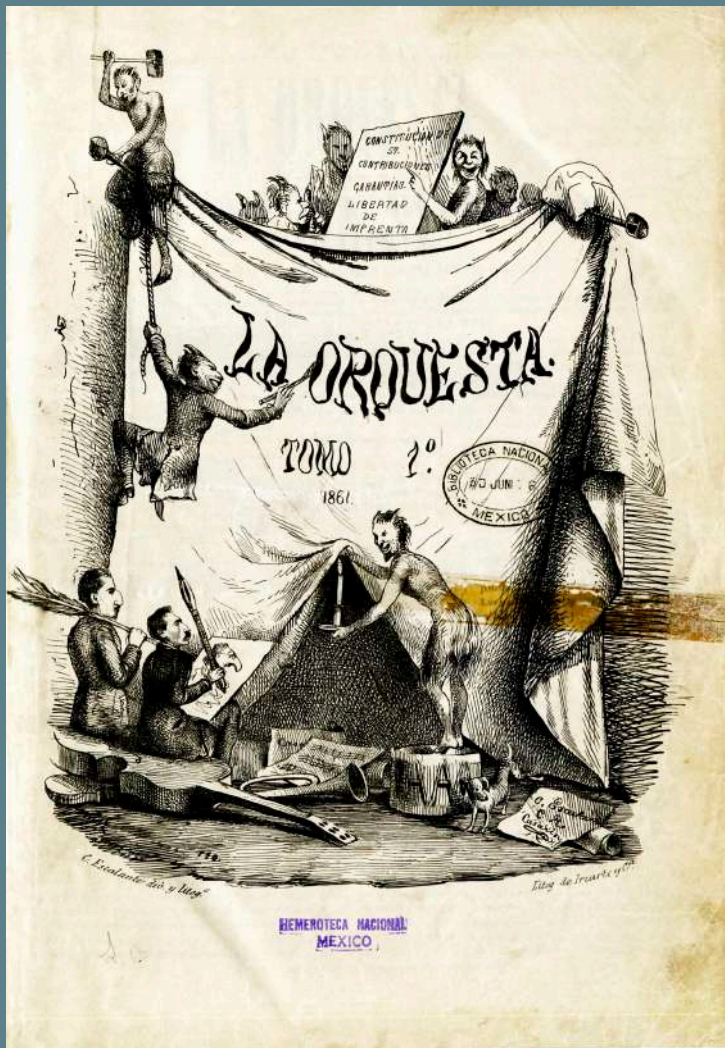




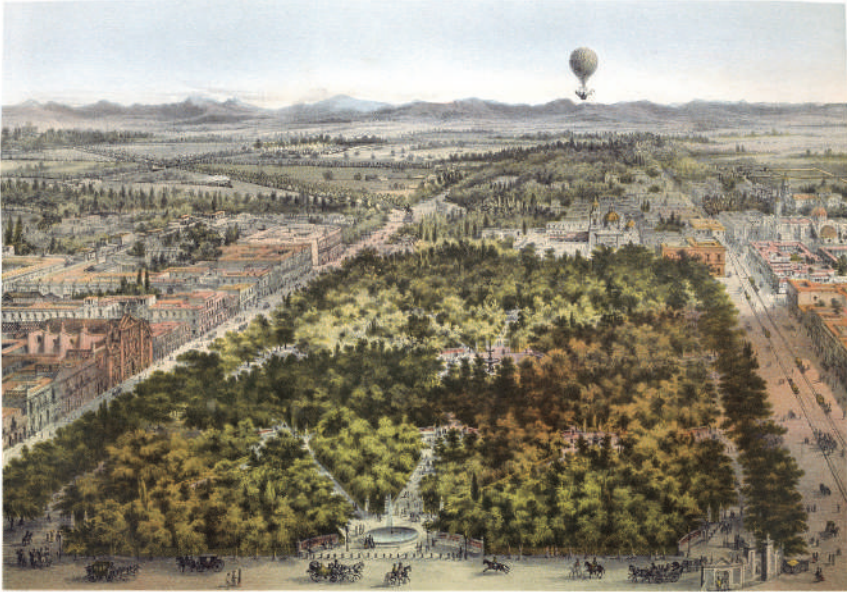
Una víctima de la justicia del país en un litigio que hasta ahora no lleva más de cuarenta y cuatro años.



Los reformistas, despues de haber concludido hasta con el lexontle de las fincas del clero, ensayan su garra en arrancar el oro del colateral de la pobre capilla del Calvario?



MÉXICO Y SUS ALAMEDAS



1. Vista del Sur.

2. Vista del Sur y del Cerro de San Agustín.

3. Vista del Norte.

THE ALAMEDA OF MEXICO,
Taken from a Balloon.

LA ALAMEDA DE MEXICO,
Tomada en Globo.

L'ALAMEDA DE MEXICO,
Prevue en Ballon.

Los Mexicanos.



José de M. Masferrer y C^{ía}.

H. Fructu. Lit.

LA COSTURERA.

MÉXICO Y SUS ALREDEDORES.



Calle de San Felipe del Rey.

Las de Salazar y de San Juan de los Rios del Galvan y de San Juan.

Plaza pública de San Felipe.

MUNICIPAL HOUSE,
or Deputation.

CASA MUNICIPAL,
o Deputacion.

MAISON MUNICIPALE,
ou Deputacion.

MEXICO Y SUS ANTIGUEDADES



© Cuadro del 3/20

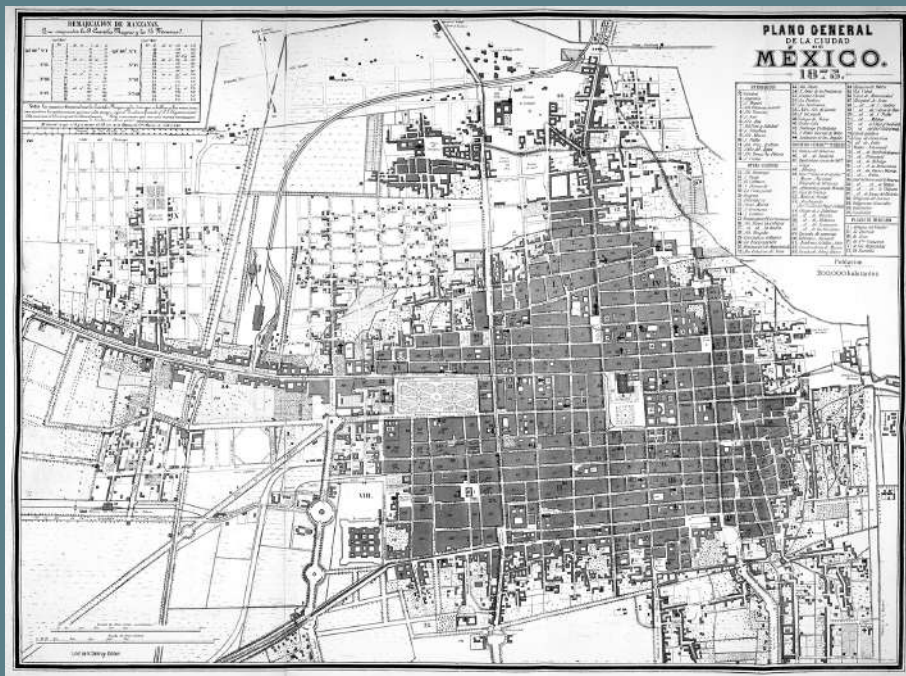
Gráfico del 20/20

Proyecto del 20/20

THE BUCARELI PROMENADE.

PASEO DE BUCARELI

PROMENADE DE BUCARELI.





EL 5 DE MAYO.
— ¿Porqué esa tropa no avanza?
— Se ha alorado en un maguey.



La intervención Francesa ha verido al suelo, con un soplo, como un castillo de baraja.



C. Cuatrecasas del 50

Alzoz de Salazar y de las Casas, Mariscal del Sr. Rey

Propiedad de...

INTERIOR DE LA CATEDRAL DE MÉXICO.

El día 28 de Abril del año de 1855 en que se celebró en ella la Dedicación litúrgica de la Inmaculada Concepción de María Santísima.

MEJOS Y SUS ALREDEDORES



C. Calvo y J. Compañía.

Una de las plazas más bellas de México.

Exposición de 1876.

SQUARE OF S^{TO} DOMINGO.

PLAZA DE SANTO DOMINGO.

PLACE DE SAINT DOMINIQUE.

MEXICO Y SUS ALREDEDORES



El Centro del y III.

México, Calle de Doctores y Colegio, Portal del Calles Vaya

Propiedad de los Editores.

CATHEDRAL OF MEXICO.

CATEDRAL DE MEXICO.

CATHÉDRALE DE MEXICO.

MÉXICO Y SUS ALREDEDORES.



INTERIOR OF THE ALAMEDA OF MÉXICO.

INTERIOR DE LA ALAMEDA DE MÉXICO.

INTÉRIEUR DE L'ALAMEDA DE MÉXICO.

WICKOFF UND HACHENBERG.



C. Lacroix y E. de Bignon del y lit.

Madrid. Calle de Alcalá, entre la Puerta del Sol y la Puerta de San Vicente.

Imprenta del autor.

COLLEGE OF MINERS.

COLEGIO DE MINERIA.

ECOLE DES MINES.

MÉXICO Y SUS ALREDEDORES.



© Goussier, An. y Lit.

Lugar de Cobrería, Portal del Gobierno, México

Propiedad del Editor

PALAIS NATIONAL DE MEXIQUE.

PALACIO NACIONAL DE MÉXICO.
Entrada del Ejército Federal el 1° de Enero de 1911.

NATIONAL PALACE OF MEXICO.

MEXICO Y SUS ALBERGUES.



Propiedad del autor.

Ilustración de E. J. de la Cruz y J. de la Cruz.

L. Gaiter y G. H. de la Cruz y J. de la Cruz.

THE CHAINS BY MOONLIGHT.

LAS CADENAS EN UNA NOCHE DE LUNA.

LES CHAINES UN SOIR DE CLAIR DE LUNE.

VIEW OF THE GUADALUPE



C. Goussier del. & sculp.

Mexico: Lithy. de D'Almeida, Perrot & Co. Editeurs.

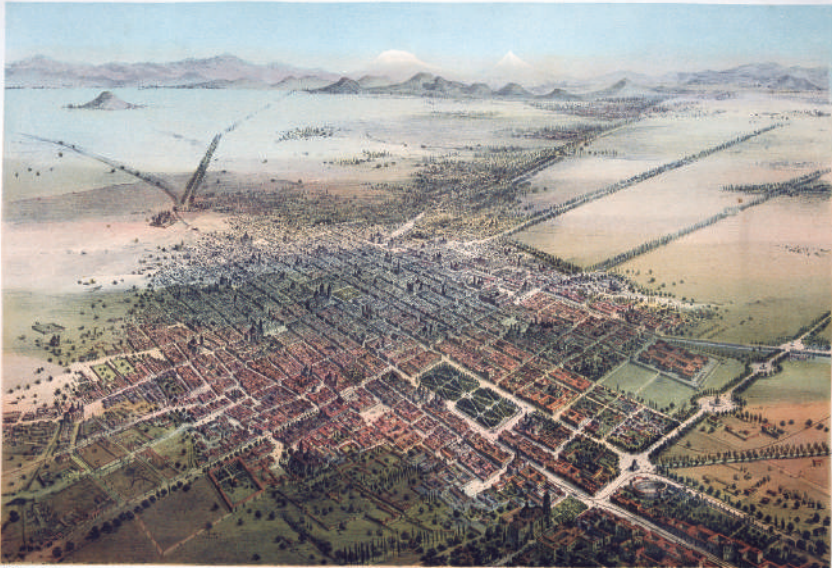
Paris: chez M. Moitte.

THE TOWN OF GUADALUPE.
Taken from a balloon.

LA VILLA DE GUADALUPE
Ternada en globo el día 12 de Diciembre.

LA VILLE DE GUADALUPE.
Prise en ballon.

MÉXICO ARGENTINO.



C. Dumas del. y lit.

LA VILLE DU MEXICO.
Prise en ballon.

México del Sr. Dumas y editado por el Sr. Cosmes Vago.

LA CIUDAD DE MÉXICO.
Tomada en globo por el Sr. Dumas.

Propiedad del editor.

THE CITY OF MEXICO.
Taken from a balloon.

San Francisco de California



Octubre 25 de 1897.
2526 Bush St.

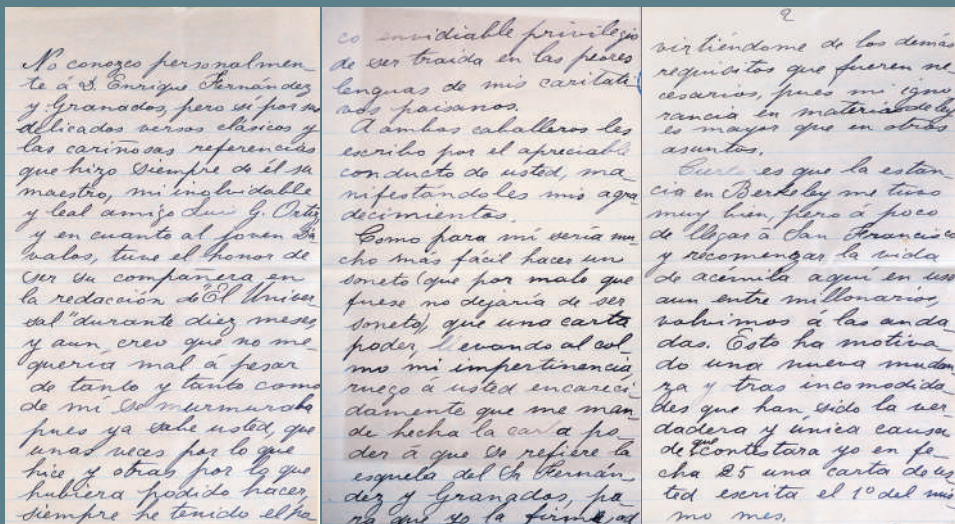
Dr. S. Enrique de Olavarría y Ferrari, México.

Muy querido Maestro:

Hace más de ocho días que tengo en mi poder la muy grata de usted del 1.º de Octubre y aunque me trae tan buena información acerca de mis terrenos, no me halaga tanto ésta cuanto el conocimiento de que es usted un honrado y fiel amigo que por cariño a su mejor discípulo, se ha tomado tanta y tanta ma-

lestría. No había llegado á creer que estaba usted enfadado conmigo, y por ganar de nuevo una valiosa y grata amistad le escribí á usted una anterior á esta, librándole de todo encargo, pero ya veo que lo que pasó fue que las cosas eran todavía más molestas de lo que yo pensaba puesto que no sólo usted sino los apreciables Señores Fernández y Granados y Sainza los, han soportado su parte de la carga.

Vea usted, amigo querido, el único que se ca de la amistad de las mujeres.!



En esta carta a su maestro Enrique de Olavarría y Ferrari, la escritora expresa la desigualdad a que fue sujeta cuando trabajó como redactora en *El Universal*.

Bibliografía

- Adricomio Delpho, Cristiano. *Breve descripción de la ciudad de Jerusalen y lugares circunvecinos, como estaba en tiempo de Cristo nuestro Señor, y de los lugares que fueron ilustrados con su pasión y la de algunos santos; con una declaración de las principales dificultades en las historias que se tratan, muy necesaria para entender la sagrada Escritura*. Traducción del latín de P. F. Vicente Gómez. Madrid: Imprenta de Verges, 1828.
- Aguilar Ochoa, Arturo. “Los inicios de la litografía en México: el periodo oscuro (1827-1837)”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 29, núm. 90 (primavera de 2007): 65-100.
- Aguilar Ochoa, Arturo, coordinador. *El sitio de Puebla. 150 Aniversario*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vález Pliego”, 2015.
- Bazán Longi, Homero. “Aquel mercado de El Baratillo”. *El Universal*, 14 de noviembre de 2004. <https://archivo.eluniversal.com.mx/columnas/43164.html>.
- Bazant, Milada. *Laura Méndez de Cuenca. Mujer indómita y moderna (1853-1928). Vida cotidiana y entorno educativo*. México: Secretaría de Educación Pública del Estado de México / El Colegio Mexiquense A. C., 2009.
- Buitrago, Alberto. *Diccionario de dichos y frases hechas. 5 000 dichos y frases hechas diferentes y 3 000 variantes de los mismos*. 2a. edición. Madrid: Espasa Calpe, 2007.
- Calderón, Mario. “La novela costumbrista mexicana”. En *La República de las Letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*. Vol. 1. *Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. Edición de Belem

- Clark de Lara y Elisa Speckman, 315-324. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.
- “La cárcel de la Diputación”. Informe. *El Siglo Diez y Nueve*, 6 de junio de 1855: 3. Comisión de Consultas de la Academia Mexicana de la Lengua. “Migajas, moronas, boronas, morusas. ¿Las palabras *boruñas* o *murruñas* de pan pueden ser usadas como sinónimos de migajas de pan?”. <http://www.academia.org.mx/esp/respuestas/item/migajas-moronas-boronas-morusas>.
- El Constitucional*, 17 de febrero de 1861.
- Diario del Imperio*. Anuncio Oficial, 9 de marzo de 1865.
- Díaz Limón, José. “La seguridad social en México. Un enfoque histórico”. *Revista Jurídica de la Escuela Libre de Derecho de Puebla*, núm. 2 (2000). Acceso el 27 de septiembre de 2021. <https://revistas-colabo.racion.juridicas.unam.mx/index.php/juridica-libre-puebla/article/download/569/519>.
- Díaz y de Ovando, Clementina. *Los cafés en México en el siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Diccionario de la lengua castellana, en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua. Dedicado al Rey Nuestro Señor Don Phelipe V (que Dios guarde) a cuyas reales expensas se hace esta obra. Compuesto por la Real Academia Española. Tomo segundo que contiene la letra C*. Madrid: Imprenta de Francisco del Hierro, 1729.
- Diccionario Enciclopédico de la Gastronomía Mexicana*. México: Larousse Cocina, 2012. <https://laroussecocina.mx>.
- Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*. 5a. edición. México: Porrúa, 1989.
- Directorio General de la República Mexicana*. México: Ruhland & Ahlschier, 1903.
- Domenella, Ana Rosa. “Laura Méndez de Cuenca. Escritora mexicana de la otra vuelta de siglo”. *Arrabal*, núm. 4 (2002): 191-201.
- Domenella, Ana Rosa y Luzelena Gutiérrez de Velasco. “Tras los reflejos de Amarilis. Laura Méndez de Cuenca, novelista”. En *Literatura mexicana del*

- otro fin de siglo. Edición de Rafael Olea Franco, 559-566. México: El Colegio de México, 2001.
- Domenella, Ana Rosa y Nora Pasternac. *Las voces olvidadas*. México: El Colegio de México, 1997.
- The Editors of Encyclopaedia Britannica. *Britannica*. <https://www.britannica.com/biography/Enrico-Tamberlik>.
- “Entierro de la señora Sontag”. Gacetilla. *El Siglo Diez y Nueve*, 19 de junio de 1854: 4.
- Escobar Duran, Alejandro, Claudia María Teresa Rea Torres y Luis Eduardo Trejo Reyes. “Templo de la Enseñanza (Iglesia de Nuestra Señora del Pilar) Donceles número 102”. Tesis de licenciatura en Ingeniería. Instituto Politécnico Nacional, 2018.
- Fajardo-Ortiz, Guillermo. “Tiempos y destiempos de los hospitales mexicanos hacia 1910”. *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social* 48, núm. 3 (2010): 265-272.
- Freisinier, Julio. “Venta de prendas”. *La Libertad*, 16 de mayo de 1880.
- Freisinier, Julio. “Venta de prendas”. *La Voz de México*, 17 de junio de 1880.
- García Cubas, Antonio. *El libro de mis recuerdos: narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual estado social*. México: Imprenta de A. García Cubas Hermanos, 1904.
- Granados, Luis Fernando. “Diez tipos (a medias reales en busca de uno ideal). Liberales y plebeyos en la Ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX”. En *Disidencia y disidentes en la historia de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2003.
- Granados, Luis Fernando. *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la Ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*. México: ERA, 2003.
- Hernández Franyuti, Regina. “Un espacio entre la religión y la diversión: el Paseo de las Cadenas (1840-1860)”. *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 29, núm. 90 (2007): 101-117.

- Hidalgo, Dionisio. *Diccionario General de Bibliografía Española*. Vol. 5. Hildesheim; Nueva York: George Olms Verlag, 1973.
- Hildebrandt, Martha. “El significado de ‘por angas o por mangas’”. *El Comercio*, 16 de agosto de 2014. <https://elcomercio.pe/opinion/habla-culta/martha-hildebrandt-significado-angas-mangas-352896-noticia/>.
- Leal, Luis. “El contenido literario de *La Orquesta*”. *Historia Mexicana* 7, núm. 3 (enero-marzo de 1958): 329-367.
- López Ponce, Norberto. “Calpulalpan, el triunfo de la Reforma”. *La Colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, núms. 67-68 (2010): 60-71.
- Maldonado Ojeda, Lucio Ernesto. *El Tribunal de Vagos de la ciudad de México (1828-1867) o la buena conciencia de la gente decente*. 2a. edición. México: Centro de Estudios Constitucionales de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2018.
- Malo Camacho, Gustavo. *Historia de las cárceles en México (precolonial, colonial e independiente)*. México: Instituto Nacional de Ciencias Penales, 1979.
- Márquez Morfín, Lourdes. “El cólera en la Ciudad de México en el siglo XIX”. *Estudios Demográficos y Urbanos* 7, núm. 1 (1992): 77-93.
- Mata, Óscar. *La novela corta mexicana en el siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.
- Mateos, J. *Los “doce” y otros seguidores de Jesús en el evangelio de Marcos*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1982.
- Mateos, Juan A. *Memorias de un guerrillero*. México; Buenos Aires: Maucci, [s. a.].
- Méndez de Cuenca, Laura. *Impresiones de una mujer a solas. Una antología general*. Selección y estudio preliminar de Pablo Mora. Ensayos críticos de Ana Rosa Domenella, Luzelena Gutiérrez de Velasco y Roberto Sánchez Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México / Fundación para las Letras Mexicanas, 2006.
- Méndez de Cuenca, Laura. *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural*. I. *Novela*. El espejo de Amarilis. Coordinación de Milada Bazant. México:

- Gobierno del Estado de México / Servicios Educativos Integrados al Estado de México / Fundación UAEMéx / Siglo XXI, 2011.
- Méndez de Cuenca, Laura. *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural. II. Poesía, cuentos y miscelánea*. Coordinación de Milada Bazant y compilación de Roberto Sánchez Sánchez. México: Gobierno del Estado de México / Servicios Educativos Integrados al Estado de México / Fundación UAEMéx / Siglo XXI, 2011.
- Méndez de Cuenca, Laura. *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural. III. Educación, feminismo y crónicas de viaje*. El hogar mexicano. Nociones de economía doméstica. Coordinación de Milada Bazant y compilación de Roberto Sánchez Sánchez. México: Gobierno del Estado de México / Servicios Educativos Integrados al Estado de México / Fundación UAEMéx / Siglo XXI, 2011.
- Méndez de Cuenca, Laura. *Simplezas*. París: Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas-Librería Paul Ollendorff, 1910.
- Méndez de Cuenca, Laura. *Simplezas y otros cuentos*. Edición de Roberto Sánchez Sánchez. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Méndez de Cuenca, Laura. *La venta del Chivo Prieto*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2018. <http://lanovelacorta.com/novelas-en-transito-2/la-venta-del-chivo-prieto.pdf>.
- Monlau, Pedro Felipe. *Elementos de literatura ó Tratado de retórica y poética: para uso de los institutos y colegios de segunda enseñanza*. Madrid: Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1862.
- Mora, Pablo. “Laura Méndez de Cuenca: Una narradora moderna”. En *Doscientos años de narrativa mexicana. Siglo XIX*. Edición de Rafael Olea Franco, 301-317. México: El Colegio de México, 2010.
- Olavarría y Ferrari, Enrique de. *Reseña histórica del teatro en México*. Tomo 1. Prólogo de Salvador Novo. México: Porrúa, 1961.
- Olavarría y Ferrari, Enrique de. *Reseña histórica del teatro en México*. Tomo 2. 2a. edición. México: Imprenta, Encuadernación y Papelería “La Europea”, 1895.

- Olvera Ramos, Jorge. *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2007.
- La Orquesta*, 14 de mayo de 1862.
- Ovidio. *El Ibis de Ovidio*. Introducción, traducción y notas de Rosario Guarino Ortega. Murcia: Universidad de Murcia, 2000.
- Oxford University Press. *Lexico*. <https://www.lexico.com>.
- Pato, Enrique. “Marlborough > Malbrou > Mambrú o la ‘transculturación’ de una tradición oral”. *Revista de Folklore*, núm. 416 (2016): 43-53.
- Pérez Lecha, Manuel. “Los últimos años del Galeón de Manila. El ocaso de un modelo colonial hispano en el Pacífico, 1785-1821”. Resumen. Tesis de doctorado, Universitat Jaume I, 2014. Acceso el 29 de septiembre de 2021. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=173582>.
- Pérez Montfort, Ricardo. *Cotidianidades, imaginarios y contextos: Ensayos de historia y cultura en México, 1850-1950*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2008.
- Prieto, Guillermo. *La guerra con los Estados Unidos*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- Prieto, Guillermo. *Obras Completas XIV. Poesía satírica. Poesía religiosa*. Compilación y notas de Boris Rosen Jélomer. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*. 23a. edición. Actualizado en diciembre de 2019. <https://dle.rae.es/>.
- Reyes, Bernardo. *El General Porfirio Díaz*. México: J. Ballezá y Compañía Sucesores Editores, 1903.
- Ríos, Enrique M. de los. “Juan José Baz”. En Enrique M. de los Ríos, Francisco Gómez Flores, Luis González Obregón, Ángel Pola y Aurelio Garay, *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*, 219-229. México: Porrúa / LXII Legislatura, Cámara de Diputados, 2015.
- Rodríguez-Moranta, Inmaculada. “El amor y la expresión petrarquista en la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora”. *Lemir* 21 (2017): 223-226.

- Rojas Flores, Gonzalo. “El movimiento espiritista en México (1857-1895)”. Tesis de maestría. Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- Romero Chumacero, Leticia. “Laura Méndez de Cuenca: el canon de la vida literaria decimonónica mexicana”. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad* 29, núm. 113 (invierno de 2008): 107-144.
- Romero Chumacero, Leticia. “Laura Méndez de Cuenca, periodista: notas para su hemerografía”. *Fuentes Humanísticas*, año 27, núm. 48 (semestre 1, 2014): 49-63.
- Romero Chumacero, Leticia. “Saberse escritora. Apuntes a propósito de un epistolario de Laura Méndez de Cuenca (1893-1899)”. En *Escritoras del siglo XIX en América Latina*. Edición y compilación de Sara Beatriz Guardia, 213-222. Lima: Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina, 2012.
- Romero Chumacero, Leticia. “Ser escritora durante la Revolución Mexicana: Laura Méndez de Cuenca”. En *Espacios de la rememoración. Independencia y Revolución Mexicanas en la literatura*. Coordinación de Rocío Antúnez Olivera, Ana Rosa Domenella Amadio y Mayuli Morales Faedo. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa / Ediciones del Lirio, 2016.
- Romero Chumacero, Leticia, “Un impulso de solidaridad: el feminismo de Laura Méndez de Cuenca”. En *Laura Méndez de Cuenca. Su herencia cultural. III*. Coord. de Milada Bazant y compilación de Roberto Sánchez Sánchez, 189-204. México: Gob. del Estado de México / Servicios Educativos Integrados al Estado de México / Fundación Universidad Autónoma del Estado de México / Siglo XXI, 2011.
- Romero Chumacero, Leticia. “‘Una mujer ya emancipada’: Laura Méndez de Cuenca en la esfera pública”. En *Escritoras latinoamericanas del siglo XX*. Edición de Margarita Pierini, 21-36. Madrid: Maia Ediciones, 2014.
- Romero González, Damaris e Israel Muñoz Gallarde, editores. *Historia de los monjes egipcios*. Córdoba: Asociación de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades, 2010.

- Sánchez Reyes, Gabriela. “Tiendas, puestos y cajones en el Portal de Mercaderes de la Ciudad de México”. *Boletín de Monumentos Históricos*, núm. 9 (2007): 2-15.
- Santamaría, Francisco J. *Diccionario de mejicanismos*. 2a. edición. México: Porrúa, 2005.
- Secretaría de la Defensa Nacional. “13 de julio de 1854, derrota de los filibusteros en Guaymas, Son.”. Acceso el 2 de octubre de 2020. <https://www.gob.mx/sedena/documentos/13-de-julio-de-1854-derrota-de-los-filibusteros-en-guaymas-son>.
- Sevilla, Julia y Ma. I. Teresa Zurdo Ruiz-Ayúcar, coordinadoras. *Refranero multilingüe*. Acceso el 14 de septiembre de 2020. <https://cvc.cervantes.es/lengua/refranero/ficha.aspx?Par=58087&Lng=0>.
- Soberanes Fernández, José Luis. *Los bienes eclesiásticos en la historia constitucional de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, 2000.
- Sosa, Francisco. *Biografías de mexicanos distinguidos*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884.
- Suazo Pascual, Guillermo. *Abecedario de dichos y frases hechas*. Madrid: Edaf, 1999.
- La Sociedad*. Gacetilla, 7 de agosto de 1865.
- La Sociedad*. Gacetilla, 15 de marzo de 1866.
- Tellechea Idígoras, José Ignacio. “Catalina de Erauso”. Real Academia de la Historia. Acceso el 27 de septiembre de 2021. <http://dbe.rah.es/biografias/6728/catalina-de-erauso>.
- Vallejo, Verónica. “El mundo del juego: la literatura y las representaciones en torno a los juegos de azar en el siglo XIX mexicano”. En *La tinta en la clepsidra. Fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica*. Edición de Sònia Boadas, Félix Ernesto Chávez y Daniel García Vicens, 455-465. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 2012.
- Vieyra Sánchez, Lilia. “La Ilustración Española y Americana (1869-1921)”. *Caleidoscopio*, núms. 35-36 (julio-diciembre de 2016 / enero-junio de 2017): 15-42.

Walker Vadillo, Mónica A. “El ciclo de Ester”. *Revista Digital de Iconografía Medieval* 3, núm. 6 (2011): 19-27.

Para las imágenes

Castro, C., G. Rodríguez y J. Campillo. *México y sus alrededores. Colección de vistas monumentales, paisajes y trajes del país*. Dirección de V. Debray. Nueva edición aumentada. México: Imprenta Litográfica de V. Debray, 1869. New York Public Library. Clasificación b12665188.

Frías y Soto, Hilarión, Ignacio Ramírez, José María Rivera y Pantaleón Tovar. *Los mexicanos pintados por sí mismos*. México: Imprenta de M. Murguía, 1854.

González Obregón, Luis. *México viejo: noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*. París; México: Librería de la Vda. de C. Bouret, 1900.

Méndez de Cuenca, Laura, carta a Enrique de Olavarría y Ferrari, 25 de octubre de 1894, San Francisco, California. Archivo personal de Enrique de Olavarría y Ferrari, Caja 8, Expediente 1, Documento 11.

Méndez de Cuenca, Laura. *Los Preciados. Novela de costumbres del siglo pasado al Gral. Plutarco Elías Calles por su admiradora Laura Méndez de Cuenca*. [México, 1928], 163 pp. Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, MS. 10298.

La Orquesta, 1o. de marzo de 1861.

La Orquesta, 25 de mayo de 1861.

Los Preciados

Una novela de costumbres mexicanas del siglo XIX

editado por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

Versión PDF se terminó en octubre de 2023.

Para su composición y formación tipográfica se utilizó la fuente Baskerville en 14, 22 puntos, Goudy Old Style en 10, 12 puntos y Miama en 17, 24 puntos.

Departamento Editorial del IIB

Corrección de estilo María José Ramírez Herrera

Corrección y cuidado editorial Alicia Flores Ramos

Diseño editorial y formación Hilda Maldonado

A inicios de esta tercera década del siglo XXI, la escritora Laura Méndez de Cuenca (1856-1928) nos sigue sorprendiendo, desde el siglo XIX, con una voz narrativa vigente y un poder de observación notable dentro de las letras mexicanas. La autora de crónicas, cuentos y poemas excepcionales (introdutora del kindergarten, profesora, editora, viuda y madre) ahora retrata la sociedad mexicana, la familia, la vida en vecindad, los oficios (la pintura, la imprenta y la costura), algunas celebraciones tradicionales a la luz de problemáticas como la determinación de las clases sociales, la sociedad patriarcal y machista, la orfandad, los vicios urbanos, etc. Laura Méndez fija su atención, sobre todo, en las formas de sobrevivencia de una familia protagonizada mayormente por mujeres, encabezada por una viuda venida a menos, que cae en el vicio del juego y lo adopta como sustento. La escritora de textos de un romanticismo único en la historia literaria mexicana recrea los destinos de las mujeres en momentos clave de transformaciones políticas y legislativas (las Leyes de Reforma, la guerra y la intervención de Francia) en la construcción de México. Esta vez, nos ofrece uno de sus relatos de costumbres más personales con alusiones a su propia vida y a la historia del país.

La Biblioteca Nacional de México edita, por primera vez, en libro, esta joya documental que conserva en mecanuscrito y que ahora transcribe y actualiza con algunas notas. Se trata de una novela breve de costumbres de transición, de singular factura literaria y penetración social; escrita por la mejor escritora del siglo XIX que, una vez más, hace alarde de una mirada conducida por su fina inteligencia emocional y capacidad crítica a la que agrega su oficio, humor e ironía.

